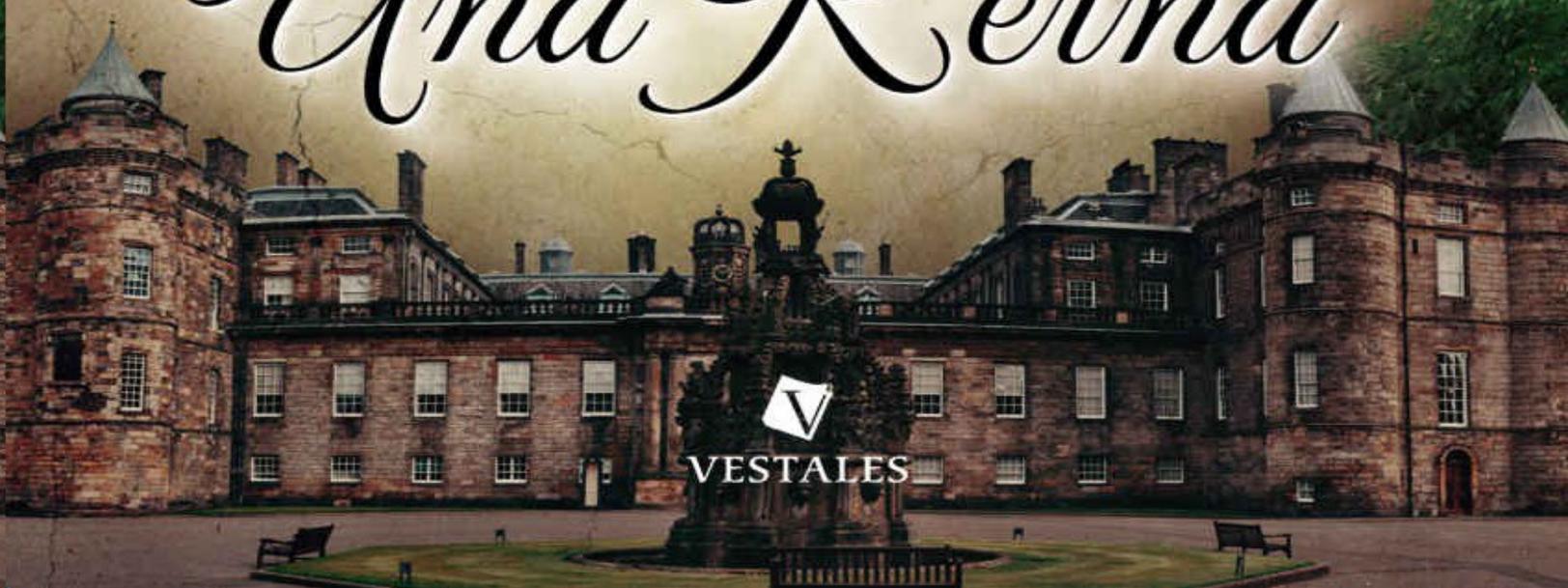




MILLS BELLENDEN

POR LEALTAD A

Una Reina




VESTALES

**POR LEALTAD
A UNA REINA**

Mills Bellenden

INDICE

POR LEALTAD A UNA REINA

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Agradecimientos

SINOPSIS

Dos personas entregadas a lealtades distintas, opuestas, en pugna, se cortejan, se buscan: como dos espías que intentan obtener la información del otro. Uno es un lord inglés, la otra una dama escocesa. Ambos comprenden que juegan un juego peligroso; ambos comprenden que la atracción también surge de la rivalidad.

Después de años en la corte francesa, María Estuardo regresa a Escocia a reclamar su legítimo trono. Las afrentas entre católicos y protestantes aún no han sanado, sino que recrudecen con la presencia de una reina ferviente católica en una isla en la que la población se ha convertido en su mayoría al protestantismo. En ese clima de tensión, Isabel I de Inglaterra debe elegir a sus embajadores ante la corte de su prima, María Estuardo.

Convencida por uno de sus consejeros, Isabel decide enviar como secretario del embajador a sir Arthur Wolsey, hombre de mundo que conoce de batallas y de luchas, pero también de intrigas cortesanas y de seducción. Una vez en la corte escocesa, comprende que nada es lo que parece, que las conspiraciones están a la orden del día. También sabe que la forma de acceder a los secretos del trono es a través de lady Edith, la dama de compañía más cercana a María Estuardo. La reina escocesa, consciente del interés de Wolsey por la joven dama, le pide que lo siga a sol y a sombra para conocer, a su vez, qué traman los ingleses. Entre la atracción y el recelo, entre la solapada rivalidad y la diplomacia, ambos transitan una fina línea entre lealtad y traición.

Con una personalísima reconstrucción histórica, Mills Bellenden vuelve a Escocia, a las diferencias entre escoceses e ingleses y construye una trama que incluye anhelo, traición, pasiones, sensualidad y el debate entre la lealtad a una patria o a los propios deseos.

Bellenden, Mills
Por lealtad a una reina. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN978-987-4454-17-1

1. Novelas Históricas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-17-1

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

CAPÍTULO 1

Palacio de Whitehall, Londres.

La reina Isabel mantenía la atención fija en la documentación que el secretario, sir Francis Walshingham, le entregaba, cuando la puerta de la recámara se abrió de manera brusca. Su Majestad levantó la mirada alertada por ese impetuoso gesto. En la mano derecha, sostenía la pluma, que goteaba tinta sobre la mesa. La mirada fría y airada de Isabel, sin embargo, no retuvo al emisario, que en ese momento se inclinaba de manera respetuosa ante ella. Isabel depositó la pluma en el tintero con suma rapidez y enfado, se levantó de la silla y apoyó los dedos sobre la mesa.

—¿Qué significa esta intromisión sin ningún respeto hacia mi persona? ¿Son estos los modales propios de uno de mis cortesanos? —El tono imperioso de la voz hizo retroceder a todos los presentes, excepto al secretario, que ya estaba habituado a esos arranques de mal genio de la reina, a los que nadie en la corte era ajeno.

—Majestad, disculpadme mi atrevimiento y mis modales. La noticia que os traigo no puede demorarse.

—¿Qué es eso tan importante como para irrumpir en mi recámara como un vulgar fullero de taberna? Hablad —le ordenó con tono imperioso mientras dejaba que la mirada fría se posara en el emisario, quien casi no era capaz de articular las palabras.

—Vuestra prima, María Estuardo, ha zarpado de Calais con destino a Escocia.

Isabel sintió que la sangre se le helaba en las venas y cómo un sudor frío le empapaba los ropajes al ser consciente del significado de la noticia. Durante un segundo, permaneció ausente, perdida en sus propios pensamientos mientras el resto de los consejeros aguardaban impacientes la reacción. Todos en la corte sabían lo que esa noticia suponía para la reina. Por ese motivo, todos guardaron silencio y la contemplaron, a la espera de las repercusiones, las cuales podían ir desde el más frío desdén a la ira más terrorífica. Isabel

lanzó una mirada de incomprensión e incredulidad, primero al portador de aquellas nefastas noticias; y, después, a los más allegados colaboradores, lord Cecil y sir Francis Walshingham, en busca de una aclaración.

—¿Por qué no he sido informada con anterioridad, señores? ¿Qué clase de consejeros me rodean, que no son capaces de avisarme con tiempo de las intenciones de mi querida prima?

—Nuestros espías han estado alertas en todo momento, Majestad —aseguró lord Cecil para tratar de justificar ese retraso en las noticias—. Teníamos personal de confianza cercano a vuestra prima.

—No hay duda de que la prematura muerte de su esposo, el delfín de Francia, la habrá hecho precipitar el regreso —apuntó sir Francis Walshingham—. Eso, y las corrientes reformistas que se están implantando en Escocia con el apoyo de Su Majestad.

—Sí, ya sé a qué os estáis refiriendo: a las ideas reformistas de John Knox y su iglesia protestante para Escocia. Pero no es eso lo que me preocupa, sino el retorno de mi prima a Escocia y que pueda reclamar el trono de Inglaterra —rebatía una Isabel furiosa, que se retorció las manos en un gesto de nervios e impaciencia.

—¿Pensáis que su vuelta significará el reclamo de su derecho al trono? —La pregunta planteada por sir Robert Dudley, conde de Leicester, acrecentó el temor en Isabel, quien decidió sentarse y adoptar un gesto pensativo.

—Podría ser. No olvidéis que, a ojos del papa y de los países católicos, soy una bastarda. Mi padre, Enrique VIII, rompió con Roma cuando la Iglesia no le permitió divorciarse de su primera esposa, Catalina de Aragón, para casarse con mi madre, Ana Bolena, a quien luego mandó ejecutar. Soy fruto de un matrimonio ilegítimo para Roma.

—Pero, de acuerdo con el tratado de Leith, María Estuardo solo puede ser reina de Inglaterra a vuestra muerte, Majestad —le recordó el conde de Leicester—. Nunca podría optar o reclamar el trono mientras vos estéis viva.

—¿Creéis que un tratado la va a detener? No es María quien me preocupa, señores, sino España, Roma y los católicos ingleses del norte, los que pueden ver, en el regreso de mi prima, el instrumento perfecto para instaurar la antigua fe en toda la isla.

—¿Y qué sugerís? —preguntó lord Cecil abrumado por la situación.

—¿No tengo un puñado de fieles y aguerridos corsarios que intercepten el barco de mi prima en alta mar? En otras ocasiones, lo han hecho sin mi permiso —les recordó al hacer memoria de los ataques de Drake, Frobisher y Walter Raleigh.

—¿Sugerís que nuestros corsarios ataquen el barco de vuestra prima? —preguntó el conde de Leicester, sin salir del asombro—. Sería considerado un acto de piratería, Majestad.

—Tal vez María Estuardo solo quiera regresar a su hogar para sentarse en el trono de Escocia y poner orden —se aventuró a sugerir lord Cecil—. Las aguas allí bajan revueltas con el gobierno de su hermanastro, Jacobo. No olvidéis que es un protestante moderado. Chocará con las ideas de María, una católica declarada.

—¿Estáis sugiriendo que no tengo nada que temer? —Isabel arqueó una ceja mientras lanzaba una mirada de incredulidad al más fiel de aquellos consejeros.

—Tal vez deberíamos esperar y ver qué talante trae la reina María —apuntó sir Francis Walshingham.

Isabel entrecerró los ojos y apretó los labios con un gesto de fiereza. No le gustaba demasiado esa idea porque dejar viva a su prima podría crearle serias complicaciones, pero, por otra parte, un ataque en alta mar...

—Si mandáis a vuestros corsarios en pos de vuestra prima y ella fallece, ¿qué creéis que pensarán los demás países? Pensadlo, Majestad. Podríamos estar declarando la guerra a enemigos poderosos —continuó aquel ministro.

—En ese caso, tendríamos que vigilar a la reina María... Ya contamos con el apoyo de Jacobo, el regente de Escocia, que hasta ahora no ha planteado problemas.

—Cierto. Pero, en cuanto vuestra prima ponga un pie en las costas escocesas, será la reina. Y su hermanastro Jacobo deberá cederle el trono —recordó lord Cecil, preocupado por ese cambio de gobierno en Escocia.

—Sugiero introducir a alguien de confianza en la corte de vuestra prima —apuntó sir Francis en tanto arqueaba las cejas.

—¿Un espía? —Isabel miró a Walshingham con desmedido interés.

—Alguien que nos informe de los acontecimientos que se produzcan en la corte de Edimburgo. De ese modo, estaremos preparados para cualquier imprevisto. Sugiero que sea alguien que acompañe a la delegación de Su Majestad, que irá a presentar sus respetos a vuestra prima. Alguien que permanezca en la corte de María Estuardo como un cortesano más y cuyo cargo no levante las sospechas de la propia reina.

—Si lo tuvierais pensado con anterioridad, no lo diríais, ¿verdad, sir Francis? —comentó Isabel con una sonrisa irónica que hizo que el noble asintiera—. Está bien. Encargaos de buscar a esa persona y de que acompañe al embajador Throckmorton ante mi prima. Esperaremos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Pero no quiero volver a enterarme tarde de lo que María hace.

—Así se hará, Majestad.

Isabel permaneció sentada con gesto pensativo y desconfiado. Por el momento, no atentaría contra la vida de su prima. No pretendía iniciar una guerra contra las naciones católicas. Esperaría los informes del espía de sir Francis. No le había fallado hasta entonces, y confiaba en él más que en ningún otro de aquellos consejeros.

* * *

Jacobo Estuardo, regente de Escocia, se enteró de la llegada de su hermana en medio de una reunión con los principales jefes de los clanes. Aquella noticia no era nada buena para sus propios intereses. María habría hecho mejor al quedarse en Francia que al regresar al hogar. Uno que, por otra parte, entonces se encontraba dividido por la reforma religiosa impulsada por John Knox. La llegada de María podría suponer un enfrentamiento con los nuevos aires religiosos del país. Por otro lado, que pudiera ambicionar el trono de la prima, Isabel de Inglaterra podría conducir a los dos países a un enfrentamiento armado, que no le gustaba nada.

—Mi hermana regresa —le anunció al más allegado amigo y consejero, William Maitland de Lethington.

—Querréis decir vuestra “hermanastra” —matizó él con una irónica sonrisa—. Eso supondrá vuestro fin como regente de Escocia y vuestra salida del gobierno —le informó con un toque sutil que no gustó nada a Jacobo.

—No si logro convencerla de que abrace la nueva fe.

—¿A María Estuardo? Sabéis que defiende la fe de su madre, María de Guisa, y que nada ni nadie la harán renegar de su confesión. Tenedlo presente cuando llegue el momento. Por otro lado, ¿creéis que reclamará el trono de Isabel? Esa sí es una cuestión a tener muy en cuenta.

—No, no creo que ese sea su propósito. Sería romper el acuerdo de Leith. María es muy tradicional y muy leal a lo que firma. Pero deberemos ser precavidos. No estamos seguros del talante que vaya a traer después de los años pasados en Francia. Lo que menos nos interesa ahora es un enfrentamiento abierto con Inglaterra. No cuando estamos del lado de Isabel. Ella es quien sustenta mi posición en el trono de Escocia y quien, al mismo tiempo, acepta la reforma religiosa.

—Habrá clanes que apoyen a María, sobre todo los que defienden la fe católica.

—Sí, no me cabe la menor duda. Pero habrá otros que sigan la nueva fe. Veremos cuál se impone. En nuestro caso, debemos hacerle ver y comprender que la reforma religiosa no es tan mala y que cierta moderación supondría un beneficio para Escocia y para su gente.

—Vuestra hermanastra ya no es la chiquilla que abandonó el hogar. Es toda una mujer. Ha sido la esposa del delfín francés y ahora regresa como María, reina de Escocia. Más nos vale llevarnos bien con ella. No lo olvidéis.

Jacobo apretó los labios y frunció el ceño mientras lanzaba una mirada a Maitland que lo expresaba todo. No le gustaba la presencia de su hermanastra en Escocia porque estaba convencido de que eso solo podía traer problemas.

* * *

Arthur Wolsey reía y bebía con una exquisita muchacha sentada en el regazo, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor en aquella fastuosa fiesta a la que lo habían invitado en el palacio real.

—Sois un demonio, lord Arthur —exclamaba la muchacha envuelta en la misma algarabía.

—En ese caso, permitidme que os abrase en las llamas de mi particular infierno —le susurró mientras recorría el cuello de la joven al presionar con los labios justo donde sabía que la encendería más.

Arthur estaba entregado a la suave y fina piel de la muchacha cuando sintió que alguien más se sentaba a la mesa a la que estaba él. El sonido de las telas y un carraspeo hicieron que Arthur levantara la mirada hacia la inoportuna visita. Arqueó una ceja en señal de escepticismo y, después, frunció el ceño cuando reconoció el rostro de aquel viejo amigo, sir Francis Walshingham, consejero real. Arthur se quedó contemplándolo con un gesto de desconcierto.

—Francis, ¿a qué debo el honor? —La muchacha, que todavía permanecía sentada sobre las piernas de Arthur, se volvió para contemplar al secretario de la reina Isabel.

—¿Podéis dejarnos solos? —le pidió en tanto la miraba con pasmosa tranquilidad, pero sin dejar opción a la joven muchacha, que se despidió de Arthur con una escueta sonrisa, no exenta de picardía y anhelo—. Una muchacha encantadora —apreció sir Francis al verla alejarse de ellos—. Pero no es para ti —le aseguró a Arthur mientras volvía la atención a él.

—Desconocía que ahora te dedicaras a dar el visto bueno a mis amantes, Francis.

—Nada más lejos, querido amigo. Vamos, toma tu copa y sígueme. Alguien quiere conocerte.

—Si se trata de una dama más hermosa que a la que me he visto obligado dejar marchar por tu culpa, te perdonaré —afirmó con un toque sarcástico en el tono mientras caminaba detrás de sir Francis y se abría paso entre el bosque de invitados en el que se había convertido el centro del salón.

—Estoy seguro de que esta mujer captará toda tu atención, amigo. No lo dudes —le adelantó sir Francis, lo que dejó a Arthur intrigado. ¿Qué clase de mujer podría querer conocerlo a él en cuestión? ¿A qué se debía tanto misterio por parte de sir Francis?

—Siempre te ha gustado rodearte de misterio, amigo.

Si alguien relacionado con sir Francis, aunque fuera una mujer de la corte, lo necesitaba, era sin duda porque se trataba de algún tema vinculado con la propia reina Isabel.

—Hablaemos en privado. —Sir Francis abandonó el gran salón para dirigirse a una habitación en la que Arthur encontró a un grupo de personas reunidas mientras conversaban y bebían. La curiosidad iba *in crescendo* para dar paso a un estado de nervios y a una expectación todavía mayor cuando todas aquellas personas se apartaron para dejarle paso libre hacia la mismísima reina Isabel. Arthur lanzó una fugaz mirada a su amigo Francis, quien se limitó a sonreír de manera imperceptible.

Allí, sentada en un estado de relajación y con gesto risueño, se encontraba la reina de Inglaterra, que lo contemplaba con interés e intriga. Los ojos de la monarca chispeaban con una mezcla de diversión y disimulo. Tenía el cabello suelto, que le caía sobre los hombros del vestido en tono marfil, casi en una actitud descarada.

—Majestad, el hombre del que os hablé esta mañana: lord Arthur Wolsey —anunció sir Francis antes de hacerse a un lado para dejarlo solo ante Isabel.

—Majestad.

—Lord Wolsey, celebros conoceros. Caballeros, dejadnos a solas. Tú no, Francis. Quédate.

Arthur Wolsey permaneció quieto en el sitio mientras la reina Isabel le dirigía alguna que otra mirada, y él no podía evitar sentirse intimidado ante tal presencia. “De manera que ella era la dama que quería conocerme”, se dijo al tiempo que trataba de serenarse y de despejar la mente de cualquier disparate. Cuando la puerta se cerró y solo ellos tres permanecieron en aquella sala, la reina Isabel volvió a dirigirse a él.

—Sir Francis me ha comentado que vos sois la persona indicada para llevar a acabo cierta tarea en Escocia.

Arthur frunció el ceño de modo ligero al escuchar el lugar al que iba a ir destinado.

—Si es menester de Su Majestad...

—Mi prima, María Estuardo, ha desembarcado en Escocia, procedente de Francia. No sabemos a ciencia cierta cuáles son sus pretensiones. Pero, entre todas ellas, bien podría estar reclamar el trono de Inglaterra. Imagino que

sabréis que María puede hacerlo si cuenta con el respaldo suficiente. Me refiero a ciertas naciones católicas como España y Francia, así como Roma.

—Eso tengo entendido. Pero creía que el tratado firmado por vuestra prima le impedía reclamar el trono de Inglaterra hasta vuestro fallecimiento, Majestad.

—Veo que no sois ajeno a lo que sucede fuera de Inglaterra. —El comentario de Isabel venía marcado por un toque de curiosidad.

—A nadie le es ajena esa noticia y las posibles pretensiones de vuestra querida prima, Majestad.

Isabel estudió en silencio a lord Wolsey.

—Quiero que marchéis a la corte de María Estuardo —le dijo Isabel con los ojos entrecerrados, sin apartarlos de él. Se trataba de un hombre joven, pero con una mirada y unos rasgos que denotaban la experiencia en ciertos lances de la vida para los que se lo requería—, que acompañéis a mi embajador, Throckmorton, a la corte y que seáis mis oídos y mis ojos.

—Será un honor, Majestad.

—Vuestro querido amigo sir Francis os explicará los pormenores. Podéis regresar a la fiesta cuando gustéis. Tan solo quería conoceros en persona, lord Wolsey. Sir Francis, —llamó, lo que hizo que el secretario se volviera hacia ella—. Contadle todo lo que necesita saber para llevar a cabo este asunto. Y confío en vuestra discreción, lord Wolsey.

—Por eso, no debéis preocuparos, Majestad. —Arthur se inclinó de manera respetuosa ante Isabel; luego emprendió el camino hacia la puerta y abandonó la sala donde permanecía la reina.

—Ya conoces a la dama que requería tu presencia y para qué te necesitaba.

—Sabía que no era para invitarme a beber —le respondió en un tono jocoso—. ¿Por qué no me confesaste que íbamos a ver a Su Majestad?

—Porque, de ese modo, no tendrías tiempo para pensarlo ni para ponerte nervioso por estar ante ella. En cuanto a lo que nos interesa, partirás hacia Escocia dentro de tres días, cuando todo el protocolo esté dispuesto. Como Su Majestad te ha dicho, formarás parte de la embajada en la corte de María Estuardo en el palacio de Holyrood y procurarás estar atento a los sucesos que allí se produzcan. La reina quiere saber qué pretende su prima. Desea conocer si tan solo se trata de consolidar el ascenso al trono de Escocia, o si bien

pretende elevar una petición al de Inglaterra. No olvides que los católicos consideran a la reina Isabel una bastarda y que, por tanto, no tiene derecho a ocupar el trono.

—Ya sé, ya sé: porque su padre, Enrique VIII, se divorció de la primera esposa para casarse con la madre de la reina —resumió un aburrido Arthur mientras sir Francis se limitaba a asentir—. ¿Cómo pasaré la información?

—A través del embajador Throckmorton. Está informado de tu presencia en la delegación y de lo que se espera de ti. Representarás el papel de su secretario. De ese modo, nos ahorraremos complicaciones. Se encargará de los demás. Tan solo debes mantenerte atento a los comentarios y situaciones que impliquen a María Estuardo. Ten en cuenta que ella ha estado alejada de su tierra muchos años y que nada es como ella lo dejó. Ni siquiera ella misma. Ha sido la reina de Francia, no lo olvides.

—Su hermanastro Jacobo no ha de estar contento porque se le acabe la regencia. Además, es nuestro adalid en la causa protestante, ¿no?

—Sí. Es un defensor a ultranza de la nueva corriente protestante que recorre al país. Eso lo llevará a chocar con María, es presumible, y dividirá a los clanes, al parlamento y a la sociedad escocesa.

—Dime, ¿por qué has pensado en mí?

—No conozco a nadie mejor que tú para realizar este encargo. Mi querido Arthur, eres un cínico aventurero capaz de sonsacarle a una joven dama los más ocultos secretos de alcoba. Además, siempre que he requerido tus servicios, has cumplido. Nunca me has fallado. Por eso mismo te envíó a la corte de la reina María.

—Agradezco tus palabras y la confianza que depositas en mí, pero esta vez se trata de la reina María de Escocia. ¿Y si alguien logra averiguar el doble juego que tenemos? ¿O si no soy capaz de averiguar nada relevante?

—No lo harán —le aseguró tajante sir Francis—. Por eso también te he recomendado. Eres discreto y precavido como ningún otro. Y tu papel de secretario de embajada se ajusta a la perfección para pasar inadvertido en la corte. Nadie reparará en ese cargo, sino en el del embajador. Por lo que estoy seguro de que conseguirás la información requerida. No te subestimes. Por ello no debes preocuparte. Lo único a lo que debes tener miedo es a las mujeres escocesas que encontrarás en la corte.

Arthur sonrió burlón.

—¿Por qué? ¿Acaso temes por mi integridad?

—Solo te advierto.

—Tal vez pueda granjearme la amistad de alguna de las damas de compañía de Su Majestad. Suelen ser las confidentes más directas. De ese modo... —Arthur sonrió con picardía ante tal propuesta, que sir Francis abortó al instante.

—Me interesan más Jacobo y las posibles desavenencias con la reina María, así como la situación de los clanes escoceses que secundarán el ascenso de ella al trono. Lo de las damas de la reina no es mala idea, siempre y cuando no te enredes bajo las faldas de alguna y después no sepas encontrar la salida. —Sir Francis elevó las cejas en un arco lleno de advertencia y de expectación ante esa posibilidad.

—Déjalo en mis manos, Francis.

—Una última cuestión: no queremos crear un clima de discordia entre ambas cortes. Sé discreto.

—Lo soy. Tú mismo acabas de admitirlo. ¿Cuánto tiempo pasaré en la corte de María Estuardo?

—Todo el que sea necesario hasta que estemos seguros de que no tiene interés alguno por el trono de Inglaterra. A esto debo añadir que es menester que tengas cuidado con los representantes de otras naciones, en especial las católicas, que apoyan a la reina María y que verían con muy buenos ojos su ascenso al trono de Inglaterra.

—Entiendo. Me cuidaré de las personas cercanas a la reina, así como de las de otras embajadas.

—Puedes regresar a la fiesta. Ya te he robado demasiado tiempo.

—Aprovecharé lo que queda de noche y estos días en Londres antes de partir para Escocia —le aseguró con un sonrisa cínica mientras, en la cabeza, comenzaba a darle vueltas a aquella arriesgada misión. ¿Y si no lograba averiguar nada al respecto de lo que la propia reina Isabel le había pedido?: saber qué pretendía la reina María con respecto al trono de Inglaterra. Tal vez podría preguntárselo ella misma. Al fin y al cabo, eran primas. Isabel podría invitarla a Londres y tener una plática familiar en una fiesta. Arthur sacudió la cabeza y decidió olvidarse de las reinas hasta que no le quedara más remedio

que centrarse en María Estuardo. Y eso sería dentro de tres días. Hasta entonces, aprovecharía para divertirse, ya que no estaba seguro del todo de que, una vez instalado en la corte escocesa, dispusiera de mucho tiempo para hacerlo.

* * *

La reina María llegó a Edimburgo para instalarse en un trono que, hasta ese día, había ocupado su hermanastro, Jacobo Estuardo. Como cabía esperar, una parte de la nobleza escocesa, entre la que se encontraba el propio Jacobo y los consejeros más allegados, le plantearon la cuestión religiosa, así como el tema de la reclamación al trono de Londres. En ese momento, junto a las damas de compañía y al querido Riccio, el más fiel ayudante y consejero de la reina, escuchaba las propuestas del hasta entonces regente.

—Lo soy, Jacobo. Lo soy. Por ese motivo, no obligaré a ninguno de mis súbditos a renunciar a ella, de igual manera que yo no lo haré a mi fe, la de mis antepasados.

—Pero entiende que tener una reina católica y un parlamento protestante puede suponer un signo de debilidad que muchos pueden aprovechar para apartarte del trono.

—¿Mi prima Isabel, por ejemplo? —La reina María lanzó una mirada de advertencia y suspicacia a Jacobo.

—Ese es otro de los temas que deberías considerar.

—¿Reclamar el trono de Londres cuando ni si quiera he tenido tiempo de asentarme en el mío? Me hablas de reformas en la religión, del protestantismo que impera en el parlamento, de John Knox y, por último, sugieres que eleve mi petición de reclamar el trono de mi prima Isabel. —María contempló al hermano con cierta incredulidad por toda aquella información.

—No es algo para tomar a la ligera, pero creo que deberías pensarlo ahora que el nuevo embajador está por llegar a la corte. Tal vez sea un momento idóneo para plantearlo. Sin tiempo para asentarse en Edimburgo, sin capacidad de reacción...

—¡No! No lo tengo pensado. Ahora, te agradecería que me dejaras sola. Hace poco que he regresado a mi tierra, y solo he escuchado hablar de la reforma religiosa, de mi prima Isabel y de que debo pensar en un esposo para compartir el trono conmigo. Tal vez deberíamos preparar un recibimiento acorde al enviado de Londres y que sirva para hacer ver a todos que María Estuardo, reina de Escocia, está de vuelta en su casa, ¿no crees? Y que no tiene la intención de enemistarse con los enviados de Isabel.

—Se hará cómo gustes, hermana.

María suspiró y cerró los ojos mientras se reclinaba en el sillón. Alrededor de ella, se encontraban las damas de compañía, pendientes de las labores de costura o de la lectura. Y mientras, David Riccio amenizaba la tarde con una mandolina.

—Podéis retiraros. Tú no, Riccio; ni tú, Edith.

La muchacha de cabellos cobrizos asintió y se quedó de pie a la espera de que la reina se dirigiera a ella. Lanzó una mirada al secretario personal de la monarca, que permanecía sentado en el saliente de la ventana, apoyado entre los cojines.

—Desde que estoy de regreso en mi hogar, no han cesado las peticiones, las órdenes, los deseos. He llegado a preguntarme si no habría sido mejor quedarnos en Francia. —Había cierto toque de desesperación en las palabras de la soberana.

—No le hagáis caso, *madonna*. Todos quieren el bien para sí mismos por lo que he podido presenciar en estos días —le comentó Riccio mientras dejaba la mandolina y caminaba hacia la reina.

Edith se fijó en él con detenimiento. No muy alto, con el pelo oscuro y un fino bigote y una ligera barba en el mentón. Vestido de color negro, parecía la sombra de la propia María. No en vano ella confiaba en él en todo momento.

—¿Y cuál es el bien para mí? —preguntó en tanto pasaba la mirada del secretario a la dama de compañía más allegada.

—El que vos elijáis, Majestad. Pensad que las decisiones que toméis sean las que de verdad queréis, y no las que os digan vuestros consejeros. Vos sois María Estuardo, reina de Escocia. No lo olvidéis nunca, Majestad —le aconsejó Edith con una voz firme y una mirada llena de confianza en sus propias palabras.

María sonrió.

—En momentos como este, me gustaría cambiar de lugar contigo, mi querida Edith —le aseguró con una sonrisa a la muchacha mientras le tomaba las manos entre las propias—. Espero que la llegada del nuevo cónsul inglés no plantee ninguna reclamación que pueda añadir más discordia a la ya existente. ¿Por qué se obstinan en que abrace la nueva fe? He profesado la fe católica desde mi nacimiento, y así será. No pienso renegar de ella ahora solo porque unos cuantos lo hayan hecho —exclamó furiosa mientras cerraba las manos y apretaba hasta hacer palidecer los nudillos.

—Dejad que cada uno elija. Eso os evitará enemigos que podrían volveros la espalda y cruzar la frontera en busca de apoyo —apuntó Riccio—. No soy ajeno a que vuestro hermano y Maitland insisten en que adoptéis los dictados que proclama John Knox. Pero ¿y los que se mantienen en la fe católica? Debéis pensar en ellos también.

—Y lo hago, David. Tampoco voy a enemistarme con mi prima Isabel. No voy a reclamar el trono, salvo que llegara el caso de que ella falleciera de manera repentina. Tampoco pienso buscarme un esposo por ahora. Lo haré cuando Edith encuentre uno —dijo entre risas al señalar a la dama de compañía, que al momento sintió el rubor en las mejillas mientras todo el cuerpo le temblaba.

—Majestad... Yo...

—Dime, ¿cómo es posible que no hayas encontrado un marido en la corte francesa? Debo decir que algunos cortesanos eran atractivos...

—Tal vez no era mi momento, Majestad —respondió la muchacha turbada por las palabras tan directas y sinceras de la propia monarca.

—Bueno, no importa. Ahora, aquí, en Escocia, tienes la oportunidad de encontrarlo entre mis más leales súbditos, o incluso en el embajador inglés y su séquito —bromeó la reina María, que sonreía después de mucho tiempo.

—¡No! —protestó de manera enérgica Edith en tanto miraba a la soberana con el ceño fruncido y sacudía la cabeza. Las manos de ella se habían cerrado y se apretaban contra los costados del vestido—. ¿Con un inglés?

La reina sonrió divertida ante el arranque de mal genio de la dama al proponerle un matrimonio con un súbdito de Isabel.

—Desconocía tu rechazo a los ingleses. ¿Y tú, David, sabías de las preferencias de nuestra querida Edith?

—Lo desconocía, Majestad.

—Puedes quedarte tranquila, Edith. No voy a obligarte a buscar un esposo entre los enviados ingleses, descuida.

La muchacha sonrió algo más aliviada. Durante un momento, se le había pasado por la cabeza que la reina pudiera concertarle un matrimonio con uno de los miembros de la embajada inglesa. Solo pensarlo le había acelerado el pulso.

—Haremos todo lo posible para que se sientan como en la corte de mi prima. No queremos causar una imagen de deslealtad ni de desunión entre nosotros. Soy consciente de que el representante inglés enviará informes a mi prima, en los que le dará buena cuenta de lo que aquí vea —comentó la monarca mientras dejaba la mirada suspendida en el vacío. Sí. Todo tenía que estar perfecto. Tendría que hablar con Jacobo a ese respecto para no dar una imagen de división.

—En ese caso, deberíais hablar con vuestro hermano, mi señora —le indicó Riccio con la mirada entornada con cautela hacia la reina por lo que el comentario significaba.

—Es cierto. Hay que evitar que mi prima pueda creer que, en la corte escocesa, reinan el caos y las luchas internas por el poder. Tal vez, ganarse la afición del embajador sea un buen comienzo. Pero, en ese terreno, necesitaré tu ayuda, Edith.

La joven dama se sobresaltó.

—¿Qué queréis que haga, Majestad?

—Tranquila, no voy a pedirte que busques un pretendiente entre los emisarios, pero sí que, como mi dama más cercana, simpatices con el cónsul; que seas mi enlace entre él y yo. De ese modo, sabré con antelación qué pretende. Pero, primero, deberemos esperar ver el talante que muestra, ¿no es así? Por lo pronto, Edith se encargará de ayudarme a preparar un recibimiento acorde a tal cargo.

La muchacha asintió, algo más relajada. Ser la conexión entre el enviado inglés y la soberana no era algo que tuviera en mente desde un principio, pero lo aceptaría por la lealtad que le debía a María Estuardo, reina de Escocia.

CAPÍTULO 2

Arthur Wolsey llegó al palacio de Holyrood en compañía del nuevo embajador. Habían sido informados que la monarca los recibiría cuanto antes y que estaban invitados a la recepción que la reina María daría esa noche con motivo del reciente regreso a Escocia. Sin embargo, tanto Arthur como el cónsul Throckmorton no estaban convencidos de que esa bienvenida fuera una celebración en toda regla. Ambos habían percibido, al llegar a Edimburgo, que el pueblo estaba dividido en cuanto a la soberana.

—No cabe la menor duda de que María no parece haber sido muy bien acogida —comentaba el embajador a Arthur en las dependencias del primero.

—Sí, esa es la impresión que me ha quedado a mí también desde que hemos llegado. Tras hablar con unos y con otros, la situación no parece muy favorable a los intereses de María Estuardo. Su condición de católica puede llegar a ser un serio contratiempo —advirtió Arthur, cuyas cejas formaron un arco.

—John Knox y sus seguidores predicán contra ella cada momento que pueden en cada esquina, plaza o taberna de la ciudad.

—Sí, tiene más de parlanchín que de predicador —apuntó Arthur sentado en el saliente de una de las ventanas, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. ¿Nos beneficia o nos perjudica?

—Nos beneficia, está claro. Su Majestad, Isabel, ha estado fomentando la doctrina de John Knox en un intento por desterrar la antigua fe de las islas, pero son muchos los que todavía la practican, tanto en Inglaterra como aquí, en Escocia. Esos mismos creen que la reina María será un acicate para rechazar a Knox y las doctrinas contrarias a Roma.

—De manera que tenemos el tablero de juego: Escocia. Y los dos oponentes: la reina María Estuardo y John Knox —comentó Arthur mientras se frotaba la barba y mantenía la atención en el vacío—. ¿No pensáis que esta

situación mantendrá a María Estuardo alejada de sus pretensiones al trono de Inglaterra?

—Eso esperamos. Y para eso estáis vos aquí en la corte de Holyrood: para averiguar cualquier intriga contra Isabel.

—¿Y si no existe tal intriga? ¿Y si María Estuardo no tiene intención alguna de reclamar el trono de Inglaterra? Ya se lo comenté a sir Francis. — Arthur caminó por la estancia con gesto confuso bajo la atenta mirada del cónsul.

—En ese caso... vuestra presencia no será necesaria.

—¿Cuánto tiempo debo permanecer aquí según vos? Sir Francis no supo decirme. Tan solo respondió que hasta que estemos seguros de que María Estuardo no reclamará el trono de su prima Isabel.

—Yo tampoco lo sé. Por lo pronto, será mejor arreglarnos para la recepción de la reina. Por cierto, ¿habéis pensado ya por dónde empezar a recabar información? Sir Francis me aseguró que vos erais el hombre indicado para tal menester. Y vuestra tarea comienza esta misma noche.

—Sir Francis me halaga —comentó Arthur con una cínica sonrisa—. Las personas que están más cerca de la reina son las damas de compañía.

—¿No estaréis pensando en seducirlas a todas? —preguntó el embajador con una sonrisa cargada de irreverencia.

—No estoy hablando de seducirlas, sino de prestar atención a quién es la favorita de la reina María y entablar una relación de amistad. Tal vez logre granjearme su confianza para que me cuente algún secreto. La reina escocesa tendrá una confidente, y ha de ser su principal dama.

El cónsul asintió en silencio en tanto pensaba en aquella estrategia.

—Pero tened en cuenta que sois inglés. Tal vez no se muestre muy receptiva —le advirtió Throckmorton con cierto recelo.

—No importa. Yo... —El sonido de la puerta al abrirse hasta el tope hizo que Arthur se callara en última instancia. Un hombre delgado, vestido de negro y con aspecto de artista ingresó por ella.

—Señores, me llamo David Riccio. Soy el secretario personal de la reina María, quien aguarda por ustedes en el salón del trono. Si son tan amables —dijo Riccio, y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Arthur y Throckmorton intercambiaron una mirada. Había un toque de expectación por la idea de que el secretario de la reina María fuera un extranjero. Aunque, si ambos pensaban en los años que ella había pasado en la corte francesa, entonces bien podría ser que aquel italiano del que habían oído hablar la hubiera acompañado desde el país galo.

—Dadnos unos minutos para terminar de arreglarnos, y en seguida estaremos con vos —le pidió el embajador.

—Aguardaré en el pasillo —aceptó Riccio mientras asentía y cerraba la puerta tras él.

—El secretario de la reina María... —comentó Arthur con gesto pensativo—. Esto puede variar las cosas.

—¿Estáis pensando en él como el confidente de María Estuardo?

—Sí, aunque estoy seguro de que habrá ciertos asuntos de la corte que no le comenta: los típicos rumores y chismes que tanto gustan a las damas. Dejadlo en mis manos —le pidió Arthur mientras entrecerraba los ojos y dejaba que la mirada vagara en el vacío.

Minutos después de haberse arreglado, Wolsey y Throckmorton caminaban por el estrecho pasillo del palacio de Holyrood hasta llegar a un salón del trono, donde la reina permanecía sentada y rodeada de un grupo de damas.

Se trataba de una estancia amplia, adornada con todo tipo de emblemas y pendones de la casa real de los Estuardo. Una gran chimenea de piedra construida en una de las paredes arrojaba calor gracias a un generoso fuego. Arthur paseó la mirada de manera rápida y discreta por los allí presentes: un grupo de hombres ataviados con ropajes escoceses, como el *kilt* o el *plaid* de distintos colores, cada uno de los cuales representaría a un clan. Arthur apostaba que, entre ellos, estaba el hermanastro de la reina, Jacobo Estuardo.

La monarca parecía una chiquilla. No en vano contaba con tan solo dieciocho años. Aunque se decía que poseía una formación acorde al rango, muchos eran los que creían que no aguantaría durante mucho tiempo en el trono. ¿Tendría el juicio suficiente para hacer frente a los problemas con los que debía lidiar? El debate por la religión, las diferencias con la prima Isabel, un matrimonio para afianzarla en el trono... Arthur se hacía aquellas preguntas mientras estudiaba el comportamiento de la joven monarca. Al lado de ella, se encontraba el secretario, el tal Riccio, y las damas de compañía. Arthur

permaneció ausente durante unos segundos. Riccio y Throckmorton intercambiaban algunas palabras, así como los documentos que los acreditaban como representantes ingleses. La atención de Arthur se centraba en las cuatro damas de la reina, e intentaba averiguar cuál de ellas podría ser la más cercana a María Estuardo.

—Majestad, os presento a mi secretario, lord Wolsey. —Arthur reaccionó cuando escuchó su propio nombre—. Un hombre de plena confianza. Si alguna vez me ausento, podéis acudir a él.

—Majestad —dijo Arthur Wolsey con una inclinación en señal de respeto, pero sin perder de vista a una de las jóvenes damas, que entonces fruncía el ceño para devolverle la mirada de ojos claros. “Expectante e intrigante por igual”, se dijo Arthur al tiempo que escondía una sonrisa.

—Os doy la bienvenida a la corte y espero que vuestra estancia sea provechosa para los dos países. ¿Goza de buena salud mi prima Isabel? —preguntó la reina María al dirigirse al cónsul, lo que permitió a Wolsey seguir con el escrutinio de las damas, y de una en cuestión.

—Así es, Majestad. Os envía sus saludos y sus respetos como monarca y como pariente.

—Tendremos tiempo para conversar de los asuntos que atañen a las relaciones entre ambas cortes. Ahora, quiero presentaros a mi querido hermano Jacobo Estuardo. A mi secretario, Riccio, ya lo habéis conocido. Cualquier tema que deseéis tratar conmigo, hacédselo saber.

Arthur desvió la atención de la joven dama de compañía de la reina para centrarla en el rostro poco amistoso del hermanastro de la soberana.

—Bienvenidos a la corte —los saludó Jacobo con una media sonrisa. Arthur asintió y regresó a sus propios asuntos, a los que consideraba más atractivos e interesantes que el antiguo regente.

Edith sintió una ligera bofetada de calor cuando aquel inglés volvió a mirarla de aquella manera tan... descarada e intrigante. ¿La conocía? Imposible si no había estado en la corte francesa, puesto que ella había pasado todo el tiempo allí con la reina. ¿Por qué diablos la miraba como si ella fuera una especie de trofeo? “¿El secretario del enviado inglés en Escocia?”, se preguntó Edith con un toque de cinismo. Más bien le parecía que tenía el aspecto de uno de esos corsarios que servían a la reina Isabel de Inglaterra.

—¿Os habéis fijado en el ayudante del embajador? —susurró una de las damas mientras lanzaba alguna mirada de soslayo hacia lord Wolsey.

—Es apuesto —apuntó otra.

—Es un inglés —sentenció Edith de manera tajante en un intento por cortar la conversación en torno a la figura de aquel hombre—. De manera que hay que estar con cuidado.

—¿Qué insinúas, Edith?

—No insinúo nada, Margaret. Solo os aviso acerca de lo que es.

—Peligroso.

—Atractivo.

—Por san Andrés, no puedo creer lo que estoy escuchando —lamentó Edith con un leve suspiro que hizo que el corsé del vestido le realzara el escote.

—Pues di lo que quieras, pero no ha dejado de mirarte desde que ha entrado en el salón. Apenas ha prestado atención a la reina, mucho menos a su hermanastro.

—Tonterías, Megan. Tonterías —le aseguró Edith mientras volvía la atención hacia la propia reina, quien entonces conversaba con algunos de los nobles escoceses. Sin embargo, lady Edith no pudo evitar lanzar una furtiva mirada por el rabillo del ojo hacia lord Wolsey, quien mantenía una sonrisa cínica bajo el fino bigote.

Arthur permanecía alerta mientras iba conociendo a ciertas personalidades de la corte de la reina María. Pero, hasta ese momento, no había tenido la oportunidad de presentarse ante quien él ansiaba: la misteriosa y atractiva dama de compañía de la reina. Estaba convencido de que lo haría a lo largo de la noche. Sería un buen comienzo para los propósitos que allí tenía.

Se dirigieron a la mesa en la que se serviría la comida, y el cónsul aprovechó ese breve momento que la reina le había concedido para aconsejar a Arthur Wolsey.

—Procurad que no se convierta en una distracción a vuestro cometido. —La voz de Throckmorton arrancó una sonrisa burlona en él—. Me he dado cuenta de cómo la miráis. ¿Es ella de la que me hablabais en mis aposentos?

—Todavía no lo sé. Por lo poco que he podido percibir, el resto de las damas parece tenerle cierto respeto.

—Podría tratarse, entonces, de la más cercana a la reina, de la dueña de sus secretos y de sus confesiones. Deberíais bailar con ella esta noche.

Arthur sonrió.

—Lo haré. Sin duda lo haré —le aseguró mientras asentía.

—Embajador Throckmorton, sed tan amable de sentaros a mi lado en la mesa. De ese modo, podréis ponerme al día de cómo marchan las cosas para mi querida prima Isabel —le pidió la reina María, deseosa de saber más de Inglaterra, de la corte y de su pariente.

—Será un honor, Majestad. —Asintió antes de volverse hacia Arthur por última vez—. Estamos invitados a cenar mientras la música suena, de manera que aprovechad vuestro tiempo y no perdáis de vista vuestro objetivo.

—Por nada del mundo lo haría. Quedaos tranquilo, embajador.

Arthur caminó tras el cónsul hasta la mesa a la que se sentaron, al lado de la reina María. Pero él parecía más interesado en el devenir de los acontecimientos que tenían como centro de atención a la dama de compañía que a la propia soberana. Sin duda, Arthur no había esperado encontrarse con tan grata sorpresa a la llegada al palacio de Holyrood.

La música amenizaba la velada, en la que algunos invitados bailaban ajenos a las conversaciones que se mantenían en la mesa a la que la reina se sentaba.

—Lamento la muerte de vuestro esposo, el delfín de Francia.

—Fue algo imprevisto.

—¿Por qué no habéis permanecido durante más tiempo en la corte francesa?

María Estuardo miró sorprendida al representante inglés por aquella pregunta. Él debía de ser ajeno a los comentarios que habían circulado sobre el tema. Tampoco parecía consciente de la mala relación de la monarca con su antigua suegra, Catalina de Medici, quien nunca había visto con buenos ojos el matrimonio de María con el delfín francés. La impopularidad de la joven Estuardo en la corte francesa había precipitado su salida y el regreso a Escocia.

—Consideré que había llegado el momento de regresar a mi hogar después de tantos años de ausencia.

—¿Cómo lo habéis encontrado?

La reina María volvió a sonreír. Entonces, con un pizca de ironía.

—Cambiado.

—Imagino que no sois ajena a la nueva corriente de fe que recorre las islas. A vuestra prima le interesa saber qué pensáis hacer. ¿Aceptaréis la nueva doctrina?

—No, claro que no. —La reina pareció molesta por primera vez ante el enviado. Ese gesto no pasó desapercibido para Arthur Wolsey, pese a que la atención del secretario inglés permanecía suspendida en la hermosa dama de compañía de la monarca. No pretendía ser atrevido ni descarado en las miradas que le dedicaba, pero sin duda los ojos claros y el cabello cobrizo de ella eran todo un imán para el sentido de la vista.

—Entonces...

—Mi querida hermana pretende dar libertad de fe a su pueblo —apuntó Jacobo, lo que captó la atención del enviado de Inglaterra.

—¿Pretendéis hacer convivir la fe católica y la protestante?

—Así es. No pienso renunciar a mi fe, pero tampoco pretendo que mi pueblo abandone la suya.

María Estuardo lanzó una mirada de advertencia al cónsul para dejarle claras esas pretensiones en materia religiosa. Throckmorton no pareció convencido de que aquella propuesta pudiera llevarse a cabo. Una reina católica y un parlamento con mayoría protestante. ¿Qué sentido tenía? Sería una situación que dividiría al pueblo y a los clanes, un situación que podría conducir a Escocia a una guerra civil por el control del trono. María era defensora de la fe católica, y Jacobo se apegaba a las doctrinas de Knox al rechazar la presencia de Roma en la corte. ¿Se enfrentaría a la reina por el trono? Sin duda, aquella noticia sorprendería a Isabel. Habría que ver con qué talante la afrontaba.

—¿No bailáis? —le preguntó la reina al embajador en un intento de desviar el tema de la conversación. No quería pensar en ello durante esa noche—. Las danzas aquí son las mismas que en la corte de mi prima.

—Sí, Majestad. A excepción de la volta, la danza favorita de vuestra prima Isabel.

—Sí, algo de eso escuché en la corte francesa. Pero, según comentaban, se trata de una danza poco decorosa para las damas. Dejar que sus compañeros de baile las tomen por la cintura y las levanten en alto como si pretendieran que echaran a volar...

—No estáis mal encaminada, Majestad. Pero, a vuestra prima, es la danza que más le gusta. Siempre la pide cuando hay fiesta en el palacio.

María Estuardo permaneció pensativa en tanto contemplaba a lord Wolsey. Parecía bastante interesado en el baile o, tal vez, en Edith, quien en ese momento danzaba al son de una pavana, una danza lenta y majestuosa.

—Lord Wolsey, ¿por qué no os unís a la danza? Llevo un rato observándoos y tengo la impresión de que os atrae.

Arthur volvió la atención hacia la reina.

—Gracias, Majestad. Sí, lo cierto es que...

—Mi secretario es un consumado experto en las danzas de la corte. No hay ocasión en la que no lo veáis hacerlo junto a las damas —añadió Throckmorton con toda intención mientras hacía un gesto a Arthur para que accediera a bailar entonces que la dama de compañía de la monarca lo estaba haciendo. Tal vez había llegado el momento de comenzar a tantear el terreno. Que la propia reina le hubiera asegurado que pretendía dar libertad de fe al pueblo no era algo insignificante, pero el embajador quería corroborar esa información y obtener más.

—En ese caso, tal vez deberíais salir y demostrarlo junto a una de mis damas. Mirad a lady Edith. Parece haberse quedado sin pareja de baile para la gallarda —insistió la soberana con una sonrisa y una mirada que hicieron imposible para Arthur negarse.

Él trató de no fijarse demasiado en la dama; Edith, así la había llamado la reina. Era cierto que parecía estar aguardando a un compañero, de modo que Arthur no quiso demorarse demasiado, en caso de que otro cortesano se le adelantara. Era la oportunidad que había estado esperando para conocerla.

Edith pensaba abandonar el espacio reservado para el baile cuando sintió una suave caricia en la mano, que la hizo sobresaltarse sin esperarlo. Levantó el rostro y la mirada de la joven se quedó fija en el rostro de aquel apuesto cortesano que sonreía con una reverencia antes de iniciar la danza. Edith entreabrió los labios para respirar, ¿o era para protestar por tratarse del

secretario inglés? De repente, sintió que el sostén del vestido la oprimía y que la mirada fija del ayudante del embajador le estaba provocando una sensación desconocida por ella.

—La reina me ha sugerido que os acompañara en este baile, lady Edith, ya que os vio sola —le comentó al cruzarse delante de ella mientras dejaba que sus manos se rozaran con tibieza. Las miradas de ambos permanecían fijas, una en la otra.

—Toda una atención por parte de Su Majestad.

—Sin duda lo ha sido. —Arthur se apartó de ella durante un instante debido a los pasos de la danza, lo cual permitió a Edith tomar aire y recomponerse. Lo había estado observando desde que entró en el salón del trono y no podrá negar que le había llamado la atención. En ese momento, al estar frente a él, se daba cuenta no solo del atractivo de aquel caballero, sino de la fuerza que irradiaba con su presencia. Sin duda, se trataba de un hombre a tener en cuenta. Eso la hacía dudar al respecto de aquel cargo en la embajada inglesa. No se parecía en nada a Riccio, el secretario de la reina María. Lady Edith seguía considerándolo un corsario. “Un apuesto aventurero”, se dijo, en tanto trataba de contener la respiración cada vez que él se acercaba.

Arthur intentaba mantenerse a una distancia prudente con respecto a ella, pero sus cuerpos se encontraban más de lo debido, bien por los pasos del baile o por el interés que ponía en acercársele. Ese hecho le causaba un ligero sobresalto a Edith en cada lance, por lo que la dama deseaba que la danza terminara. Nunca se había sentido tan turbada al bailar. Ese estado se debía sin duda al compañero de baile en esos momentos.

Se quedaron contemplándose en el mismo lugar donde habían finalizado la danza. Edith no sabía explicar qué le sucedía, pero estaba claro que ella no solo había captado la atención de él, sino la de muchos de los asistentes, entre ellos, la propia reina María.

—Parece que vuestro secretario no solo entiende de danzas de la corte, sino que también sabe despertar el interés en las mujeres —le comentó la reina al representante inglés, quien entonces dirigía la vista hacia la pareja y sonreía por lo bajo. María Estuardo había percibido algo en lady Edith luego de que la muchacha hubiera bailado con el acompañante del cónsul.

—Es posible que se sienta atraído por la belleza de vuestra dama. ¿Y vos? ¿Habéis pensado en un pretendiente para compartir el trono?

La reina María inspiró antes de cerrar los ojos y pensar lo que iba a responder. Era la pregunta obligada desde que había puesto los pies en Escocia y, aunque estaba algo cansada de responder lo mismo, entendía que el cónsul sintiera curiosidad por ese tema.

—Por ahora, prefiero dedicarme a mi pueblo, al igual que mi prima Isabel con el suyo. Quiero invertir en él todo mi tiempo y mis esfuerzos. Pero, esos temas, ya tendremos tiempo de comentarlos. Esta noche, estamos de celebración, embajador. Tal vez también vos deberíais bailar con alguna noble dama escocesa —le sugirió con una sonrisa no exenta de picardía.

El caballero inglés asintió sin mediar palabra.

—Tendréis que disculparme, pero soy muy mal bailarín. Esa cualidad se la dejo a mi secretario, al que ya habéis visto. —Throckmorton centró la atención en Arthur y en lady Edith, que se habían apartado y conversaban como dos viejas amistades.

—¿Habéis venido desde la corte francesa junto a la reina? —Arthur inició la conversación para conocer más aspectos sobre aquella dama. Necesitaba hablarle para mantener la mente despejada.

—Sí.

—Entonces, sois dama de compañía de la reina María desde hace tiempo —se aventuró a precisar Arthur mientras tomaba una copa de vino y la bebía, sin apartar la mirada del hermoso rostro de ella.

—Sí.

Edith no se proponía darle una conversación fluida. De ese modo, confiaba en que él la encontraría aburrida y la dejaría tranquila. La manera que tenía de mirarla la ponía nerviosa, y la presencia de aquel hombre no le era demasiado grata. Prefería estar sola.

Arthur, por su parte, parecía divertirse con tal talante. Había conocido a mujeres como ella. Cuando un hombre no les interesaba, daban rodeos o tan solo se mostraban poco interesadas en la conversación. Dado que él quería conocerla, sabía que debía tener paciencia. Era una de las virtudes de aquel inglés.

—Entiendo que sois escocesa, lady Edith.

—Sí.

—¿De la capital? —Arthur se llevó la copa a los labios para ahogar una sonrisa, más que para beber. Le resultaba divertido aquel juego. Y no sería él quien lo abandonara primero.

Edith contempló a Arthur entre la perplejidad y la exasperación. Aquel inglés no parecía dispuesto a dejarla tranquila por el momento. Tal vez debería regresar al baile. De ese modo, conseguiría desprenderse de él.

—Sí.

—Sois algo parca en palabras. ¿Lo son todas las damas de la corte o es una peculiaridad de las mujeres escocesas? —La sonrisa cínica de él provocó que el pulso se le acelerara a Edith. ¿Es que no se iba a rendir?, se preguntó al tiempo que se levantaba del escaño en el que había permanecido sentada.

—Pues no me hagáis más preguntas si no os gustan mis respuestas, señor —le rebatió con una mirada que expresaba enfado, pero no porque él estuviera tratando de mantener una conversación, sino porque ella se sentía desconcertada ante la presencia de aquel caballero. Por eso, tomó el vestido entre los dedos y lo alzó lo necesario para caminar de regreso al baile, lejos de aquel hombre. Sentía el calor sofocante que la invadía por completo y en especial en las mejillas, que le ardían. La respiración se le había agitado en demasía, fruto de la tensión creada por el secretario del embajador.

—¡Un inglés! ¿Es que no se da cuenta de que no es bienvenido? ¿Acaso a la reina María no le quedaba otra opción que aceptarlos en la corte por pura formalidad? ¡Es un inglés en la corte escocesa! ¡Por san Andrés! —murmuraba mientras se alejaba de él todo lo que el espacio del salón le permitía.

Arthur permaneció perplejo por la reacción de lady Edith. Pero, al mismo tiempo, sonreía de manera irónica por el repentino desplante. Sí, una mujer con mal genio, con carácter. Una mujer a la que debía conocer. No. A la que deseaba conocer. Levantó la copa en dirección a ella cuando la dama giró hacia él debido a la nueva danza en la que participaba. Sus miradas se encontraron, y Arthur percibió el destello de algo que le pareció precioso, aunque se tratara de desdén. Si tenía que lidiar con aquella escocesa, sin duda los días en la corte de la reina María no iban a ser aburridos. No. Claro que no debería dejarse seducir por el brillo del oro. La presencia de él en el

palacio de Holyrood era a petición de sir Francis Walshingham, con el beneplácito de la propia reina Isabel. No era algo que debiera tomarse a la ligera, si no quería acabar con la cabeza en una pica en el puente de Londres.

Edith volvió a sentir el golpe en el pecho cuando la mirada de él se le cruzó a sus centelleantes ojos. ¡Y encima se permitía la licencia de brindar a salud de ella! ¿Pero qué clase de cortesano era el secretario de la embajada de la reina Isabel?, se dijo, ofuscada por ese comportamiento que en nada se parecía al que ella había conocido en la corte francesa o allí mismo, en Edimburgo, con los miembros de otras delegaciones europeas. Si el aspecto de aquel hombre le había parecido el de un corsario como Drake o Hawkins, los modales que exhibía acababan de darle la razón. ¿Quién era lord Arthur Wolsey? ¿Por qué de repente había despertado su curiosidad? Quiso centrarse en los pasos de la danza, pero la imagen de él la turbaba y la hacía cometer algún que otro error. Por suerte, el compañero de baile no se percató de ello, más entusiasmado por el atractivo de la dama que por la danza en sí misma.

Horas más tarde y a solas con la reina en la habitación regia, Edith permanecía callada, perdida en sus propios pensamientos, que, para su propio desconcierto, tenían que ver con él: con el secretario del embajador. Aquel gesto ausente no pasó desapercibido para la propia María, ni tampoco para Riccio, quien la observaba con atención. En cambio, el resto de las damas no parecían haberse dado cuenta del silencio de Edith.

—Nunca os había visto tan callada, Edith —apreció la reina sin dejar de mirarla.

La muchacha inspiró y se volvió hacia María Estuardo, que aguardaba paciente una respuesta.

—Oh, no, mi señora, es que... —Edith sacudía la cabeza mientras se retorció las manos con inusual nerviosismo.

—¿Cansada?

—Bastante.

—Tal vez, el motivo de vuestro cansancio sea que ha danzado mucho esta noche.

—Sí, recibí bastantes invitaciones para hacerlo.

—¿Qué tal el secretario del embajador inglés? Os contemplé mientras bailabais y después vi que os sentasteis a platicar como dos viejas amistades.

La reina obvió el comentario al respecto de que, poco después, había visto a Edith levantarse hecha una furia y mirar a lord Wolsey con frialdad. Él, por su parte, la había contemplado de una manera más cálida e incluso había esbozado una sonrisa bastante reveladora, para al final brindar y beber a la salud de Edith.

—¿Por qué decís eso? No, solo... Tal vez se deba al cansancio producido por los últimos acontecimientos. Desde que llegamos a Escocia, todo han sido recepciones y más recepciones con los diversos representantes y jefes de clanes —comentó para apartar a Arthur de la mente y del tema de conversación.

—Sí, con eso ya contaba. Decidme, ¿qué opinión os merece el tal lord Wolsey? —La reina María entornó la mirada hacia Edith, sabedora de que la presencia de ese hombre la había confundido y de que era el causante de ese estado en ella. Pero, a juzgar por el semblante de la dama, no parecía hacerle mucha gracia hablar de él.

—A mí me parece un hombre muy interesante —respondió una de las damas, que se adelantó a la respuesta de la propia Edith.

—¿Así lo creéis, lady McCormack? —preguntó la reina con gesto risueño.

—Sí. Podría decirse que lord Wolsey es un hombre con un peligroso atractivo, Majestad —reafirmó lady McCormack.

—Sin duda, Majestad. He visto a muchas damas esta noche en el salón mirarlo con curiosidad, suspirar cuando él se acercaba o hacer comentarios en torno a su atractivo, a su imagen de aventurero —señaló lady Ross, otra de las damas de la reina.

—¿En serio las damas de mi corte hablan ya de ese modo de lord Wolsey? —María Estuardo elevó el tono de la pregunta y compuso una cara de sorpresa.

Edith contempló a lady McCormack y a lady Ross con inusitada expectación mientras sentía una punzada de malestar porque el resto de las mujeres considerara a lord Wolsey de la misma manera que ella lo hacía. Pero Edith calló. No quería ser partícipe de aquella comidilla.

—No cabe la menor duda de que será un candidato muy atractivo para algunas, Majestad —apuntó lady McCormack con una risita pícaro.

—¿Vos también lo pensáis, lady Edith? No os he escuchado manifestar vuestra opinión.

De nuevo, la pregunta de la reina la tomó desprevenida. Seguía pensando en los comentarios que lady McCormack había realizado.

—Lo único que puedo decir es que su aspecto no me parece el de un secretario de embajada, después de haber conocido a los de otras —respondió con un tono de enfado mientras agitaba los brazos en el aire y abría los ojos como platos.

—¿Por qué decís eso? —Había un toque de curiosidad y de picardía en el tono de la joven monarca.

—No es la imagen que habría podido imaginar —respondió Edith al tiempo que sacudía la cabeza.

“No es nada de lo que esperaba encontrar en él. En cambio, su sola presencia hace que me coloque a la defensiva sin saber por qué motivo.”

—¿Esperabais a alguien como Riccio? —El secretario de la reina sonrió ante aquel comentario.

—Bueno, Riccio más bien parece un trovador —le aseguró mientras lo miraba y lo señalaba con la mano.

—Ese calificativo me agrada, *signorina*. —El italiano asintió mientras rasgaba las cuerdas de la mandolina.

—Entonces, ¿qué imagen teníais en mente? ¿Tal vez la de un cortesano serio, regio y con barriga? ¿Entrado en años? ¿Estirado y orgulloso como en la corte francesa? ¿Alguien como mi hermano, tal vez? —La reina María sonrió ante ese último comentario.

—En concordancia con los que han venido con las embajadas de España, Francia o incluso Roma... No estoy segura. Pero nunca imaginé que su imagen fuera la de un corsario. He llegado a dudar si no sería un hombre del propio Francis Drake.

—¿Habéis llegado a considerar a lord Wolsey un pirata? ¿Habéis visto alguno? —La pregunta de la soberana captó la atención de las damas allí presentes, aunque no la de Riccio, que parecía tener más interés en afinar la mandolina.

Lady Edith sacudió la cabeza.

—Lady McCormack lo ha sugerido con anterioridad —le recordó mientras la señalaba.

—Pues, para ser un corsario cómo pensáis, debéis admitir que sabe bailar —expresó lady Argyll, la última dama de la reina, que hasta ese momento no había hablado.

—He tenido la ocasión de hacerlo en su compañía y debo decir que es un consumado bailarín —apuntó lady Ross.

—Veo que ha bailado con mis damas —bromeó la propia reina—. En cuanto a vos, lady Edith, os aconsejo que lo mantengáis a raya, no vaya a ser que os aborde con su nave —advirtió María Estuardo mientras las damas reían. No así la aludida, que en ese momento acababa de quedarse sin palabras ante el comentario. De haber sido otra persona la que había hablado, le habría respondido como en verdad se merecía—. Podéis retiraros. El día ha sido muy largo, y nos espera mucho trabajo por delante. Mañana mismo me reuniré de nuevo con el embajador inglés para profundizar en algunos temas. Lady Edith, no os marchéis todavía y ayudadme a quitarme el vestido. Y vos también, Riccio, tenemos que repasar los asuntos de mañana —les pidió con toda naturalidad, como si fueran viejas amistades.

Cuando el resto de las jóvenes se marcharon, la reina se levantó y dio un corto paseo por la habitación con gesto pensativo ante las miradas expectantes de lady Edith y de Riccio.

—Disculpadme los comentarios jocosos, Edith, pero quería desviar la atención del resto de mis damas.

—Soy consciente de ello, Majestad.

—Entonces, ¿qué os ha parecido el secretario del cónsul? ¿Seguís convencida de vuestra primera impresión?

—Así es, Majestad. Más bien parece un aventurero que un representante de la corona, dado su aspecto.

—No obstante, habéis tenido poco tiempo para conversar con él —le recordó la reina con un toque de sutil advertencia.

—Sí, es cierto. Pero la verdad es que su manera de mirarme...

—¿Os preocupa algo en especial, Edith? Decidlo ahora. Si he confiado en vos para este pequeño asunto, es porque siempre habéis demostrado ser la más eficiente y la más discreta de mis damas de compañía.

—No, tan solo me inquietan sus verdaderas intenciones.

—¿Os ha preguntado por algo que os haya llamado la atención? —La pregunta la efectuó el secretario Riccio.

—No, se ha dedicado a hacer preguntas sobre mí.

La reina María elevó las cejas en un claro gesto de expectación y sorpresa.

—Vaya...

—Quería saber si he venido desde Francia con vos, si soy natural de Escocia y poco más. Después, me he marchado y lo he dejado a solas. —Edith recordó el desplante que le había dado y la mirada que le había dedicado cuando se alejó de él. Lo que no iba a explicarle a la monarca era la extraña sensación de vacío que la había invadido luego cuando bailó con otro caballero, ni de qué manera la había afectado verlo brindar por ella.

—Está claro que sus verdaderas intenciones no van a mostrarse de buenas a primeras —apuntó Riccio—. ¿Sospecháis de vuestra prima?

María Estuardo sonrió.

—Isabel me teme. Tiene miedo de que yo reclame su trono por ser heredera legítima de mi tío, Enrique VIII. Ella sabe, al igual que yo, que ha sido declarada bastarda por Roma, dado que proviene de un matrimonio no aprobado por la Iglesia católica.

—Pero los nobles ingleses la llevaron al trono cuando su hermana María Tudor falleció. Vos estabais en la corte de Francia. Podrían haberos reclamado.

—Sí, pero la gente poderosa en Londres actuó de manera rápida para que Isabel ocupara el trono. No querían una reina católica. Pero eso, ahora, da igual. No me interesa lo que ella pueda pensar de mí. Solo quiero asentarme en mi propio país, que las disputas cesen cuanto antes y que Escocia se convierta en una nación próspera. No obstante, deberemos vigilar de cerca al embajador y al secretario —dijo en tanto miraba a Edith—. Debemos averiguar qué es lo que se proponen. Supongo que el cónsul se reunirá con mi hermano Jacobo; y no descarto que con el propio John Knox.

—Sería un gran aliado para Isabel por su condición de protestante.

—No me cabe la menor duda —coincidió la reina María con un dejo irónico—. Jacobo ha sido y será una marioneta en manos de mi prima Isabel. Por ese motivo, estará dispuesta a apoyarlo con tal de derrocarle del trono.

Aquella conclusión alertó a Riccio y a Edith, que intercambiaron miradas.

—¿Pensáis que el representante de Londres pueda estar buscando el favor de vuestro hermano para que Isabel os aparte del poder? —preguntó Edith alarmada por esa conclusión. Si María Estuardo perdía el trono, de nuevo se verían obligadas a salir del país. Pero ¿adónde irían entonces, cuando en Francia no se las quería? ¿A España?

—Esa cuestión os corresponde a vos, lady Edith —le recordó la reina con semblante serio—. Debéis descubrir qué trama Isabel a través del ayudante del cónsul. De los asuntos domésticos, me encargaré yo. —Asintió con la mirada en el secretario Riccio.

Lady Edith se mordisqueó el labio. Pensar en lord Wolsey le aceleraba el pulso y le provocaba pequeñas palpitaciones en el pecho.

La soberana volvió a fijar la vista con extrema atención en la dama.

—Intentad averiguar qué pretende mi prima. Tal vez, lord Wolsey sea más abierto y más cercano con vos que Throckmorton conmigo. ¿Podréis manejar la situación con el secretario inglés? Parece que habéis despertado su curiosidad por vos. —Había un toque de advertencia en el tono de la reina María, que Edith no pasó por alto. Sabía a qué interés se refería.

—Ya lo hice antes en la corte francesa. No creo que haya mucha diferencia entre un cortesano francés y uno inglés. Quedaos tranquila, Majestad —le aseguró con el aplomo que logró reunir, pese a que sabía que sería complicado después de esa noche.

—En ese caso, retirémonos a descansar. Es tarde. Basta de emociones por hoy.

Lady Edith abandonó la habitación de la reina cuando la hubo ayudado a desvestirse. Se habían quedado ellas dos solas, y la monarca había aprovechado la ocasión para advertir una vez más a la dama:

—Tened cuidado. Que lord Wolsey no sospeche que le espiáis. Las consecuencias podrían ser insospechadas.

—Lo tendré, Majestad. Lo tendré.

“En todos y cada uno de los sentidos”, pensó de camino a su propia habitación, con la agitación en el pecho. Tendría que ser precavida a la hora de estar con él. Tal vez no debería mostrarse fría como esa noche, pero

reconocía que la manera que él tenía de mirarla la había sumido en una turbación que no le había gustado nada. Tendría que ser más amable, pero más inteligente a la vez, para no enredarse en aquel juego.

* * *

Arthur servía vino en sendas copas mientras el embajador Throckmorton permanecía sentado con gesto pensativo. La noche había sido una simple entrada en contacto con las dos facciones existentes en la corte. Aceptó la copa que Arthur le tendía.

—Algo os preocupa, Throckmorton —apreció Arthur, que se apoyaba en el borde de la mesa mientras bebía.

—Cierto. La situación es más complicada de lo que pensaba en un principio. Ni qué decir de lo que puede pensar la reina Isabel.

—¿Lo decís por las diferencias existentes entre los clanes escoceses? Me he dado cuenta de ello a lo largo de la noche al hablar con unos y con otros.

—Pensaba que estabais más entretenido en averiguar secretos de la reina a través de su dama de compañía —apreció el cónsul con una media sonrisa.

—La dejé en cuanto me hizo un desplante. Pero no os preocupéis, hoy ha sido la primera noche de muchas que están por llegar. En cuanto a los clanes, os decía que están divididos entre la reina y la religión. Curioso. Podría aplicarse el dicho ese de que uno no puede servir a dos amos.

—María Estuardo es católica. El Parlamento es protestante en su mayoría. Esto, sin duda, nos favorece.

—¿Qué posibilidades hay de que la reina sostenga su corona sobre la cabeza con un Parlamento protestante cuyo dirigente es Jacobo? ¿Y por cuánto tiempo?

El cónsul sonrió ante esas dos preguntas. Pero la sonrisa cambió en el mismo instante en que se dio cuenta de la realidad de la situación.

—¿Insinuáis que los nobles escoceses contrarios a María Estuardo podrían levantarse en armas?

—No me cabe la menor duda después de haber observado a Jacobo y a sus secuaces, Maitland y demás.

—Sí, es evidente que a Jacobo no le ha hecho ninguna gracia el regreso de su hermana. Pero esto no le habrá hecho perder los apoyos que tenía. Es más, podría conseguir más partidarios.

—¿A quién secundará la reina Isabel si su prima ve el trono amenazado?
—Arthur arqueó una ceja en señal de expectación.

—Hasta ahora, Su Majestad se ha decantado por apoyar a Knox y las doctrinas en contra de Roma. No olvidéis que, en el fondo, Isabel considera a María Estuardo como un peligro.

—Por su temor a que María pueda reclamar el trono inglés como legítima heredera. El problema es que el pueblo de Inglaterra ya tiene una reina, por lo que no creo que vea con buenos ojos un cambio a estas alturas sin una férrea oposición. Y menos, una soberana católica. Tal vez Isabel no comulgue con las ideas católicas, pero, en Inglaterra, se la respeta.

—Esperemos que María Estuardo puede reinar en paz en Escocia y que no tenga ninguna pretensión al trono de Inglaterra —confesó el embajador con resignación—. ¿Y vos? ¿Qué habéis logrado averiguar de la dama escocesa antes de que os rehuyera? —Throckmorton sonrió burlón ante ese hecho.

Arthur permanecía apoyado sobre el canto de la mesa con la copa en la mano y la mirada perdida en el vacío.

—Poco o nada, más bien. Lady Edith salió huyendo de mi lado, como os comenté.

—¿La asustasteis? —Throckmorton entornó la mirada hacia Arthur.

—No lo sé. Tan solo me limité a hacerle preguntas triviales acerca de la reina y de su relación con ella. Nada más. Al poco tiempo, pareció cansarse o aburrirse, por lo que se marchó.

—En ese caso, deberéis mejorar la próxima vez que os crucéis con ella.

—Sí, lo estoy deseando —murmuró antes de volver a beber para calmar la sensación de vacío e inquietud en que lady Edith lo había dejado.

—¿Os contó algo que merezca la pena?

—Nada. Ni siquiera me dio tiempo a preguntarle por la situación actual.
—Arthur sonrió, se encogió de hombros y apuró la bebida.

—Está claro que nuestra estancia aquí, en la corte de María Estuardo, se asemeja a una partida de ajedrez.

—Ya os lo dije al comienzo de la velada. Ahora os digo, además, que habrá que tener cuidado con no perder a la reina —señaló Arthur en tanto apuntaba al embajador con la mano que sostenía la copa, mientras Throckmorton sonreía.

CAPÍTULO 3

Lady Edith se encontraba paseando por los jardines del palacio de Holyrood desde muy temprano. Una vez que la reina se reunió con Riccio, lady Edith había decidido ausentarse para aprovechar la mañana soleada. Necesitaba algunas horas para pensar. Los últimos días habían sido tranquilos e incluso algo anodinos en comparación con la agitación de las primeras jornadas tras la llegada de la corte a Escocia.

Mientras caminaba, lady Edith retomó en la mente la conversación mantenida con la reina María hacía ya algunas noches acerca del nuevo cónsul y de su secretario. Todas las damas de compañía y la propia reina habían llegado a la misma conclusión que ella: lord Arthur Wolsey era demasiado atractivo y peligroso para tratarse del ayudante de una delegación. Eso era lo que le había ocupado el pensamiento durante los días posteriores al encuentro con él. Aunque no le gustaba en demasía pasar tiempo con él, bien fuera al conversar o bien al bailar, el cometido de ella en aquella partida que se disputaba entre la corte inglesa y la escocesa era favorecer a su reina. Necesitaba averiguar qué planes tenía Isabel de Inglaterra para Escocia; y la manera de averiguarlo era mediante la relación con el secretario Wolsey. Por poco que él pudiera saber, seguro que había algo que valiera la pena.

—¡Lady Edith!

La voz de lady McCormack la detuvo en el paseo y la obligó a sacarse de la mente a lord Wolsey. La muchacha se fijó en que su compañera caminaba hacia ella. Era la dama más joven de las cuatro que tenía Su Majestad.

—Me dijeron que estabas paseando por los jardines del palacio.

—Sí, en vista de que la reina estaba reunida con Riccio, decidí utilizar mi tiempo libre para dar un paseo. ¿Conoces los jardines?

—No. La verdad es que, desde que llegamos de Francia, apenas si hemos tenido para separarnos de Su Majestad —confesó lady McCormack con cierto pesar.

—Sí, por fin la situación deja algo de tiempo sin ocupaciones, en verdad.
—Lady Edith se mordisqueó el labio con gesto pensativo mientras seguía caminando. En ese momento pensaba en lo que lady McCormack había dicho de lord Wolsey.

—Cierto. Por suerte, las embajadas ya están todas asentadas en la corte. Es posible que, de ahora en adelante, la situación se relaje y podamos disfrutar un poco más. El que más revuelos sigue levantando es sin duda el secretario inglés. —Lady McCormack pareció dotar de un tono distinto a esa última afirmación. Lanzó una mirada pícara y furtiva a Edith para contemplar la reacción de la compañera.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Lo mismo que todos los días. Las mujeres de la corte no dejan de hablar acerca de su atractivo: de su personalidad, su caballerosidad, sus atenciones con todas las damas... Tiene el porte de un aventurero, o incluso de un corsario de la propia reina de Inglaterra. Me he fijado en otros secretarios de las embajadas aquí presentes: ninguno se le acerca en el aspecto y el físico — confesó lady McCormack con un leve suspiro lleno de picardía.

Lady Edith sintió el calor inundarle el pecho y ascender hacia las mejillas. ¿Por qué mostraba ese comportamiento cuando se referían a lord Wolsey de esa manera? Volvió la atención al frente en tanto intentaba no mostrarse interesada en ello. Lo cierto era que, en ese instante, lady Edith se reprochaba a sí misma el hecho de haberse alejado tan pronto de lord Wolsey. Hacía días que no se cruzaba con él, a pesar de que estaba en la corte. ¿Dónde se había metido? ¿Acaso la estaba evitando por el desplante que le había dado la noche que se conocieron?

—Pese a su apariencia, es sin duda un caballero apuesto y galante. No pocas mujeres anoche suspiraban por bailar con él. Tú lo hiciste hace algunas veladas.

Lady Edith frunció el ceño; fijó la mirada en el suelo mientras las imágenes del baile con lord Wolsey le asaltaban la mente y le provocaban un leve suspiro.

—Oh, sí. Lo cierto es que no esperaba hacerlo. Pero, de repente, allí estaba él, delante de mí, al inicio de una pavana.

—En ese caso, tú, mejor que nadie, puedes definirlo —reiteró lady McCormack con una sonrisa traviesa—. Tú eres de las pocas damas que lo ha tenido tan cerca.

—Oh, no, no. La verdad es que me pareció algo pretencioso y maleducado. Por ese motivo, me marché y lo dejé solo.

—Para mí, el que parece algo prepotente es el hermano de la reina.

—¿Jacobó?

—No me gusta lo poco que he visto de él.

—Tenemos que tener en cuenta que no parece haberle hecho mucha gracia ceder el trono a su hermana —le recordó lady Edith con un gesto de advertencia.

—Pero no parece que vaya a apoyarla, según comentaban anoche varios nobles afines a Jacobo. La mayor traba que existe es la religión de la reina María.

—Discrepo con vos, mi señora. —La repentina voz masculina que surgió de la nada alertó a las dos damas de la reina.

—¿De dónde demonios salís? —Lady Edith clavó la mirada en el sonriente rostro de lord Wolsey, quien, en ese preciso instante, hacía una reverencia ante las dos mujeres.

—Os pido disculpas si os asusté. No era mi intención. Yo... venía paseando por detrás de estos setos. —Señaló hacia la hilera de arbustos que se extendían a lo largo del camino y que ocultaba a las personas que caminaban por el camino paralelo—. Pero claro, era imposible que me vierais, ya que la altura de los setos me ocultaba a vuestra vista. Por cierto, vuestra conversación era de lo más interesante. —Arthur sonrió con ironía al recordar que había logrado escuchar algo relacionado con su propia persona, pero había llegado tarde para saber qué decían en concreto.

—¿Acaso habéis estado espiando nuestra conversación? —Lady Edith dio un paso atrás mientras le observaba el semblante y pensaba que habría oído lo que lady McCormack y ella habían discutido acerca de él. El palpito en el pecho de ella fue solo el comienzo de unos latidos más acelerados y prolongados. En ese instante, no podía dejar de pensar en la conversación que

había mantenido y en lo que había confesado en relación al aspecto físico del inglés. Era atractivo, pero eso no debía apartarla del verdadero propósito que tenía: averiguar qué se traían entre manos el embajador y él.

—Acabo de deciros que he salido de un camino que...

—Sí, sí, ya sabemos lo que habéis dicho —lo interrumpió lady Edith, ofuscada por tal atrevimiento, mientras lady McCormack se convertía en una mera espectadora de aquella escena tan divertida como concluyente si una se fijaba con atención en los gestos y en las miradas de lady Edith—. Y, además, os tomáis la licencia de opinar sobre un asunto que no os incumbe.

Arthur permaneció en silencio durante unos segundos, en los que no pudo apartar la atención del rostro acalorado de lady Edith. Pero, por lo que veía, seguía igual de arisca con él que la noche en que se conocieron. ¿Acaso era él el que le provocaba ese temperamento?, se preguntó mientras sonreía sin poder evitarlo.

—¿Vuestro carácter es siempre así o solo cuando me veis, lady Edith? —La pregunta la dejó con la boca abierta, mientras lady McCormack apretaba los labios para evitar reírse.

—Tal vez se deba a que sois un inglés.

—De modo que se trata de mi origen.

—¡No sois bienvenido aquí en Escocia, por mucho que seáis el secretario del embajador de Isabel! Ni vos, ni ningún inglés —le dejó claro al tiempo que lo observaba de los pies a la cabeza con cierto aire de superioridad o desdén que le arrancó una sonora carcajada a Arthur. Cuando lady Edith se tomó el vestido entre las manos y emprendió el camino lejos de él, no pudo evitar sentir cierta admiración por ella.

—¡Lady Edith! Esperad a vuestra amiga —le dijo, en referencia a lady McCormack, que permanecía allí, expectante por el ver el desenlace de aquella situación.

—Debéis reconocer que no se os da bien tratar con lady Edith. Es la segunda vez que huye de vos —le recordó lady McCormack con una sonrisa pícaro.

—¿Todas las damas de la reina María sienten la misma animadversión hacia los ingleses? ¡Pero si solo soy un secretario que cumple con su deber! —le aclaró mientras mostraba las palmas de las manos como si buscara una

explicación.

Arthur contempló a lady Edith regresar, pero no pudo evitar sentirse complacido por ser testigo de aquella belleza. Sin duda, era una mujer preciosa y con actitud. Apostaba a que descendería del propio William Wallace o del rey Bruce. La sangre escocesa de los antepasados le hervía en las venas, y la mirada le centelleaba como el frío y cortante acero de una espada *claymore*. El cabello rojizo se asemejaba al fuego que destilaba el carácter de la dama. Pero él no le tenía miedo a todo eso, sino al gusto que comenzaba a tomarle, con cada una de las apariciones de la joven, a tanta osadía.

Lady Edith se detuvo delante de él y le sostuvo la mirada en un claro desafío. La respiración agitada hacía que el pecho le subiera y bajara, asomado por el borde del escote. Arthur no quiso centrar la atención en eso, pero la piel de aspecto suave y blanquecino captó, a su pesar, todo el interés del inglés. Lady McCormack no fue ajena a ese gesto y prefirió seguir con la conversación mientras lady Edith se calmaba.

—No todas las damas. Pero sí es cierto que despertáis cierto recelo —le confesó, mientras Arthur fruncía el ceño sin entenderla—. Antes, asegurabais que la reina no tendría que tener inconvenientes en dirigir el país.

—Y así lo creo. La religión de la reina no debe ser un impedimento para que ella gobierne con sabiduría y rectitud.

—¿E Isabel? —La pregunta de lady Edith confundió a Arthur durante un momento, pero fue más por la manera de contemplarlo, con los brazos cruzados y el talante desafiante, que por el sentido que expresaba.

—¿A qué os estáis refiriendo? La reina Isabel lo único que quiere es que su prima pueda disfrutar de un reinado próspero y en paz.

—¿Aun a costa de que María Estuardo pudiera solicitar el trono de Isabel como legítima heredera?

Arthur volvió a sentirse golpeado, pero esa vez no se trataba de la belleza de lady Edith. En esa ocasión, había sido la propia pregunta la que lo había tomado desprevenido. No esperaba que ella se la hiciera. Tal vez Jacobo, como hermano de María, podría ser el más interesado en dicho tema. Arthur entrecerró los ojos al tiempo que la contemplaba con exacerbada curiosidad.

Lady Edith arqueaba las cejas en señal de estar esperando una respuesta. Sostenía la mirada de lord Wolsey a costa de la agitación que la sacudía, pero también sabía que ese estado era en parte por la pregunta que acababa de lanzarle. ¿Qué pensaría?

—Desconocía el interés de María Estuardo por el trono de Inglaterra — comentó con extrema cautela Arthur mientras su propia mirada se debatía entre las dos mujeres. Si se dirigía a lady Edith, quedaría demostrado que sentía cierta curiosidad e interés por ella. Si lo hacía hacia lady McCormack, entonces su propio inconsciente lo obligaría a volver a lady Edith.

—No es una cuestión que se haya planteado todavía. Primero, debe fijar su posición aquí en Escocia. Pero sabéis tan bien como yo...

—Que Isabel fue declarada hija ilegítima por Roma. Pero debemos tener en cuenta que la iglesia de Roma ya no tiene potestad alguna en Inglaterra —le recordó con una sonrisa con sabor a victoria en aquella peculiar guerra dialéctica que ambos mantenían.

—Oh, sí, claro que lo sabemos. Desde que Enrique VIII rompió con el Santo Oficio cuando no le permitieron divorciarse de su primera esposa, Catalina de Aragón, para casarse con Ana Bolena, madre de Isabel. — Entonces, era lady Edith quien parecía sonreír satisfecha ante el recuento—. Y todo para luego acusarla de traición y colocarla bajo el hacha del verdugo.

—Para ser escocesa, conocéis muy bien la historia de la casa Tudor —le reclamó mientras sonreía; lady Edith sintió el calor en el rostro—. Isabel es la reina de Inglaterra y la cabeza de la Iglesia anglicana.

—Y María Estuardo es reina de Escocia y católica —le rebatió lady Edith, armada de valor para envararse ante lord Wolsey. La mirada de ella se mantuvo fija en la de él mientras las manos se aferraban a la tela del vestido con todas sus fuerzas. Durante un instante, deseó abofetearlo por plantearse ante ella con aquella pose arrogante y aquella sonrisa que hacía que la sangre le hirviera.

Arthur apretó los labios hasta que se convirtieron en una delgada línea. Asintió en repetidas ocasiones y sonrió.

—Tal vez deberíamos dejar aquí la discusión y proseguir con el paseo — sugirió lady McCormack para intentar relajar la tensión que había surgido entre ambos.

—Deberás perdonarme, pero se me han ido las ganas de pasear —dijo lady Edith en tanto entrecerraba sus ojos y dirigía una mirada fría a lord Wolsey—. Puedes acompañar a lord Wolsey en el paseo y enseñarle los jardines para que no vaya a perderse —le aconsejó con cierto desdén mientras la mirada le refulgía de rabia hacia él.

Lady Edith se alejó de regreso al castillo de Holyrood con paso firme y rápido para evitar que él saliera detrás de ella.

—Con vuestro permiso —se despidió lady McCormack de Arthur con una tímida reverencia antes de caminar en pos de lady Edith que apretaba los dientes y sentía el sofoco en el rostro. Le resultaba evidente que la presencia de lord Wolsey en la corte no iba a depararle más que dolores de cabeza. O, al menos, esa era la impresión que acababa de quedarle después de ese segundo encontronazo, porque lady Edith no se sentía capaz de darle otro calificativo a aquellos breves altercados.

—Edith, Edith, espera. —Lady McCormack acudió presurosa hasta su amiga, que se detuvo a escasos metros del acceso a Holyrood. Edith respiraba con trabajo, tenía el rostro encendido y la mirada reflejaba un enfado sin igual —. Deberías calmarte.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Estoy convencida de que la presencia del nuevo embajador y de... ese prepotente y pretencioso corsario —escupió con desdén mientras hacía gestos hacia el lugar en el que lord Wolsey todavía permanecía— se debe a que quieren apoyar a Jacobo.

—Han venido a la corte porque es obligación de la reina María recibirlos, como a cualquier delegación que venga.

—Pero has visto qué cara ha mostrado cuando le he sugerido que la reina podría reclamar el trono de Londres. No es algo que haya pensado, estoy segura, pero sí recabar apoyos para Isabel. Según algunos jefes de los clanes, Isabel y Walshingham han estado beneficiando la doctrina de John Knox a espaldas de la reina María. ¿Qué tienes que decir a eso? —Lady Edith abrió los ojos al máximo en tanto esperaba una aclaración por parte de lady McCormack.

—Creo que deberías dejarles los entresijos de la política a quienes corresponde y procurar llevarte bien con lord Wolsey —le recomendó lady McCormack con un gesto de complicidad.

—¿Llevarme bien? ¿A qué demonios viene ese comentario?

—No ha estado nada bien que le dijeras que no era bienvenido en el palacio de Holyrood por ser inglés.

Lady Edith abrió la boca para replicar, pero el gesto de la amiga pareció disuadirla. Apretó los labios y cerró los ojos al tiempo que inspiraba en un intento por tranquilizarse. Pero lo que sucedió a continuación no pudo controlarlo: el rostro sonriente de lord Wolsey se le deslizó en la mente y la obligó a abrir sus ojos de golpe y a sentirse de nuevo ofuscada.

—Deberías ser más amable con él.

—¿Se puede serlo con una víbora? —le preguntó con un toque humorístico mientras se adentraba en el palacio en un nuevo intento de alejarse de él, al menos de manera física, ya que la imagen del caballero parecía no querer irse.

Arthur permaneció en el lugar en que lady Edith lo había dejado plantado por segunda vez sin ningún miramiento. Si pensaba en ella como mujer, entonces solo podía sonreír por haberla conocido. Ese carácter impulsivo lo había atrapado. Si a ello le añadía lo atractiva que la encontraba, la situación se volvía más emocionante. ¿Acaso se le había pasado por la cabeza la locura de intentar seducirla? No estaría en sus cabales si se prestara a tal menester. Pero si pensaba en ella como dama de María Estuardo, entonces debería proceder con cuidado. Lo que ella había dicho acerca de que María pudiera solicitar el trono de Inglaterra le había hecho saltar las defensas. No estaba seguro todavía de cuáles eran las verdaderas intenciones de la reina María con respecto a su prima Isabel, pero algunos apostaban a que, una vez que la corona de Escocia estuviera firme sobre la cabeza de aquella soberana, no sería descabellado reclamar el derecho al trono inglés. Para ello, la escocesa debería hacer uso del argumento de que su prima era una hija ilegítima y de que, por tanto, no debería reinar en Inglaterra.

Arthur caminó despacio de regreso al palacio de Holyrood con la preocupación en la cabeza. A lo mejor, sería aconsejable pensar en lady Edith como en la dama de compañía de la reina, y no como una mujer de exquisita belleza. Pero ¿cómo conseguiría separarlas cuando coincidían? Tendría que ser más habilidoso la próxima vez que se encontraran, lo que apostaba que no tardarían en hacer.

* * *

Jacobo permanecía reunido con aquellos nobles escoceses que discrepaban con las proclamas de la reina María. El sonido de las voces elevadas alertó a Throckmorton, que en ese momento se dirigía hacia aquella estancia del castillo para tener una conversación privada con el príncipe. Acompañado de lord Wolsey, el embajador detuvo los pasos y, con gesto contrariado, miró a Arthur en busca de alguna aclaración ante aquel alboroto.

—¿Sabéis el motivo de estas voces? Escuchad.

Arthur se detuvo a escasa distancia de la puerta y del hombre allí apostado en un intento por percibir con claridad las voces que se alzaban de manera enérgica en el interior de la estancia.

—Hablan sobre la reina María. No parecen muy contentos con su determinación a mantener la fe católica en Escocia.

—Sí, ya sabíamos que ese tema traería graves consecuencias. Soy el embajador de la reina Isabel, y este es mi secretario, lord Wolsey. Jacobo nos espera —le informó al soldado de guardia.

—Aguardad aquí.

El golpe en la puerta captó la atención de todos los allí reunidos y los sumió en un silencio revelador. Unos a otros, se miraron con cierto temor por aquella visita, y los más cautelosos dirigieron la atención a Jacobo.

—¿Qué teméis? ¿Que la propia reina descubra que os habéis reunido a sus espaldas para urdir algo en su contra? —Jacobo esbozó una sonrisa irónica mientras observaba los rostros de los jefes de los clanes leales a él—. No temáis. Debe de ser el embajador inglés. Habíamos quedado en reunirnos un día de estos.

La puerta se abrió, y el soldado de guardia se cuadró delante de Jacobo y del resto de los nobles.

—El enviado de la reina Isabel y su secretario solicitan permiso para entrar. Aseguran que vos los estáis esperando.

—Sí, hazlos pasar. ¿Lo veis? No hay nada que temer.

—¿El representante de Isabel es partidario de la reina María? —preguntó Maitland con la mirada entornada hacia Jacobo con suspicacia.

—Isabel de Inglaterra es muy astuta. Y, por lo que he oído, su embajador es como un zorro: taimado, sagaz y muy observador. Ya veremos si muestra sus cartas.

Throckmorton y Arthur se detuvieron junto a la puerta al ver a los nobles escoceses allí reunidos alrededor de la mesa.

—Manteneos alerta de cualquier comentario o gesto que os haga sospechar de un complot —le susurró el cónsul a su secretario antes de dirigirse a Jacobo.

—Señores, los estábamos esperando —comentó el hermanastro de la reina María al dar un paso al frente para recibir a los enviados de Isabel—. Confío en que vuestra estancia en la corte de mi hermana esté siendo de vuestro agrado.

—Sin duda, así es. Pero veo que estabais reunidos —expresó Throckmorton en referencia a los dirigentes de los clanes allí presentes.

—Espero que no os importe. Hablábamos sobre el devenir de los últimos acontecimientos en Escocia desde el regreso de mi querida hermana. Sus intenciones de mantener ambas religiones era el tema que nos ocupaba cuando habéis llegado.

—Hum... Pues hablabais bastante alto con vuestros nobles, a juzgar por las voces que se escuchaban en el pasillo mientras nos acercábamos. Es evidente que se trata de un tema controvertido, no me cabe la menor duda —apreció Throckmorton, y lanzó una mirada a Arthur, quien se mantenía expectante, como si tomara nota de los nobles allí reunidos.

—Tal vez la discusión se volvió acalorada en algún momento. Ya sabéis cómo son estas reuniones.

—Entiendo que todos estéis sorprendidos por la decisión de la reina María de darle libertad de religión al pueblo.

—Sin duda ha sido una noticia que nos ha tomado desprevenidos. Pensábamos que, con estos tiempos nuevos que corren por todo el continente, mi hermana se adaptaría a ellos.

—No obstante, no es mala decisión dejar que el pueblo pueda seguir la fe que quiera.

—Pero tener un Parlamento en su mayoría protestante y una reina católica... —Jacobo dejó entrever al embajador que aquella no era una acertada decisión.

—Lo sé, lo sé. ¿Insinuáis que pueda darse algún tipo de conflicto? —Throckmorton arqueó las cejas con expectación mientras el tono se volvía cauteloso.

—La mayoría de los nobles apoya la doctrina de John Knox, al igual que la propia reina Isabel en Inglaterra.

—Lo que aliente o no Su Majestad no nos incumbe. Lo que interesa a la reina es saber qué dirección tomará Escocia.

—Tomará la que el pueblo decida —le aseguró Jacobo de manera concluyente.

—¿Y si el pueblo decide que María es la mejor opción? Vos mismo acabáis de asegurar que el Parlamento es en su mayoría protestante... Deduzco, entonces, que los nobles aquí reunidos también os son afines —dijo al pasear mirada por todos los allí presentes.

—Lo son.

—Ya veo —murmuró Throckmorton con los ojos entrecerrados—. La reina Isabel quiere una Escocia próspera en la que impere la paz. No desea ningún tipo de enemistad con su prima. Por ese motivo estamos aquí, para conseguir que las relaciones entre las dos cortes sean provechosas para ambas.

Arthur permanecía en silencio mientras recordaba las palabras de lady Edith al respecto de los derechos sucesorios de María al trono de Inglaterra. ¡Lady Edith! Llevaba mucho tiempo sin verla, y eso que había intentado encontrarla. Pero le daba la impresión de que ella lo evitaba. ¡Demonio de mujer! De buena gana, estaría más que dispuesto a enseñarle modales de cortesía, pensó mientras esbozaba una sonrisa reveladora al imaginar la situación.

—¿Ha considerado la reina Isabel la posibilidad de que María pudiera dejar el trono? —Jacobo lanzó la pregunta a la espera de la reacción del embajador inglés. Era evidente que aquella situación requería templanza y

moderación. Jacobo y los nobles escoceses no estaban dispuestos a arriesgarlo todo si, detrás, no contaban con el apoyo de Inglaterra, como hasta entonces.

—¿Estáis sugiriendo que María Estuardo podría abdicar? —Aquella pregunta captó toda la atención de Arthur. Lady Edith no le había comentado nada al respecto. Claro que ella tampoco le había dado opción a seguir preguntándole por las intenciones de la soberana. La última vez que ambos habían coincidido, ella lo había dejado plantado en el paseo de los jardines cuando se dio cuenta de que no podría convencerlo de sus propias ideas.

—Tal vez, llegado el caso... si el Parlamento de Escocia se opusiera a sus propuestas.

—¡Pero vuestra hermana es la legítima reina de Escocia! —intervino lord Wolsey, lo que captó la atención de Jacobo.

—Cierto, lord Wolsey, pero solo sugiero que, si la corona y el Parlamento están enfrentados, habrá que tomar alguna decisión, por mucho que no nos guste. Lo primero es Escocia —dejó claro un Jacobo que parecía crecer en esos momentos y que le devolvía una mirada intrigante a Arthur.

—Decís bien, señor, pero vuestras palabras dan a entender que pueda suscitarse algún tipo de conflicto que Isabel tal vez no vea con buenos ojos —apuntó Throckmorton, pese a que no estaba del todo seguro de la postura de la monarca. A ella, lo que más le inquietaba era que su prima reclamara el trono de Inglaterra. De manera que, al fin y al cabo, deponer a María Estuardo del trono escocés no resultaba tan descabellado. Eso sí, la mano de Isabel no podría estar detrás de ninguna conspiración para derrocar a la prima, como tampoco lo estaba de los ataques de los corsarios.

—Pero Inglaterra ha apoyado la causa de John Knox —le recordó Jacobo, exultante por ese pequeño triunfo.

—Cierto, porque Isabel no es católica y no está a favor de que la antigua fe regrese a las islas. Nada más. Ve con buenos ojos que las ideas de John Knox se establezcan en Escocia y que Roma pase a un segundo o tercer plano.

Jacobo asintió, convencido de que, en el fondo, la reina de Inglaterra seguía estando del lado de él pese a la llegada de María. También estaba seguro de que, aunque Isabel quisiera dar una imagen de cordialidad frente a la corte de María Estuardo, en realidad pretendía mantenerla alejada.

—Una última cuestión antes de retirarnos. —Throckmorton iba a poner sobre la mesa la información que Arthur le había facilitado después de las conversaciones con lady Edith—. ¿Qué hay de cierto en las pretensiones de vuestra hermana María al trono de Inglaterra?

La pregunta hizo palidecer a Jacobo, así como al resto de los nobles escoceses. Arthur no perdía detalle de cada uno de ellos y podía apostar a que no esperaban aquella pregunta tan directa y tan intrigante. Pero era un tema que había que tratar, y de la manera más rápida posible.

Jacobo sacudió la cabeza para deshacer el nudo que acababa de formársele en la garganta.

—No sé de qué me habláis. Mi hermana no me ha comentado en ningún momento que esa sea su principal pretensión. No os preocupéis, lord Throckmorton. María tiene demasiadas tareas por resolver en su propia casa como para preocuparse por el hogar ajeno —le aseguró con un toque de autosuficiencia.

—En ese caso, me quedo más tranquilo. Ahora, si nos disculpáis, mi secretario y yo tenemos cosas que hacer. Salvo que queráis comentarnos algún asunto.

—Por ahora, no hay más. Si necesitáis volver a verme, seréis bienvenidos. —Jacobo se inclinó con respeto ante ambos y los contempló caminar hacia la puerta y salir por ella. Cuando estuvo cerrada, todos los nobles centraron en él la atención a la espera de una evaluación de aquella entrevista—. De manera que Isabel teme que María pueda reclamar el trono. Eso nos da ventaja, señores. Estoy convencido de que, en el fondo, Isabel vería con buenos ojos que mi querida hermana abandonara el trono de Escocia y el país.

Throckmorton y Arthur dejaron atrás la reunión de Jacobo con los nobles escoceses afines a la causa protestante y contrarios a la reina. El embajador se mantuvo en silencio durante unos minutos hasta que salieron al exterior, donde nadie podría escuchar su conversación. Throckmorton se detuvo y miró fijo a Arthur.

—¿Y bien? ¿Qué impresión os ha quedado después de escuchar a Jacobo?

—Creo que esa reunión se parece más a un complot contra la reina María que a una de gobierno.

—Jacobó es la mano derecha de María y el hombre más fuerte en el Parlamento.

—Toda una contrariedad.

—Tengo la impresión de que Jacobo no ha sido del todo sincero con nosotros.

—Ni esperéis que lo sea. Hay una conspiración en marcha; la presiento. Pero, hasta que todos los cabos no estén atados, no harán nada.

—Sí, Jacobo debe conseguir el apoyo de todo el Parlamento para intentar derrocar a María.

—¿Y qué haremos nosotros si tal cosa sucede? —Arthur miró con preocupación al cónsul, que en ese momento sacudía la cabeza sin saber con exactitud qué respuesta era la más acertada.

—Será mejor informar a la reina Isabel. Partiré para la corte de Londres en breve. Su Majestad y Walshingham deben estar al tanto de lo que sucede aquí.

—¿Y yo?

—Vos no podéis moveros de aquí. Recordad que tenéis un cometido de Su Majestad. Aprovechad para hacer más vida social en la corte. Por cierto, ¿qué hay de lady Edith?

Arthur esbozó una sonrisa irónica. Inspiró hondo y apretó los labios en un gesto de desconcierto.

—Hace días que no la veo. Supongo que me está evitando.

—Más os valdría retomar vuestra amistad con ella. Necesitamos saber si la reina pretende reclamar el trono de Isabel y si está al tanto de lo que su hermano Jacobo parece estar urdiendo a sus espaldas.

—No será sencillo.

—¿Por qué? Walshingham asegura que vos sois su mejor carta —le recordó con un toque de advertencia. No era buena idea hacer quedar mal a la mano derecha de Isabel.

—Agradezco sus comentarios hacia mí, pero os advierto que tal vez sea más complicado hacerlo, dado que una dama de compañía de la reina no es una persona que vaya a soltar información así como así.

—Tendréis que buscar la manera de efectuarlo. A mi regreso de Londres, me gustaría saber qué novedades hay.

—¿Y Jacobo?

—No estaría de más que os acercaseis a él en algún momento. Es importante tenerlo vigilado.

Arthur asintió. Le gustaba más la parte de mezclarse con los nobles escoceses, aunque era consciente de que no despertaría muchas simpatías por ser inglés. Además, estaba el asunto de lady Edith. Tendría que encontrar la manera de cortejarla para que se mostrara más receptiva y habladora con él.

* * *

Lady Edith permanecía atenta a la costura mientras la reina leía y Riccio amenizaba la tarde con una melodía. María Estuardo cerró el libro, que dejó sobre el regazo, y centró su atención en la dama de compañía, la única que en esos momentos estaba con ella. La observó con cuidado mientras ella daba puntadas sobre el bastidor.

—Lady Edith, hace días que no me contáis nada sobre cómo marchan las cosas entre el secretario inglés y vos. —La voz pausada de la monarca y el hecho de que se refiriera a Arthur hicieron que la mano de lady Edith temblara y que se pinchara el dedo—. ¿Os habéis peleado?

Lady Edith sacudió la cabeza, sin darle demasiada importancia a ese hecho. Se llevó el pulgar a los labios y, después, lo limpió con el pañuelo. ¿Por qué diablos se había sobresaltado de aquella manera con la sola mención de Arthur Wolsey? Para su propia sorpresa, estaba algo intranquila porque no había vuelto a saber de él, cuando se suponía que no hacerlo la relajaría y le haría el día a día más llevadero.

—No hay nada que contar —le contestó mientras la reina fruncía el ceño sin comprender esa respuesta—. Lo cierto es que no he vuelto a verlo. No he coincidido con él en ningún lugar desde nuestro último encuentro en los jardines.

—Es extraño —apuntó la soberana al tiempo que recostaba la espalda contra el respaldo de la silla y miraba a la dama como si no le estuviera diciendo la verdad.

—Tal vez esté encerrado con el embajador para dirimir asuntos que tengan que ver con su cometido aquí. —Lady Edith parecía no querer ahondar demasiado en ese tema. Hablar o pensar en él le provocaba una sensación de enojo que no quería sentir.

—Sí, es posible que así sea. De todos modos, sería aconsejable que tratarais de encontrarlo, no de una manera descarada, pero sí lo bastante casual para que no sospeche de vos. Es necesario saber qué opina el representante de Inglaterra de mi ascenso al trono.

—Lo único que puedo deciros es lo que me dijo en nuestro último encuentro, que...

El golpe en la puerta hizo que lady Edith detuviera la narración. La reina volvió la atención hacia la entrada, que se abrió al momento para dar paso al embajador y a su secretario, el hombre que, hasta escasos segundos, era el centro de la conversación de María y lady Edith.

Durante un instante, las miradas de Arthur y Edith se cruzaron, como si no pudieran evitar hacerlo. Mientras lord Wolsey asentía limitado a esbozar una tímida y cálida sonrisa cuando la vio, Lady Edith tuvo la impresión de que la respiración comenzaba a acelerársele y de que los latidos de su propio corazón podían escucharse en la quietud del momento. Se aferró con fuerza al bastidor, incapaz de apartar la mirada del engreído pero apuesto secretario del cónsul inglés.

—Majestad —expresó Throckmorton con una reverencia—. Lady Edith. Secretario Riccio.

Sin embargo, lady Edith parecía ausente en ese momento y no correspondió el saludo del representante inglés. Trataba de centrarse, por todos los medios, en la costura, pero cada vez que intentaba pasar la aguja, los dedos se le movían nerviosos e inexpertos sobre la tela: en más de una ocasión volvió a experimentar el escozor del pinchazo. Era en esos momentos cuando aprovechaba para levantar la mirada y controlar a lord Arthur Wolsey, que permanecía con una pose relajada.

—¿A qué debo vuestra presencia, embajador?

—Majestad, he venido a informaros de mi inminente marcha hacia Londres. —El gesto de la reina no varió, pues sabía que los representantes de la corona se movían de una corte a otra para presentar informes, peticiones o

quejas—. Llevamos semanas aquí, y debo informar a Su Majestad, vuestra prima Isabel, de que todo está en orden.

Lady Edith volvió a levantar la mirada de aquel quehacer. Aquella información le produjo un repentino palpito. ¿Significaba que lord Wolsey lo acompañaría? Una súbita ola de impaciencia por saber qué sucedería la sobrecogió.

—Comprendo vuestras obligaciones, embajador. Antes de marcharos, me gustaría pedirlos que entregarais un obsequio a mi querida prima. —La reina se levantó para caminar hasta la cómoda y abrir un cajón. Arthur aprovechó ese momento para lanzar una mirada con disimulo hacia lady Edith. El cabello le caía en ese instante, lo que le ocultaba el rostro, mientras ella permanecía inclinada sobre la labor de costura. Arthur sonrió, pero, en el momento en que Su Majestad regresó al asiento, volvió la atención hacia la reina—. Tomad, entregadle a mi prima este broche. Dentro, hay una miniatura mía. De ese modo, podrá conocerme, aunque, si os soy sincera, me gustaría que pudiéramos reunirnos en persona en alguna ocasión.

El cónsul tomó el broche de manos de la reina y, tras contemplar el retrato, asintió.

—Se lo haré llegar a la reina Isabel con vuestros mejores deseos y le comunicaré vuestra intención de reuniros con ella.

—¿Vos también partiréis? —María Estuardo contempló con atención y desmedida curiosidad a lord Wolsey, pero no fue la única en aquella habitación que centró la mirada en el apuesto secretario del representante de Inglaterra.

Durante un momento, lady Edith contuvo la respiración a la espera de una respuesta. Apretó con inusitada determinación el bastidor hasta que sintió cómo se le clavaba en las manos. Sin duda, sería mejor dejar la costura ese día o acabaría con las manos magulladas y llenas de cortes.

—No, Majestad, me quedaré aquí en la corte —respondió con naturalidad, pero atento a la sonrisa tímida que esbozó la propia reina y que despertó la curiosidad de Arthur; más cuando escuchó un suspiro a su propia espalda que sin duda provenía de lady Edith.

La dama apretó los labios y bajó la mirada hacia la labor al darse cuenta de que se había dejado llevar por la situación. Había soltado el aire contenido al saber que lord Wolsey permanecería en la corte. Se dijo a sí misma que aquello solo tenía que ver con la necesidad que tenía de averiguar, a través de él, cuáles eran las intenciones de la reina Isabel al respecto de su prima María. No había ningún interés personal en aquel inglés. Por san Andrés, ¿qué mujer estaría tan loca como para aventurarse con aquel hombre?, se preguntó en tanto fruncía el ceño y sacudía la cabeza por el solo hecho de considerarlo.

—Lord Wolsey permanecerá en la corte por si necesitarais de su consejo en algún tema relacionado con Inglaterra. Tiene mi plena confianza y la de la propia reina para tal menester —apuntó Throckmorton con total sencillez.

“La confianza plena de la reina Isabel”, pensó lady Edith con detenimiento. Si aquel descarado secretario contaba con el beneplácito de la propia Isabel, entonces estaría sin duda al tanto de los deseos y planes de la monarca inglesa para Escocia. Tal vez por ese motivo se había quedado pálido cuando ella le mencionó el derecho de María Estuardo a reclamar el trono de Inglaterra, pensó lady Edith. Poco a poco, comenzaba a considerar a lord Wolsey como alguien muy interesante para sus propósitos, que no eran sino los de la reina María. Tendría que volver a hablar con él y procurar mostrar un talante distinto si quería sacarle información. No podría mostrarse fría y distante pese a todo, aunque eso implicase soportar esas miradas y sonrisas que eran capaces de hacerle perder los estribos.

—En ese caso, lord Wolsey, será bienvenido a todas las celebraciones que se hagan. Lady Edith puede ser su anfitriona para que no se sienta como un extraño en la corte —resolvió a continuación al tiempo que observaba a la dama, que sentía un calor extremo por todo el cuerpo, uno que no logró detener cuando le llegó al rostro.

Arthur se fijó en aquel detalle y sonrió agradecido ante el gesto de la reina, puesto que aquella petición acababa de hacer más hermosa a lady Edith. Si la había visto enojada con él y le había parecido atractiva, ahora que se sonrojaba, le parecía exquisita. Pero no debía dejarse llevar por esas apariencias. No debía olvidarse de cuál era el cometido que lo había conducido hasta allí. Y no podía permitir que la belleza de lady Edith lo distrajera lo más mínimo.

—Será un honor, Majestad. —Lady Edith asintió y dejó la labor a un lado mientras se levantaba.

Arthur sintió un ligero escalofrío al verla allí, de pie, en tanto lo contemplaba de aquella manera con aquel vestido en tono marfil que le delineaba la silueta con precisión. Lo atraían el cabello color del cobre y los ojos verdes, que en ese instante lo contemplaban con curiosidad. Sin duda, era la mujer más bonita en aquella corte. De repente, un pensamiento que, en parte, tenía que ver con ella le invadió la mente. Si Jacobo y los nobles escoceses estaban planeando algún tipo de complot contra María Estuardo, eso significaba que lady Edith podría llegar a correr peligro. Una inesperada ola de preocupación lo inundó e hizo que se preguntara qué demonios haría llegado el caso. Al momento, lo asaltó una sensación de protección hacia ella y hacia el resto de las damas. No dejaría que Jacobo o cualquier noble escocés les colocara una mano encima, aun a costa de perder el cargo o ser tachado de traidor. Miró a la reina María y después a Throckmorton, que seguían intercambiando comentarios, pero Arthur no los escuchaba. No. Estaba absorto tanto en la imagen de lady Edith mientras la luz que entraba por el ventanal la hacía semejar a una aparición como en su intención de velar por la seguridad de ella, en especial ahora que las cartas comenzaban a mostrarse.

—¿Cuándo tenéis pensado partir, embajador?

—Mañana, tal vez. En cuanto todo esté listo, Majestad.

—Entonces, esta noche, estaréis presente para un anuncio que voy a hacer.

Throckmorton sonrió de manera comedida. ¿Un anuncio? ¿A qué se refería la reina? ¿Tendría que ver con sus planes respecto de Inglaterra? Era innegable que esos últimos días estaban siendo todo menos apacibles.

—Por supuesto.

—En ese caso, espero contar con vuestra presencia y la de lord Wolsey, dado que, desde mañana mismo, será el representante de mi prima Isabel en la corte. —Esas últimas palabras las pronunció con la mirada en el susodicho para estudiarle la reacción al detalle.

María Estuardo observó con cautela el gesto de Arthur. Ya que iba a permanecer solo en la corte, tal vez fuera el momento idóneo para saber qué se traía entre manos Isabel. Esperaba que el hecho de haber nombrado a lady

Edith como la anfitriona perfecta para él sirviera al mismo tiempo para averiguar si su prima la apoyaría en un posible enfrentamiento contra el Parlamento. Pero, antes, jugaría sus cartas contra Jacobo.

El embajador Throckmorton y Arthur abandonaron la estancia de la reina María sumidos en distintos pensamientos. Mientras el cónsul daba vueltas y más vueltas en la cabeza a lo que la monarca había dicho sobre el anuncio de esa noche, Arthur no se sacaba de la suya a lady Edith. ¿Anfitriona de él? ¿Qué significado tenían esas palabras para la soberana? ¿Es que no iba a separársele? Eso le facilitaría la intención de velar por la seguridad de ella.

—¿Confiáis en lady Edith, Arthur? —La inesperada pregunta del cónsul tomó desprevenido al secretario, que contempló a Throckmorton sin entender el propósito de aquel interrogante—. Que la reina la nombre vuestra anfitriona personal, por así decirlo, en el momento en que me marcho a Londres...

—¿Qué insinuáis? ¿Que lady Edith busca hacer conmigo lo que yo con ella: un intercambio de información? Tal vez podría beneficiarnos.

—¿Por qué?

—De ese modo, sabríamos en todo momento lo que piensa hacer la reina María.

—María Estuardo es joven, pero no es inexperta. No olvidéis que ha vivido en la corte francesa. Apuesto que sabe cómo manejar a sus damas y a los que la rodean. En cuanto al anuncio que piensa hacer esta noche, ¿qué opináis?

—No estoy seguro. ¿Tal vez se trate de que piensa contraer matrimonio?

—No lo sé. No se le conoce ningún pretendiente por ahora. Espero que no se trate de reclamar el trono de Inglaterra.

—No; no lo creo. Antes, debería contar con el apoyo de España y de la Santa Sede.

—¿Quién os dice que no lo tenga ya?

—Hay otra cosa que quería comentaros. —Arthur se alejó unos pasos por temor a que alguien estuviera escuchando. Apartó al embajador a un lado y bajó la voz—. ¿Cuál será la postura de Inglaterra si llegara a producirse una traición contra la reina? Vos y yo hemos sido testigos de la reunión de Jacobo con los nobles escoceses contrarios a María; ambos sabemos también que el Parlamento escocés está de parte de Jacobo.

El representante de la corona inglesa miró con gesto serio a lord Wolsey.

—¿Por qué pensáis que marchó a Londres de manera tan apresurada? Debo poner a Su Majestad al tanto de lo que sucede aquí para que me indique los pasos a seguir. O, en cualquier caso, qué puede esperar María Estuardo de su prima Isabel. Vos procurad mantener los ojos y los oídos bien abiertos por si se produjera algún imprevisto. Podéis mandar recado por medio de una carta, aunque os aconsejo que tengáis cuidado con lo que escribís: el secretario Riccio lee todas las misivas antes de ser despachadas.

—Lo tendré en cuenta.

—Por cierto, tened cuidado con lady Edith. Va estar muy cerca de vos.

—Lo tendré.

—No me refiero a vuestra misión aquí, sino a cómo la miráis. Ni la reina ni yo hemos sido ajenos a vuestros gestos y miradas, así como al rubor en el rostro de ella cuando os ha visto. Procurad no enredaros bajo sus faldas, o todo podría complicarse.

Arthur asintió al tiempo que apretaba los labios hasta que desaparecieron bajo el fino bigote y la corta barba. Claro que tenía que tener cuidado con ella, pero debía reconocer que, con una mujer tan hermosa como ella, sería complicado si además iba a tenerla cerca a cada momento por orden de la reina.

Lady Edith se retiró a la habitación con la agitación en el pecho por la última conversación mantenida con la reina, en la que le había solicitado que se convirtiera en la anfitriona del secretario inglés. Aunque quisiera haber manifestado una objeción, lady Edith le debía lealtad a la reina, por lo que no podía negarse. Desde un primer momento, había accedido a ese juego de espías en la corte, como ya había sucedido en Francia. Pero, a diferencia de allí, donde el peligro también existía en forma de daga o veneno, en aquel caso, la amenaza derivaba de las miradas y sonrisas reveladoras procedentes de un hombre temible en sí mismo. Mientras que en Francia debía averiguar quién podía conspirar contra la reina; en la corte de Holyrood, debía cuidarse muy bien de alguien que parecía estar dispuesto a conspirar contra ella misma y contra su propio corazón. Lady Edith apoyó las manos sobre la mesa y dejó la mirada perderse en el vacío mientras pronunciaba con un susurro un nombre.

—Arthur Wolsey.

CAPÍTULO 4

La cena se hallaba en el momento más álgido cuando la reina María se levantó del asiento, lo que captó la atención de todos los presentes. Los músicos dejaron de tocar, las parejas detuvieron los pases de baile y las conversaciones se diluyeron en susurros, todos ellos dirigidos a la persona de María Estuardo.

—Creo que ha llegado el momento que estábamos esperando —susurró lord Wolsey a Throckmorton.

—Sí. No he logrado averiguar qué es lo que se propone Su Majestad. He estado hablando con unos y con otros, pero todo el mundo desconoce cuál es su propósito.

—No tardaremos en saberlo.

Lord Wolsey se asomó por delante del embajador, pero no para centrar su atención en la monarca escocesa, sino en la dama más cercana a ella: lady Edith. Durante unos segundos, Arthur dejó la mirada fija en el perfil de aquel rostro de trazos finos, sin prestar interés a lo que la reina María decía. Lady Edith orientó la vista a la propia reina y, después, de una manera casual, hacia la dirección en la que se encontraba lord Wolsey. Sintió que la de él estaba clavada en ella, pero lady Edith no bajó la propia. Sería una descortesía hacerlo. Además, tenía curiosidad por ver hasta dónde llegaba el atrevimiento del inglés. Ella necesitaba conocerlo, saber qué pensaba y por qué diablos se había quedado contemplándola de aquella manera, entre la curiosidad y la necesidad. Tal vez, incluso él mismo estuviera sorprendido por ese hecho. Lady Edith acusó aquel comportamiento por parte de él. Los latidos de su propio corazón se incrementaron de una manera demasiado rápida para el gusto de la dama. Fue entonces cuando decidió ocultarse detrás de Su Majestad al apoyarse contra el respaldo de la silla.

Lord Wolsey apretó los labios con gesto turbado. ¿Qué había sucedido?

—¿Qué os parece? La reina acaba de nombrar a su hermano conde de Moray —le comentó el embajador en voz baja.

Lord Wolsey permanecía aturdido, pero no por esa revelación, sino por la enigmática contemplación de lady Edith y por el hecho de que, después de unos segundos en los que ambos habían parecido estar en una especie de duelo de miradas, ella se había refugiado tras María Estuardo. Throckmorton observó a Arthur con el ceño fruncido cuando se dio cuenta de que no lo había escuchado siquiera.

—¿No me habéis escuchado, o tal vez se trata de que el anuncio de la reina os ha dejado sin palabras?

—Disculpadme, ¿qué decíais?

—La reina María acaba de nombrar a su hermanastro conde de Moray —repitió Throckmorton con un claro gesto de asombro—. Tendré que comunicárselo de inmediato a la reina Isabel.

—¿Conde de Moray? —preguntó Arthur, contrariado por esa repentina noticia.

—Eso ha dicho. ¿Qué opináis?

Arthur Wolsey sonrió.

—Sin duda, pretende ganárselo para su causa. O, más bien, para que no se oponga a sus proclamas y permanezca neutral. Una manera, tal vez, de comprarle la lealtad, si tenemos en cuenta que Jacobo es un hombre fuerte tanto en Escocia como en el Parlamento.

—Sí, tal vez sea esa su pretensión. Pero no estoy seguro de que Jacobo vaya a apoyar a su hermana, aunque ella le otorgue varios títulos.

—Lo veremos en los meses que siguen.

Jacobo agradeció el nombramiento a María con una sonrisa que no significaba otra cosa que sorpresa y desconcierto. Algunos nobles escoceses afines al anterior regente consideraron, tal como Arthur, aquel gesto real como una manera de ganarse a Jacobo para la causa de María.

—Esperemos que este nombramiento no signifique que Jacobo se retracte de lo dicho antes los nobles —comentó Maitland a otros dos cortesanos, con los que entonces platicaba y bebía—. Confiamos en él para hacer de Escocia una nación fuerte que pueda equipararse a Inglaterra.

—Sí, pero con una reina católica en el trono... —comentó alguien para arrojar la duda de lo que podría suceder en los meses venideros.

La fiesta se reanudó, mientras los ecos del anuncio del nuevo título de Jacobo todavía no se habían apagado. Lord Wolsey tomó una copa y, con el semblante pensativo, se dejó caer hacia atrás contra el respaldo de la silla. Luego, la mirada del caballero vagó por el salón sin un punto fijo en el que posarse mientras fruncía el ceño como si algo lo preocupara. ¿Cambiaría la política María Estuardo tras ese anuncio? ¿O tal vez se trataba de una manera de buscar congraciarse con su hermano y con aquellos que profesaban la nueva doctrina impulsada por John Knox? De repente, sintió la necesidad de salir de allí y de tener un momento a solas para pensar.

—Si me disculpáis —le dijo al embajador antes de echar hacia atrás la silla y caminar hacia la salida del salón.

Tanto Throckmorton como la propia lady Edith lo siguieron con la mirada, pero con distintos pensamientos. ¿Adónde iría?, se preguntó ella, llena de curiosidad, en tanto se mordisqueaba el labio e intentaba, por todos los medios, que la presencia y los actos de lord Wolsey no la afectaran.

—¿Adónde ha ido vuestro secretario? —La reina María se mostró interesada por ese hecho.

—Tal vez, a tomar aire fresco —le respondió Throckmorton sin darle mayor importancia mientras sacudía la mano en el aire—. Decidme, Majestad: ¿a qué ha se ha debido vuestro gesto para con Jacobo?

María Estuardo sonrió. Esperaba desde hacía tiempo que el embajador inglés se lo preguntara.

—Quiero agradecerle su dedicación a buscar el bienestar de mi pueblo durante los años que ha sido regente de Escocia —le aseguró mientras Throckmorton asentía sin haber considerado con anterioridad esa posibilidad—. ¿Qué opinión os merece?

—Me parece acertado, Majestad.

—Soy consciente de la relación que mi hermano Jacobo mantiene con mi prima Isabel y de que ella ha colaborado de manera estrecha con él para mantener un gobierno en paz, así como una más que notable relación entre ambas cortes.

—No hay duda de que las relaciones entre vuestro hermanastro y vuestra prima han sido de lo más acertadas. Se han acercado en sus posturas con respecto a todos los temas.

—¿Cómo es mi prima? —La pregunta trastocó todos los pensamientos de Throckmorton, quien contempló a la reina María con curiosidad.

—Bueno...

El sonido de la música interrumpió las explicaciones del inglés, que quedaron para mejor ocasión. Los acordes de los diversos instrumentos llamaron la atención de los presentes, que de inmediato se lanzaron a bailar.

Lord Wolsey arqueó las cejas sorprendido cuando se dio cuenta de que aquella tonada no era sino una volta, el baile preferido de la reina Isabel. Los bailes entre el conde de Leicester y la propia reina habían hecho correr cientos de comentarios por la intimidad que representaba aquella danza, pero también por las diversas posturas poco decorosas de la dama que la realizaba.

—¿No os animáis a sacar a bailar a alguna de la damas de la corte?

La voz de Nigel, uno de los miembros de la delegación inglesa en la corte de María Estuardo, hizo que Arthur sonriera.

—¿Y vos?

—Oh, estoy meditando si invitar a bailar a una de las damas de la reina María.

—En ese caso, ¿qué estáis esperando? —le preguntó con gesto sonriente mientras le hacía una indicación para que se acercara a cualquiera de ellas.

—¿Creéis que es una buena opción?

—Sin duda todas son una muy buena opción, siempre que alguna acepte vuestra invitación.

Nigel sonrió, convencido de aquellas palabras de lord Wolsey; con paso decidido, se acercó hasta lady Edith. Arthur pareció despertar cuando vio a aquel compatriota aproximarse hasta ella y, con una gentil reverencia, invitarla a bailar. Pero, si ese gesto lo sorprendió, el hecho de que la muchacha accediera con una tímida sonrisa hizo que Arthur no perdiera detalle de aquella inesperada situación. Contempló a Nigel sujetar a lady Edith por la cintura para después elevarla como si fuera un pajarillo que echara a volar. Arthur descubrió que él mismo sonreía ante aquellos lances del baile, pero, cuando la vio sonreír divertida por los pasos, apretó los dientes y se sintió furioso. ¿Por qué? ¿Acaso lo afectaba el hecho de que ella pudiera bailar y reír con otro hombre? Y, de ser así, ¿por qué no la había invitado a bailar en vez de dejar que fuera Nigel? Contemplar a lady Edith con el rostro encendido

por los vaivenes de la danza y con aquel brillo en la mirada llevó a Arthur a alejarse del extremo del salón en el que se había detenido para tener una visión completa de lo que ella hacía. Por esa noche, creía que ya había tenido bastante. Primero, el anuncio por parte de la reina del nuevo título para su hermanastro Jacobo; después, contemplar a la dama de la reina reírse en compañía de otro hombre.

Abandonó el salón en dirección al exterior, hacia los jardines, en busca de tranquilidad. Necesitaba ordenar los pensamientos y, más que nada, aquellas últimas reacciones. Se repetía una y otra vez que no podía dejarse llevar por la supuesta atracción que sentía por lady Edith, pero verla bailar con otro hombre, aunque en un principio no significara nada, lo había afectado de una manera insospechada. ¿Era envidia o, tal vez, celos lo que había sentido?

Edith había contemplado a lord Wolsey mirarla en un principio con inusitada curiosidad por el baile. Ella había escuchado hablar de la volta, la danza preferida por la reina Isabel, y entonces comprendía el motivo. Se sentía exultante pero cansada después de tanto salto y de tanta vuelta. Hizo una reverencia a su compañero de baile, que parecía poco dispuesto a dejarla marchar. Pero fue tal la insistencia de ella que Nigel se apartó para dejarla sola. Entonces, la muchacha buscó a la persona que en ese momento más le interesaba. Lo había contemplado escondido en un recodo del salón mientras ella danzaba en compañía de aquel galante inglés. Durante un momento, había sentido el deseo de que hubiera sido lord Wolsey el que la elevara hacia lo más alto mientras las manos de él la sujetaban por la cintura. ¿Por qué no la había invitado a compartir la volta con él? Y, en ese momento, ¿dónde diablos se encontraba aquel maldito secretario? Lady Edith sentía que el pecho le subía y le bajaba de manera azorada, lo que achacó al baile, y no a los deseos por ver al legado inglés. No lo vio en el salón del trono junto al resto de invitados. Tal vez se hubiera retirado a las dependencias o estuviera conversando con alguien en un lugar apartado o... entretenido en la alcoba de alguna dama. Pretendientes no le faltaban, por lo que ella había podido observar no solo esa noche, sino las anteriores, aparte de los comentarios que habían hecho las otras damas de la reina. Pensar en esa última posibilidad le produjo una reacción inesperada. ¿Crispación o desilusión por pensar así de

él? Se sintió algo mareada, lo que achacó a lo agitada que había sido la volta. Decidió salir en busca de un poco de aire para calmar el sofoco que todavía tenía.

La noche era fresca, pero uno podía permitirse pasear por los jardines del palacio de Holyrood. Había varias parejas que habían decidido seguir esa misma intención y entonces caminaban por aquel campo. La iluminación para la ocasión y la luna, en lo más alto de un cielo despejado, otorgaban a aquel momento un toque de ensoñación que provocó una tímida sonrisa en lady Edith. Inspiró de manera profunda mientras cerraba los ojos durante un momento en el que los latidos del corazón se le acompañaron con la respiración.

—¿Os estáis recuperando del esfuerzo de bailar la volta? —La voz ronca con una chispa de diversión de lord Wolsey la obligó a abrir los ojos al tiempo que se sintió prisionera de un ligero sobresalto que le sacudió todo el cuerpo.

Lady Edith volvió la atención hacia el lugar donde lord Wolsey permanecía apoyado contra una columna con una postura algo pretenciosa, con una sonrisa irónica, en tanto la acariciaba con la mirada de una manera que erizó la piel de lady Edith.

—Os he visto bailar con Nigel. Dejadme decir que no se os da nada mal.

—Os agradezco vuestro cumplido. Nigel, habéis dicho. ¿Lo conocéis?

—Oh, sí. Pertenece a la delegación enviada por la reina Isabel a las tierras escocesas.

—¿Y vos? ¿Qué hacéis aquí? ¿No habéis bailado con ninguna dama? —Lady Edith mantuvo la distancia entre ellos mientras conversaban. Por otra parte, el tema de la danza le permitía conservar la mente despejada de otros pensamientos que tenían relación con lord Wolsey.

—No.

—¿No os gusta la volta? —Lady Edith arqueó la ceja derecha con perspicacia al tiempo que experimentaba una ligera mejoría de aquella agitación que le había producido verlo allí.

—Sí.

—Entonces... ¿por qué no la habéis bailado? —La curiosidad guiaba a Edith, que necesitaba saber el motivo por el que él se había alejado del salón y estaba entonces solo allí fuera.

—No vi a ninguna dama con la que deseara bailarla. Así de simple. — Arthur permanecía apoyado contra la columna y planeaba seguir así todo el tiempo que le fuera posible. Si daba un solo paso hacia ella, no sería consciente ni responsable de sus actos. Quería estrecharla contra él y robarle un beso de una maldita vez porque, desde el enfrentamiento en aquellos mismos jardines, él había querido callarla como en verdad se merecía. La única con quien había querido bailar la volta había sido ella, pero ya estaba ocupada. En ese momento, Arthur prefería no darle más explicaciones al respecto de cómo se había sentido.

—¿Qué hacéis aquí, entonces? —Lady Edith sentía curiosidad porque lo había observado en el salón durante los diversos giros de la danza.

—Sois una mujer persistente, ¿eh? —Arthur mostró una sonrisa burlona, que encendió el ánimo de Edith.

Ella entrecerró los ojos e inspiró.

—Disculpad mi atrevimiento. No os molestó más —concluyó para tomar el vestido con los dedos, dispuesta a marcharse, cuando la voz de él la detuvo.

—Despejarme del ambiente cargado del salón.

—Pensaba que estabais más acostumbrado a la vida en la corte y a sus celebraciones. —Lady Edith sonrió irónica en tanto giraba el rostro hacia él para observar con detenimiento cada uno de los gestos del caballero. Por primera vez en esa noche, podía contemplarlo como se merecía, lo que la hacía darse cuenta de que el atractivo del inglés parecía aumentar a cada minuto que pasaba con él. Era demasiado peligroso, con aquella pose y vestimenta, con la camisa de hilo entreabierta por encima de la chaquetilla, los pantalones a la moda isabelina y las botas altas. Pero lo que más la impactó fue la imagen de desconcierto que expresaba en el rostro.

Arthur sonrió ante aquel comentario.

—Cierto. Pero, esta noche... no tengo muchas ganas de celebrar.

—¿Es porque, a partir de mañana, seréis la máxima representación de la reina Isabel aquí? ¿Os preocupa la marcha del embajador? ¿O tiene que ver con que Jacobo sea nombrado conde de Moray? —Lady Edith se había

acercado de manera imperceptible. No había dado dos pasos hacia él de manera intencionada, sino que ciertos movimientos la estaban casi empujando hacia él, y el propio lord Wolsey parecía estar haciendo lo mismo, porque la distancia inicial entre ambos se estaba acortando.

Arthur la contempló como si la estuviera acariciando. La miró a los ojos, que en ese instante parecían más luminosos que cuando apareció allí fuera. El sonrojo de la muchacha había perdido intensidad debido al sosiego después de la agitación que le había provocado la volta, pero no se había disipado nada del atractivo mostrado esa noche. Los labios de Edith permanecían entreabiertos, como si le costara respirar, mientras el pecho subía y bajaba, asomado por el escote cuadrado del vestido color verde. La piel blanquecina contrastaba con el color cobrizo de los cabellos de la dama. Aquella imagen de lady Edith lo estaba afectando demasiado, se dijo, sin hacer nada por remediarlo. Debería alejarse de ella en ese mismo instante.

—O tal vez se deba a que la reina os ha nombrado mi anfitriona.

Lady Edith se agitó ante aquel comentario porque, sin duda, no esperaba que ella pudiera ser la causa de aquel comportamiento tan callado y tan poco mordaz, a diferencia de la actitud mostrada en otras ocasiones.

—No habláis en serio cuando decís eso —le rebatió mientras sacudía la cabeza para rechazar esa posibilidad con una sonrisa de desconcierto que le flotaba en los labios. Se sintió algo dolida por aquella sugerencia por parte de él, pero no encontró la explicación a esa decepción.

Arthur se acercó más a ella, consciente de que lo estaba llamando y de que él poco o nada podía hacer contra ese reclamo. La distancia entre ellos estaba marcada en ese momento por las puntas de la botas de él, que rozaban el bajo del vestido de ella. Pero era una cercanía suficiente para que sus miradas se fundieran en una sola y sus respiraciones se acompasaran a los latidos de sus corazones.

—¿Cómo sabéis que no es cierto, que no sois vos la que me quita el sueño?

Lady Edith sintió una repentina opresión en la garganta al escucharlo decir aquello. Los nervios se le adueñaron del estómago de la joven y le provocaron la misma sensación que cuando había descubierto que él no estaba en el salón

y que podía encontrarse con otra dama. Entreabrió los labios para decir algo, pero la mirada de él era tan determinada e intensa que le causó un ligero suspiro.

—Vos no sois la clase de hombre que se asuste de una mujer. Vuestro aspecto es el de un hombre de mundo; un corsario, si me permitís decíroslo.

Arthur la contempló divertido por aquel calificativo que le había dado. Luego, estalló en una carcajada que volvió a encender el ánimo de Edith. Ella apretó los labios y cerró las manos en puños, enfurecida porque él se estuviera burlando de ella una vez más.

—No os marchéis, lady Edith —le susurró para detenerla una vez más mientras posaba una mano con exquisita delicadeza en el costado de ella, lo que la obligó a contener la respiración. Se miraron con fijeza durante unos segundos en los que todo pareció carecer de sentido, excepto la presencia tan cercana de ambos—. Nunca he conocido a una mujer que me asuste, tenéis razón. —Él hizo una pausa que provocó la sonrisa de victoria en ella—. Hasta este momento.

Arthur agonizaba por el deseo de besarla de una vez por todas. Sí, ella tenía razón. Era un aventurero al que habían metido en aquella alocada historia, alguien que no tenía experiencia con la diplomacia, pero sí con las mujeres. Pero no con muchachas como ella, tan exquisitas y delicadas, tan hermosas que eran capaces de hechizar a un hombre con una sola mirada.

Lady Edith se humedeció los labios en un gesto involuntario mientras las palabras de la reina María le revoloteaban en la mente. Era importante que ella se acercara a él para saber qué pretensiones tenía Isabel. Pero eso no incluía dejarse besar, pensó lady Edith, aunque ella lo deseara de una manera irracional e incontrolable en ese preciso momento.

Quiso dar un paso atrás para apartarse, pero tenía la impresión de que su propio cuerpo se negaría a cumplir tales deseos. Estaba convencida de que él la besaría y de que aquello podría suponer un traspie en el cometido que tenía. Ya nada sería igual entre ellos dos.

—Si mi presencia no os es grata, hablad con Su Majestad, la reina María, y decidle que... —Lady Edith no terminó de explicarse cuando sintió la yema de un dedo sobre sus propios labios y contempló a lord Wolsey, que sacudía la cabeza para rogarle silencio. La joven estaba sorprendida por el desarrollo de

los acontecimientos, pero sobre todo por sus propias reacciones. ¿Por qué no alejaba a aquel engreído secretario inglés de su lado de una maldita vez? Bastaba con extender los brazos y posar las manos en el pecho de él para detener aquel avance. O ¿por qué no era ella la que se volvía y lo dejaba allí solo? Ya lo había hecho en otras dos ocasiones. ¿Qué las diferenciaba de esa ocasión?

Cuando percibió que él se inclinaba sobre los labios de ella para tomarlos, lady Edith se limitó a cerrar los ojos y exhalar un suspiro antes de que fuera reemplazado por un gemido. Las manos de lord Wolsey le rodearon la cintura con extrema delicadeza, y el cuerpo de ella se convulsionó durante un segundo. ¡Por Dios que, si hubiera sido él quien hubiera bailado la volta con ella, habría conseguido fundirla con ese calor! Los sentidos de la joven quedaron anegados por la determinación y la suavidad de aquel beso sin que ella pudiera reaccionar. Pensó que se encontraba de nuevo en medio de una volta porque, sin duda, Arthur acababa de elevarla por encima de él.

Wolsey podía asegurar que nunca antes había besado una boca tan perfecta, tan suave, tan ansiosa por ser besada. Quiso recrearse un poco más en aquellos labios, pero al final se echó atrás. Debía detener el beso en ese preciso instante, antes de que la situación se le fuera de las manos. Pero ¿cómo dejar de beber un vino que embriagaba los sentidos de una manera nunca antes conocida? ¿Cómo podía rechazar una copa más cuando lo que deseaba era perder la cordura con ese sabor? Esa sensación le transmitían los labios y la lengua suave de lady Edith en ese momento. Deseaba seguir recorriendo la cintura de ella y, ¿por qué no?, ascender hasta rozarle el pecho y contemplar la reacción de la muchacha. Pero todo quedó en un mero pensamiento cuando se apartó de lady Edith y la contempló con gesto taciturno. No esperaba sentirse así. Era innegable que, desde que había llegado a la corte de María Estuardo, nada parecía cabal. Porque, sin duda, besar a una de las damas de la reina no era algo apropiado. Desde que conoció a lady Edith, se había dicho a sí mismo que podría distraerlo del cometido encargado por la reina Isabel. Pero algo inesperado, como verla danzar en brazos de otro, había desatado en él un comportamiento que no había previsto y que entonces ya no tenía solución.

Ella tenía el pulso acelerado, el sabor del vino en los labios, la piel erizada y una sensación extraña en el pecho. ¿Deseo? ¿Satisfacción? ¿Cómo podía calificar algo que no había sentido nunca? La calidez del beso de lord Arthur la había trastocado sin igual, y no estaba segura de que, en ese momento, fuera a ser capaz de coordinar sus propios pensamientos al recordar el modo en que él la había sujetado.

—Lady Edith, no voy a solicitar a la reina María que os releve de vuestro cometido.

—Celebro escucharos decir eso, aunque no estoy segura de que, después de lo que acaba de suceder, sea oportuno que yo siga siendo vuestra anfitriona en la corte. —Ella se apartó con las manos entrelazadas primero; después, se las retorció, presa de los nervios o de las emociones que estaba experimentando esa noche. Volvió la mirada hacia los jardines, donde las parejas reían y parecían estar pasando un buen momento. No quiso mirar a Arthur porque no estaba segura de lo que le depararía el destino al hacerlo. Tal vez él volviera a besarla, o tal vez fuera ella la que diera un paso y se dejara llevar por estado en el que se encontraba: aquella locura pasajera que la inundaba y que esperaba que terminara esa misma noche.

—Si os soy sincero, me dejé llevar por lo que sentía —le confesó, mientras lady Edith volvía el rostro hacia él y la expectación le refulgía en la mirada.

—¿Qué... qué habéis dicho? —Ella fue testigo del leve balbuceo producido por los nervios del momento. Los ojos se le abrieron en un gesto de curiosidad y desconcierto. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle la nuca.

—El deseo por besaros después de... —Arthur detuvo la confidencia en el último momento, cuando se dio cuenta de lo que estaba a un paso de revelar: que había sentido la ligera punzada de los celos al verla bailar con Nigel y que, por ese motivo, la había besado. Para que supiera que... ¿Qué? ¿Que la deseaba más que a cualquier otra mujer? Aquello era una completa locura, y ambos lo sabían.

—¿Qué os sucede ahora? ¿Por qué calláis? —Lo miró desconcertada por aquel comportamiento, que no esperaba de él después de que la hubiera besado de aquella manera tan demostrativa, dulce y cuidadosa, que no

esperaba.

—Lady Edith, la reina os busca. —La voz de lady McCormack los interrumpió y dejó en suspenso la respuesta de lord Wolsey.

La joven se sintió confusa y decepcionada porque, justo en ese momento, su amiga, lady McCormack, había aparecido. Lanzó una última mirada de incomprensión, pero también de decepción, hacia Arthur, quien, a su vez, percibió la desilusión en los ojos de ella, en el semblante arrebolado por la efusión del beso. La contempló desaparecer de regreso al interior del palacio mientras él optaba permanecer a solas para tratar de ordenar sus ideas y de encontrar una razón para lo que acababa de hacer con lady Edith.

Ella caminó junto a lady McCormack con la mirada fija en el suelo mientras sujetaba el vestido para no tropezar.

—¿Qué desea la reina? —preguntó, sin volver la atención a lady McCormack para no delatarse. No quería que fuera testigo del estado en el que lord Wolsey la había dejado con aquel beso.

—Tan solo ha preguntado por ti. Por cierto, ¿he interrumpido algo?

—Ah. —Lady Edith sacudió la cabeza como si no hubiera escuchado la pregunta o, más bien, como si no quisiera responderla.

—Me ha parecido que, cuando os he visto, lord Wolsey estaba algo confundido, por como te miraba.

—No... No ha sido nada.

—¿Otro encontronazo? —Lady McCormack arqueó la ceja con suspicacia mientras trataba de disimular la sonrisa.

Lady Edith estaba demasiado confundida como para contarle lo ocurrido a su amiga. Prefirió centrarse en la reina, que asentía en dirección a ella nada más verla llegar al salón del trono, donde, por otra parte, la fiesta no parecía decaer.

—Majestad, ¿me buscabais?

—Me preguntaba dónde os encontrabais después de haber danzado una volta. Imagino que recuperabais el aliento, lady Edith. Por cierto, quería preguntaros si habíais visto a lord Wolsey. Hace tiempo que se marchó, y no ha regresado al salón.

La muchacha acusó el golpe en el comentario de la reina. ¿Le habría contado alguien que la había visto en compañía de él? Esperaba que ningún cortesano allegado a la reina los hubiera visto. Ese pensamiento la alertó. No creía que María aprobara que tuviera esa confianza con el secretario del embajador inglés.

—Acabo de verlo en los jardines, Majestad.

—¿Solo?

—Sí. Al parecer, había salido a tomar aire. ¿Deseáis algo más?

—¿Y vos? ¿Estabais también sola? —La reina María parecía intuir algo que lady Edith se esforzaba en ocultar por todos los medios, aunque sabía que, al final, la monarca podría acabar enterándose.

—Sí, salí a refrescarme después de la volta, y fue entonces cuando vi a lord Wolsey.

—¿Habéis hablado con él? —La reina bajó el tono para que nadie se enterara de la conversación con la dama. Estaban a solas, ya que Jacobo se había marchado hacía tiempo, al igual que el embajador de Isabel. Había cierta intimidad entre ambas mujeres.

—Sí, Majestad, pero nada referente a vos o a Jacobo.

—En ese caso, la conversación ha versado sobre otros aspectos o personas. Decidme, ¿se encuentra a gusto lord Wolsey en la corte?

Lady Edith sintió una ligera opresión en la garganta cuando la reina se refirió a él y la miró a ella de manera fija. Un ligero temblor en el cuerpo la hizo moverse en el asiento.

—Supongo que sí, Majestad. No me ha expuesto ninguna queja a ese respecto. Por lo tanto, entiendo que se encuentra bien en vuestra corte.

—Me alegra saberlo. Debemos tratar de recabar toda la información posible acerca de lo que mi prima Isabel opina de mi regreso a Escocia y de haber reclamado el trono que, por derecho, me correspondía.

—Sí, Majestad.

—No me gustaría nada que se aliaran con mi hermanastro Jacobo. Ambos son protestantes.

—Cualquier cosa que descubra, os la haré saber, Majestad.

“Excepto que es un hombre galante, a la vez que peligroso, para cualquier mujer en esta corte. Y que me ha trastocado por entero cuando me ha besado”, pensó en tanto sonreía de manera tímida y se mordía el labio con gesto ensimismado.

La imagen de lord Wolsey al rodearla por la cintura para atraerla contra el pecho y besarla con calidez no se le había despegado de la mente. Ni creía que lo hiciera en un tiempo. Debería mantener la cabeza fría y centrarse en platicar con él sobre temas concernientes a la situación en la corte inglesa. Solo de esa manera lograría que no la afectara en sus emociones.

Arthur regresó al interior del palacio de Holyrood con la huella del suave tacto de los labios de lady Edith en los propios. Había sido un impulso incitado por el deseo que ella le había despertado desde el día que coincidieran. Y, en ese momento, ese deseo parecía haberse acrecentado un poco más después de haberla besado. No quería dejarse llevar por sentimentalismos ni cosas parecidas, aunque sí se le había pasado por la cabeza el peligro al que podría quedar expuesta si la reina María no lograba triunfar en Escocia y, al final, Jacobo recuperaba el poder. ¿Qué sería de la reina María y de las damas de compañía? Iba pensando en eso cuando Throckmorton lo interceptó en el pasillo y lo guio a un lugar apartado, donde poder conversar lejos de cualquier sospecha de estar siendo espiados.

—¿Dónde os encontrabais? Os vi salir hacia los jardines, pero ya hace algún tiempo.

—Así es. Salí a despejarme un minuto. Necesitaba respirar aire puro durante un rato. ¿Sucede algo?

—Al parecer, el nuevo título concedido por la reina a su hermanastro ha levantado las primeras críticas —comentó mientras Arthur arqueaba una ceja.

—Me lo temía.

—¿En serio? Sí, bueno, es lógico sospechar que este movimiento de la reina podría ser considerado de dos maneras: bien como un acercamiento a Jacobo y al Parlamento con mayoría protestante, o bien como la pretensión de ganarse el favor de su hermano por si la cosa se complica.

—Tal vez busque que él no intervenga, ya os lo comenté. Pero ¿en qué lugar nos deja?

—Deberemos esperar a que la reina Isabel conozca la situación. Solo entonces regresaré con las órdenes que considere oportunas. Vos procurad manteneros alerta.

—Lo haré.

—También se ha planteado el tema del matrimonio de la monarca. Es evidente que esa cuestión reforzaría su situación en el trono.

—Pero... ella no quiere, por el momento, casarse, dado que recién ha enviudado del delfín de Francia —dedujo Arthur mientras Throckmorton asentía.

—Pero esa falta de rey consorte puede hacer que Jacobo se rebele contra ella, alentado por los clanes escoceses de mayoría protestante.

—Comprendo. Es necesario conocer cuanto antes la postura de Isabel.

—Por eso mismo, partiré mañana temprano. Le expondré todo a Su Majestad, y veremos qué solución ofrece. ¿Y vos? ¿Algún avance con lady Edith? —Throckmorton entornó la mirada hacia Arthur, que parecía pensativo y sacudía la cabeza.

—No mucho, la verdad. Esa mujer no es muy dada a conversar sobre las opiniones de la reina, menos a confesarme sus inquietudes o secretos.

—No os preocupéis. Por ahora, sabemos que está abierta a mantener las dos religiones y que ha nombrado conde a su hermano Jacobo. Me preocupa más lo que él y los nobles escoceses contrarios a la reina puedan llevar a cabo. Parecéis intranquilo. ¿Hay algo que debería saber? —Throckmorton frunció el ceño hacia Arthur mientras aquel se limitaba a sacudir la cabeza.

—Nada. Estaba pensando en las dos posibilidades que se abren en estos momentos.

—Pues hay una más —advirtió el embajador, lo que captó toda la atención de Arthur—. Ha llegado a mis oídos esta noche que la reina podría contar con un paladín para su causa: James Hepburn, conde de Bothwell. Posee un regimiento de soldados que no dudarían en ponerse de parte de María Estuardo si los clanes opositores a ella se alzarán en armas.

—Todo parece indicar que estaríamos al borde de una guerra civil si se produjera dicho enfrentamiento —asumió Arthur con gravedad ante esa posibilidad.

—Debemos escuchar la opinión de la reina Isabel. Esperad instrucciones a mi regreso de Londres. Pero, si algún contratiempo se produjera, no dudéis en enviarme recado. Aprovechad para cortejar a lady Edith. Tal vez no os abra su cofre de los secretos, pero sí su corazón —aventuró el embajador con una sonrisa ante esa posibilidad, a la que el propio Arthur no dio importancia porque sabía que nada de eso sucedería. Un beso no significaba nada más que eso: un beso, un arrebató apasionado de un momento. Nada más.

CAPÍTULO 5

El tiempo pasaba deprisa, y Arthur Wolsey parecía haberse adaptado a aquel nuevo papel. Había tenido un par de reuniones con María Estuardo, pero no trascendentales, sino tan solo para saber cómo le estaba resultando sustituir al enviado de Londres. Lo que más temía era quedarse a solas con lady Edith en las dependencias después de lo sucedido la noche antes de que Throckmorton partiera hacia Londres, aunque, desde eso, ya había transcurrido algún tiempo. Por otra parte, no había recibido noticias de él desde la corte de Isabel, ni al parecer se lo esperaba en los días venideros, de modo que Arthur debería seguir adoptando el papel de sustituto en la corte escocesa.

Se encontraba revisando algunos documentos con gesto distraído cuando la puerta se abrió sin aviso previo. Arthur levantó la mirada para fijarse en la presencia de Jacobo Estuardo, el hermanastro de la reina María, que entró con un porte regio, digno de un emperador, lo que no sorprendió en lo más mínimo a Arthur. El inglés permaneció sentado detrás de la mesa en tanto esperaba que le dijera a qué se debía esa presencia.

—Lord Wolsey —dijo a modo de saludo mientras hacia una reverencia—. Hace ya algunas semanas que el embajador partió a la corte de Isabel, y no hemos vuelto a tener noticias de él. Espero que todo marche bien.

—A la perfección, conde. ¿Es así cómo debo referirme a vos? ¿Con ese título?

—Os agradezco el detalle, pero yo preferiría que nos centráramos en la dilatada ausencia del cónsul.

—No os entiendo. Ya os he dicho que no he recibido noticias de parte de él, lo cual indica que no sé cuándo regresará. Si hay algo que pueda hacer por vos... —Arthur se reclinó hacia atrás hasta sentir el respaldo de la silla en la espalda, extendió los brazos para mostrar las manos con las palmas hacia fuera y esperó.

—El Parlamento no ve con buenos ojos que la reina María no haya elegido a un pretendiente que ocupe el trono junto a ella. Muchos son los que piensan que, con esa actitud de seguir defendiendo la antigua fe... Bueno, ya sabéis.

—Queréis que la reina María acepte la nueva fe de Knox, que es la misma que la de su prima Isabel. De ese modo, no se plantearía ningún problema.

—La reina no comprende que...

—La reina María es libre de elegir que fe quiera profesar. Es la reina — repitió mientras paladeaba la categoría de María Estuardo.

—Cierto. En otro orden de asuntos, le hemos propuesto que escoja un marido, un rey consorte. —Arthur arqueó las cejas ante aquella exhortación tan inesperada.

—¿Y qué opina ella?

—No lo ve con malos ojos, ya que daría estabilidad a la corona frente al Parlamento.

Arthur entrecerró los párpados mientras contemplaba a Jacobo y se preguntaba de qué parte estaba. ¿Apoyaba a su hermana o al Parlamento? Porque él creía que lo que más le interesaba a Jacobo era quitar de en medio a la reina y volver a ocupar él el cargo de regente de Escocia. Pero, en ese momento, se presentaba allí para anunciar el bien que haría el futuro matrimonio de María para dar estabilidad al reinado de su hermanastra. ¿Acaso Jacobo trabajaba para ambos bandos? Aquella noticia debía saberse cuanto antes en Londres.

—Bien, si la reina está de acuerdo... —Arthur no sabía cómo diablos debía actuar porque él no tenía ninguna experiencia en esa clase de asuntos.

—Vuestra reina ya ha dado el visto bueno a ese enlace, lord Wolsey.

—¿Isabel? —Arthur abrió los ojos al máximo y se aferró a los reposabrazos de la silla para incorporarse hacia delante y contemplar a Jacobo con muda expectación.

—Fue la propia reina quien sugirió a Robert Dudley, conde de Leicester.

Arthur asintió en silencio en tanto pensaba en aquella opción. ¿El favorito de Isabel? ¿Qué clase de broma era aquella? En la corte de Londres, siempre se había rumoreado que Isabel estaba enamorada o que, al menos, sentía atracción por el conde. Pero todo se había complicado con la rebelión del

norte y algunos asuntos más, que habían hecho que Leicester cayera en desgracia y fuera apartado de la corte. Y ahora, Isabel pretendía casarlo con su prima, sin duda para alejarlo de manera definitiva de Londres y de... ¿ella?

—¿Qué opina vuestra hermana al respecto? —Arthur efectuó la pregunta con cautela por temor a una respuesta que no le agradara a Jacobo.

—Ha rechazado tal proposición —respondió, algo ofuscado por el asunto. El conde de Leicester era la mejor baza de Isabel para tener controlada a María y a Escocia.

—¿Puedo saber el motivo?

—Es protestante y tiene una estrecha relación con vuestra reina, Isabel.

—Entiendo.

Jacobo permaneció dubitativo, con la mirada fija en el vacío.

—La reina ha propuesto como rey consorte a su primo Henry Stewart, lord Darnley. Católico —apuntó Jacobo, furioso con esa elección, mientras arqueaba una ceja con suspicacia y miraba a lord Wolsey a la espera de lo que tuviera para replicar.

Arthur asintió al ver la jugada de la soberana. Si elegía marido y, por consiguiente, un rey consorte, aquel debería ser católico; además de elegido por ella, en vez de por su prima Isabel.

Una inesperada aparición tuvo lugar en ese instante en la estancia de lord Wolsey. La puerta permanecía abierta, ya que Jacobo no la había cerrado cuando había llegado. Lady Edith se había detenido en el umbral de la puerta, dispuesta a entrar, pero, al descubrir al hermano de la reina, hizo una reverencia y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Disculpadme. No sabía que estabais reunido. —Se sintió algo cohibida al encontrarse cara a cara con el hermanastro de la reina. ¿Qué hacía allí? ¿Tendría que ver con el hecho de que ella hubiera anunciado la intención de que lord Darnley acudiera a la corte para formalizar un matrimonio?

—Lady Edith —murmuró Arthur sorprendido por la inesperada y agradable visita. Llevaba días sin saber de ella, y la llegada de la dama justo en ese momento lo sacaba de la situación en la que se encontraba. Arthur se olvidó de que Jacobo estaba allí y de los entresijos palaciegos cuando con la propia mirada recorrió a lady Edith.

Jacobo asintió a modo de saludo ante la dama. Luego, volvió la atención hacia Arthur antes de despedirse.

—Pensad lo que acabo de referiros, lord Wolsey. Seguiremos hablando más tarde.

—Cuando gustéis, conde. Os estaré esperando.

—Lady Edith, ¿cómo se encuentra mi hermana, la reina? —Había un toque de ironía en la pregunta, ya que nadie en el palacio de Holyrood se encontraba ajeno a la noticia a esas horas. Lo extraño era que el secretario del embajador inglés no la conociera hasta que él se lo hubiera comentado. Tal vez, la presencia de lady Edith en ese momento allí se debiera a que la reina había accedido a que él también lo supiera. Pero ¿por qué no se lo comunicaba su propia hermana en persona?

—Vuestra hermana se encuentra en perfecto estado, señor. —Lady Edith entrelazó las manos y las dejó sobre el regazo mientras observaba a Jacobo. No le hacía la menor gracia la manera en la que él la miraba, ni tampoco cómo le sonreía. Deseaba que se marchara y que la dejara a solas con lord Wolsey. Era importante lo que tenía que comentarle.

Jacobo asintió mientras sus propios pensamientos volvían a centrarse en la joven dama de la reina y en el secretario inglés. Tal vez sería conveniente hacer que la vigilaran.

Lady Edith contuvo la respiración hasta que escuchó que la puerta se cerraba a su espalda y, entonces, relajó los hombros al dejar escapar la tensión del momento en que había estado frente al hermanastro de la reina. Sin embargo, no se daba cuenta de que, en ese instante, se hallaba frente al hombre ante el que no podía bajar la guardia. Caminó con paso algo dubitativo hacia lord Wolsey, quien no apartó la mirada de ella. Curiosidad. Expectación. Anhelos. Calidez. Infinidad de pensamientos se adueñaron de la mente de lady Edith cuando se fijó en lord Wolsey.

Arthur permanecía de pie detrás de la mesa y con las manos allí apoyadas porque, de ese modo, se decía, los deseos por abrazarla no lo empujarían hacia ella. Se fijó en el vestido de color azul turquesa con ribetes blancos que llevaba. Esbelta y elegante como ninguna otra dama, lo contemplaba con una mezcla de expectación y temor. ¿Por qué?, se preguntó Arthur con el ceño fruncido.

Lady Edith se situó frente a él. La mesa los separaba. “Por ahora”, se dijo mientras se retorció las manos, nerviosa por la manera en que la estaba contemplando en ese preciso instante. Él era capaz de provocarle una sensación de temor y quietud a la vez. Temor porque no respondía de sus propios impulsos por querer besarla, y quietud porque estar con él la hacía sentir segura.

—Siento haber interrumpido la reunión que teníais con el conde.

Arthur sonrió al verla tan tímida. ¿Dónde había quedado la mujer de los primeros encuentros?, se preguntó en tanto escrutaba aquel rostro desde los ojos hasta los labios, que entonces ella se humedecía.

—Yo no. —Arthur se mostró tajante ante el comentario, lo que provocó un leve sobresalto en lady Edith, que lo contemplaba sin terminar de creer que estuviera diciéndolo en serio—. Debo agradeceros vuestra interrupción, ya que, sin duda, vuestra presencia me es más grata que la del hermanastro de la reina María. No hay comparación posible, lady Edith —pronunció el nombre de ella con lentitud para examinar la reacción de la dama. Entornó la mirada como si buscara complicidad de ella; sin embargo, la muchacha parecía estar algo confundida por esa respuesta.

—No hace falta que me hagáis ningún cumplido, lord Wolsey. No he venido por ello.

—Lástima. Pero quería que supierais qué es lo que me inspiráis al veros. —Arthur chasqueó la lengua y fingió decepción—. ¿Por qué habéis venido? ¿Tal vez me echabais de menos? No habíamos vuelto a coincidir después de la otra noche en los jardines... —Arthur dejó en suspenso el comentario. No quería recordarle con palabras lo acaecido. Prefería que fuera la memoria de aquel momento en que la había besado lo que se instalara en la mente de ella, como en la de él.

Lady Edith se envaró ante él con los ojos entrecerrados y lo contempló como si en verdad se burlara de ella.

—¿Acaso estáis pensando que, porque la reina me nombró vuestro enlace con ella, debo estar pendiente de vos en todo momento? —Lady Edith dio un paso atrás en tanto mostraba cierto desconcierto y enojo en la mirada por que él pudiera considerarlo así.

Arthur sonrió comedido porque en ese momento lady Edith volvía a ser la mujer que él había conocido. Y debía admitir sin dudas que le gustaba más.

—Bueno, ahora estáis aquí, por lo que entiendo que necesitabais verme.

—No os equivoquéis, lord Wolsey. No he venido por mi propia voluntad, sino porque Su Majestad me lo ha pedido —le espetó furiosa para dejarle claro el motivo de su presencia allí. Aunque no le confesaría que una parte de ella también deseaba verlo para que le aclarara por qué la había besado la otra noche. Iba a hacerlo, justo cuando apareció lady McCormack, que la requería en el salón.

—Y yo que pensaba que lo hacíais por mí —manifestó burlón Arthur al tiempo que apretaba los labios hasta hacerlos desaparecer bajo el fino bigote.

—Creo que habéis perdido el juicio, señor. —Lady Edith sentía que el enojo con él se encendía más y más a medida que él seguía con esos mordaces comentarios. Lo vio caminar desde detrás de la mesa y acercarse a ella. Pero, para sorpresa del inglés, ella no se movió ni un centímetro, sino que aguardó a que él se acercara mientras sentía que el pulso se le aceleraba. El corazón le martilleaba con fuerza en las costillas mientras trataba de responder una pregunta simple: ¿por qué no se apartaba de él?

—Sin duda creí perderlo el día que os vi por primera vez. Porque me dije que no erais real, Edith. —Arthur se refirió a ella sin el tratamiento, como una señal de confianza entre ellos, mientras la muchacha sentía que el cuerpo se le hacía un manojo de nervios—. Y cuando os besé, me di cuenta de que no erais fruto de mi locura.

Lady Edith experimentó una sacudida que estuvo a punto de hacerla caer sobre la alfombra que cubría el suelo de la estancia del embajador. Por suerte, se mantuvo erguida y fuerte, con el mentón levantando en clara señal de orgullo. Se armó de valor y le lanzó la pregunta que llevaba días revoloteándole en la mente.

—¿Por qué lo hicisteis? —Sintió que la voz le temblaba a pesar de los esfuerzos por mantenerse rígida y fría en la postura y en las palabras.

Arthur sonrió.

—Ya os respondí en su momento. Me dejé llevar por un impulso y...

—No os creo, lord Wolsey —le dejó claro ella mientras sacudía la cabeza y entrecerraba los ojos. Las palpitaciones eran cada vez más acusadas, de modo que ella creía que le iba a estallar el pecho por aquella incertidumbre.

—Está bien, lo hice porque me parecisteis la mujer más deseable de toda la corte esa noche. Y porque... —Arthur se detuvo una vez más cuando estaba a un paso de revelarle el verdadero motivo por el que la había besado. Había bajado la mirada al suelo al tiempo que pensaba que no era posible lo que había sentido en aquel momento. Pero, al levantarla para mirarla a ella, comprendió que estaba jugando un juego muy peligroso. Tal vez fuera ya demasiado tarde para echarse atrás. En otras ocasiones, lo había hecho sin importarle la mujer. Pero, en ese momento, había algo que lo incitaba a no hacerlo, a seguir apostando hasta el final. Apretó los puños y tomó aire antes de confesarle la verdad—. Sentí celos al veros bailar con Nigel. —Arthur había bajado el tono de su voz como si en verdad le resultara doloroso admitir algo así ante ella. Pero era cierto. De repente, se sintió torpe e indeciso acerca del siguiente movimiento que debía realizar. No sabía si apartarse y regresar tras el escudo de la mesa, aguantar con estoicismo el reproche de la dama o tan solo atraerla hacia él y volverla a besar para que le quedara constancia de aquellas palabras.

Lady Edith tuvo la sensación de que había dejado de respirar, o bien el corazón se le había detenido, en el preciso instante en que fue consciente de aquellas palabras. Entreabrió los labios para que el aire le penetrara en los pulmones mientras el pulso parecía relajarse. No sabía cómo mirar a lord Wolsey después de aquella confesión, ni qué decir o hacer.

—No podéis estar hablando en serio —susurró mientras sacudía la cabeza, sin querer creerlo. No. Él no le parecía la clase de hombre que sentiría celos porque otro hombre bailara con ella. No. Lord Wolsey era de la clase de hombres que tomaban aquello que querían y después lo dejaban. No parecía un caballero que celara ni efectuara promesas de amor.

—Ni yo mismo lo creo. Pero, cuando os vi bailar la volta con Nigel...

—No, no sigáis por ese camino. No es más que palabrería para justificar vuestro acto. Pronto me diréis que sentís algo por mí, cuando ambos sabemos que no es verdad —le espetó con rabia por aquella declaración.

—¡Maldita sea, deseé ser yo el que os sujetara por la cintura y os elevara!
—añadió para perplejidad de ella.

Lady Edith negó una vez más con la cabeza, sin poder dar crédito a aquellas palabras. No podía haber sentido lo mismo que ella cuando Nigel le propuso danzar la volta, el baile favorito de la reina Isabel. Pero, a decir verdad, ella había aceptado en un intento por alejarse de él y por darle... ¡celos!

—¿Y vos? ¿Por qué os rendisteis a mi beso? ¿Por qué no me apartasteis de vuestro lado? ¿O por qué no huisteis? —Arthur pareció rehacerse y contraatacar como si supera lo que pasaba por la cabeza de ella en ese preciso instante.

—No he venido a veros para hablar de lo sucedido la otra noche en los jardines —le rebatió ella furiosa porque él le estuviera dando la vuelta a la conversación. El rostro se le encendió, y la mirada se volvió más brillante a ojos de Arthur.

—Lo supongo, pero habéis sido vos la que ha iniciado la conversación sobre ese asunto. De manera que, ya en el tema, podríais sinceraros de igual modo que acabo de hacer yo. Así, sabríamos a qué atenernos en el futuro.

—Nada. No está sucediendo nada. Ni lo sucederá en el futuro. De manera que olvidaos de ese tema desde ahora —le pidió mientras volvía a envararse delante de él, consciente del peligro que ello suponía. Pero no podía evitar acercarse a él para observarlo con detenimiento y olvidar el sentido de aquellas palabras—. Y, para hablar de otra cosa, he venido para...

Arthur dio un paso para sujetarla por los brazos y, de ese modo, retenerla mientras se fundía en la boca de ella ante la sorpresa de lady Edith. No pudo moverse porque las manos de él la sujetaban con firmeza en el sitio; tampoco quiso hacerlo porque sintió que nada de lo que hiciera tendría sentido. Volvió a entregarse sin luchar, ya que, en el fondo, sabía que cualquier oposición sería estéril. Lo había sabido desde el día en que lo había visto.

Arthur la besó con pasión pero también con ternura. Con entrega pero con calma. Le recorrió los labios con parsimonia para no perderse detalle alguno de lo que le transmitían. Sintió el gemido de ella ahogarse en su propia boca y cómo lady Edith deslizaba las manos bajo los brazos de él para rodearlo por la espalda. La joven echó hacia atrás la cabeza para dejar que él profundizara

el beso mientras ella sentía que agonizaba de placer. Durante un momento, se perdió en aquella marejada de emociones. Solo cuando él la dejó ir, Edith sintió cómo el aire le regresaba a los pulmones y la lucidez a la mente en tanto contemplaba su propio reflejo en las pupilas dilatadas de él.

—¿Todavía me aseguráis que no tenemos que preocuparnos por nada? — Arthur arqueó una ceja con expectación mientras ella solo podía cerrar los ojos y apoyar la frente contra la de él para tratar de pensar con frialdad en lo que estaba sucediendo.

Levantó la mirada hacia él.

—Sabéis, igual que yo, que esto es una completa locura —lo acusó mientras se apartaba de él y le daba la espalda. Lady Edith se retorció las manos por lo que acababa de suceder, que confirmaba sus propias sospechas. Se había sentido atraída por él desde el primer día que lo había visto en el salón del trono, con ese aspecto de corsario, de hombre de mundo que sabía lo que hacía y lo que quería, que no se arredraba ante el peligro porque él mismo lo era. Algo que nada tenía que ver con los hombres que ella había visto en la corte de la reina María, ni en Francia primero, ni en Escocia más tarde. Luego, cuando él había comenzado a entablar conversaciones con ella, la había sacado de sus casillas y había hecho que todo pareciera carecer de sentido. Después, sin embargo, había llegado la noche en la que la besó, con lo cual le había colocado el mundo del revés sin haberlo pretendido. Ya nada había sido igual, a pesar de haberlo estado evitando el mayor tiempo posible.

—No lo veo como vos decís. Cada vez que os tengo a mi lado, siento el deseo de besaros, de tocaros. Es algo que no puedo controlar.

—Apuesto a que habréis hecho eso con cualquier mujer a la que hayáis querido seducir, lord Wolsey —le dijo al volver el rostro para hablarle por encima del hombro y así controlar de reojo los movimientos de él. No pretendía que él volviera a acercarse porque intuía que la besaría de nuevo y que ella no se opondría.

Arthur sonrió ante ese comentario, puesto que, en parte, así era. Solo que, en esa ocasión, lady Edith le había llamado la atención de una manera diferente. Pensaba que, después de haberla besado, el interés por ella decaería hasta desaparecer y que la sustituiría por otra dama de la corte. Aunque también era consciente de que el hecho de que necesitara recabar información

fidedigna referente a María Estuardo le hacía más complicado apartarse de ella y olvidarla. Para complicar las cosas un poco más, la propia reina María la había nombrado anfitriona de él en la corte. ¿Qué clase de burla era aquella? El destino siempre parecía tan caprichoso.

—Vos sois el secretario del embajador de la reina Isabel.

—¿Es eso un impedimento? —Arthur frunció el ceño contrariado por esa noticia.

Lady Edith se volvió hacia él con los ojos entrecerrados.

—Sabéis que lo es. Vos podríais regresar a Londres en cualquier momento a petición de vuestra soberana.

—Estáis insinuando que, llegado el caso, os dejaría sola, ¿no es eso?

—Además de que ambos sabemos que no corren buenos tiempos aquí. —Lady Edith adoptó una pose diferente en cuanto comenzó a referirse a la situación en Escocia—. La reina no estará segura en el trono hasta que...

—Hasta que contraiga matrimonio con lord Darnley y tengan un hijo. —La respuesta de él dejó muda a lady Edith. El rostro de ella reflejó esa sorpresa ante la información que lord Wolsey conocía—. No hace falta que me miréis de esa manera, ni que os extrañe. Jacobo se pasó por aquí para ponerme al día. De manera que quedaos tranquila.

—Era ese el tema que estabais tratando con el conde. —Lady Edith bajó el tono de voz hasta casi susurrar aquellas palabras. Debía mostrarse sorprendida y cauta. No esperaba que los ingleses supieran ya la noticia del futuro compromiso de la reina María con lord Darnley. Ese hecho hacía que ella recapacitara acerca de la estrategia a seguir. En tal caso, necesitaba saber qué postura tomaría Inglaterra al respecto de ese compromiso. ¿Qué más sabía lord Wolsey acerca de ese acontecimiento?

—Vino a darme la noticia del compromiso de la reina cuando llegasteis vos. —Arthur regresó al asiento detrás de la mesa ante la atónita mirada de lady Edith. ¿Qué esperaba? ¿Que volviera a besarla? Lo haría con gusto, pero, dado que el tema giraba en torno al compromiso de María Estuardo, convenía tener la cabeza despejada. A fin de cuentas, él no era el representante de Inglaterra, ni tan siquiera el secretario del embajador. ¡Él trabajaba para Walshingham!

—¿Y qué os parece? —Lady Edith lo contempló con el corazón en vilo por saber la opinión de él.

—No es a mí a quien corresponde tomar decisiones, sino a la reina Isabel. No soy más que el secretario del embajador —se disculpó en tanto mostraba las palmas de las manos.

—¿Y cuáles podrían ser esas decisiones, según vos? —Lady Edith no estaba segura de si él le confesaría las verdaderas intenciones de Isabel, pero debía intentarlo para transmitírselas a su reina. Debería utilizarlo en su propio beneficio y en el de María Estuardo.

Arthur clavó los ojos en el rostro de lady Edith y sonrió de manera tímida. ¡Maldita fuera, él debía mantenerse fiel a la reina inglesa! Él era leal a Isabel, de la misma manera que la ella lo era a María Estuardo. No podía confesarle de buenas a primeras lo que él creía que iba a suceder cuando Isabel conociera el carácter religioso del pretendiente a la mano de su prima. Pero estaba seguro de que no le haría nada de gracia.

—¿Era eso por lo que habéis venido? ¿A informarme de dicho compromiso?

Lady Edith asintió.

—Sí, pero, como veo que ya os han avisado, es mejor que regrese junto a Su Majestad.

—¿Os marcháis sin más? —Lord Wolsey se apresuró a salir en pos de ella para intentar al menos que permaneciera con él algo más de tiempo para que le permitiera disfrutar de la compañía que la dama le brindaba.

—Sí, os repito que todo ha quedado claro. Que tengáis un buen día, lord Wolsey. —Edith abrió la puerta de la estancia y salió al corredor sin poder contener el pulso. El beso de lord Wolsey había vuelto a causarle las mismas sensaciones que la otra noche. Pensó que debería alejarse de él cuanto antes; no fuera a ser que cometiera alguna otra locura. ¿En qué maldito momento se había fijado en él? Desde que apareció en la corte, no había hecho otra cosa que complicarle la existencia. ¿Por qué no podía separar a la dama de la reina de la mujer que había en ella? ¿Por qué no podía utilizarlo para recabar información sobre Isabel sin que sus propias emociones se implicaran?, se preguntaba mientras desaparecía en la oscuridad del pasillo.

Lord Wolsey permaneció de pie, con semblante taciturno, durante unos segundos en los que trataba, por todos los medios, de centrarse en la noticia que corría por la corte. Pero prefería pensar en lady Edith y en la manera en que se había entregado al beso. Si seguía por ese camino, al final, encontraría algún que otro sobresalto. No era buena idea andar seduciendo a esa mujer. Pero ¿qué podía hacer si cada vez que estaba junto a ella sentía esa necesidad de besarla?

* * *

—¡Lord Darnley! —exclamó Isabel al conocer la noticia del futuro compromiso de su prima María Estuardo—. No solo no acepta mi sugerencia de pretendiente, sino que además me desafía. ¡Lord Darnley es un católico! Sin duda, mi prima busca hacerse fuerte en el trono a costa de mantener su fe, y con ello me desafía.

Walshingham y el resto de los consejeros allí presentes contemplaron a la reina en ese arranque de furia. Throckmorton había escuchado rumores en el camino desde Edimburgo a Londres y, aunque en un principio no les había dado credibilidad porque se trataban de simples chismes, aquellos se habían confirmado al llegar a Londres. Mientras tanto, Arthur, en la corte de María Estuardo, habría quedado sin capacidad de reacción ante semejante noticia.

—No hay duda de que es un contratiempo —reflexionó sir Francis Walshingham—, pero debemos esperar a ver la reacción de su hermanastro.

—¿Qué insinuáis? ¡Vamos! ¡Hablad!

—Jacobó y el Parlamento son protestantes. No espero de ellos una reacción satisfactoria a la decisión de vuestra prima.

—¿Qué noticias traéis de la corte? ¿Qué ha averiguado vuestro hombre?

—Jacobó espera que Vuestra Majestad pueda apoyarlo, llegado el momento.

—¿Qué pretende? —Isabel se incorporó del asiento con un claro gesto de recelo ante esas palabras.

—Va a intentar obtener el trono para sí mismo. Como señala sir Francis, los nobles escoceses que están a favor de John Knox se han mostrado contrarios a la política religiosa de vuestra prima.

—¿Creéis que podrían alzarse en armas contra ella? ¿El Parlamento y los nobles escoceses? —Aquellas deducciones avivaron el interés de Isabel por saber más.

—Soplan vientos contrarios en Escocia, Majestad.

—¿Dónde está vuestro hombre, sir Francis? —Isabel alzó la mirada para intentar localizarlo entre los allí presentes.

—Se ha quedado en la corte de vuestra prima.

—¿Y qué ha averiguado hasta ahora?

—Lo que acabo de referiros, Majestad —respondió el cónsul—. A estas horas, ya debe de conocer la noticia del compromiso de vuestra prima con lord Darnley.

—¿Sabrá manejar la situación, sir Francis? —Isabel lanzó una mirada de curiosidad, pero con un toque de recelo por que la situación no se le fuera de las manos.

—Lo hará, Majestad. Ahora, lo que nos importa es decidir a qué bando favoreceremos en su momento. Supongamos que el Parlamento escocés se rebelara contra María Estuardo, ¿qué haréis vos, Majestad? El embajador debe presentar una respuesta ante vuestra prima.

—¿Qué opinión os merece? Supongo que habréis hablado con ella. ¿Qué pretensiones tiene a mi trono?

—Vuestra prima, la reina María, no es más que una joven de aspecto sencillo. Juzgadlo vos misma. Os ha enviado una miniatura. —Throckmorton le tendió el colgante que la propia María le había dado para la reina Isabel.

Ella lo tomó entre los dedos y lo abrió para contemplar la pequeña imagen pintada en el interior. Frunció los labios con una mueca que se ajustó más bien al desagrado y cerró el broche, que entregó a uno de los sirvientes.

—Por ahora, esperaremos al desarrollo de los acontecimientos. Escocia no me incumbe mientras no interfiera en mis planes.

—Por lo que lord Wolsey ha averiguado, vuestra prima no tiene intención de reclamar vuestro trono.

—Hum, ¿es fiable esa fuente?

Throckmorton disimuló una sonrisa al recordar el origen de aquella información. Solo esperaba que, mientras se ausentaba, Arthur no se enredara bajo la falda de lady Edith.

—Lo es, Majestad. Es la dama más cercana a vuestra prima.

Cuando sir Francis Walshingham lo escuchó, no pudo evitar hacer un sonido gutural. Tendría un diálogo aparte con el enviado de Inglaterra en cuanto concluyera la audiencia.

—Está bien, demos por terminada esta reunión. —Isabel se levantó del trono y caminó hacia la salida del salón, seguida por las damas. Sin duda, aquella noticia la había afectado, y mucho, a juzgar por el comportamiento que mostraba. Se había marchado de repente y había dejado a todos con la boca abierta.

Sir Francis se apresuró a retener al representante inglés antes de que se alejara.

—¿Es cierto que lord Wolsey está empleando a la dama de la reina para obtener información?

Lord Throckmorton resopló y asintió. Observó a Walshingham apretar los dientes.

—Espero que no se le pase por la cabeza ir más allá. —La mirada de sir Francis fue bastante elocuente, y el embajador captó el mensaje.

—Tal vez sea ya demasiado tarde, sir Francis.

—¡Ese mal nacido de lord Wolsey! ¿Qué pretende? Una cosa es lisonjear y seducir a una dama de la reina para obtener información. Otra muy distinta es transformar eso en una relación. Y luego, ¿qué hará? Si la situación se desborda en Escocia... ¿Se ha vuelto loco?

—No sé qué estará haciendo en mi ausencia. Confío en que todo permanezca igual a mi regreso.

—No con esa cabeza hueca de lord Wolsey.

—Pero ¿por qué lo habéis elegido a él si sabíais cómo se comporta?

Sir Francis Walshingham miró con fijeza al cónsul.

—Porque sabe tratar a las mujeres. Porque no me importa que se acueste con una para sacar información, aunque ahora parece que está jugando con fuego. Finalmente, porque, de las personas que conozco, ninguna habría aceptado ser un espía en la corte de María Estuardo. Por cierto, ¿la reina no piensa enviar un embajador?

—No se me ha comunicado nada todavía.

Sir Francis asintió mientras relegaba ese asunto a un segundo plano. Lo que más le preocupaba era que el comportamiento de Arthur fuera el que se esperaba de alguien en tal posición, y no el de uno que lo echara todo a perder.

CAPÍTULO 6

Lady Edith sostuvo la mirada de lord Wolsey a la espera de que él le confesara cuál podría ser la postura de Isabel ante el anuncio del compromiso de María Estuardo con lord Darnley. Ambos paseaban por los jardines de Holyrood bajo un cielo despejado y unos tímidos rayos de sol. Edith había preferido hablar con él al aire libre que en el despacho tras lo sucedido la última vez. Al menos, en los jardines, ella creía estar a salvo de las maquinaciones de lord Wolsey para aprovecharse de ella. No le robaría ni un solo beso más, se había estado diciendo esos días. Y, si se acercaba de más, lo rechazaría de manera evidente.

Ella se mantuvo firme en todo momento, aunque en su interior se estuviera produciendo una marejada de sensaciones encontradas. Caminar al lado de él y sentir esa presencia tan cercana le hacía perder el hilo de sus pensamientos. Lady Edith había aceptado la invitación de él para pasear con el objetivo de obtener información fidedigna, aunque no estaba convencida de que él se la facilitara. No porque no quisiera, sino porque, tal vez, la desconociera. No podía inmiscuirse de manera personal, pero la reina esperaba de ella alguna declaración.

—No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de cuál es la situación. La reina María es católica y ha elegido a lord Darnley porque comparte la misma fe que ella. Por otro lado, el Parlamento escocés, con Jacobo a la cabeza, es en su mayoría protestante. Vos ya conocéis el sentimiento religioso de mi reina. —Arthur entornó la mirada hacia lady Edith, a quien parecía costarle trabajo respirar a pesar de encontrarse en un espacio abierto como los jardines.

—Pero ambas están unidas por el parentesco. No olvidéis que son primas.

—Además de monarcas en países que han mantenido guerras y enfrentamientos políticos durante muchos años —matizó Arthur con las cejas arqueadas.

—¿Insinuáis que, si María Estuardo estuviera en peligro, su prima Isabel no acudiría a auxiliarla? —Había un toque de cierto temor en la voz y en el pensamiento de lady Edith por que eso pudiera suceder.

“No si María pretende el trono de Inglaterra”, le respondió Arthur en la mente. Pero no haría partícipe a lady Edith de esa información.

—Esa pregunta deberíais trasladársela a la reina Isabel, y no al secretario de la embajada —le sugirió en tanto reanudaba el paseo con las manos entrelazadas a la espalda para evitar rozarla en demasía. Lord Wolsey era consciente de que, si la tocaba, estaría obligado a retenerla contra él y no dejarla marchar hasta haberse saciado de ella.

Lady Edith se mordió el labio al tiempo que intentaba encontrar la explicación a esas palabras, mientras lo observaba alejarse de ella. Todo parecía indicar que, si el Parlamento escocés lograba una mayoría para derrocar a la reina, María no debía esperar mucha ayuda de su prima Isabel.

—No hace falta, si uno se atañe a los últimos acontecimientos aquí, en Escocia —le dijo no sin burla lady Edith en tanto apresuraba el paso para que no se alejara demasiado.

—¿A qué os referís? —Arthur giró el rostro y la contempló contrariado por lo que ella pudiera estar pensando. Frunció el ceño y cruzó los brazos a la espera de una explicación o, más bien, de que ella llegara hasta donde él estaba. La encontró radiante y sensual con aquel vestido de color rojo con ribetes dorados en el cuello y en los puños de las mangas. La tela se ajustaba a la redondez de los pechos, al talle estrecho de la cintura y a las firmes caderas. ¿Cómo no iba a desear besarla si, cada vez que la miraba, ella conseguía encenderle la sangre?

—A que Isabel ha mantenido su apoyo a Jacobo y a John Knox durante los años que mi señora ha estado en Francia —le aclaró mientras sentía la sangre bullir ante esa perspectiva. Cruzó los brazos bajo los pechos, lo que realzó el escote, y esperó a que él le aclarara la causa. Pero, para sorpresa de la dama, lord Wolsey ni siquiera se inmutó en lo más mínimo, a pesar de que, con gusto, le habría borrado aquella sonrisa mordaz con su propia boca—. Vos también sois del mismo parecer religioso que Isabel. —Lady Edith entrecerró los ojos y asintió de manera lenta.

—En este caso, mis creencias religiosas no están en juego ni interfieren en mi cometido. Católico o protestante, soy el mismo hombre que estáis contemplando. Salvo que vos encontréis alguna diferencia.

—Yo sé lo que puedo esperar de alguien como vos.

—No, no lo sabéis, porque ni yo mismo lo sé. Justo ahora, desearía volveros a besar. Sin embargo, me contendré para no hacer un escándalo —le confesó al tiempo que esbozaba un sonrisa socarrona que encendió el genio de lady Edith.

—No penséis que vais a volverlo a hacer —le dejó claro mientras, entonces, era ella la que se alejaba de él con paso apresurado en caso de que a él fuera a ocurrírsele retenerla y cumplir la amenaza. Pero lady Edith no contaba con la rapidez de él y, antes siquiera de dar dos pasos, sintió que la mano de lord Wolsey la sujetaba y la volvía hacia sí con un giro rápido y experto.

Lady Edith quedó otra vez atrapada entre los brazos de aquel apuesto y arrogante secretario inglés. Sus miradas volvieron a chocar, sin que ninguno de los dos consiguiera apartarla del otro. Ella entreabrió los labios para respirar, puesto que la cercanía de lord Wolsey le robaba el aliento de nuevo.

—¿Lo haréis vos, entonces?

Lady Edith abrió los ojos al máximo, sorprendida por aquella pregunta en relación a quién de los dos besaría al otro. Intentó zafarse del abrazo de él, pero tales deseos se vieron frustrados por la falta de colaboración de su propio cuerpo, que parecía querer permanecer entre los brazos de lord Wolsey. Sintió el retumbar de su propio corazón y cómo se unía al de él. Antes de que pudiera expresar una opinión al respecto, sus labios volvían a estar sellados en un nuevo beso que no rechazó. La furia que había sentido al escucharlo hacer referencia al beso la abandonó sin remisión, y ella se rindió una vez más allí, en mitad del paseo en el que ya habían tenido un encuentro, pero con diferente resultado.

Arthur la besó con delicadeza y fervor en tanto apartaba de la mente cualquier pensamiento que tuviera que ver con lo que estaba haciendo. Aquellos labios eran suaves y exquisitos; además, ese modo de besarlo... Sí, sin duda, aunque lo negara, ella sentía cierta afinidad por él. No se sentía saciado en ningún momento, pero tuvo que apartarse de ella y se vio reflejado

en la mirada de la joven. Le acarició la mejilla con lentitud y exquisita ternura, mientras ella sentía que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. ¿Qué le sucedía con aquel hombre?

—¿Qué pueden importarme las diferencias entre las reinas cuando os tengo entre mis brazos y me miráis de esa manera, lady Edith?

Ella acusó el golpe de esa confesión. Hizo un esfuerzo para deslizar el nudo que le apretaba la garganta y le impedía decir algo. Se sentía halagada y deseada. Se humedeció los labios antes de hablar.

—Es una locura lo que decís. No estáis en vuestros cabales. Podrían vernos. Dejadme ir.

Arthur sonrió en tanto dejaba que el pulgar recorriera aquellos labios de manera lenta y sugerente. Lady Edith cerró los ojos sin encontrar una explicación acorde a ese gesto.

—Me gustaría llevaros la contraria, pero, en esta ocasión, estoy de acuerdo —le confesó, y la soltó al percibir que alguien se dirigía hacia ellos.

Lady Edith respiró algo más tranquila cuando se sintió libre del abrazo de lord Wolsey. Él se volvió para darle la espalda, lo que ella aprovechó para alejarse y retocarse el vestido. Intentó controlar su pulso acelerado por la situación vivida. ¿Cómo podía sucumbir ante él con esa facilidad? ¿Es que se había vuelto loca? Se giró hacia él y entonces vio acercarse a un enviado de la reina. ¿Los habría visto besarse? Una agitación extrema se apoderó de ella en ese momento, en el que no supo qué hacer. Podría alejarse sin más, o bien esconderse tras los setos que había en un rincón. Pero, en vez de optar por una de esas posibilidades, decidió permanecer junto a él y escuchar lo que aquel hombre tuviera que decirles.

Arthur la dejó marcharse más por la obligación que imponía aquella inesperada visita que porque en realidad tuviera el más mínimo deseo de hacerlo. Se contemplaron en silencio, como si ambos pretendieran encontrar una explicación a lo sucedido allí.

Uno de los guardias de la reina se detuvo ante él para saludarlo.

—Lord Wolsey, Su Majestad desea tener una reunión con vos. Os aguarda en sus aposentos. He venido a acompañaros.

Arthur sopesó aquella inesperada llamada de María Estuardo. Era evidente que el anuncio del compromiso con lord Darnley estaba provocando mucho movimiento en el palacio. Primero Jacobo, luego lady Edith y, por último, la reina María. Todo eso sin la presencia de Throckmorton en la corte. Por otra parte, sin quererlo, le estaban brindando una información muy suculenta para sus propios propósitos, aunque suponía que, a esas horas, la noticia del futuro matrimonio ya habría llegado al palacio de Whitehall, en Londres. Miró una vez más a lady Edith para saber si lo acompañaría a ver a la monarca. El guardia se alejó unos pasos para conceder algo de intimidad a la pareja.

—¿Tenéis idea de qué puede querer la reina de mí? —Arthur hizo la pregunta a lady Edith para saber a qué atenerse. Todo aquel juego al que se veía sometido empezaba a complicarse. Si, en un principio, él había pensado que aquella estancia en la corte de la reina María sería tranquila, salvo por algunos chismes que circularían, se había equivocado, y más entonces. Con la ausencia de Throckmorton, era él quien tenía que hacer frente a muchos entresijos políticos.

—No. —Lady Edith se limitó a un monosílabo y apartó la mirada de él para dirigirla en frente. En ese momento, no tenía ningún deseo de hablar con él, ni de mirarlo siquiera, después de lo sucedido. Esperaba que el guardia de la soberana fuera discreto y que no esparciera el rumor de que una de las damas de Su Majestad había estado besando al secretario del embajador inglés.

—Pero vos sois su dama más cercana.

Entonces, lady Edith volvió la atención hacia lord Wolsey con un gesto de falta de comprensión.

—¿Pensáis que la reina me comunica todos sus deseos e inquietudes? Para eso está su secretario, Riccio.

Arthur asintió al escuchar aquel nombre. Sí. El italiano que hacía las veces de secretario personal de la reina era un curioso personaje, al que había visto tan solo en dos ocasiones y desde la distancia. Se trataba de alguien muy cercano a María Estuardo. ¿Se habría equivocado al elegir su objetivo para conocer lo que de verdad pensaba hacer la reina? ¿Y si lady Edith no era lo que él había pensado? ¿Se trataría de una distracción para no revelar las

verdaderas intenciones de la monarca? Él mismo no terminaba de creer que María Estuardo renunciaría a los derechos sucesorios al trono inglés, por más que no contara con el apoyo de Francia.

Arthur fue invitado a penetrar en la estancia real, donde encontró a la reina sentada en una silla detrás de una mesa de madera maciza. La joven monarca estaba redactando algunas cartas mientras el secretario permanecía de pie y la observaba. Cuando la puerta se abrió, el italiano levantó la mirada para fijarla en las visitas. Durante un breve instante, Arthur se encontró con la mirada de Riccio, una mezcla de curiosidad y desconfianza. Tuvo la impresión de que aquel hombre recelaba de la presencia de él. Arthur no se lo discutiría, porque era un inglés en la corte escocesa.

María Estuardo dejó la pluma en el tintero y dirigió la atención a la pareja que estaba frente a ella.

—Lord Wolsey, gracias por atender mi requerimiento.

—Majestad. —Arthur inclinó la cabeza de manera leve para no perder de vista al secretario, el tal Riccio. Luego, se centró en María Estuardo y en ese rostro joven, de trazos finos y ojos brillantes. Nada que ver con su prima Isabel. Dos mujeres dirigían los destinos de dos naciones que, en el pasado, se habían dedicado más a guerrear entre ellas que a entenderse. Dos mujeres por completo distintas, pese al parentesco. Se podría decir que la reina María era una chiquilla si se la comparaba con Isabel.

María Estuardo dirigió una mirada a su propia dama, lady Edith, a quien encontró cambiada. Tenía un revelador rubor en las mejillas y la mirada brillante, algunos cabellos se le habían escapado del recogido, y el vestido estaba un tanto arrugado. Se fijó en los labios de ella, sonrosados, que entonces se humedecía. ¿Qué había sucedido entre lady Edith y el delegado inglés? La monarca sonrió de manera disimulada, sin querer aventurarse a hacer conjeturas.

—Podéis sentaros, lord Wolsey —le indicó en tanto señalaba la silla vacante frente a la mesa—. Y vos, lady Edith, podéis retiraros junto a las demás damas. Por ahora, no os necesito.

—Majestad. —Lady Edith asintió y se marchó, no sin antes desviar la atención hacia lord Wolsey. Él se fijó en ella por última vez mientras la observaba alejarse. Esperaba poder volverla a ver esa noche, seguir

conversando y, ¿por qué no?, volverla a besar y a sentir aquel cuerpo cerca del propio.

La soberana contempló, sin que ellos lo notaran, las miradas que intercambiaron los dos, y no escondió la sonrisa. Sin duda, entre ellos había surgido una complicidad que podría dar frutos, pero que, al mismo tiempo, podría causar discordia. No esperaba que lady Edith fuese a sentirse atraída por lord Wolsey, mucho menos después de haberla escuchado hablar de él la noche en que lo conoció.

—Milord, imagino que ya estáis al tanto de la noticia de mi compromiso —comenzó explicando la reina mientras mantenía la atención en el interlocutor.

—Sí. —Arthur se limitó a responder con un monosílabo y sin dar mayores explicaciones, salvo que fueran necesarias. Por otra parte, no le cabía la menor duda de que, más tarde, la reina y lady Edith mantendrían una interesante plática acerca de lo que ambos habían conversado—. Os felicito por ello.

—Gracias. ¿Qué opinión os merece lord Darnley? ¿Lo conocéis?

—No, Majestad. Soy un simple secretario, no acostumbro a relacionarme con la alta nobleza inglesa, menos aún escocesa —le refirió con una sonrisa amable, puesto que así era. No conocía en persona a lord Darnley, tan solo por comentarios del embajador y del propio Walshingham durante una conversación en la que había surgido el nombre.

—Supongo que Throckmorton sí lo conoce. En ese caso, esperaré su regreso de Londres para conocer de primera mano la opinión de mi prima Isabel. Antes de que os retiréis, ¿qué opinión os merece lady Edith? ¿Se comporta como una buena anfitriona? La designé a ella como mi enlace con vos porque la consideré la más idónea para tal tarea.

La pregunta de la reina María obligó a lord Wolsey a permanecer sentado durante unos segundos. Temía que, si se levantaba en ese momento, pudiera tropezar y delatarse ante aquella interrogación tan directa. Contempló a María Estuardo con cierto recelo y expectación. Debería ser cauto a la hora de hablar de la dama de compañía.

—No entiendo vuestra pregunta, Majestad.

—Cuando han ido a buscaros, estabais con ella...

Lord Wolsey sonrió. La soberana podía ser una joven inexperta en materia política, pero parecía tener muy buen ojo para otras cuestiones. ¿Quién decía que no la hubiera enviado ella misma para preguntarle por la opinión de él? Lo que lord Wolsey no podía asegurar era si la reina estaba al tanto de lo que había sucedido entre lady Edith y él, aunque no le extrañaría lo más mínimo que ya lo supiera. Pero no por boca de la propia lady Edith, sino por algún sirviente chismoso.

—No tengo queja alguna de vuestra dama. No obstante, no es necesario que...

—¿Preferís tratar con mi secretario? —preguntó la reina en tanto formaba un arco de claro interés con las cejas mientras señalaba a Riccio. El italiano asintió en el mismo instante que su categoría fue mencionada por la monarca.

—Lo dejo a vuestra elección, Majestad. Creo que puedo tratar con vuestro secretario de igual manera que con vuestra dama —le profirió, consciente de que no era cierto porque, sin duda, él prefería tener a lady Edith cerca en todo momento. De ese modo, podría contemplarla, acariciarla y, por último, estrecharla contra él y besarla. Riccio parecía más complicado de manejar. Pero, por otra parte, Arthur se daba cuenta de que esas situaciones que se producían con lady Edith podrían acabar por distraerlo del verdadero cometido encargado por Walshingham y por la propia Isabel. Tal vez, por eso, sería mejor tratar con el secretario italiano de la reina María después de todo y, el tiempo libre que le quedara, dedicarlo a lady Edith.

María Estuardo se mostró sorprendida por la respuesta. No esperaba que lord Wolsey pudiera decantarse por el secretario y rechazar a lady Edith. Ella creía que la dama sería más atrayente para el enviado inglés y que podría confiarle ciertos secretos de Estado.

—Lo pensaré. Pero, mientras tanto, dejaré que lady Edith siga siendo vuestra anfitriona aquí.

—Lo dejo en vuestras manos, Majestad. —Arthur asintió y, entonces sí, se levantó de la silla, pero se detuvo en el último instante y volvió la atención hacia la reina—. ¿Qué le parece a vuestro hermanastro Jacobo que os desposéis con lord Darnley? —Arthur frunció el ceño con un gesto lleno de

curiosidad ante esa cuestión. Observó el rictus de sorpresa en el rostro de la reina y, al momento, se preguntó si no habría ido demasiado lejos al efectuar esa pregunta tan personal.

María Estuardo intuyó el significado de aquella interpelación. No era una mera cortesía, sino que buscaba recabar información política. Lord Darnley era católico, al igual que ella, y Jacobo se había pasado a la nueva fe que proclamaba John Knox.

—Por ahora, me ha felicitado, como vos. Si no tenéis más preguntas...

—Majestad. —Lord Wolsey se inclinó con respeto ante la reina y abandonó aquellas dependencias, no sin antes buscar con la mirada a lady Edith, pero, en esa ocasión, ella ya no se encontraba allí. La vería más tarde, y retomarían la interesante discusión que mantenían cuando los habían interrumpido.

María Estuardo entrecerró los ojos mientras seguía con la mirada a lord Wolsey hasta que aquel desapareció tras la puerta.

—Es muy astuto el secretario —comentó, sin apartar la vista de la entrada a aquel recinto, mientras Riccio la contemplaba a ella—. Quiere saber la opinión de Jacobo porque conoce el problema que surge al haber elegido a lord Darnley. Pero a mí me preocupa más la postura de Inglaterra en todo esto.

—Supongo que vuestra prima no se inmiscuirá —apreció el italiano, que trataba de aplacar el estado de nervios de la reina María.

—Hasta mi regreso a Escocia, mi prima Isabel ha apoyado a Jacobo por dos motivos: era el regente, lo que suponía que no podía optar al trono de Londres, y porque comparte con mi prima su protestantismo.

—¿Teméis que Isabel no acepte vuestro matrimonio? —Había un toque de alarma en Riccio que María Estuardo no pasó por alto.

—¿Tú no, mi fiel secretario? —La pregunta llenó la habitación, impregnada de cierta melancolía y decepción porque, si no se equivocaba, la reina inglesa no vería con buenos ojos un matrimonio católico que avivara el interés en España o en Roma por que el catolicismo regresara a las islas.

—Decidme, ¿a qué se ha debido haberme ofrecido como intermediario con el secretario inglés?

La reina sonrió divertida en ese momento.

—No te preocupes, no voy a dejarte en manos de los ingleses. Solo quería cerciorarme de un detalle que he percibido cuando he visto entrar a lord Wolsey y lady Edith —comentó la reina mientras Riccio parecía algo descolocado ante esa afirmación—. No, no voy a pedirle a lady Edith que se separe de lord Wolsey. Y ahora, menos —agregó la soberana en tanto esbozaba una sonrisa llena de picardía ante lo que creía haber percibido, aunque la idea no estuviera exenta de peligro en todos los sentidos.

* * *

Jacobo y los nobles escoceses leales a él y a John Knox se encontraban reunidos en torno a una mesa en uno de los salones del palacio de Holyrood. El conde Moray era el que llevaba la voz cantante en aquel asunto.

—Mi hermana nos desafía con su nueva locura. Va a desposarse con lord Darnley —anunció al tiempo que observaba los rostros de cada uno de los allí reunidos—, un católico.

—Creía que vuestra hermana sería más fácil de convencer para que abrazara la nueva fe, pero veo que sigue practicando la misma religión que su madre, María de Guisa —dijo John Knox mientras miraba de manera fija y resuelta a Jacobo.

—Yo también pensaba que sería más cercana a la nueva fe, como su prima Isabel.

—Y ahora contraerá matrimonio con lord Darnley —razonó Maitland—. Esa unión se verá con buenos ojos en España, Francia y Roma; además, los católicos de Escocia y de Inglaterra se regocijarán.

—No estés tan seguro. Lord Darnley puede ser católico, protestante o lo que quiera. Lo importante es que es muy manejable —apuntó Jacobo con una sonrisa cínica—. Esa es la parte que nos conviene.

—¿Insinuáis que podemos influir en la reina a través de él? —sugirió John Knox en tanto elevaba una ceja con suspicacia.

—Así es. Si no conseguimos que mi hermana acepte el protestantismo de manera directa, lo haremos a través de su esposo.

—Pero lord Darnley es católico —insistió Maitland mientras sonreía por ese pequeño desliz de Jacobo—. También está el tema de ese secretario extranjero que no separa de ella, en quien vuestra hermana confía de manera ciega. Debemos apartarlo de ella.

—Y el conde de Bothwell, no lo olvidéis —apuntó Huntingdon al referirse a uno de los defensores de la monarca—. Sería capaz de reunir a miles de simpatizantes de la reina y defenderla.

—Todo a su tiempo, señores. El futuro de Escocia está en nuestras manos. No podemos consentir que mi hermana desoiga al Parlamento y al pueblo escocés.

—¿Qué opináis vos de la reina Isabel? ¿Se mantendrá al margen mientras se fragua una traición en la corte de su prima? —John Knox entrecerró los ojos al tiempo que cavilaba sobre las numerosas posibilidades que podían darse.

—Isabel no hará nada en favor de su prima —aseguró Jacobo con autosuficiencia.

—¿Cómo estáis tan seguro?

—Porque el derrocamiento de mi hermana eliminaría la amenaza que supone al trono de Inglaterra —explicó de manera lenta y segura en tanto contemplaba a todos los presentes y cómo los gestos de aquellos cambiaban a medida que eran conscientes del significado de esas palabras—. Pero, antes de hacer nada, el Parlamento debería reunirse con la reina y hacerla partícipe de tales deseos.

Un ligero murmullo se instaló alrededor de la mesa, a la que se sentaban los principales nobles contrarios a María Estuardo.

La doncella que transitaba en ese momento por el pasillo fue testigo de aquella conversación, según la cual, al parecer, la reina María corría peligro. Tomó el vestido entre los dedos y caminó deprisa lejos de aquel corredor para que nadie la viera. En aquellos días, cualquiera podría ser acusado de traición o, peor aún, ser silenciado sin que nadie se enterara jamás. La joven criada se apresuró a regresar al área de los aposentos de la reina mientras el corazón le latía de manera exagerada en el interior del pecho y el pulso le golpeaba las sienes. Sin duda, debía hacer partícipe de aquella información a alguien cercano a la reina antes de que fuera demasiado tarde.

* * *

Cuando lady Edith escuchó toda la historia, no pudo dar crédito a lo que la joven Abigail le relataba. Las sospechas acerca de una posible traición a la reina por parte de su hermanastro parecían ser ciertas.

—¿Estás segura de lo que escuchaste? —Lady Edith trató de calmarla mientras entornaba la mirada hacia ella. Pero, a juzgar por los gestos de la muchacha, todo parecía ser verdad.

—Así es. Estaba paseando por el pasillo cuando escuché la voz alta y clara del hermanastro de la reina María, que se dirigía a los demás. También escuché la voz de John Knox, que hizo referencia a la fe de la reina y a que no había adoptado la nueva, a diferencia de su prima Isabel.

Lady Edith escuchaba con atención mientras trataba de pensar en el siguiente paso a dar. ¿Confesárselo a la reina? ¿A Riccio? Debería hacerlo para advertirle del peligro que corría.

—¿Has dicho que Isabel no hará nada por ayudar a su prima, la reina María? —lady Edith realizó la pregunta de manera pausada mientras el nombre y la imagen de lord Wolsey le llenaban la mente. De ser cierto ese hecho, no podría confiar en él, por mucho que lo deseara.

—Eso es lo que Jacobo aseguró: si la reina María es apartada del trono de Escocia, entonces Isabel se quedaría más tranquila porque su prima no tendría derecho a reclamar la corona inglesa.

—Pretenden echar a la reina del trono... —Lady Edith se quedó petrificada, con la mirada en el vacío y los labios entreabiertos, durante unos segundos, hasta que Abigail continuó.

—Jacobó quiere que el Parlamento se reúna con la reina y le exponga sus peticiones.

—Y, si no las acepta, están dispuestos a cometer traición —concluyó lady Edith con el ceño fruncido—. No le comentes a nadie más lo que me has dicho. Nadie debe conocer esta información. Nadie.

Abigail asintió antes de dejar a lady Edith a solas con aquella noticia que venía a soliviantar la calma que se respiraba los últimos días. Todo había transcurrido sin ningún sobresalto, salvo por la llegada de lord Darnley y del

conde Bothwell.

CAPÍTULO 7

Arthur llevaba días preocupado por la transformación que había sufrido lady Edith. No sabía si ello se debía a ciertas conversaciones privadas con la reina María, en las que discutirían sobre él o sobre la situación de la política en Escocia en esos tiempos. Fuera lo que fuera, necesitaba averiguarlo, pero, con la vuelta del embajador Throckmorton y la boda de la reina, no había encontrado un momento para estar a solas con la dama. Además, Arthur tenía la ligera impresión de que ella lo evitaba. ¿Temía que volviera a besarla? Pensar en tenerla entre los brazos una vez más hacía que todo el cuerpo se le tensara y que la rabia por no poder verla lo empujara a cometer algún tipo de locura.

Esa noche, la buscaría entre todos los presentes para que le aclarase por qué llevaba días evitándolo. Pero, en ese instante, debía apartarla de su mente, ya que el embajador acababa de regresar de hablar con la monarca escocesa y no parecía traer muy buena cara.

—A juzgar por vuestro semblante, parece que la reunión con la reina no ha sido lo que esperabais.

—No es la reunión con Su Majestad lo que más me preocupa —comenzó diciendo el cónsul mientras resoplaba—, sino las posibles consecuencias que lo que sucede pueda acarrear.

—¿Lo decís por Isabel?

—No solo por la reina Isabel, sino por el tenso clima que se respira en el palacio —protestó de manera enérgica Throckmorton—. La reina me ha informado de su reciente reunión con el Parlamento.

—Desconocía esa reunión —comentó Arthur con semblante serio.

—¿No lo sabíais? —La pregunta del enviado de Isabel obtuvo una negativa por parte de Arthur—. ¿No os informó la reina? ¿Ni lady Edith?

—No he sido puesto al tanto de esa reunión. De lo contrario, os lo habría dicho apenas llegasteis. Lo cierto es que lady Edith se muestra esquiva los últimos tiempos.

—¿En qué sentido?

—Hace días que nos tenemos ninguna conversación. Da la sensación de no tener nada que contarme, o bien, de que no quiera contarme lo que sabe. No sé si me entendéis.

—¿Acaso sospecháis de ella? Me refiero a que pueda pensar que vuestro comportamiento se debe a motivos políticos.

Arthur permaneció pensativo algunos segundos mientras sopesaba la cuestión. La verdad era que él creía que, más bien, se debía a lo que había ocurrido la última vez que habían estado juntos en aquella estancia, cuando él terminó besándola, en vez de a cuestiones políticas.

—No puedo asegurarlo. Pero sí es cierto que no me ha pasado nada de información desde mi última reunión con la reina, como ya os comenté.

—La boda de María Estuardo con lord Darnley no ha sentado nada bien en Londres.

—Era de suponer. Tampoco aquí, en la corte.

—Isabel habría preferido a un protestante como rey consorte que a un católico como lord Darnley. De ese modo, el catolicismo quedaría disminuido en las islas.

—¿Intervendrá la reina Isabel si su prima sufre algún percance? Los nobles y el Parlamento, con Jacobo y John Knox a la cabeza, están algo molestos por la boda de la soberana.

—¿Qué tan molestos? ¿Lo suficiente para intentar deponerla?

Arthur se encogió de hombros ante esa pregunta.

—Desconozco la respuesta, pero no descartéis esa posibilidad.

—No obstante, podemos quedarnos tranquilos —le aseguró el embajador con una sonrisa irónica que alertó a Arthur.

—¿Por qué estáis tan seguro? —El recelo invadió la mente de Arthur ante aquella confesión tan clara y contundente del caballero.

—No pueden tocarnos, o conocerán el genio de Isabel. Jacobo sabe que Isabel lo apoyaría si, por casualidad, regresara al trono de Escocia en vez de su hermanastra. Por eso y porque Su Majestad vería con buenos ojos que su prima fuera apartada de la corona. De ese modo, las dudas de Isabel sobre la posible reclamación al trono inglés por parte de María Estuardo no tendrían ninguna validez, ya que no sería reina de Escocia.

“¡Lady Edith!”. El nombre retumbó en la mente de Arthur como el trueno de una tormenta a punto de desatarse. Si todas las sospechas del cónsul y de él mismo se cumplían, tanto la reina como sus damas de compañía correrían peligro a manos de los nobles escoceses. Llegado el momento, serían capaces de cometer cualquier locura por obtener el poder.

—Pero dejemos por ahora todo ese asunto. No son más que meras especulaciones. Confiemos en que nada de esto suceda y en que María Estuardo se mantenga segura en el trono ahora que cuenta con lord Darnley. Será mejor que marchemos al gran salón para la cena. Ah, por cierto, vuestro querido Walshingham os manda recuerdos. —Arthur parecía aturdido tras la plática mantenida con el embajador, tanto que ni siquiera prestó atención a aquel comentario—. Lord Wolsey, ¿me estáis escuchando?

—Disculpadme, ¿qué me decíais?

—Sir Francis os envía recuerdos y espera que os ciñáis al plan con lady Edith.

—Descuidad, que esta noche vamos a aclarar muchas cosas lady Edith y yo —le aseguró, molesto por sentirse tan turbado.

Lady Edith intentaba disfrutar del evento de esa noche. La reina María permanecía feliz, sentada en el trono mientras, al lado, se ubicaba el futuro esposo, lord Darnley. La monarca parecía haber tenido prisa por contraer matrimonio, como si quisiera afianzar su propia posición en el trono por temor a que algo malo pudiera sucederle. Pero, después de escuchar lo que Edith le había relatado, la soberana parecía no haberle concedido importancia a las palabras de una joven doncella. Claro que su hermano ansiaba el trono sobre el ella se sentaba y que las diferencias entre ambos existían por motivos religiosos, pero solo eran algunos desacuerdos.

Lady Edith vio acercarse al embajador inglés. Junto a él, caminaba lord Wolsey, más atractivo que nunca, con un traje de terciopelo color vino, por el que asomaba el cuello de la camisa blanca, unos pantalones acuchillados al estilo isabelino y botas altas de piel. Un espadín pendía del cinturón del caballero. No le perdió la mirada, ni siquiera cuando él se fijó en ella. Había curiosidad, desconcierto y deseo en los oscuros ojos de aquel maldito y apuesto secretario inglés. El pecho de ella se agitaba, sin que fuera capaz de

controlarse. Llevaba sin verlo a solas algunos días, demasiados para su propio gusto, pero no quería volver a sucumbir a aquella extraña sensación de placer en la que él la sumía cada vez que estaban a solas.

Arthur desvió la atención de lady Edith, a quien encontraba más sensual y hermosa que la última vez que se habían visto. Aquel recuerdo que tenía de ella había quedado eclipsado por la imagen de ese preciso instante. Sin duda, tendría toda la noche para recrearse en esa nueva memoria.

—Majestad, os felicito por vuestro futuro matrimonio.

—Gracias, lord Wolsey. Hace días que no os veo en compañía de lady Edith —le recordó María Estuardo en tanto inclinaba el rostro para buscar la mirada de la dama.

Arthur fue consciente del sonrojo que experimentó ella cuando la reina se refirió al hecho de que no hubieran vuelto a coincidir en el palacio durante algún tiempo.

—He estado algo ocupado, Majestad. Lamento de veras no haber podido dedicarle a lady Edith la atención que se merece. Espero que sepa perdonarme y que esté dispuesta a que la compense esta noche —comentó y dirigió las últimas palabras a Edith, que sentía el calor invadirle todo el cuerpo sin remisión alguna. Aquella mirada tan penetrante y tan descarada, junto con esas palabras, acababan de reavivar los recuerdos en la mente de la muchacha.

—Estoy segura de que os concederá tiempo para enmendar vuestra dejadez.

—Gracias, Majestad. Lord Darnley. —Arthur se inclinó ante él, más por protocolo que porque en realidad sintiera deseos de hacerlo. Le parecía una marioneta a la que la monarca podría manejar.

—Caballeros —dijo aquel en tanto alzaba la copa para brindar.

El embajador y lord Wolsey se alejaron a un lugar apartado para conversar. Arthur no podía dejar de pensar en lady Edith y en ese vestido azul turquesa, que le realzaba la palidez de la piel, el brillo de los ojos y el tono cobrizo del cabello.

—¿Qué impresión os ha causado lord Darnley? —La pregunta de Throckmorton a lord Wolsey no se hizo esperar demasiado.

—La de alguien a quien la reina ha utilizado para enfrentarse al Parlamento y a los nobles que no la apoyan. No tiene la fuerza de Bothwell —comentó Arthur en tanto hacía un gesto con el mentón en dirección al otro noble escocés.

—Vaya, veo que os habéis puesto al día en mi ausencia.

—Es mi trabajo. No lo olvidéis, Bothwell puede representar un peligro para Jacobo y el resto de los nobles —le advirtió mientras el enviado de Isabel fruncía el ceño—. Es leal a María Estuardo y cuenta con algunos miles de hombres de su clan que no vacilarían en enfrentarse a Jacobo.

—Es interesante saberlo.

—Las malas lenguas dicen que Bothwell podría estar enamorado de la reina, lo cual lo convierte en alguien más temible aún.

—¿Aspira a compartir el trono con ella?

—No lo descartéis. Ahora, si me disculpáis, he prometido que esta noche compensaría a lady Edith, y ha llegado el momento de empezar a hacerlo —le aseguró con una sonrisa cínica.

—Tened cuidado, lord Wolsey, no cometáis ninguna estupidez —le recordó mientras lo retenía por el brazo y lo miraba fijo.

—¿Cómo podéis calificar de estupidez a compensar a una mujer como lady Edith? —le preguntó con un tono jocoso.

—Yo no, pero vuestro amigo Walshingam así lo cree. Solo me limito a recordaros sus palabras.

Arthur apretó los dientes y asintió mientras se soltaba de la mano del cónsul y acudía en busca de lady Edith, quien, al verlo con paso firme y decidido, se removió en el asiento mientras el pulso comenzaba a acelerársele.

—Lady Edith, si me permitís danzar con vos... —Arthur extendió el brazo con la palma de la mano abierta en un gesto de clara invitación a que ella la tomara.

La joven pareció dudar mientras era el centro de todas las miradas, incluidas las de la reina y lord Darnley. Fue este último quien habló en última instancia.

—Vamos, lady Edith, no desperdiciéis la oportunidad de bailar con el secretario del embajador inglés. Os lo ordeno como vuestro rey —le dijo con una mezcla de autoridad y diversión, pues la lengua comenzaba a trabársele debido al vino.

Lady Edith inspiró en un vano intento por calmarse. Debía reconocer, sin embargo, que, cada vez que su propia mirada se cruzaba con la de lord Wolsey, el efecto en ella era el contrario. Con suma tranquilidad, colocó la mano sobre la de él para que la condujera con exquisita delicadeza al centro del salón, donde comenzaría la siguiente danza. Lord Wolsey tenía solo atenciones para lady Edith, que se mostraba dubitativa en todo momento, y más cuando sintió la suave caricia de los dedos de él sobre los propios.

Arthur se volvió hacia la reina María con respeto.

—¿Puedo pedir os un favor, Majestad?

—Decidme, lord Wolsey.

—¿Podrías pedir a los músicos que tocaran una volta? —le sugirió con una sonrisa cínica, mientras lady Edith sentía que su propio cuerpo era presa de un manojo de nervios. Observó, entonces, con ira a lord Wolsey por tal atrevimiento. ¡Iba a obligarla a dejar que le colocara las manos encima! Lanzó una rápida mirada a la reina para rogarle que no le concediera ese deseo.

—¡Tocad una volta! —ordenó la reina María, que efectuó una señal a los músicos mientras sonreía a lord Wolsey.

—Gracias, Majestad.

La soberana escocesa contempló el gesto turbado en el rostro de lady Edith. Si no la conociera, habría dicho que estaba nerviosa por danzar con él. Sí, porque la reina estaba segura de que la dama sentía algo por el ayudante del embajador inglés, y no precisamente aversión por la procedencia de aquel.

Cuando lord Wolsey se detuvo delante de lady Edith, la mirada de ella era fría. No mostraba ni un atisbo de calidez, algo que él se encargaría de arreglar.

—¿Cómo os habéis atrevido? —murmuró con los dientes apretados en tanto se colocaba en posición para comenzar la danza.

—Me lo debíais —respondió lord Wolsey, divertido por verla en aquella tesitura. Estaba radiante, exquisita y dulce. Y él solo podía pensar en dos cosas en ese momento: en sujetarla por la cintura y en besarla para paliar la ausencia de esos labios durante los días anteriores.

La música comenzó mientras las parejas efectuaban los primeros movimientos. Lady Edith sentía que los nervios se le habían adueñado del estómago. Trato de serenarse y de tomarse aquel baile como lo que era, una simple y mera diversión. Pero, en cuanto sintió que las manos de lord Wolsey le rodeaban la cintura y la elevaban delante de él, lady Edith comprendió que aquella danza no iba a transmitirle las mismas sensaciones que cuando la había bailado con Nigel. Contuvo la respiración e intentó hacer lo mismo con el pulso, que se le había disparado sin remedio.

Arthur sonreía encantado por aquella oportunidad de volver a tener a lady Edith junto a él. No podía decir que la sostenía entre los brazos, pero sí bajo las manos. Y sentía cómo ella parecía agitarse cada vez que él la sujetaba por la cintura. Era en esos momentos cuando sus miradas se encontraban, la una fija en la otra, cuando el rostro de ella se encendía y cuando el escote aumentaba en volumen debido a la agitada respiración de la dama. También era el momento en el que Arthur Wolsey se preguntaba hasta qué punto lo atraía ella y hasta qué punto estaba dispuesto a arriesgarse.

Lady Edith sentía un calor sofocante bajo el vestido. El corpiño parecía cortarle la respiración, o tal vez fuera la mirada fija de lord Wolsey en ella. Durante un momento, no supo qué hacer. Deseaba salir corriendo de aquel salón, en el que ella se había convertido en el objetivo de la mirada de muchos de los presentes, en especial de la reina María y del embajador Throckmorton que sacudía la cabeza porque no daba crédito a lo que observaba. Sí, era evidente que lord Wolsey estaba a punto de cometer una desfachatez, si no era tarde ya. Recordó las palabras de sir Francis Walshingham acerca del caballero, que, en ese momento, se ajustaban a lo que le había comentado respecto de Arthur.

Lord Wolsey contemplaba a lady Edith con una sonrisa cínica. ¿Qué haría luego? La notaba inquieta. Reconocía que bailar una volta con ella había cumplido todas las expectativas y que, aunque en un principio ella se había mostrado algo reticente, a medida que la danza avanzaba, la había notado algo más entregada a la actividad.

—Gracias por el baile, lady Edith. —Arthur se inclinó con respeto ante ella, mientras la mirada de la joven se volvía dura en un intento por desterrar de ella cualquier atisbo de calidez y complicidad para con lord Wolsey.

Lo miró de pies a cabeza en tanto sacudía la cabeza y, en un acto reflejo, tomó su vestido entre las manos y abandonó el salón a toda prisa, para sorpresa de Arthur. No entendía el porqué de aquel nuevo desplante por parte de ella. Durante unos segundos, se sintió torpe. Se había convertido en el centro de las miradas de los que lo rodeaban; muchos se preguntaban qué diablos había sucedido entre él y la dama favorita de María Estuardo.

Arthur apretó los labios y frunció el ceño al mismo tiempo que salía detrás de ella. Necesitaba saber qué le había sucedido para que abandonara el baile y la compañía de él sin decirle nada, con lo cual lo había dejado plantado en mitad del salón ante la mirada de todos. ¿Estaba ofendida porque él había querido bailar con ella? ¿Se trataba de lo que le había confesado en su estancia, cuando le había asegurado que él había deseado ser quien danzara con ella, en vez de Nigel? En busca de ella, corrió por el pasillo sin ser consciente de los empujones que propinaba a la gente que encontraba a su paso. Sentía el pulso acelerado, la sangre que le bullía en las venas y el ansia por hallarla y aclararlo todo. Aquello no podía terminar así. No iba a permitirlo.

Lady Edith había conseguido alejarse del salón del trono y refugiarse en una terraza del palacio. Allí, ajena a las miradas de los cortesanos, pero, sobre todo, a la del maldito Arthur, cerraba los ojos y dejaba que el aire nocturno le despejara la mente y le tranquilizara el corazón. Necesitaba un momento a solas para responder a la pregunta que llevaba mortificándola desde que comenzara la Volta: ¿qué le sucedía con lord Wolsey? Se mordisqueó el labio con gesto pensativo e intentó ahondar en su propia mente para descubrirlo. Una parte de ella había ansiado bailar con él, la parte más alocada, más aventurera. En cambio, la más racional le pedía que tuviera precaución, puesto que era consciente del peligro que él representaba para una dama como ella. Ya no estaba segura de que fuera conveniente seguir con aquella locura. Levantó la mirada hacia el cielo despejado para contemplar la luna y no pudo evitar que una sonrisa le bailara en los labios.

Arthur la contemplaba en silencio desde el umbral de la puerta que conducía a la terraza. No quería interrumpirle los pensamientos. Le parecía una mujer fascinante, y estaba consiguiendo volverlo loco día a día. Se

preguntó por qué había tenido que ser justo ella la persona indicada para tratar con él los asuntos que concernían a la reina María. Pero dio gracias a la providencia por que fue así.

Lady Edith se volvió para regresar al salón del trono por si la reina la necesitaba. Pero, al girar hacia la puerta, se quedó paralizada una vez más al ver a lord Wolsey apoyado contra el marco en una pose algo... presuntuosa. Tenía una pierna por delante de la otra, los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa cínica. Pese a ello, sin embargo, lo que atrapó a lady Edith fue la mirada que le dedicaba: una mezcla de calidez, ternura y alivio.

Ella sintió un ligero temblor de piernas que le impedía avanzar. La sequedad en la garganta que le obstaculizaba hablar, y las pulsaciones le estaban aumentando.

—Por fin os he encontrado —le comentó él al caminar unos pasos hacia ella.

—¿Qué queréis ahora? —El tono de lady Edith fue frío, cortante, en un intento por parecer distante a ojos de él. No quería darle pie a que se acercara más de lo permitido, aunque era consciente de que, llegado ese momento, no estaba segura de qué sucedería.

—Saber por qué habéis abandonado el salón como si el mismísimo diablo os persiguiera.

Una media sonrisa se dibujó en los labios de lady Edith.

—Es verdad que calificaros como tal puede ajustarse a vuestra manera de comportaros esta noche —le rebatió irónica—. ¿Por qué le habéis solicitado a la reina una volta? ¿Para bailar conmigo? ¿Os habéis vuelto loco? ¿Queréis que toda la corte murmure sobre nosotros? —Lady Edith elevó una ceja con suspicacia mientras Arthur se limitaba a asentir.

—Ya os lo dije el otro día. Lamenté no poder danzarla con vos cuando Nigel se me anticipó. Y, por cierto, ¿desde cuándo hay comentarios al respecto de nosotros?

—En ese caso, vuestro deseo de bailar queda satisfecho. Desde luego que, con vuestro comportamiento, los habrá, al salir en mi búsqueda cada vez que me alejo y solicitar un baile conmigo. Solo falta que alguien os haya visto besarme en los jardines —le reprochó al enfrentarse a él, sin ser consciente

del magnetismo que ejercía sobre ella—. Ahora, si me permitís que vuelva al salón... Es posible que Su Majestad esté buscándome. —La dama tomó el vestido entre los dedos para elevarlo y, de ese modo, caminar mejor.

—¿Cuál es vuestro deseo? ¿Qué anheláis, lady Edith? —La pregunta de lord Wolsey la retuvo, al mismo momento que ella sintió la mano de él posarse con delicadeza en su vientre para retenerla.

Lady Edith lo miró de manera fija mientras sentía que su propia respiración ganaba velocidad. Debía controlarse o él lo notaría y achacaría tal estado a la cercanía que existía entre ambos cuerpos. Se humedeció los labios, presa de los nervios, e intentó apartarse de él, pero, por alguna desconocida razón, las piernas de la joven no parecían tener intención de moverse un solo paso de allí.

Lord Wolsey arqueó las cejas para instarla a que le respondiera y le confesara su más recóndito secreto.

—En estos momentos, regresar al salón por si la reina me necesita y...

—La reina no os necesita esta noche. No cuando tiene a su flamante esposo junto a ella... y al resto de damas. No os echará en falta. Os lo puedo jurar. — La voz de él era cálida, suave y se deslizaba en la mente de lady Edith como la tenue tonada que procedía en esos momentos del salón.

La joven entreabrió los labios para tomar aire, pero el suspiro inequívoco ante lo que lord Wolsey le provocaba se le escapó.

—Quedaos conmigo. —Había un toque de petición algo desesperada en el tono que sobresaltó a lady Edith. Un escalofrío le recorrió la espalda y le erizó toda la piel del cuerpo a su paso. Cada vez que ella intentaba alejarse de él, algo la llevaba a no hacerlo, pero todavía desconocía qué era.

La corriente de aire que circulaba entre ambos parecía hacerse más y más imperceptible a medida que las bocas de los dos se acercaban. Lord Wolsey escuchó el leve gemido que escapó por entre los labios de lady Edith. Entonces lo contemplaba con los ojos a medio cerrar, puesto que estaba entregada una vez más. La muchacha se dio cuenta de que, de nuevo, él volvía a ganar. Volvía a tenerla a su completa merced mientras le recorría la mejilla con el pulgar y una exquisita delicadeza.

—No sé qué me empuja a desear besaros una y otra vez, lady Edith, pero tampoco tengo interés en saberlo mientras siga siendo así.

—Entonces, no lo hagáis. —Se escuchó decir ella, que creía que agonizaba en aquella tensa espera por que él la besara una vez más y la envolviera en la calidez de ese abrazo.

Lord Wolsey no vaciló ni un segundo y se apoderó con una deliciosa ternura de los labios de lady Edith, mientras ella no podía evitar dejar escapar un nuevo gemido de complacencia. De repente, los nervios de la joven parecieron desaparecer a medida que Arthur la besaba y ella correspondía. Un ola de calor arrasó con todos los prejuicios contra él en tanto se daba perfecta cuenta de que, por mucho que intentara evitarlo, aquel inglés parecía destinado a convertir la vida de ella en un sinsentido que le agradaba.

Cuando él se separó, no sin gran esfuerzo, la contempló mientras el rostro de ella parecía encendido y los labios, hinchados. La mirada de la dama había perdido cualquier atisbo de arrogancia hacia él.

—No deberíais haberlo hecho. —Lady Edith se apartó de él. Había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho. Caminó por la terraza, inquieta, mientras se retorció las manos.

Lord Wolsey sonrió al tiempo que la contemplaba en todo esplendor esa noche. Ella le lanzó una mirada por encima del hombro. Quería saber si él la seguía. Esa era la parte de ella más pícara y seductora, que ella misma desconocía, pero que él se había encargado de sacar a la luz.

—¿Por qué? De nuevo volvéis a levantar un muro entre vos y yo —la acusó con la voz pausada y sin acercarse a ella porque, de hacerlo, la giraría hacia él y la besaría una vez más—. La última vez que os vi, me dijisteis lo mismo. Desde ese día, me he estado preguntando qué veis en mí que os resulte peligroso o desagradable.

La muchacha inspiró al tiempo que levantaba la mirada hacia lo alto y después cerraba los ojos. Sacudió la cabeza durante un momento antes de volverse hacia Arthur para mirarlo de manera fija. Sí, era apuesto, aguerrido y sabía cómo seducir a una mujer con las palabras adecuadas, con caricias y miradas que derretirían a la dama más fría de la corte. “Y con sus besos...”, pensó mientras se humedecía los labios.

—Sois el secretario del embajador inglés aquí en la corte de María Estuardo.

—¿Qué problema representa para vos? ¿Es tal vez por mi procedencia? Reconozco que ambas naciones no han mantenido un estrecha y buena relación durante los siglos pasados y que...

—No confío en vos —lo interrumpió con un tono que paralizó a lord Wolsey, quien frunció el ceño sin llegar a comprender a qué se estaba refiriendo.

—Pero...

—No sé cuáles son vuestras verdaderas intenciones.

—¿Para con vos? —Lord Wolsey dio varios pasos hasta quedar de nuevo junto a ella.

Lady Edith no se apartó en esa ocasión. Le parecía inútil e incluso pueril hacerlo cuando, minutos antes, había estado entre los brazos de él, fundidos en un beso.

—Soy consciente de que puede llegar el día que os tengáis que marchar, que el cónsul cambie o vuestro cargo se modifique.

—¿Y si, llegado ese día, decidiera quedarme?

Lady Edith abrió los ojos sorprendida por aquella revelación.

—¿Vos? ¿Por qué habríais de hacerlo? ¿En una corte que no es la vuestra? —Lady Edith movió la cabeza para mostrar que no entendía a qué venía aquella declaración.

—Ya os dije que no me importan las reinas ni las intrigas palaciegas.

—Sin embargo, vuestro cargo os obliga a vivir en una corte, con una reina, rodeado de intrigas palaciegas —le recordó lady Edith, consciente de que acababa de dejarlo sin palabras una vez más. Lo vio dudar al respecto de qué respuesta podía darle.

—Cierto, pero... podría dejar ese cargo en cuanto lo solicitara al embajador, si eso os supone un impedimento.

—¿Impedimento para qué? ¿A mí? —Lady Edith entrecerró los ojos para escrutar el rostro de lord Wolsey. La mirada oscura de él era un pozo sin fondo al que ella se había asomado en repetidas ocasiones, pero en el que no quería caer.

—Estáis diciendo que mi situación en la corte podría cambiar de la noche a la mañana, y no os lo discuto. Pero ¿es eso un impedimento para que me permitáis acercarme a vos? —Lord Wolsey tomó la mano de ella en la propia

y dejó que el pulgar la acariciara de manera lánguida, sin ser consciente de los estragos que aquella caricia le provocaba.

—No puedo pensar en vos... No con toda la agitación que se vive en la corte. Hace poco tiempo que he regresado a Escocia. La reina corre peligro, y vos... —Lady Edith se agitó al pensar de nuevo en las intrigas de Jacobo con los nobles escoceses contrarios a María Estuardo. Se volvió a alejar de él, presa de la conmoción que le acababa de producir confesar aquello. ¡Lo había hecho! En un arranque inesperado de rabia, le había confesado al secretario inglés que la monarca corría peligro.

Aquellas palabras alertaron a lord Wolsey, quien sujetó a lady Edith por los brazos antes de que se alejara más. Ella sintió aquellas manos cerrarse en torno a sus brazos y sujetarla, mientras lord Wolsey se situaba detrás de ella, a la que la respiración se le agitaba.

—¿Qué habéis querido decir? —El tono de sorpresa y preocupación en la voz del caballero aceleró el corazón de lady Edith. Cerró los ojos durante un instante en el que deseó no haber sido tan imprudente. Pero ya estaba hecho y, en ese momento, se las tendría que ingeniar para salir adelante ante esa situación—. Miradme, lady Edith.

Ella levantó la mirada hacia él mientras el corazón le galopaba en el pecho hasta hacerla creer que le quebraría las costillas. Trató de respirar, pero la cercanía de lord Wolsey solo hacía que empeorara el escenario. Tal vez debería confesarle todo lo que sabía y que él le diera una opinión. ¿Y si él conocía lo que Jacobo Estuardo y los demás nobles estaban tramando a espaldas de la reina? ¡Pero él era un inglés!, un súbdito de la reina Isabel. No tendría que importarle lo que le sucediera a María Estuardo.

—Contadme qué es eso que habéis dicho de que María Estuardo está en peligro.

Lady Edith tomó aire y cerró los ojos antes de enfrentarse a su destino, que no sabía si descansaba en las manos de ese secretario de Isabel con aspecto de corsario.

—Alguien me ha contado que escuchó al hermano de la reina...

—¿Jacobo? —Lady Edith asintió—. ¿Qué le escuchó decir? ¿Qué la reina corría peligro? —La joven sacudió la cabeza, lo que arrojó más incertidumbre a las circunstancias y a los pensamientos de él.

—No, Jacobo y los nobles contrarios a María, junto con John Knox, hablaban de derrocarla —le confesó mientras cerraba las manos, convertidas en puños, y los alzaba como si pretendiera golpearlo.

—¿Estáis segura de lo que estáis diciendo?

—Tan segura como que os estoy viendo a vos ahora mismo. ¿Por qué habría de dudar de la palabra de la persona que lo escuchó? ¿Por qué os lo estaría contando a vos si no temiera que fuera cierto? —Lady Edith se encaró con él, dispuesta a que le creyera. No le importó lo más mínimo que sus rostros volvieran a quedar separados por escasos milímetros. Entonces lo importante no era ella misma, sino la reina.

—De ser cierto, sería algo muy grave.

—No tengo motivos para dudar de ello, al tener en cuenta que Jacobo fue regente mientras María vivía en la corte francesa. Ahora, además, cuenta con el apoyo de John Knox y de su nueva fe, capaz de soliviantar al pueblo.

—Sí, Knox y la nueva doctrina de apartar de la corte al enviado de Roma.

—La reina Isabel ya lo hizo; antes, su padre, Enrique VIII.

—No voy a entrar en discusiones con vos acerca de la fe religiosa, ni tampoco me extrañaría que Jacobo procure apoderarse del trono, pero ahora la reina cuenta con lord Darnley —le recordó al hacer mención al rey consorte.

—Jacobo asegura que él no supondrá un impedimento. Lord Darnley es débil. Les preocupa más el conde Bothwell.

—Sin duda, es un hombre con mayor presencia que Darnley y es capaz de reunir un ejército que sea leal a la reina María.

—Tal vez vuestra reina, Isabel, debería conocer este complot y prestar ayuda a su prima. Podrías hablar con el embajador.

Lord Wolsey asintió mientras mantenía la mirada fija en un punto en el vacío. Si se atenía a la última conversación con Throckmorton, Isabel solo se preocupaba de mantenerse ella misma en el trono. Poco o nada le importaba lo que sucedía en Escocia con su prima. Además, la propia Isabel no vería con malos ojos que Jacobo se hiciera cargo del gobierno de Escocia. De ese modo, ella no correría ningún peligro, ya que Jacobo no podía reclamar el trono de Inglaterra para él.

—Lo haré. Quedaos tranquila, lady Edith.

Lord Wolsey trató de calmarla. Aquella noticia era tan inesperada como peligrosa; además, amenazaba con hacer saltar por los aires la poca estabilidad que se respiraba en la corte escocesa. Cualquiera extranjero podría adivinar que los protestantes, liderados por Jacobo y Maitland, buscaban a toda costa que María relegara de la fe católica y rompiera con Roma.

Pero, en ese momento, Arthur no pensaba en todo ello, sino en la mujer que permanecía delante de él y que lo contemplaba como si él tuviera la llave para solucionar aquel entramado de intrigas y traiciones. Deseaba acariciarla, consolarla de alguna manera.

—¿Puedo confiar en vos, lord Wolsey, para que le comentéis a vuestro embajador lo que os he dicho? —Lady Edith posó la mano sobre el antebrazo de él.

Arthur quiso apartar de su propia mente cualquier atisbo de sentimentalismo y romanticismo. Deseaba a lady Edith más que a ninguna otra mujer de la corte, pero eso no debía ser una distracción para el cometido de él allí. De todos modos, se daba cuenta de que ella acababa de revelar una información valiosa para él y para el objetivo que perseguía en la corte escocesa y de que, al mismo tiempo, se encontraba en una encrucijada con ella. Debería informar a Throckmorton de lo que se había enterado, aunque eso supusiera que él dejara de ser necesario y fuera trasladado a Londres.

—Lo haré esta misma noche, cuando toda la fiesta termine —le aseguró mientras cubría la mano de ella con la de él.

—Tal vez, después de todo, el hecho de que seáis inglés no sea un impedimento para que os vea con otros ojos —reconoció con una tímida sonrisa.

—En mi caso, nunca he tenido en cuenta el hecho de que vos seáis escocesa, lady Edith. —Ella arqueó las cejas con expectación por esas palabras—. Solo fui consciente de que sois la mujer más fascinante de la corte.

Ella experimentó una ola de calor que se le hizo visible en el rostro.

—¿Qué pretendéis, lord Wolsey? —interrogó con los ojos entrecerrados y una sonrisa pícaro.

Pero él no contestó en esa ocasión, sino que se limitó a acercarse a los labios de ella con decisión, lo que le provocó un temblor en todo el cuerpo a la muchacha.

—Volver a bailar con vos y que vuestros movimientos me hagan perder el sentido una y otra vez, lady Edith.

Ella sintió el aliento de él que le acariciaba los labios mientras el deseo por que volviera a besarla se hacía más patente en todo su cuerpo sin que pudiera hacer nada más que rendirse ante aquella evidencia.

—No creo que sea lo más acertado, lord Wolsey.

—Arthur. Dejad de llamarme de esa manera tan informal, Edith.

Ella no pudo evitar que se le escapara una pequeña risa ante aquel cambio en el trato, pero le agradó escuchar su propio nombre sin la fórmula de tratamiento. Solo “Edith”.

—Debería regresar... Arthur. La reina puede estar preguntándose dónde me encuentro. Y ahora lo digo en serio.

—En ese caso, decidle que habéis estado en buenas manos. —Él tomó las de ella para llevarlas a sus propios labios y depositar un beso. No apartó la mirada del rostro de la joven y pudo verla sonrojarse antes de que se alejara de él mientras el corazón de la dama retumbaba en el pecho, sin que ella quisiera detenerlo.

Arthur sonrió de manera leve cuando estuvo a solas. Pero aquel semblante cambió al instante cuando recordó lo que ella le había revelado. Permaneció pensativo durante unos instantes en tanto le daba vueltas en la cabeza a ese supuesto complot que Jacobo parecía haber puesto en marcha para apartar del trono a la reina María. Eso implicaría que todas las damas de la corte podrían correr el mismo peligro que ella. Pensar en Edith y en que pudiera estar de alguna manera bajo amenaza lo enfureció y lo puso en alerta ante cualquier comentario que escuchara, o ante cualquier gesto que revelara tal traición. Pero él, por el momento, no podía hacer nada más que preguntarse qué diablos iba a hacer con ella, si la atracción que sentía sería algo pasajero o bien algo que podía consolidarse. No quería causarle ningún daño. No merecía que él la desengañara. Pero había tanto en juego...

Pasado un tiempo, Arthur regresó al interior del salón con la mente dividida. Por un lado, verla lo convertía en un hombre vulnerable ante los encantos de ella, a los que no podía resistirse. Por el otro, debía ceñirse al cargo que ocupaba. Por ese motivo, observó con atención a la reina María y al rey consorte, que disfrutaban de la velada. Luego, buscó con la mirada a Jacobo, sentado cerca de la hermana, pero también de los partidarios de apartarla del trono. Vio también al conde Bothwell conversar y reír. Pero con lo que no contaba en ese instante era con ver aparecer a John Knox, que se abrió camino hacia la reina con gesto serio y paso decidido. Estaba vestido de negro de pies a cabeza, con ese aspecto tan funesto, que lo asemejaba a alguien que practicaba las artes oscuras y que consiguió que se hiciera el silencio en el salón del trono. Cientos de pares de ojos se centraban en él.

María Estuardo se percató de la presencia del predicador, al igual que lord Darnley, quien sonrió divertido por el aspecto de aquel hombre. Jacobo, por su parte, se removió en la silla con regocijo mientras sonreía ante lo que se avecinaba.

—Sed bienvenido, señor Knox. Os envié un recado para conversar con vos, pero no habéis tenido a bien acudir a mi llamada.

—María Estuardo, no tengo nada que hablar con alguien como vos —le reprochó en tanto la señalaba como si la estuviera acusando—. Vuestra madre, la francesa María de Guisa, ordenó que me encadenaran a un remo y me acusó de traición por estar en contra de la fe católica.

—Tal vez mi madre se haya excedido, no lo discuto; pero yo estoy dispuesta a permitir que habléis de la fe protestante sin ningún reparo. ¿Por qué no pueden ambas creencias convivir en paz?

—Ninguna corte debería estar regida por el enviado de Roma. No sois vos, sino él, quien dirige el destino de Escocia —denunció mientras señalaba a quien consideraba un representante del papado—. Fijaos en vuestra prima Isabel. Ella ha sabido seguir con la tradición de su padre, Enrique VIII.

—Pero yo he preferido seguir la de mi madre, que...

—Esa francesa que decidía el destino de un pueblo que no era el de ella. Por suerte, los protestantes ingleses y escoceses se aunaron para expulsarla de Escocia. Y ahora, os casáis con un católico; un gesto para encolerizar al pueblo, de mayoría protestante.

Los murmullos comenzaron a sonar en el salón del trono.

—Estaría a bien discutirlo con vos en privado.

—No hace falta. He dicho lo que tenía que decir. No es conveniente que una católica se sienta en el trono de Escocia. —John Knox lanzó una última mirada de odio antes de girarse hacia la salida, ajeno a las conversaciones de la gente.

—Dejadlo, querida, no es más que un viejo parlanchín —le aseguró lord Darnley mientras reía y pedía que le sirvieran más vino.

—No puedo consentir que alguien hable así delante de la corte.

—Querida hermana, John Knox solo ha expresado su parecer, que difiere del tuyo, nada más. No obstante, deberías reconsiderarlo. Inglaterra y otras muchas naciones han aceptado la nueva corriente religiosa y se han apartado de Roma.

—Pero yo no voy a consentirlo. Otorgaré libertad de religión a los escoceses, sin meterme en cuál de las dos es la mejor o las más aconsejable.

Arthur mantenía la mirada fija en Edith para observar cada uno de los gestos de ella desde el momento en que John Knox apareció. Pero los oídos del caballero no perdían detalle de lo dicho y de la discusión que, en ese mismo momento, mantenía la reina María con su hermanastro, Jacobo. ¿Sería posible que Edith le hubiera confesado la verdad? ¿Existía un complot para derrocar a María Estuardo? Arthur no pudo quitarse de la cabeza ese pensamiento durante toda la velada, pese a que la atención de él permaneció fija en Edith y en el deseo de volver a bailar con ella, de tenerla junto a él. Sentía que debía protegerla de esa supuesta artimaña.

—¿Algo que queráis comentar al respecto? —La voz del embajador pareció sacar a Arthur de sus propios pensamientos.

—Debo decir que la repentina aparición de John Knox y sus proclamas contra la reina, no sé por qué, no me sorprenden.

—¿Estáis diciendo que esperabais algo así?

—Si mis sospechas son ciertas... —Arthur se mordió la lengua en última instancia. No quería revelar la fuente de la que provenían por el momento. No sabía qué peligros podrían acarrearle a lady Edith. Por ese motivo, hizo creer

al representante de Isabel que lo que iba a contarle eran simples conclusiones propias—. Jacobo no parece muy de acuerdo con las políticas de su hermana en cuanto a la religión.

—De eso, ya hemos hablado.

—Cierto. Por su parte, John Knox cuenta con el respaldo de Jacobo y de los nobles escoceses afines a él, que son los que gobiernan a su vez el Parlamento —le recordó Arthur, lo que sembró de dudas la mente del cónsul.

—Pero la reina cuenta con el de Darnley y el del conde de Bothwell. Las fuerzas están equilibradas.

—Vos y yo sabemos que lord Darnley es una mera comparsa, una marioneta que María Estuardo ha elegido para enfrentarse a su hermano y al Parlamento. Se trata de una especie de acto de fuerza para demostrar quién manda en Escocia. Nada más.

—Tal vez sea como decís, pero nosotros no vamos a hacer nada, lord Wolsey. Somos meros espectadores por ahora.

—Supongo que, llegado el caso, la reina Isabel inclinará la balanza hacia uno u otro lado. Y creo saber hacia cuál de los dos lo hará. —Arthur hizo un gesto bastante significativo con las cejas en dirección a Jacobo Estuardo, a lo que el embajador se limitó a sonreír—. ¿Qué sucederá si estalla un conflicto? ¿Qué papel jugaremos?

—Ya os lo he dicho. Simples espectadores. Esas son las órdenes de Londres.

—Pero, si la vida de la reina María estuviera en peligro... —Lord Wolsey entornó la mirada hacia el cónsul en tanto esperaba que la aclarara lo que ocurriría si la situación llegaba a ese extremo.

—¿De la reina o de lady Edith? —La mirada y la entonación de lord Throckmorton provocaron en lord Wolsey un repentino vacío en el estómago. Una corriente fría le recorrió la espalda hasta erizarle la piel a su paso. Cerró las manos y las apretó hasta que los nudillos palidieron y el semblante del secretario se volvió sombrío—. No soy ajeno a vuestro interés por la dama de la reina. Y os recordé el consejo de vuestro amigo, sir Francis Walsingham. ¿Qué pretendéis hacer con ella, lord Wolsey? Entiendo que sois un hombre de

acción y no un secretario de embajada, pero, de ahí a seducir a la dama de María Estuardo... —declaró con una sonrisa cínica pero llena de complicidad.

—No quiero que ninguna de las damas de la reina pueda verse perjudicada. Eso incluye a lady Edith.

—Entiendo que tenéis un interés especial en ella.

—Es lo menos que puedo hacer. No olvidéis que la estoy utilizando para obtener información de los movimientos de María Estuardo en relación al trono de Isabel...

—Sí, no os lo discuto. Pero tened cuidado y sed discreto. ¿Confía en vos?

Arthur asintió en silencio. Apretó los labios hasta que desaparecieron bajo el fino bigote y la corta barba. Dejó la mirada suspendida en el vacío mientras pensaba en Edith y en cómo iba a hacer para protegerla, llegado el caso.

—Hasta ahora, sí. Espero que, si la situación de María Estuardo se complica, no cambie de opinión. —Arthur temía que, llegado el momento, ella pudiera echarse atrás. Mucho más si llegaba a descubrir la verdadera personalidad de él y el motivo por el que estaba en la corte escocesa.

CAPÍTULO 8

La reina María dio a luz a su primer hijo, al que llamó Jacobo. Sería el heredero tanto del trono de Escocia como del de Inglaterra si la reina Isabel moría sin descendencia. Ese hecho no pareció aplacar el clima de tensión en la corte, que iba *in crescendo* con el paso de los meses. Lo que en un principio había sido considerado como un rumor, entonces se estaba convirtiendo en algo latente y palpable. Arthur temía que toda esa situación se volviera contra él. Jacobo y los nobles contrarios a María Estuardo no tenían ninguna disconformidad con la embajada de la reina Isabel. Sabían que enfrentarse a ellos podría acarrearles un disgusto; más después de que la noticia del nacimiento del hijo de la soberana escocesa hubiera llegado a la corte en Londres. Isabel era consciente de que el descendiente de María Estuardo gobernaría ambas naciones. Todo el cuidado que había puesto para que su propia prima no se hiciera con la corona inglesa había quedado reducido al polvo. El hijo de María Estuardo se sentaría en el palacio de Whitehall y gobernaría por igual en Inglaterra y Escocia.

* * *

Lord Darnley permanecía sentado junto a la chimenea con una copa en la mano. Junto a él, estaban varios nobles contrarios a la reina y partidarios del hermanastro de aquella. El tema de conversación eran las diferencias insalvables entre el trono y el Parlamento.

—Debéis reconocer que las discrepancias entre vuestra esposa y el Parlamento cada vez son más acusadas, lord Darnley —le explicaba Maitland, que miraba al rey consorte—. Además, el propio pueblo comienza a hartarse de estos bandos. No me extrañaría nada que cualquier día se produjera un levantamiento contra la reina María ni que los ingleses, después de todo, participaran en él.

—¿Qué queréis que haga? La reina es la reina. Ella dirige y manda, no lo olvidéis.

—Lord Darnley, vos podríais hacerla entrar en razón. A vos os escuchará. Sois su esposo —le recordó otro de los nobles presentes.

—La reina solo escucha a ese secretario, ese italiano Riccio —les explicó de mala gana mientras sacudía una mano en el aire delante de los nobles y desviaba la mirada después.

—Desde que llegó, se ha convertido en la mano derecha de la reina. Cuenta con él para todo. He llegado a preguntarme —y como yo, otros muchos en la corte— si no será su amante. O incluso el padre de su hijo. —Maitland arqueó una ceja con suspicacia, cruzó los brazos y observó a lord Darnley a la espera de una reacción.

—¡Ese hijo es mío! —protestó el consorte, que encaró a Maitland como si estuviera dispuesto a acabar con él.

—Deberíamos apartarlo de la reina —sugirió Moore mientras se apoyaba con ambas manos en la mesa y miraba fijo a lord Darnley.

—Ese extranjero es un peligro para la reina y para Escocia —concluyó John Knox, quien, hasta ese momento, no se había pronunciado—. Pensad que, si María Estuardo sigue en el trono y después la sucede su hijo Jacobo, no habrá cambios en Escocia, pero sí en Inglaterra. Si la reina Isabel no engendra un heredero, el hijo de María Estuardo regirá ambas naciones y, con él, volverá el catolicismo a las islas.

Esas palabras captaron la atención no solo de los nobles, sino del rey consorte. Sonrió en un principio, hasta que la sonrisa se tornó en una cascada de carcajadas a cual más estentórea. De repente, se levantó de la silla y arrojó la copa contra la chimenea. Todos lo contemplaron en silencio, mientras él se movía como una fiera enjaulada por el salón bajo la atenta mirada de los allí reunidos. Entre ellos, estaba Jacobo Estuardo, el propio hermanastro de María y quien hasta entonces no había dicho nada. Se había limitado a azuzar a los nobles contra lord Darnley, como si de perros de caza se tratara.

—¿Qué sugerís? ¿Apartarlo del lado de mi esposa? ¿Cómo? No creeréis que voy a participar de un vil asesinato. —Lord Darnley se giró para enfrentar con la mirada a todos.

—No se trata de asesinarlo, sino de alejarlo de la reina. Pedidle a Su Majestad que lo relegue del cargo y que os coloque a vos. Entonces sabremos hasta qué punto ese italiano es importante para ella y hasta qué punto confía en vos —apuntó Maitland, seguro de que la reina no lo haría y de que ese sería el pretexto perfecto para acabar con él de una manera justificada.

—Podemos acusarlo de traición —sugirió Jacobo al hablar después de haber escuchado a todos los presentes—. Según mis investigaciones, es un enviado de Roma, un espía del papa Pío IV. Está aquí para evitar que mi hermana María adopte la nueva corriente religiosa —explicó mientras señalaba a Knox.

—Sí, sería una posibilidad —admitió Maitland en tanto observaba con detenimiento a lord Darnley.

—¿Habláis en serio? —Lord Darnley se apoyó en la mesa cuando sintió que las piernas se le doblaban ante aquella confesión.

—Tan en serio como que os estoy viendo. Cuando supe de la llegada de mi hermana y de quiénes la acompañaban, realicé mis propias investigaciones. Han llevado tiempo, debo decirlo. Sobre todo me llamó la atención la confianza que mi hermana ha demostrado en todo momento por Riccio. Hace poco supe el motivo —concluyó con una sonrisa ladina que presagiaba un trágico final para todo aquello.

Lord Darnley sintió que la furia se adueñaba de sus sentidos. Arrojó al suelo los objetos dispuestos sobre la mesa. Luego, giró en dirección a las escaleras que llevaban al piso superior, a los aposentos de la reina María, preso de una agitación que hacía presagiar lo peor.

Los demás nobles lo siguieron para hostigarlo, para encenderlo más todavía y que él solo llevara a cabo lo que, en definitiva, buscaban: acabar con el secretario de la reina para debilitar al gobierno. Jacobo, sin embargo, no los siguió escaleras arriba, sino que prefirió aguardar el desenlace en compañía de Knox. No pretendía aparecer como el instigador de aquella turba ebria de venganza.

—Dejadlos. Servirán a nuestro propósito —le aseguró Jacobo a Knox mientras lo sujetaba para que no fuera uno de los principales actores en lo que estaba por llegar.

Las voces alertaron a las damas de la reina y a la misma María. Había un tumulto que no presagiaba nada bueno. Cuando la puerta de la estancia de la monarca se abrió de golpe, lo que produjo un ruido sordo y permitió el paso tanto a lord Darnley como a los otros nobles, la reina se envaró ante ellos para esgrimir poder.

—¿Qué significa esto? Os conducís como una jauría de perros rabiosos, ¿por qué motivo? —María Estuardo permaneció de pie, con los puños apretados contra los costados, frente a su esposo.

—Querida, hemos venido a detener a tu secretario —le aseguró entre titubeos mientras lo miraba y lo acusaba con un brazo extendido.

—¿Por qué? ¿De qué se lo acusa? —La soberana se mantuvo firme en un intento por que nada malo le sucediera al italiano ni a las damas, que se habían apartado y se habían situado un tanto alejadas de la reina.

—De ser un espía de Roma —aseguró Maitland en tanto daba un paso al frente para encararse con la reina. Ella ni siquiera se movió—. Escocia ha adoptado la nueva fe.

—Eso no es cierto. Los católicos escoceses me apoyan. He permitido la libertad de credo, pero...

—Entrégnos a Riccio —le pidió lord Darnley fuera de sí mientras el secretario de la reina palidecía ante aquel más que inminente destino.

—¡Majestad, protegedme de esta turba de locos! —pidió Riccio al tiempo que se arrodillaba al lado de la reina.

—Si no nos lo entregáis, os acusaremos de traición —le aseguró Maitland, envalentonado por la situación.

—¿Cómo osáis decir eso, Maitland? —le preguntó la monarca, que se plantó frente a él.

—Es un espía de Roma y, como tal, ha de ser expulsado de la corte. O juzgado por alta traición —le propuso lord Darnley.

María no fue consciente de la situación hasta que fue demasiado tarde. Riccio vio la oportunidad de escapar en medio de aquel tumulto y aprovechó aquel resquicio de distracción por parte de lord Darnley y de Maitland.

—¡Cuidado! ¡Intenta escapar! —gritó alguien al ver al secretario correr hacia una de las puertas laterales de la estancia.

En un momento, el ruido de los muebles al caer, los gritos de las damas de la reina, las voces de los perseguidores y los alaridos de auxilio de Riccio alertaron a lord Wolsey. Espada en mano, salió al pasillo, seguido de Throckmorton y de algunos soldados que hacían guardia en aquella ala del palacio de Holyrood.

—Algo sucede con la reina —anunció Arthur, que miraba con preocupación al embajador.

—Será mejor que tengamos cuidado. No sabemos lo que podemos encontrarnos. Y, por encima de todo, no olvidéis por qué estamos aquí —le recordó Throckmorton al sujetar a Arthur por el brazo para instarlo a que lo mirara.

Se detuvieron delante de la estancia de la reina María. La puerta permanecía abierta hasta atrás, y tanto lord Wolsey como el embajador entraron. Los nobles escoceses se volvieron hacia ellos y hacia el resto de representantes de otras embajadas, entre ellas la de España, cuyo legado se mostraba enojado.

—No os entrometáis en las disputas domésticas, señores —les advirtió Maitland en tanto se situaba delante de ellos.

—No lo haremos si ello no afecta los intereses de la reina Isabel de Inglaterra. De lo contrario, exigiremos una explicación de lo que está sucediendo —demandó Throckmorton mientras cerraba la mano en torno a la empuñadura de la espada y desafiaba a Maitland.

—El secretario de la reina ha sido acusado de traición.

—¿Por qué motivo?

—Era un agente de Roma.

—¿Y por eso ha merecido ser asesinado por los nobles escoceses? —Throckmorton arqueó una ceja con inusitada curiosidad.

—Intentó escapar. Nos vimos obligados a detenerlo. Pero opuso resistencia.

—¿Y la reina María?

Arthur buscaba con la mirada a Edith en esos momentos en los que el embajador y Maitland discutían los pormenores de lo sucedido. Tanto ella como las otras damas permanecían algo apartadas en un rincón de la estancia

con el miedo reflejado en el rostro. Arthur caminaba hacia ellas cuando dos nobles se le interpusieron en el camino.

—¿Adónde vais?

—Con ellas. Ninguno de los presentes se ha preocupado por su bienestar. No tienen nada que ver con todo esto —les dijo al tiempo que levantaba la mirada por encima del hombro del escocés para dejarla fija en la de Edith.

Ella sintió cierto alivio cuando lo vio allí. Por fin, alguien de confianza, porque sus compatriotas le acababan de demostrar que no lo eran. Habían asesinado a sangre fría al secretario de la reina, quien no había tenido ninguna opción para defenderse, y después se habían llevado a María aparte.

—¿Qué pueden interesaros las damas de la reina?

—A mí, tal vez no mucho, pero a la reina Isabel, sí. No olvidéis que es la prima de María Estuardo y que podría no gustarle este comportamiento —le aclaró al sostenerle la mirada a aquel noble, que entonces parecía dudar. El nombre de Isabel, en Escocia, imponía respeto. Nadie podía olvidar cómo, gracias a ella, los franceses habían abandonado el país. Ni tampoco el despliegue de fuerzas que la monarca inglesa había dispuesto. Era cierto que era la prima de María Estuardo, que tenía intereses en esas tierras, que poseía una enorme injerencia.

—Sacadlas de aquí —concedió mientras agitaba una mano hacia ellas.

Arthur asintió. Caminó hacia Edith y el resto de damas. Durante un segundo, ella se sintió aliviada y reconfortada por la presencia de él. No había duda de que aquel gesto hacia ellas le demostraba que, pese a ser un inglés, la caballerosidad y el respeto estaban por encima de todo. La mirada de la joven reflejaba cierta preocupación, pero la tímida sonrisa que él le dedicó le calentó el corazón.

—Lady Edith, seguidme —le pidió Arthur mientras se aseguraba de que ninguna de las otras damas se quedara allí.

—Llevadlas a la parte del palacio que ocupamos. Que les busquen acomodo —le ordenó Throckmorton en voz baja—. Me reuniré con vos en cuanto me sea posible, pero ya os advierto que la situación ha dado un giro inesperado.

Arthur percibió la preocupación en el semblante del embajador, pero a él lo que más le importaba en ese instante era sacar a Edith y al resto de las damas de allí. Las condujo hacia el ala del palacio en la que se ubicaban las dependencias de la embajada inglesa. Arthur se aferraba a la empuñadura de la espada, que no había envainado por temor a que algún caballero exaltado intentara algo contra esas mujeres.

—No deberíamos abandonar a nuestra reina en estos momentos —opinó lady Edith a la vez que entraba en la amplia habitación a la que Arthur las había conducido y en la que varios sirvientes ingleses disponían todo para alojar a las cuatro muchachas.

—Fergus, que estas damas tengan todo lo necesario para su comodidad.

—Bien, señor. ¿Qué sucede?

—Lo que temíamos: los nobles escoceses se han rebelado contra su reina.

—Insisto en que... —Lady Edith se volvió hacia Arthur para buscar la complicidad de él en aquel asunto. Esperaba que accediera a la petición que iba a hacerle.

—No es conveniente que estéis junto a vuestra reina. Ya habéis visto lo que ha sucedido con su secretario. ¿Queréis correr su misma suerte, Edith? —Arthur elevó las cejas con suspicacia ante esa posibilidad.

—Pero...

—Vos y el resto de las damas os quedaréis aquí hasta que la situación se haya tranquilizado.

—No podéis retenernos contra nuestra voluntad —se quejó lady Edith mientras lo encaraba sin temor a que esa presencia tan cercana lograra intimidarla.

—No os pondré, ni a vos ni al resto, en peligro. Por ese motivo, permaneceréis aquí hasta nueva orden. Iré a averiguar los detalles de la situación y vendré a comunicároslos. Mientras tanto, Fergus y el resto de la delegación inglesa os acomodarán en estas dependencias y velarán por vuestra seguridad. Procuraré no tardar.

Lady Edith hizo ademán de volver a protestar, pero al final se contuvo. Se acercó a Arthur cuando él ya se encontraba en la puerta con la mano sobre el manillar.

—Tened cuidado —le pidió en un ligero susurro que sorprendió tanto a Arthur como a la propia Edith, quien, en ese mismo instante, posó una mano sobre el antebrazo de él. No podía evitar dirigirle una mirada llena de cariño a la vez que una tímida pero reveladora sonrisa.

—Descuidad.

Arthur salió al pasillo con el gesto turbado. Envainó la espada y regresó a las dependencias de la reina María para recabar toda la información de lo que estaba sucediendo. Las voces parecían haberse calmado, lo que confirmó a medida que se acercaba a aquellas. Dos soldados se interpusieron en el camino de Arthur para impedirle seguir.

—No podéis pasar.

—Soy lord Wolsey, secretario del embajador de la reina Isabel. Necesito saber qué está sucediendo.

—Las órdenes son que...

—Caballeros. —La voz de Throckmorton pareció disuadir a los dos soldados, que se apartaron para dejarle paso—. Acompañadme, lord Wolsey.

El embajador se llevó a aparte a Arthur para comentarle los últimos acontecimientos, sobre los cuales no sabía hasta qué punto podrían beneficiar o perjudicar a Inglaterra.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene tanto secretismo? —preguntó Arthur, quien temía cualquier reacción por parte de los nobles escoceses contra la soberana de Escocia.

—María Estuardo ha abdicado.

—Diréis que ha sido obligada a hacerlo —lo corrigió lord Wolsey irónico—. ¿A favor de su hermanastro? —Arthur sintió que el pulso se le aceleraba al pronunciar ese nombre, mientras su propia mano se aferraba con fuerza en torno a la empuñadura de la espada.

—No, en favor de su hijo Jacobo.

—¿Su hijo? ¿El pequeño Jacobo? —repitió Arthur, que miró al cónsul como si acabara de insultarlo.

—Los nobles la han hecho abdicar en favor de su hijo.

—Pero... ¿Quién va a ocupar el trono hasta entonces? Ah, no me lo digáis.

—Jacobo, el hermanastro de María, será el regente, con el apoyo de los nobles escoceses que controlan el Parlamento. Lo que suponíamos.

—¿Y la reina?

—Esperad, todavía no sabéis lo mejor —le advirtió Throckmorton con una sonrisa.

—¿Qué puede haber de “mejor” en todo lo que está sucediendo? —interrogó Arthur con un deje burlón.

—El conde de Bothwell se ha pronunciado del lado de la reina María, lo cual no ha gustado a los nobles.

—Es algo que se veía venir. Bothwell siempre ha sentido especial interés por la reina, así como algunos nobles escoceses. Dicha situación podría desencadenar una guerra civil en Escocia. —Había cierta preocupación en el tono de Arthur. Lo siguiente que se le vino a la mente fue un nombre: Edith.

—A la reina se le ha solicitado que abandone el palacio por su propio bien.

—¿Abandonar el palacio? —inquirió Arthur sin terminar de creer que los propios nobles escoceses pudieran obligar a la monarca a dejar Holyrood—. Pero, ¿y dónde diablos va a vivir? ¿Acaso piensa regresar a Francia?

—Será conducida al castillo de Loch Leven, donde permanecerá retirada hasta su muerte, alejada de la vida pública y de la política de Escocia.

Arthur sonrió con cinismo.

—Algo así como una condena —murmuró el secretario en tanto dejaba la mirada fija en el suelo y volvía a recordar el nombre de Edith—. ¿Y sus damas?

—La acompañarán, siempre y cuando ellas quieran. No están obligadas, puesto que María Estuardo ha dejado de ser reina de Escocia. Ahora, el gobierno depende del regente.

—Siempre lo ha buscado. —Arthur sonrió irónico.

—Sabed que, por lo que parece, él no ha intervenido en el desenlace de los acontecimientos.

—Jacobó se ha cuidado de permanecer en las sombras para que su propia hermana no lo acuse de traidor, pero todos sabemos que él ansiaba en trono. Que él no haya sido uno de los que empuñaban las armas contra Riccio no lo exime de culpa. Ni a ese fanático de Knox —le resumió Arthur mientras hacía

un gesto con el mentón hacia la estancia de la reina, en la que permanecían todos reunidos, incluido Jacobo, quien había aparecido de repente al escuchar las voces y los gritos de auxilio.

—Es posible que tengáis razón, pero no puede demostrarse, por mucho que queramos.

—Ya da igual. Han conseguido lo que pretendían. Decidme, ¿cuándo pensáis viajar a Inglaterra?

—Lo antes posible. La reina Isabel debe conocer la situación aquí.

—Supongo que la verá con buenos ojos ahora que su prima ha sido apartada del trono de Escocia, algo que ella deseaba. Eso también significa que no podrá reclamar la corona inglesa, lo cual es un gran alivio, pero sí lo hará su hijo Jacobo.

—Si la reina Isabel no tiene un heredero... —La expresión de Throckmorton fue bastante explícita ante ese hecho.

—Después de todo, un Estuardo ocupará el trono inglés.

—Todo parece indicarlo. ¿Y las damas de la reina? ¿Se encuentran a salvo? No me gustaría que una turba enardecida se desquitara con ellas.

—A salvo en las dependencias que ocupamos como embajadores de Isabel. No creo que ninguno de los nobles ose acercarse por allí. Ya he advertido a nuestros hombres para que, llegado el caso, no duden en empuñar las armas para defenderlas.

—Ya veo. ¿Qué pensáis hacer con lady Edith? Todo ha terminado con la abdicación de María Estuardo. Ni siquiera soy consciente del nuevo papel que jugaré en esta corte, o de si la reina Isabel decidirá que sea yo quien siga aquí. Pero vos habéis concluido vuestra misión. María Estuardo no se atreverá a reclamar el trono de Inglaterra una vez que sea encerrada en Loch Leven.

Arthur asintió muy a su propio pesar. El tiempo allí parecía llegar a su fin. Sin embargo, lo que más le preocupaba era el destino que Edith pudiera seguir. Por lo poco que la conocía, no vacilaría en acompañar a María Estuardo hasta aquel encierro en Loch Leven, y él regresaría a Londres para ocuparse de otros asuntos que Walshingham pudiera encargarle. Pero ¿estaba dispuesto a no volverla a ver, a resignarse a perderla?

—No estoy seguro. Por ahora, aguardaré aquí el desarrollo de los acontecimientos.

—Tendréis que regresar a Londres y exponer vuestra situación ante sir Francis. Después, supongo que, si nada os lo impide... —el embajador se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

—¿Insinuáis que podría regresar aquí?

—Depende de vuestro interés en lady Edith. Aunque yo os recomendaría que, tal vez, deberíais hablar con ella primero. Contadle cuál es la situación ahora mismo y lo que puede suceder en el futuro. Podríais ofrecerle una vida en Inglaterra. —Lord Throckmorton palmeó a Arthur en el hombro antes de dejarlo a solas—. Parece que me reclaman.

Maitland había abandonado las dependencias de María Estuardo y en ese momento le hacía señas con la mano al embajador para que acudiera. Throckmorton suponía que los nobles escoceses querrían comenzar a entablar una nueva relación con Inglaterra.

Arthur permaneció solo durante unos segundos, en los que trató de analizar la nueva situación en la corte escocesa. Resopló en tanto se preguntaba qué haría Edith cuando se enterara de la noticia. Pero, sobre todo, ¿qué haría si tuviera que escoger entre acompañar a María Estuardo hasta Loch Leven o seguirlo a él a Inglaterra?

* * *

Cuando lady Edith vio aparecer a Arthur de nuevo, no pudo evitar el suspiro de alivio que se le escapó por entre los labios, ni tampoco salir casi a las corridas hacia él con el corazón en un puño. Por suerte, no había sufrido ningún daño. Pero, por el semblante del rostro del caballero, lady Edith presagiaba que nada bueno había sucedido.

Él le dedicó una señal a Fergus, que permaneció en un segundo plano. Arthur estaba a cargo de la situación, hasta que el embajador les diera las indicaciones pertinentes, dadas las circunstancias y la relación con María Estuardo.

—¿Qué noticias traéis? Por vuestra expresión, puedo asegurar que no son nada buenas. —Lady Edith entornó la mirada hacia él mientras entrelazaba las manos, fruto de los nervios.

—La reina se ha visto forzada a abdicar —le informó al tiempo que contemplaba cómo aquellas palabras provocaban sobresalto no solo en ella, sino en las otras tres damas, que acudieron a rodearlos.

—¿Abdicar? ¿En favor de quién? ¿De Jacobo? —Lady Edith observó a Arthur de manera fija con temor a que él le confirmara las sospechas que suponía.

—De su hijo, Jacobo VI de Escocia. Pero, al no poder reinar, será el hermanastro de la... de María Estuardo quien lo haga, hasta que el niño tenga edad suficiente para gobernar. —Arthur había dudado al mencionar a la anterior monarca. Durante un momento, había considerado seguir llamándola “reina”, pero hacerlo carecía de cualquier sentido en ese instante.

—¿Y la reina? ¿Y nosotras? —Lady Edith sentía que el corazón le retumbaba en el interior del pecho. Aquella noticia era sin duda la más amarga que podía recibir en esas circunstancias.

—María Estuardo será conducida hasta el castillo de Loch Leven, donde vivirá hasta su muerte. En cuanto a sus damas... —Arthur sintió el nudo en la garganta. Aquel paso era el más complicado. Miró de manera fija a Edith en tanto esperaba que ella dijera algo, pero tan solo percibió las dudas y temores de ella—. Deberéis consultarlo con María. Es cuanto puedo deciros, Edith.

La manera en la que Arthur pronunció el nombre de ella le provocó un escalofrío que se expandió por todo el cuerpo de la joven. Lady Edith acusó el temblor de piernas y cómo su propia mirada se volvía cristalina sin que ella pudiera remediarlo ni supiera por qué. Hubo un ligero murmullo entre las damas de María Estuardo. Circulaban miradas de incompreensión, de expectación y de miedo ante el devenir incierto que se abría ante ellas. Se retiraron para dejar a lady Edith con Arthur y que así resolvieran asuntos personales. Ninguna de las demás muchachas era ajena ya a lo que sucedía entre ambos.

—¿Y tú?

Él le dirigió una mirada de desconcierto por aquel interés. Tal vez no esperaba que ella se mostrara interesada en su devenir después de todo. Por primera vez, se sintió confundido. Había estado pensando en lo que sucedería entre ellos, o más bien, en concreto, con ella. Él sabía que no era un secretario

de embajada y que, en ese momento, la labor de él allí había concluido, con la abdicación de María Estuardo. Por lo tanto, desconocía cuál sería su propio futuro.

—Volveré a Inglaterra, por lo pronto. Según parece, debemos esperar indicaciones de la corte de Isabel.

—Entonces... te marchas... —afirmó lady Edith en un susurro que se asemejó a un golpe en el estómago de Arthur. Sonrió de manera tímida mientras miraba a su alrededor y se daba cuenta de que los habían dejado solos. El resto de las damas, así como los miembros de la delegación, se habían retirado.

—No hay nada que me retenga aquí ahora que María Estuardo ya no es la reina de Escocia —le aseguró en tanto la observaba de una manera que esperaba que la convenciera para que lo acompañara a Inglaterra.

—¿Estás seguro? —La voz de Edith tembló durante un instante al mismo tiempo que el corazón de la joven parecía detener sus latidos. Se sintió algo decepcionada por el comentario de él. Si no había nada que lo retuviera o por lo que tuviera intención de quedarse, ¿qué había sido ella durante todo aquel tiempo? “Un pasatiempo para hacer menos tediosa su estancia en Holyrood”, pensó.

Arthur se dio cuenta de cómo lo miraba y de lo que aquellas palabras parecían haber expresado; entonces, cuando pensó en ella, recapacitó.

—No. No lo estoy. Y sería un loco sin remedio si te dejara marchar, Edith, pero tampoco dejaría de serlo si te pidiera que me acompañaras a Inglaterra —le aseguró mientras daba un paso al frente hasta que las puntas de las botas de él rozaron el bajo del vestido de ella.

El vuelco en el pecho de Edith no se hizo esperar. Contempló a Arthur en ese momento como si en verdad estuviera delirando. Entreabrió los labios para responder, pero no encontró las palabras adecuadas para ello y a lo más que llegó fue a dejar escapar un gemido de sorpresa.

—Piénsalo, Edith. Me agradecería que me acompañaras a Inglaterra.

—¿Como tu amante? —le preguntó confundida por aquella inesperada invitación que él le hacía.

—No, claro que no. ¿Cómo puedes pensar que yo...? —Entonces era Arthur el que se mostraba aturdido por la sugerencia de ella.

Lady Edith arqueó una ceja con curiosidad, a la espera de que él le dijera en qué calidad pretendía que ella lo acompañara. Al verlo vacilar, fue ella la que le aclaró cuál era su propia situación.

—Olvidas que soy una de las damas de María Estuardo y que sería una extranjera en la corte inglesa. ¿Cómo crees que me recibirían allí? ¿Y la reina Isabel? —Edith se mostraba algo enfurecida por todos estos hechos. No le resultaría nada sencillo adaptarse a la corte inglesa, ni a una reina que no era la de ella—. Debo mi lealtad a María Estuardo, reina de Escocia —le dejó claro mientras se envaraba ante él para hacer patente tal postura.

—¿Piensas acompañarla hasta el castillo de Loch Leven y renunciar a todo? María Estuardo ya no es la reina, Edith —le recordó mientras la sujetaba por los brazos para que lo mirara fijo.

—Es mi reina, Arthur. Le juré fidelidad y no voy a romperla, de igual manera que tú no romperás la palabra dada a Isabel —razonó al tiempo que tomaba el vestido entre los dedos y se volvía para marcharse con un sentimiento de desconsuelo. Pero, entonces, sintió la mano de Arthur, que la retenía y la instaba a que girara hacia él—. ¿Renunciar a todo, dices? ¿Cómo puedo perder aquello que no he tenido?

Se quedaron mudos mientras se contemplaban. Arthur sentía la urgente necesidad de atraerla hacia él y de besarla antes de que se marchara del todo de su vida. Sí, así debía ser. Ella pertenecía a otro mundo. No había posibilidad de seguir con ella aunque él lo deseara. ¿Por qué no le decía lo que en verdad sentía por ella? Tal vez, de esa manera, ella recapacitara y...

—Lo siento, pero yo... —Las palabras quedaron ahogadas por el fragor del beso, que Arthur no demoró. La estrechó entre los brazos para no dejarla escapar mientras ella se entregaba una vez más y dejaba su propia voluntad al margen de aquella escena. No sabía si aquello que sentía por el secretario del embajador era amor, cariño o algo que se desvanecería cuando no volvieran a verse. Pero, en ese momento en el que ella se aferraba a los brazos de él mientras sus labios se regalaban caricias, Edith creyó que en verdad lo amaba.

Arthur se apartó de ella un breve instante para contemplar su reflejo en los ojos de la dama y sonrió con melancolía. ¿No podría alcanzar nunca a aquella mujer? ¿Por qué?

Edith se llevó la mano a los labios hinchados por el beso. Luego, se quedó contemplándolo sin llegar a entender nada de lo sucedido y, antes de que las lágrimas le anegaran los ojos, se apartó de él y corrió a refugiarse junto a las otras damas mientras se reprochaba a sí misma el haber permitido que la besara una vez más.

CAPÍTULO 9

María Estuardo permanecía en su estancia junto a su hijo. Estaba derrotada. Al final, los nobles escoceses favorables a la reforma religiosa se habían salido con la suya. No les había bastado con la libertad que ella le había otorgado al pueblo escocés. No. En realidad, buscaban apartarla del trono. Lo habían conseguido al asesinar al secretario David Riccio. Todo parecía haber sido orquestado por sus propios vasallos, que se habían apoyado en el rey consorte, lord Darnley, una marioneta que había servido a los propósitos de los usurpadores. Tan solo el conde de Bothwell parecía dispuesto a prestarle ayuda, pero ello solo llevaría a derramar sangre escocesa, y eso era algo que ella no buscaba. Demasiada se había vertido ya durante los siglos anteriores. Se quedó pensativa, con la mirada fija en el vacío, mientras recapacitaba y pensaba en los días venideros en Loch Leven.

El sonido de un golpe en la puerta pareció alertarla, y fijó la atención en lord Throckmorton, que se inclinaba ante ella en una señal de respeto.

—No hace falta que mostréis respeto, embajador. Ya no soy la reina de Escocia, sino María Estuardo, sin más —le recordó con un deje burlón que pareció herir al representante de Isabel, a juzgar por el semblante de aquel.

—No me inclino ante una reina, sino ante una dama que ha mantenido la compostura en todo momento.

—Una compostura por estar entre la espada y la pared. Mi propio esposo ha sido quien ha acaudillado a mis nobles con el firme propósito de arrebatarme el trono. Tal vez, si vos hablaseis con mi prima Isabel para hacerla partícipe de esta tropelía... Tal vez ella... —María Estuardo se apoyó en los reposabrazos y se inclinó hacia delante con el firme propósito de mostrarse entera y viva pese a todo.

Throckmorton la contempló en silencio mientras se fijaba en las ojeras de la escocesa, en la mirada vidriosa y en el semblante mortificado por la situación. Había sido derrotada por los nobles, por su propio esposo, por su hermanastro, Jacobo, y por John Knox. Desde el primer momento en que ella había colocado un pie sobre su tierra natal, había quedado demostrado que no

contaría con el apoyo de la nobleza. En ese momento, lo contemplaba ávida de atención y de una ayuda por parte de Isabel que el propio Throckmorton sabía que no llegaría.

—Mañana mismo partiré hacia Londres para informar a Su Majestad de todo lo ocurrido aquí.

—Confío en que mi prima no me abandone en estos momentos —rogó María Estuardo mientras entrelazaba las manos sobre el regazo.

—Debéis tener paciencia y confiar en que todo se solucione por una vía pacífica.

—Sí, ¡la misma que han empleado mis propios cortesanos!

Throckmorton no comentó nada a ese respecto y se limitó a asentir apesadumbrado.

—¿Cuándo partiréis para el castillo de Loch Leven?

—En breve. No quiero permanecer mucho más tiempo entre estos muros, rodeada de traidores. En cuanto mi traslado esté listo... abandonaré Holyrood.

—¿Y vuestras damas? ¿Se os permite llevarlas?

—Tengo que hablar con ellas al respecto. Espero que se encuentren a salvo.

—No os preocupéis. Lord Wolsey se ha ocupado de ellas en todo momento.

—Lord Wolsey... vuestro secretario.

—Si queréis que ellas vengan...

—Necesitaré hablar con ellas para comentarles cuál es la situación. Ahora, no quiero entreteneros, puesto que necesitáis preparar vuestro viaje a Londres. Supongo que mi prima pronto os enviará de regreso para tratar con mi hermanastro, Jacobo. Es a él a quien los nobles de Escocia quieren colocar en mi lugar.

—Entiendo vuestro malestar, Majestad, pero a mí no me compete mostrarme a favor de uno o de otro. Conozco a vuestro hermanastro desde antes de que vos llegaseis desde Francia. Y luego he tratado con vos misma. En ambos casos, la relación ha sido cordial, y no olvidéis que es la reina Isabel la que decide en última instancia.

—Sois muy diplomático, Throckmorton. Ahora, si me disculpáis, me gustaría estar a solas.

El caballero se levantó del asiento y, tras inclinarse de manera respetuosa, abandonó la estancia de María Estuardo. Caminó de regreso al ala de Holyrood, donde se encontraría Arthur.

El secretario permanecía sentado con una copa de vino en la mano, la mirada perdida en el vacío y el semblante abatido.

—Cualquiera diría que echaréis de menos la corte de Holyrood —expresó Throckmorton al hacerle un gesto con el mentón—. ¿Le habéis contado a lady Edith cuál es la situación?

El cónsul se sirvió una copa de vino mientras observaba a Arthur gruñir.

—Sí.

—¿Y cuál es su opinión? ¿Qué piensa hacer?

—Acompañar a la reina a Loch Leven.

El embajador inspiró con profundidad antes de volver a beber.

—La reina. Suena extraño seguir refiriéndonos a ella como tal después de que sus nobles hayan asesinado a su secretario y la hayan obligado a firmar la abdicación. María Estuardo hablará con ellas en breve para explicarles las circunstancias. ¿Qué pensáis hacer una vez que os presentéis ante sir Francis?

—No lo he pensado. Ni quiero hacerlo, puesto que dependerá en parte de lo que él me diga.

—¿Le habéis pedido a lady Edith que se marche con vos? —Arthur levantó la mirada para fijarla en Throckmorton como si acabara de pronunciar una locura—. ¿A qué viene esa manera de mirarme? No creo que haya mucha gente en la corte que no sepa en qué andáis metido con ella. Incluso la propia María —le aseguró mientras lo señalaba con la mano.

—No quiere venir, así de sencillo. De manera que ahorraros más preguntas.

—Pero ¿no os ama?

—No creo que sea una cuestión de amor, sino más bien de lealtad hacia la reina.

—No os entiendo, lord Wolsey.

—Lady Edith ha dado su palabra a María Estuardo como dama de la monarca. Está dispuesta a seguirla hasta Loch Leven y a pasar allí el resto de sus días.

El embajador asintió al tiempo que reflexionaba sobre en esa afirmación.

—Es la principal dama de compañía de María Estuardo. Es lógico que no quiera separarse de ella. No obstante, la propia María me ha comentado que hablará con todas ellas para aclararles cuál es la situación y qué medidas van a tomarse. Tal vez pueda convencerla de que se vaya con vos.

—Lady Edith no parece muy inclinada a esa posibilidad —le aseguró con una sonrisa—, puedo asegurároslo.

—En ese caso, os queda poco tiempo para plantearse de una manera terminante. Por lo que me ha contado, María no quiere que el traslado a Loch Leven se demore en demasía. No quiere permanecer en un sitio en el que no la desean.

—Es lógico, después de que los propios nobles escoceses hayan sido los que han precipitado su caída del trono. Y de su prima Isabel, ¿os ha comentado algo?

Throckmorton cambió el semblante. Entonces contempló a Arthur con seriedad y apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—Espera que Isabel tome cartas en el asunto en su favor una vez que conozca los hechos.

Arthur se limitó a asentir en silencio. “¿Isabel?”, se preguntó a sí mismo con un dejo de burla, pues sabía que ella no haría nada para favorecer a aquella prima entonces que estaba fuera del trono.

* * *

María Estuardo se reunió con las damas pasados unos días. El control de Holyrood había recaído en su hermanastro, Jacobo, quien había considerado que sería mejor mantener aislada a María durante un tiempo para que recapacitara. No obstante, él había abandonado el palacio y Edimburgo para que nadie pensara que había tenido algo que ver en todo aquello. Eran Maitland y el resto de nobles contrarios a María Estuardo los que controlaban la situación.

Aquella mañana, fue el propio Maitland quien se presentó ante la antigua soberana para informarle que podía ver a las damas. La mirada que María Estuardo dirigió a uno de los nobles que ella más estimaba expresó con claridad cuál era el sentimiento de ella en ese momento.

—Nunca imaginé que tú estuvieras entre los traidores.

—No es traición desear el bien para Escocia, mi señora —se excusó el consejero con una leve inclinación de cabeza.

—¿Y cómo calificáis vuestras acciones? ¿Actos de patriotismo?

—Solo se os pidió que aceptarais la nueva fe que promovía romper con Roma. El Parlamento se cansó de que no escuchaseis sus peticiones.

—Sí, ya veo. Y convenció a mi esposo para acaudillaros como vulgares rufianes en vez de como nobles de Escocia. Por eso, ahora me desterráis al castillo de Loch Leven para que no interfiera en vuestros asuntos. ¿Dónde está mi hermano? —le preguntó de manera enérgica mientras se incorporaba del asiento para demostrarle al cortesano que todavía tenía el valor para enfrentarse a él.

—Vuestro hermano se encuentra lejos de Edimburgo.

—Ya veo. Huye para que la culpa no recaiga sobre él —ironizó María en tanto miraba con cierto desdén a Maitland—. Espero poder marcharme cuanto antes. No soporto estar rodeada de traidores —le espetó mientras contemplaba el rostro del caballero de manera fija, lo que hizo que Maitland se sintiera culpable por aquellos actos.

—Todo está listo para vuestra marcha, a falta de vuestras damas de compañía.

—Si se me hubiera permitido hablar con ellas y explicarles la situación...

—Ya lo hemos hecho, mi señora, y todas ellas están dispuestas a acompañaros a Loch Leven.

María Estuardo abrió los ojos al máximo cuando escuchó a Maitland decirlo.

—¿Todas? —preguntó con cautela. Temía no haberlo escuchado de manera correcta.

—Así es, mi señora. Todas.

María Estuardo permaneció en silencio durante un instante en el que pensó en lady Edith y en lord Wolsey. ¿No pensaba ir con él a Inglaterra? Ella habría jurado que la muchacha sentía algo por el secretario del embajador... ¿Qué había sucedido para que no decidiera seguirlo y prefiriera encerrarse con ella en Loch Leven?

—Necesito hablar a solas con mi dama principal. Llamad a lady Edith.

—Mandaré llamarla de inmediato.

Maitland se inclinó de modo respetuoso ante ella y abandonó la estancia para ir en busca de lady Edith. La encontró reunida con las demás damas en una amplia sala, en la que se dedicaban a pasar el tiempo. Desde que la reina había sido apartada del trono, las jóvenes habían estado bajo la protección de Throckmorton hasta que el Parlamento escocés había solicitado que pasaran a ser custodiadas por los propios nobles escoceses dentro del palacio de Holyrood. Desde aquel día, las cuatro damas habían ocupado el tiempo entre la costura, la lectura y los paseos por los jardines bajo la supervisión de los guardias.

Cuando todas vieron entrar a Maitland, se sobresaltaron porque aquello suponía nueva noticias sobre la reina.

—Señoras —saludó—. Lady Edith, la reina quiere veros —le anunció en tanto dudaba acerca del tratamiento que debía prodigarle a María Estuardo. Se le hacía extraño todavía no darle la categoría que había tenido hasta entonces y con la que muchos se referían a ella.

Lady Edith asintió y caminó hacia Maitland, que salió de la estancia precedido por un cortesano. Caminaron en silencio hasta el lugar donde se encontraba confinada la soberana depuesta. Maitland llamó a la puerta y, tras abrirla, anunció la presencia de lady Edith.

—Desearía estar a solas con mi dama —pidió de manera autoritaria María Estuardo.

—Esperaré afuera hasta que lady Edith tenga que regresar a sus aposentos.

Una vez a solas, María Estuardo le sonrió a la joven mientras le sostenía las manos y le pedía que se sentara con ella.

—¿Os encontráis bien, mi señora? —le preguntó lady Edith, turbada por todo lo que había sucedido.

—Sí, no os inquietéis por mí. Todos me tratan con decoro, educación y respeto. Para muchos, sigo siendo la reina María de Escocia. Es por vos por quién debéis preocuparos, lady Edith.

La susodicha frunció el ceño al escuchar aquellas palabras en boca de su propia reina.

—No os comprendo, mi señora.

—Maitland me ha comentado que todas mis damas están dispuestas a acompañarme hasta Loch Leven, cosa que me enorgullece pero que me entristece al mismo tiempo.

—Es nuestro deber.

—Ya no, lady Edith. He dejado de ser reina y...

—No importa lo que digáis. Además, no habéis dejado de serlo para una gran parte del pueblo y de la nobleza, aquellos que todavía os apoyan.

—La inmensa minoría, lady Edith. En fin, no tenemos tiempo; tampoco es mi deseo haberos hecho venir para hablar de mí, sino de vos.

Lady Edith entornó la mirada mientras sentía que el corazón comenzaba a latirle más deprisa.

—¿Qué queréis de mí? —titubeó antes de realizar la pregunta. Se mordisqueó el labio y arqueó las cejas.

—Saber por qué habéis decidido seguirme en mi destierro en el castillo de Loch Leven. ¿Acaso no habéis recibido una propuesta mejor? —María Estuardo sonrió con picardía al pensar en lord Wolsey y en la relación que había entablado con la muchacha. Algunos sirvientes de la antigua monarca habían acudido a ella con comentarios sobre cierta complicidad que se había iniciado entre ambos, e incluso habían referido las ocasiones en las que los habían sorprendido a solas en el jardín.

Lady Edith vaciló, sin saber qué responder. Los nervios se habían adueñado del estómago de la dama, y tenía la ligera sensación de que la habitación se estaba quedando sin aire respirable. Pensar en Arthur hizo que bajara la mirada durante un momento hacia sus propias manos, entrelazadas sobre su regazo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, sin poder creer que la reina María le hablara de eso. Incluso cuando lo supiera, ya que ella misma los había visto danzar y salir a los jardines.

—¿No os corresponde lord Wolsey? —le preguntó, y la interrogación obligó a lady Edith a levantar la mirada hacia la reina.

María Estuardo sonrió en complicidad con la dama cuando percibió el brillo en la mirada y el rostro encendido de ella.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—Porque soy consciente de que, entre lord Wolsey y vos, ha surgido algo que merece la pena conservar. Os he visto bailar una volta e intercambiar miradas largas e intensas en cada lance. También he observado vuestro enojo hacia él. Pero, sobre todo, he sido testigo del cariño que os profesa él en cada momento que estáis juntos.

—Pero yo no puedo irme con Arthur y dejaros sola, mi señora, solo porque él sienta cariño por mí —le aclaró con el ceño fruncido, sin lograr entender a la reina.

—En ese caso, explicadme qué sentisteis cuando os besó en los jardines.

Lady Edith entreabrió los labios para responder, pero el recuerdo la invadió para dejarla sin palabras mientras el corazón le latía desbocado.

—No sabría deciros, mi señora.

—Pero supongo que lo deseabais. De lo contrario, no habríais permitido que lo hiciera. Si os conozco bien...

Lady Edith no pudo ocultar la sonrisa llena de complicidad que aquel comentario le había provocado.

—Tal vez sea cierto.

—En cambio, creo recordar que erais vos la que decía de él que tenía el aspecto de un corsario de mi prima Isabel y que era engreído y altivo. ¿O era lady McCormack quien habló así de él?

—Recuerdo mis palabras acerca de lord Wolsey.

—Y ahora, después del tiempo transcurrido, ¿seguís pensando igual?

La dama desvió la mirada al mismo tiempo que sonreía, sin poder ocultar el sonrojo provocado por las intensas palpitaciones en su pecho.

—¿Por qué renunciáis a vuestra felicidad, lady Edith? —María Estuardo contempló a la joven con cariño, pero también con rabia e impotencia porque estuviese dispuesta a sacrificarse por seguirla a ella hasta Loch Leven.

—Porque os debo lealtad, Majestad —afirmó con un tono firme y decidido.

María Estuardo asintió.

—En ese caso, os ordeno que marchéis a Inglaterra con lord Wolsey, lady Edith. Como vuestra reina, os lo pido.

—Pero... mi señora... no... —Lady Edith sintió que las palabras se le atascaban en la garganta. La mirada de la muchacha se tornó vidriosa, y se le hizo más complicado respirar.

—Habéis dicho que me debéis lealtad. Bien, lady Edith, pues ahora os la pido.

—Pero, mi señora, ¿sabéis lo que me estáis pidiendo? Marchar a Inglaterra y dejaros sola... —La dama se postró ante María Estuardo, la tomó de las manos y la contempló mientras sacudía la cabeza en rechazo de esa idea.

—Os repito que no voy a estar sola, lady Edith. Loch Leven cuenta con toda la gente necesaria para mi estancia allí. Por eso no debéis preocuparos. Y ahora, levantaros.

—¿Estáis segura de lo que me pedís? —Lady Edith entornó la mirada hacia María Estuardo. Confiaba en que la antigua monarca se echara atrás en el último momento o le concediera la posibilidad de elegir. Pero ninguna de las dos situaciones se dio, y María Estuardo se mantuvo firme en aquella decisión.

—Lo estoy, querida Edith —le aseguró sin soltarle las manos. Era la primera vez que la llamaba por su nombre, sin emplear la categoría social.

Lady Edith suspiró resignada ante aquella petición. Estaba convencida de que no se podía hacer nada y de que su futuro estaba, entonces, en Inglaterra, junto a Arthur.

—Hablaré con lord Wolsey para informarle de vuestra decisión.

—Si en algún momento de vuestra estancia en Loch Leven me necesitáis... —Había un toque de anhelo en la voz de lady Edith que María Estuardo no pasó por alto, aunque no le hizo ningún caso. No estaba dispuesta a ver cómo su principal dama de compañía se marchitaba en el castillo de Loch Leven en tanto dejaba escapar la posibilidad de ser feliz junto a lord Wolsey.

—Prometo enviaros recado a Londres para que me visitéis. Ahora, retiraros a preparar vuestro equipaje. Supongo que la embajada de mi prima Isabel partirá de inmediato.

—Como vos ordenéis, Majestad.

La joven permaneció en silencio mientras inspiraba con cierta resignación. La reina le había dado una orden, y ella, como súbdita, debía cumplirla. No podía desobedecerla. Se marcharía a Londres con Arthur. Después de todo, una parte de ella deseaba seguir al lado de él y descubrir si aquel caballero sería capaz de llegar a sentir por ella algo más que aquella atracción y aquel deseo que experimentaba.

No pasó mucho tiempo hasta que el propio lord Wolsey fue requerido por María Estuardo. No podía imaginar cuál sería la petición de la depuesta monarca, por lo que acudió ante ella con cierta cautela.

—Majestad —le dijo a modo de saludo mientras se inclinaba ante ella con respeto.

—Es curioso que seáis los ingleses quienes siguen postrándose y dándome el tratamiento de “majestad”. Antes, lo hizo vuestro embajador —comentó María Estuardo sonriente.

—Para mí, seguís siendo María Estuardo, reina de Escocia, mi señora.

—Un gesto que os honra, lord Wolsey. Pero dejemos a un lado los tratamientos de la corte y hablemos de lo que en verdad interesa —le anunció mientras caminaba hacia la gran ventana por la que entraba la luz que convertía la estancia en un lugar más amplio y acogedor pese a todo—. Quería veros antes de mi partida al castillo de Loch Leven.

—Decidme qué puedo hacer por vos.

—Más bien, por una de mis damas —le adelantó al tiempo que giraba el rostro hacia lord Wolsey, quien entonces se mostraba confundido y le devolvía la mirada a María Estuardo con el ceño fruncido—. Supongo que ya sabéis a cuál de ellas me estoy refiriendo.

Él sonrió de manera disimulada cuando el nombre de Edith le serpenteó por la mente.

—Lady Edith.

—Exacto. Quiero que marche con vos a Inglaterra. Es mi deseo, y así se lo he comunicado a ella cuando ha estado aquí. —Arthur frunció el ceño de nuevo, sin comprender con exactitud lo que acababa de referirle la reina—. Confío en que vos sabréis tratarla como se merece. —María Estuardo arqueó las cejas en señal de refuerzo.

—Nada me complacería más que cuidar de lady Edith, Majestad. Si es vuestra voluntad...

—No es que sea mi voluntad, es que no comprendo cómo es posible que no hayáis sido capaz de convencerla para que os acompañe, lord Wolsey —le explicó María Estuardo, que fingió sentirse indignada por tal hecho.

—Si me permitís, mi señora, he hecho todo lo posible para que ella me acompañe a Inglaterra, pero se ha negado con rotundidad al aludir que no es el lugar para ella puesto que os debe lealtad.

—No he sido ajena, durante todo este tiempo, a los escarceos amorosos entre lady Edith y vos —comentó María Estuardo con un sonrisa divertida—. No estoy segura de si ella os ama, pero sí de que lo que siente por vos es real. ¿Y vos? ¿Qué sentís por lady Edith? —María Estuardo entornó la mirada con toda intención hacia lord Wolsey a la espera de una aclaración.

—Creo que no hacen faltan más explicaciones, cuando yo mismo le pedí que me siguiera —expresó con una sonrisa y bajó la mirada al suelo. Por primera vez, Arthur se sentía desarmado al reconocer que una mujer lo había atrapado de modo incomprensible en medio de un ambiente tumultuoso como el de la corte de María Estuardo.

—En ese caso, confío en que lady Edith esté en buenas manos con vos.

—No os quepa la menor duda, mi señora. —Arthur se inclinó con respeto.

—Bien. No me queda más que tratar con vos, lord Wolsey, salvo deseáros buena suerte si por ventura debéis regresar aquí de nuevo para acompañar a Throckmorton.

—Lo mismo os deseo a vos. Espero que todo se solucione y que podáis volver a sentaros en el trono de Escocia.

Arthur apretó los labios y se inclinó de manera cortés. Sabía que la situación no se resolvería con sencillez, si es que llegaba a hacerlo. Por otro lado, era consciente de que, en cuanto colocara un pie en Londres, no volvería a desempeñar el papel de secretario a menos que aquel amigo, sir Francis Walshingham, se lo pidiera. Por lo pronto, estaba dispuesto a quedarse en la corte en compañía de Edith sin más sobresaltos, aunque suponía que las turbulencias en Escocia no habían terminado con la abdicación de la reina María.

CAPÍTULO 10

Lady Edith terminó de preparar todas sus pertenencias para emprender el viaje a Londres. En su interior, sentía una sensación de ahogo por tener que dejar a la reina y a las otras damas, pero había jurado lealtad a María Estuardo, y ella le había pedido que se marchara con lord Wolsey. No podía desobedecerla. Por ese mismo motivo, aguardaba que fueran a recogerla para emprender el viaje. La reina y su séquito habían partido el día anterior a Loch Leven, un castillo apartado en mitad del lago del que la fortaleza recibía su nombre. Sería complicado que la monarca pudiera escapar de allí.

En ese momento, a solas en la estancia que Arthur le había cedido de momento, lady Edith pensaba en la nueva vida que emprendería en Inglaterra junto a lord Wolsey, por quien no podía negar sentir algo más profundo que un simple cariño. Pero ¿en qué condición viviría con él? Le había dejado claro que no iba a convertirse en la amante. ¡Por nada del mundo lo aceptaría! Eso planteaba la cuestión de si él llegaría a quererla algún día o de si ella... El sonido de la puerta desechó las cavilaciones de lady Edith, quien se volvió para ver aparecer al hombre que ocupaba aquellos pensamientos. No pudo reprimir esa sensación que venía siendo algo normal en ella cada vez que lo contemplaba.

—He venido a ver cómo te encontrabas. Si necesitas algo... Alguna doncella más... Puedes solicitar lo que desees, ya lo sabes —le recordó al quedarse a escasos pasos de ella. Dadas las circunstancias, había dejado de lado el trato formal que siempre se habían prodigado.

—Tengo todo lo que necesito por ahora. ¿Sabes cuándo nos marcharemos?

—Mañana temprano. Throckmorton está ultimando algunos detalles con Jacobo. Ahora cuentan que se encontraba lejos de la capital cuando todo esto sucedió. —Había un toque de incredulidad y de cinismo en la voz de lord Wolsey. Podían decir lo que quisieran, pero tanto él como Throckmorton sabían que, detrás de aquel golpe, estaba la mano de Jacobo. Y no era cierto que se hubiera marchado. De eso estaba seguro lord Wolsey.

Escuchar el nombre de Jacobo le revolvía las entrañas a lady Edith. Cerró las manos hasta que los nudillos palidecieron, y Arthur fue testigo de la ira que despertaba en ella. Con paso firme, se acercó hasta ella para intentar tranquilizarla. Tomó las manos de la joven entre las de él y la miró con ternura. ¿Qué le sucedía? ¿Se había vuelto loco? ¿Se había enamorado de Edith?

—Cálmate.

Ella le lanzó una mirada fría y cargada de resquemor, pero pronto se dio cuenta de que, después de todo, él no tenía la culpa de lo sucedido. Él era un simple secretario de embajada y no había hecho nada por apartar del trono a María de Escocia. Todo lo que había hecho desde aquel momento había sido protegerla ante cualquiera que osara colocarle un dedo encima. Por eso, Edith se tranquilizó con la misma rapidez con que la ira se encendía en ella cada vez que recordaba lo acontecido.

—Reconozco que debes poseer algún tipo de don para conseguirlo —le confesó, algo más relajada, mientras trataba de sonreír.

—Me alegra saberlo. Edith, yo no soy tu enemigo, a pesar de ser inglés, ni he querido que la reina María fuera destituida, como ha ocurrido.

—Soy consciente de ello. No es eso lo que me preocupa. Es...

—Tu vida en la corte de Londres. —Arthur percibió la duda en la mirada de ella, pero también el temor a lo incierto de aquel destino. Le acarició el rostro con la palma de la mano mientras no dejaba de mirarla.

El nudo en la garganta de Edith, quien en ese momento pensaba que se asemejaba al lazo del verdugo, se deslizó.

—No solo mi estancia en la corte, sino también... —Edith se apartó de él y se volvió hacia la ventana que permanecía abierta y por la que podía contemplar los jardines de Holyrood por última vez. Inquieta, se retorció las manos mientras deseaba encontrar las respuestas a aquellos temores.

Arthur se acercó hasta quedar a escasos pasos de ella. El deseo por posarle las manos sobre ella era atroz. Tuvo la sensación de que Edith esperaba que lo hiciera porque volvió el rostro para lanzarle una mirada por encima del hombro. Arthur no lo pensó dos veces y dejó que sus propias manos se deslizaran sobre la piel de los brazos de Edith y que, de manera lenta y sugerente, sus dedos ascendieran hasta coronar los hombros de la

dama. Arthur se acercó más para acortar el espacio entre ellos dos. Percibió el aroma que desprendía aquel cabello cobrizo mientras su propio cuerpo se tensaba. El deseo por despojarla del vestido se estaba convirtiendo en un reclamo difícil de apartar. La sintió temblar de manera leve bajo los dedos de él, inquieta tal vez por lo que estaba sucediendo.

Edith sentía la respiración de Arthur sobre el cabello. Las manos de él estaban cerradas con delicadeza sobre los brazos de ella para tratar de tranquilizarla. Sin embargo, la sensación que le producían era todo lo contrario. De manera lenta, se dejó acariciar en tanto experimentaba un aumento de temperatura por todo el cuerpo. Y cuando Arthur deslizó uno de los brazos por la cintura de ella, Edith contuvo la respiración hasta que le fue imposible soportarlo durante más tiempo y dejó escapar un gemido. Cerró los ojos y se recostó contra el torso de él con la cabeza apoyada en el hombro de Arthur. En ese instante tan íntimo que estaban compartiendo, Edith se olvidó de las disputas en la corte y de la situación por la que transitaba el país tras haber sido derrocada la reina. Solo era consciente de los escalofríos que las caricias de Arthur le provocaban.

Él la atrajo más contra el cuerpo varonil, contra su deseo por ella. La excitación era latente, y él se preguntó si estaba dispuesto a cruzar aquella delgada línea entre la cordura y la aventura. Sí, porque aquello se asemejaba más a lo último que a cualquier otra definición. Comenzó a deslizar la boca por el cuello de Edith, mientras ella sentía que la propia respiración aumentaba con cada presión que Arthur le ejercía contra la piel. El aliento de él se esparció sobre la clavícula y el escote de la joven como una ráfaga de rocío que la impregnara a su paso. La dio vuelta para mirarla a los ojos y preguntarse si era lo correcto, si llevarse por el deseo y la pasión era lo más acertado en aquellos momentos. Si lo hacía, no habría vuelta atrás, y Edith se convertiría en algo más para él. No la abandonaría a su suerte en una corte extranjera, en la que podrían tratarla de manera poco apropiada por haber sido dama de compañía de María Estuardo.

Arthur acunó el rostro de ella entre las manos y deslizó los pulgares por las mejillas de ella. La mirada de la muchacha resplandecía sin igual. No la había visto así en ninguna de las ocasiones en las que habían coincidido.

—Edith, si sigo adelante, no podré detenerme —le aseguró con la voz ronca mientras esparcía el aliento por los sonrosados labios de ella.

—Entonces, no lo hagas, Arthur —le susurró antes de acercarse más a él para ser ella quien lo besara en un primer instante, ante la desesperación de Wolsey.

Él la estrechó contra su cuerpo mientras la besaba con delicadeza. Sabía que debía controlar los impulsos por llevarla a la cama y hacerla suya. Por mucho que anhelara ese instante, Arthur se dominó mientras las manos comenzaban a pelearse con los cordones del corpiño del vestido.

Edith se sintió más ligera a medida que Arthur aflojaba los nudos. Contuvo la respiración en un intento por no parecer nerviosa. Lo estaba, sin embargo. Los besos de Arthur la ayudaron en ese trance, mientras las capas de tela caían arremolinadas a sus pies con un ligero frufrú. Solo la camisola y las medias separaban la piel de la dama de la de Arthur, quien se había ido despojando de las calzas y de la chaqueta mientras no dejaba de besarla.

La contempló en mitad del velo de deseo febril que lo hacía prisionero sin dejarlo escapar. Aquella mujer era dulce como miel y exquisita como un buen trago de vino francés. En un gesto inesperado, la tomó en brazos: ella dejó escapar un grito. Sin previo aviso, ambos yacían recostados sobre la mullida cama de la estancia. Arthur le apartó el pelo del rostro para poderla contemplar mejor. Los dedos de él trazaron el contorno de aquel rostro mientras seguía empapándose en esa belleza.

—Desde hoy, nada ni nadie me separará de tu lado, Edith. No consentiré que nadie te menosprecie. —Se inclinó sobre ella para rozarle los labios una vez mientras deslizaba las manos bajo la fina tela de la camisola en busca de la piel caliente y suave. Al mismo tiempo, sentía cómo ella se estremecía bajo las yemas de los dedos que la recorrían y se arqueaba. Una cadencia de suspiros escapó por entre los labios de la dama mientras un calor abrasador se le instalaba en todo el cuerpo y, en especial, entre los muslos.

Arthur terminó de despojarse de la poca ropa que le restaba y se acomodó entre las piernas de ella. Edith sintió el peso de aquel cuerpo, pero tuvo la impresión de que él hacía todo lo posible para no lastimarla. Los dedos del inglés buscaron la calidez y la humedad entre los muslos de ella mientras no dejaba de besarla por todo el cuerpo. Lamía y succionaba aquí y allá en un

intento por relajarla y excitarla a la vez antes de hacerla suya. Y cuando Arthur comprendió que ese momento había llegado, se quedó clavado en la mirada de curiosidad de ella antes de sentirla contraerse. La tranquilizó con caricias, besos y palabras mientras ella se acostumbraba al leve dolor. Arthur comenzó a moverse en el interior de ella de manera lenta para permitir que se adaptara a él y a las nuevas sensaciones que pronto comenzaron a recorrerle el cuerpo.

Edith no sabía de dónde procedía aquel calor que la invadía por dentro y que le hacía arder la piel. Cuando experimentó las sacudidas de las embestidas de Arthur, pensó que se fundiría con él allí mismo, en aquel instante, y que ya nada tendría sentido. La respiración se le aceleró. Creyó que el corazón le estallaría con cada segundo que pasaba unida a él. Sintió que no podía más y percibió que él salía de su cuerpo para luego notar que las pulsaciones comenzaban a aminorar. Arthur se inclinó para besarla una vez más. Edith cerró los ojos y buscó los labios de él mientras le retenía el rostro entre las manos. Cuando él apoyó la frente sobre la de ella, de manera lenta, la joven fue recuperando su estado normal. Sintió la boca seca, el cuerpo acalorado y las piernas flojas, como si no tuvieran vida.

Arthur permaneció en silencio en tanto la contemplaba como si nunca antes la hubiera visto: el rostro encendido por la pasión, los cabellos esparcidos por la almohada, los labios hinchados y aquella mirada febril de deseo y dicha en los ojos de ella.

Edith sonrió al comprobar que la mirada de él la acariciaba de manera pausada y tierna.

—Creo que no te había visto tan bonita desde que llegué a Holywood.

—Pues he pasado la mayor parte del tiempo contigo —le recordó mientras sonreía de manera tímida.

—Sí, pero es posible que ahora te vea diferente.

—¿En qué sentido?

Arthur no sabría explicárselo. Lo cierto era que, en ese preciso instante, tenía la sensación de que muchas cosas iban a cambiar. Sí, entonces que había sucumbido al deseo por tener a Edith en la cama, la miraba y se preguntaba por qué seguía sintiendo ganas de volver a amarla, besarla y acariciarla. ¿Qué le sucedía con aquella muchacha? Le pasó la mano por el pelo, la cara y luego los hombros hasta dejarla allí quieta. Se le hacía complicado entender lo que

había sucedido con ella. Había acompañado a Throckmorton para averiguar qué se proponían la reina María y los cortesanos escoceses, pero nunca había estado preparado para encontrarse con lady Edith y acabar deseándola de aquel modo. Sentía que no podía dejarla sola, a su propia suerte. Pero no se trataba solo de una cuestión de lealtad o de un compromiso adquirido con la reina. No. Antes de que María Estuardo le hubiera pedido que se encargara de Edith, él ya se lo había propuesto a aquella porque sentía la necesidad de tenerla cerca de él.

La respuesta de Arthur quedó en suspenso debido a los incesantes golpes en la puerta. Él se incorporó de la cama y se colocó los pantalones y la camisa de camino a la entrada mientras Edith se quedaba sentada y cubría su propia desnudez con la sábana.

Arthur abrió para encontrarse con el rostro de Throckmorton. El embajador hizo ademán de entrar en las dependencias de lord Wolsey, quien se lo impidió al salir al pasillo.

—¿Por qué no me permitís entrar? —le preguntó el embajador con un dejo de molestia y de sorpresa por el gesto—. ¿Tenéis compañía? ¿Lady Edith? —Throckmorton lanzó una mirada a Arthur y se percató de que apenas si iba vestido—. ¿He interrumpido algo?

—No, quedaos tranquilo —respondió Arthur mientras sacudía la cabeza y deseaba que no siguiera indagando sobre con quién estaba pasando la noche.

—Al final, no os habéis podido resistir.

—¿Qué importa a estas alturas, cuando la corte es un hervidero de mentirosos y traidores?

—¿Qué vais a decirle a vuestro querido amigo sir Francis? —Throckmorton entrecerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho en una postura que se asemejaba a la de un interrogatorio en toda regla.

—No tengo nada que contarle, salvo lo que ha sucedido aquí —le rebatió Arthur en tanto se alejaba de la puerta del cuarto. Estaba molesto por aquellos comentarios.

Edith se había incorporado de la cama, envuelta en la sábana como si se tratara de alguna divinidad clásica, y entonces escuchaba con atención la conversación entre el embajador y Arthur. Pero había algo que no lograba

comprender: ¿qué tenía que ver Arthur con sir Francis Walshingham, el consejero de la reina Isabel? Edith permaneció atenta al débil sonido de aquellas voces en mitad del silencio que reinaba en el pasillo.

—Os envió a la corte de María Estuardo para saber qué pensaba hacer la soberana escocesa con respecto al trono de Inglaterra, y vos regresáis con una de las damas de la propia reina. Ya me había advertido acerca de que vos erais un alocado libertino. ¿Qué se supone que vais a decirle ahora?

—Bajad la voz, o ella acabará por enterarse —le pidió Arthur al llevarse aparte a Throckmorton, ajeno a la reacción de Edith al otro lado de la puerta. Acababa de conocer el verdadero motivo de la presencia de Arthur en la corte. No era el secretario del embajador, sino... ¡un espía de Walshingham! Aquel descubrimiento tan inesperado como cruel hizo que lady Edith se sintiera como si acabaran de apuñalarla a traición por la espalda. Se aferró a la sábana y caminó de regreso a la cama mientras mantenía la mente en blanco. No era capaz de pensar en nada, ni siquiera de coordinar los movimientos. Pisó el extremo de la sábana y trastabilló, a punto de caer. Pero le habría dado igual que hubiera sucedido. El dolor que podía haberle producido el golpe ni se comparaba con el que experimentaba en su interior en ese preciso instante. Se quedó con la mirada perdida en el vacío al tiempo que permitía que los ojos se le anegaran de lágrimas de decepción y de dolor, pero también de rabia e impotencia. No podía permanecer allí ni un minuto más. Ni podía irse con él a la corte inglesa. No. Se marcharía a Loch Leven con la reina. Nunca debería haberla dejado sola. Todo a su alrededor era un engaño tras otro.

Comenzó a vestirse mientras las manos le temblaban y el corazón le latía desbocado. Una punzada aguda en el pecho le cortaba la respiración cada vez que pensaba en que él se había acercado a ella para... El sonido de la puerta hizo que volviera la atención hacia aquella y se encontrara con la mirada de incredulidad de Arthur.

—¿Por qué te estás vistiendo? ¿Qué te sucede? —Arthur fue consciente en ese momento de que la mirada de ella estaba vidriosa y de que las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. ¿Por qué estás llorando, Edith? —Se acercó hasta ella para sujetarla por los brazos e instarla a que lo mirara y le explicara qué estaba sucediendo, pero la reacción de la joven no se hizo esperar. Se revolvió como una fiera y se apartó de él.

—¡Eres un maldito espía de Walshingham! —le escupió con desdén mientras la mirada de ella se volvía fría y sentía el dolor asentarse en el lado izquierdo del pecho.

Arthur resopló. Sacudió la cabeza y advirtió que todo lo que había comenzado a construir junto a ella acababa de venirse abajo por un descuido.

—Has escuchado a Throckmorton —concluyó, abatido por tal hecho, mientras Edith se quedaba contemplándolo a la espera de una explicación.

—No eres su secretario —le aseguró mientras se erguía ante él, desafiante y altiva. Edith sabía que era cierto, pues lo había escuchado, y que en ese momento debía aprovechar la flaqueza de él para colocar las cartas sobre la mesa. Pero ¿por qué no podía insultarlo o incluso abofetearlo como se merecía? ¿Por qué no era capaz de alejarse de él? Acababa de decirse a sí misma que lo abandonaría y se marcharía a Loch Leven con la reina María. O, incluso, podría regresar a su propia casa. Y entonces, en aquel silencio, se dio cuenta de que no podía hacerlo por dos cuestiones que ella misma acababa de admitir en su propia mente: en primer lugar, se estaba enamorando de él, y por otra parte, ella también había jugado ser una espía con él por orden de la reina.

Arthur se quedó contemplándola con los brazos extendidos a los costados y las palmas hacia arriba como si le estuviera pidiendo clemencia. Ante él, estaba la mujer que había conseguido hacerle olvidar el motivo por el que había ido a la corte escocesa. Se lo había confesado en una ocasión. ¿Qué podían importarle a él las luchas entre reinas, consejeros y demás intrigas si la tenía a ella? Allí estaba, delante de él, con el vestido desabrochado, que dejaba entrever la curva suave y delicada de los pechos que se elevaban con cada inspiración. Los cabellos revueltos le caían en cascada sobre los hombros y parte del rostro, donde los ojos le titilaban por el efecto de las lágrimas contenidas y los labios entreabiertos anticipaban un reclamo. Aquella imagen tan sensual de la muchacha terminó por arrebatarse el último resquicio de cordura que le quedaba.

—Tienes razón. Sir Francis me pidió que viniera a la corte para saber qué planes tenía María Estuardo con respecto al trono inglés —le confesó, a la espera de que ella se tranquilizara. Pero, por el momento, el rostro de Edith no

transmitía ningún cambio—. La reina Isabel quería estar prevenida por si su prima decidía reclamar el trono de Inglaterra como legítima heredera, ya que Isabel fue declarada bastarda por Roma.

—¿Es por eso que te acercaste a mí? —Edith se cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó una ceja con suspicacia—. Quiero la verdad.

Arthur sacudió la cabeza y sonrió con cierta melancolía.

—No tenía intención de utilizarte. No podía hacerlo cuando lo que más ansiaba cada día era verte. —Aquella confesión encendió el rostro de ella sin remisión—. Todo esto es absurdo, Edith. ¿Qué puede importarte en este momento el motivo por el cual vine a la corte, ahora que la reina María se encuentra camino a Loch Leven?

Edith se alejó de él con el semblante turbado. Se encontraba en una encrucijada de sentimientos y emociones porque, sin quererlo, ella había propiciado aquel desenlace. La muchacha lanzó una fugaz mirada hacia la cama en la que, minutos antes, habían consumado el juego del gato y el ratón al que ambos se habían prestado por las circunstancias. Una tímida sonrisa irónica bailó en los labios de ella cuando se dio cuenta de que, en el fondo, ambos habían sido meros peones en una partida en la que ellos dos no habían perdido, sino ganado.

—No estoy segura de que acompañarte a la corte de Isabel sea lo más acertado. Ya has escuchado al embajador —le recordó al sostenerle la mirada mientras los nervios le agitaban el cuerpo—. ¿Qué le dirás a Walshingham de mí?

Arthur la miró de manera intensa. Se acercó a ella sin rozarla siquiera.

—La verdad, Edith.

—¿Y cuál es, según tú? —Le costaba respirar, en parte debido a las emociones del momento y, por otra, por la presencia tan cercana de él.

—Que no podía dejarte aquí después de todo, no frente a la locura que se ha adueñado de la mayoría de los súbditos de la corte escocesa.

—Lo dices para tranquilizarme, para hacerme ver que es lo correcto.

—No, no es cierto. No lo hago para tranquilizarte, sino porque es la verdad. Si te quedas en Holyrood, corres peligro. —Arthur se acercó hasta ella, pero Edith volvió a alejarse de él porque era consciente de que, si la

tocaba, ella volvería a rendirse. Y aunque había perdido la cuenta de las veces en que lo había hecho, no quería que sucediera en esa ocasión.

—Entonces, me marcharé a Loch Leven con mi reina.

—No puedes contravenir la orden que María Estuardo te dio antes de partir hacia allí. Le prometiste venir a Londres conmigo.

Edith sabía que él tenía toda la razón. Había dado su propia palabra a María Estuardo, y por nada iba a romperla. Pero, bien pensado, marcharse a Londres con lord Wolsey suponía un camino incierto, del que no sabía si habría un retorno.

—No saldrá bien. En cuanto, en la corte de Isabel, sepan quién soy yo... me expulsarán. O, peor aún, me ajusticiarán por traición.

—No, no lo harán. Pero, llegado el caso, abandonaremos la corte para establecernos en mi casa a las afueras de Londres —le rebatió Arthur con naturalidad mientras se decía que no perdería a aquella mujer por nada del mundo—. No me importa lo más mínimo dejar la corte si tú no estás en ella.

—Pero ¿y si te acusan de traidor por llevarme contigo? ¿Lo has pensado? Es una posibilidad que deberías considerar. —De repente, sintió miedo por el destino que pudiera correr él. Pero lo que más le chocó fue la reacción de él ante aquella suposición, que arrancó una sonrisa en Arthur—. ¿Te hace gracia?

—No sé si considerar tus palabras como una excusa o bien como un halago porque en el fondo te preocupas por mí.

En un arrebato de locura y deseo, Arthur se acercó a ella y enmarcó aquel rostro entre las manos para mirarla con determinación, sin importarle nada más que ella. Edith se sintió turbada por aquel ímpetu de él y, aunque deseó alejarse como había resuelto, no lo hizo. Habría resultado sencillo golpearlo en la entrepierna y marcharse, pero, en cambio, permaneció expectante ante el próximo gesto de él, en vilo por saber si volvería a besarla con la dulzura y el arrebato pasional de otras ocasiones.

—No, no son excusas. Es cierto que... que me preocupa lo que pueda sucederte. Pero... no sé si esto... Creo que nos hemos vuelto locos. Tú, por insistir en esto, y yo, por... por aceptarlo... —Edith no parecía tenerlo muy claro, a pesar de que una parte de ella deseaba irse con él.

—¿De qué tienes miedo, Edith?

—De pensar en lo que podría sucedernos... Estoy preocupada por ti y porque... —Arthur se inclinó sobre los labios de ella una vez más mientras enredaba los dedos en aquellos cabellos y sentía cómo se le escapaban de las manos.

Edith no se resistió. ¿De qué habría servido hacerlo, cuando anhelaba que volviera a besarla? Sintió la caricia de aquellos labios al tomar posesión de los suyos y se abandonó una vez más a lo que sentía por él. Siempre había sabido que el aspecto de aquel inglés no era el de un secretario, sino el de un aventurero, un corsario. Ahora, la intuición venía a darle la razón. Siempre se había dicho que era peligroso, atractivo, alguien de quien debía permanecer alejada, pero la reina o el destino no se lo habían permitido, y había acabado enredada en una espiral de pasión.

—Siempre supe que no eras quien decías ser —le confesó al echar la cabeza hacia atrás para contemplarlo a cierta distancia.

Arthur arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—A que nunca me pareciste un secretario, sino más bien un libertino, un corsario de la reina Isabel. —Aquellas palabras provocaron una sonrisa en Arthur que calentó el alma de Edith—. Y no me equivoqué. Sabía que eras peligroso.

—¿Por qué no apartaste de mí?

Edith lo contempló de manera fija. Se humedeció los labios y sonrió con timidez.

—Por lealtad a mi reina. La misma que le debo en estos momentos, en los que voy a acatar sus órdenes y a marcharme contigo a Londres, hacia un destino incierto.

Aquella confesión sacudió a Arthur. Tal vez esperaba que ella admitiera que sentía algo parecido a lo que él experimentaba por ella. Sin embargo, no fue así. Pero, entonces, ¿por qué se había entregado de aquella manera momentos antes? ¿También la reina se lo había pedido? No. Arthur sabía que a ambos les había sucedido lo mismo. Los dos se habían mantenido leales a sus respectivas soberanas, pero no habían contado con acabar encontrando aquello que entonces compartían y que ninguno podía negar que sentía por el otro.

CAPÍTULO 11

La llegada de lord Wolsey al palacio de Whitehall captó la inmediata atención de sir Francis Walshingham. Por fin había regresado, pensó con una sonrisa. La situación en Escocia parecía estar controlada, ya que María Estuardo pasaba los días recluida en el castillo de Loch Leven. Para sir Francis, la aparición de Arthur ayudaría a animarlo un poco. El tiempo en el palacio parecía discurrir sin ningún sobresalto. Los franceses no iban a mover un solo dedo en favor de la antigua reina. Lo cierto era que María Estuardo tampoco era bien considerada allí por haberse tratado de una monarca extranjera. España y Roma seguían pidiendo explicaciones acerca del destino de la legítima ocupante del trono de Escocia, así como los fervientes seguidores católicos de ella, que no componían una fuerza poderosa.

Sir Francis tenía ganas de ver a Arthur para que le contara cómo habían ido los asuntos en la corte de Holyrood en Edimburgo. Y, sobre todo, qué explicación tenía para justificar que llegara acompañado de una de las damas de María Estuardo. ¿Sería la misma de la que le había hablado Throckmorton en aquella visita a Londres antes de que se produjeran todos los disturbios en la corte escocesa?

Arthur y Edith llegaron al palacio, donde fueron alojados en las dependencias que Walshingham había previsto para ambos. Ella se mostraba inquieta en todo momento. Después de días enteros de viaje en compañía de Arthur, con quien había intimado algo más y a quien había llegado a conocer mucho más como persona, se le presentaba la gran prueba. Iba a vivir en la corte de la reina Isabel de Inglaterra. Aunque Arthur le hubiera afirmado que no tenía nada que temer, ella seguía sintiéndose una extraña en aquel lugar.

—Todas las cortes son iguales. No tengas miedo —le aseguró él en tanto caminaba al lado de la joven por uno de los pasillos, hacia las dependencias de Arthur—. Tú has conocido la de Francia y la de Escocia.

Edith volvió el rostro hacia él con los ojos entrecerrados mientras sacudía la cabeza para rechazar esa conclusión.

—Todas, no. En Francia, estaba entre aliados de la reina María. En Edimburgo, pensaba que sería todo más tranquilo y que todos querrían a su reina... Pero ya has visto lo que ha sucedido —le dijo al recordar la traición ejercida por los nobles contrarios a María Estuardo—. Aquí, por mucho que me repitas que no hay problema con mi presencia, soy una escocesa en la corte inglesa. Y, además, soy la dama de compañía de la reina... —Edith no pudo continuar debido a la crispación que sentía cada vez que recordaba el fin que había seguido la monarca, pero también por la angustia que le apretaba el pecho.

Arthur posó las manos sobre los hombros de Edith en un intento por calmarla. La miró a los ojos de manera fija.

—Ya te he dicho que nada malo va a sucederte mientras yo esté a tu lado.

—Aun así, Arthur, en ocasiones, tengo la sensación de que este no es mi lugar.

—¿Preferirías haberte marchado a Loch Leven y vivir en aquel alejado castillo? ¿Sacrificar tu vida por tu deber para con tu reina? Edith, María Estuardo no saldrá de Loch Leven hasta el día en que fallezca. Es poco menos que vivir en clausura. Si ella te pidió que vinieras conmigo, era porque deseaba para ti un futuro mejor del que le espera a ella.

Un golpe seco en la puerta hizo que Arthur se diera vuelta.

—Lord Wolsey, sir Francis Walsingham desea veros ahora mismo —le informó el hombre.

—Decidle que iré en un momento.

—Así se lo comunicaré.

El enviado se marchó. Arthur cerró la puerta y regresó junto a Edith.

—Walsingham —murmuró Edith con la mirada cargada de preocupación.

—No tienes nada de qué preocuparte —le prometió Arthur con una sonrisa.

—¿Y si te pidiera que me sacaras de la corte? ¿O si pensara que soy una espía de la reina María por haber sido su dama? —Edith se frotó las manos en un claro gesto de nerviosismo ante aquellas posibilidades mientras sentía que la angustia se adueñaba de ella.

—¿Por qué prepararía para ti aposentos, te dotaría de una doncella y luego te pediría que te fueras? Sir Francis no hace nada sin el consentimiento de la reina. De manera que, si lo ha hecho, ha sido con el beneplácito de Isabel. Deberías tranquilizarte. Esta noche, habrá una fiesta, y quiero que todos se hagan la misma pregunta: ¿quién es la hermosa muchacha que ha venido con lord Wolsey?

—Prefiero eso a que se pregunten qué demonios hace una escocesa entre ellos —le rebatió con una mezcla de ironía y temor por que así sucediera.

—No tardaré.

Edith se sintió extraña cuando se quedó a solas en la estancia de él. Aquel palacio no era Holyrood, donde podía caminar a sus anchas puesto que conocía todos los rincones. Y, además, por el momento, no quería toparse con ningún desconocido. Prefería ser cauta y esperar a esa noche. Se sentó en la cama con las manos entrelazadas y la mirada perdida en el vacío mientras se preguntaba por qué había accedido a seguir a Arthur hasta allí. ¿En verdad lo había hecho por lealtad a la reina o por lo que sentía por él?

* * *

Cuando Arthur abandonó la estancia y dejó a Edith sola, el emisario de Walshingham todavía permanecía allí. Lord Wolsey lo miró extrañado porque habría jurado que lo había visto marcharse.

—Sir Francis me pidió que viniera a buscaros para llevaros ante él.

—De acuerdo.

Arthur no pudo apartar de su mente los temores de Edith acerca de la presencia de ella en la corte. Había intentado por todos los medios desterrarlos y hacerle ver que nada malo iba a sucederle, pero ella no parecía dispuesta a creerlo. Wolsey encontró a sir Francis, que paseaba con las manos a la espalda y el semblante serio. Levantó la mirada del suelo cuando escuchó el nombre de ese viejo amigo, anunciado por el ayudante.

—Está bien. Déjanos a solas —le ordenó Walshingham. Aguardó a que aquel cerrara la puerta a su espalda antes de dirigirle la palabra a Arthur—. Celebro verte de vuelta. ¿Qué tal ha marchado el viaje?

—Algo pesado, la verdad.

—Entiendo. —Walshingham asintió y chasqueó la lengua—. Siéntate. Tenemos mucho de lo que hablar acerca de tus meses en la corte de Holyrood. Lo primero que haré será felicitarte por tus informes, que Throckmorton nos hizo llegar.

—Tampoco creo que sea para tanto, ya que él mismo pudo comprobar lo sucedido allí con la reina María.

—Sí, eso me aseguró cuando tuvimos una conversación larga y distendida al respecto. La verdad es que la situación no deja de ser inquietante —le aseguró el consejero de Isabel con gesto de preocupación.

—Supongo que, con la reina María en Loch Leven, los inconvenientes serán menores.

—No lo creas. Aunque Jacobo se ha instalado en el trono como regente hasta que el hijo de María Estuardo tenga edad para reinar, las divisiones por la religión siguen estando en boca de todos. El conde de Bothwell junto a los seguidores de María Estuardo está en pie de guerra.

—Algo de eso escuché los días previos al traslado de María Estuardo a Loch Leven. Podría producirse una guerra civil entre los partidarios de ella, y los de Jacobo y Knox.

—Ah, ese fanático de John Knox. Lo importante ahora es ver hacia dónde caminan las aguas revueltas. Si el conde de Bothwell logra reunir un ejército numeroso, no vacilará en presentar batalla contra Jacobo y en restituir a María Estuardo en el trono de Escocia.

—¿Qué piensa hacer la reina Isabel? —Arthur se mostró muy interesado en el tema porque, sin duda, aquello afectaría a Edith. Si Bothwell lograba devolverle a María Estuardo el trono, él perdería a Edith para siempre, ya que, en cuanto ese hecho se produjera, ella correría junto a la reina. Era algo que temía, pero que no le impediría hacer.

—Por ahora, no se ha manifestado, aunque prefiere tener a Jacobo en la palma de la mano que a su prima María con la tentación de reclamar el trono de Inglaterra.

—¿Apoyaría la causa de Jacobo en caso de un enfrentamiento armado contra el conde de Bothwell?

Sir Francis sonrió ante esa pregunta tan taimada.

—Enviar tropas a la frontera con Escocia para ayudar a Jacobo daría una mala imagen exterior. España y Roma han pedido explicaciones acerca de los disturbios en Edimburgo y de por qué Isabel no ha acudido en ayuda de su prima. Por el momento, no han ido más allá de simples quejas y de una solicitud de una justificación. Es mejor dejar a los escoceses solos para que resuelvan sus diferencias. —Sir Francis hizo una pausa mientras juntaba los dedos para formar un triángulo con las manos y miraba con fijeza a Arthur—. El segundo tema sobre el que me gustaría conversar contigo es, como ya sabrás, la presencia de lady Edith en la corte.

—Lo sé.

—¿Qué tienes que decir al respecto?

—La propia reina María me pidió que la sacara de Holyrood y la trajera a la corte de Londres.

—¿Así, sin más? —Walshingham se quedó perplejo ante esa explicación—. Creía que había algo más que la petición de una reina.

—Si vas a preguntarme si hay algo entre Edith y yo...

—¿Edith? Vaya, desconocía ese trato tan cordial y cercano entre ambos —ironizó Walshingham—. Ya que estamos en el tema, te seré franco: ¿es tu amante, Arthur?

La mirada fija y penetrante de Walshingham no intimidó a Arthur. Conocía muy bien a aquel viejo amigo y sabía que, a otros, podía amedrentarlos, pero no a él.

—No, no lo es.

—Mejor. Te evitarás problemas. Podría hablar con Su Majestad para que le busque un esposo.

—No puedes hacerlo. —Arthur se mostró tajante ante aquella petición de sir Francis, quien entonces contemplaba intrigado al amigo.

—¿Puedo saber el motivo? Acabas de decirme que ella no es tu amante.

—No lo es. Ni quiero que esa palabra vaya de boca en boca cuando ella esté presente.

—Pero, entonces...

Arthur apretó los dientes y cerró las manos hasta que los nudillos palidecieron, y Walshingham sonrió como un viejo zorro al darse cuenta de la situación.

—Vaya. Entiendo que la quieres para ti. Bien, no hay inconveniente, siempre y cuando formalices tu relación con ella. Por ejemplo, podrías casarte, ya que supongo que tu desmedido interés se debe a que ya ha pasado por tu cama, lo cual complica, sin duda, encontrarle un esposo. Ahora entiendo tu negativa buscarle uno —le sugirió Walshingham al elevar las cejas hasta formar un arco de expectación—. Podríamos presentarla a Su Majestad como tu... ¿prometida? De ese modo, la presencia de la muchacha en la corte quedará más que justificada.

Arthur resopló. Era evidente que se encontraba entre la espada y la pared. Admitir ante Walshingham que Edith era su prometida daba el mismo resultado que hacerlo ante la propia reina: eso implicaba tener que casarse con Edith. Por otra parte, no quería que ella fuera tachada de amante o de frívola porque eran calificativos que no merecía, ni él iba a permitirlo.

—Una última cosa antes de que te marches. —Walshingham pareció dudar antes de continuar—. Ten cuidado con ella.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó alarmado Arthur.

—Tal vez no todos en la corte la vean con buenos ojos, pese a que sea tu prometida. Ella era la dama de compañía preferida de María Estuardo; además, es católica y escocesa. No todos los ingleses sienten las mismas simpatías por esas tres etiquetas.

—¿Insinúas que alguien podría querer perjudicarla por esos motivos? —Arthur sintió que el pulso le palpitaba en las sienes, lo que le produjo un dolor de cabeza.

—Podría darse el caso. Procura cuidarla, puesto que no descarto que algún caballero exaltado pueda intentar algo contra ella. Es un consejo que te doy por la amistad que nos une.

Wolsey permaneció en silencio mientras sostenía la mirada de sir Francis y se daba cuenta de que hablaba muy en serio al respecto. Los temores de Edith antes de llegar a la corte no hacían más que convertirse en algo real. Pero, por el momento, él no se lo diría.

—Es mejor que ella no sospeche de esta posibilidad —comentó Arthur al tiempo que observaba a Walshingham con preocupación, antes de levantarse y abandonar la estancia privada del secretario de la reina.

* * *

Lady Edith no era capaz de ocultar los nervios o, al menos, de disimularlos. Estaba terminando de arreglarse junto a la doncella para asistir a la cena que se celebraba en el amplio salón de Whitehall. Lo que más inquietud le producía era la idea de encontrarse cara a cara con la reina Isabel. En ese instante, la puerta se abrió para dar paso a Arthur, vestido con un jubón de color rojo con ribetes dorados sobre una camisa fina de hilo en color blanco. Llevaba pantalones a la moda isabelina y botas altas negras de piel. Se acercó hasta ella con una mirada cargada de emotividad que hizo temblar a lady Edith. Arthur había estado considerando la posibilidad de contarle parte de la conversación con sir Francis, en especial lo referente a ella. Sin embargo, no podía declararle de buenas a primeras que era considerada como su prometida. Debería explicárselo. Y debería ser en ese preciso instante, justo antes de acudir a la cena.

—Podéis dejarnos a solas —se dirigió a la doncella mientras lady Edith permanecía sentada frente al espejo y observaba el trabajo de la muchacha al tiempo que controlaba los gestos y los movimientos de Arthur—. El color vino te favorece.

El cumplido le provocó una leve ola de calor que le acrecentó los nervios. Desvió la mirada de la de él y se levantó para alejarse de su presencia. ¿Por qué no lograba acostumbrarse a él?

Arthur seguía contemplándola de una manera que le resultaba desconocida e íntima. El vestido se ajustaba de manera perfecta al cuerpo de la dama y caía liso desde las caderas. El escote le resaltaba el busto de modo llamativo y seductor al abarcar hasta la clavícula, lo que dejaba parte de los hombros al descubierto.

—¿Por qué me miras de manera fija? ¿Hay algo fuera de lugar? Acabas de decirme que...

—Todo está perfecto. No hay ningún detalle que desentone.

“Procurad cuidarla. No descartaría que algún caballero exaltado intentara algo contra ella”. La recomendación de sir Francis volvió a sacudirlo de manera inesperada. Arthur apretó los dientes y sintió la rabia crepitar en su

interior ante esa posibilidad. Sí, estaría atento a cualquier hecho que le pareciera sospechoso.

—Me alegra saberlo. ¿Qué tal tu plática con sir Francis? No te he visto desde esta mañana, cuando te fuiste a verlo.

Había un toque de inquietud en las palabras de Edith, que Arthur notó, pero se limitó a sonreír.

—Un diálogo cordial entre viejas amistades.

—Pero él es el hombre de confianza de la reina Isabel —apreció Edith mientras entornaba la mirada hacia Arthur.

—Lo es, sí. Pero no por ello nuestra amistad se ha resentido.

—Sí, él fue quien te recomendó para acudir a la corte de María Estuardo. —En ese momento, Arthur percibió cierto reproche por tal hecho. Edith no había olvidado quién era él y qué había ido a hacer a Holyrood. Ni creía que pudiera hacerlo.

—Sí, también es verdad. Edith, hay algo que deberías saber cuanto antes. —Arthur apretó los labios con gesto indeciso mientras ella fruncía el ceño sin comprender a qué se podía referir—. Tiene que ver con tu presencia aquí, en la corte.

—¿Hay algún impedimento? ¿Debo marcharme? —Había cierta agitación en las palabras de la dama, pero más, si cabía, en su corazón. Le resultaría complicado hacerlo, separarse de él. Durante casi todo el día, apenas lo había visto, y ella se había dado cuenta de las ansias por volver a estar junto a él, de la necesidad de sentirlo cerca de ella. Se había acabado por acostumbrar a él; en el caso de tener que separarse creía que le costaría mucho, a pesar de que ella pretendiera demostrarle lo contrario.

—No. Ya te dije que sir Francis ordenó que se prepararan estos aposentos para ti... No, no es eso. Es... —Arthur no sabía cómo enfrentar aquella situación, puesto que nunca antes se había visto en ese trance y, cuanto más lo dilatara, más complicado se le haría y más nerviosa vería a Edith.

—¿Qué sucede?

El caballero inspiró y se acercó hasta quedar a la altura de ella. La miró de manera intensa y asintió.

—Eres mi prometida.

Edith se quedó paralizada tras escuchar aquellas palabras. No sabía qué hacer ni qué decir porque en verdad no las esperaba. Sintió la falta de aire en ese instante. Ni siquiera fue capaz de hablar. Tan solo podía mirar a Arthur. Durante un momento, se sintió diferente. ¿Dichosa? ¿Acaso Arthur la amaba de verdad? El corazón comenzó a palparle acelerado ante esa posibilidad.

—Sir Francis ha considerado que es la mejor condición que podemos darte para justificar tu estancia en la corte.

De repente, Edith pareció reaccionar. ¿Todo era una argucia para explicar la presencia de ella en la corte? Entonces, ¿Arthur no la amaba? Los latidos comenzaron a decrecer hasta quedarse en un estado de quietud que dio paso a la decepción y a la rabia.

—Sir Francis... —dijo con un tono no exento de tristeza por que Arthur no le aseguró que en verdad quería que fuera su prometida. Ella se había enamorado de él. Con el paso del tiempo, lo había considerado como un compañero, un amante, y confiaba en que, al final, podría convertirse en su esposa. Sin embargo, aquellas palabras...

—Sin duda, es mejor que si consideran que eres mi amante. No podría permitirlo. No quiero que nadie en la corte te tache de algo que no eres.

—Y tu prometida, ¿sí? Si tenemos en cuenta que he estado en tu cama, creo que eso justifica lo de amante. Pero tú parece insistir en que no hay diferencia entre una y otra cosa. ¿Qué me vuelve tu prometida? —Edith lo desafió con la mirada y con el tono que empleó para efectuar aquel comentario. Estaba dolida y no podía evitar mostrar ese sufrimiento.

Arthur acusó el golpe que representaba aquella cuestión. ¿En verdad quería que la vieran como tal?

—Claro que no es lo mismo.

—Bien. En ese caso, espero que me aclares la diferencia. —Lo miró de manera fija, con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados bajo el pecho. Dejó a un lado la decepción inicial para adoptar una pose fría y distante hacia él. Quería dejarle claro que esa aclaración la había herido.

Arthur tuvo la sensación de que aquella mujer lo conseguía descolocar una y otra vez. Allí estaba, frente a él, en una pose desafiante. Lo había puesto en un aprieto del que debía salir a toda costa.

—¿Estarías dispuesta a casarte conmigo, Edith?

—¿Y tú? ¿Lo estarías tú? —le rebatió furiosa consigo misma en ese momento por haberse permitido tanto con aquel hombre. Ni siquiera debería haber dejado que la besara aquella vez en los jardines de Holyrood, ni todo lo que había ocurrido a continuación. Pero, entonces, se debía a la reina y a la petición de estar lo más cerca posible de él para saber qué pretendían los ingleses. En ningún momento había sido consciente de lo que ello podría implicar y, cuando se había dado cuenta, había sido demasiado tarde para replegarse. La batalla por su propio corazón estaba perdida. Solo le quedaba entregarlo; y eso había terminado por hacer. Sin embargo, en ese momento, parecía que había sido en vano.

Un golpe en la puerta dejó en suspenso la respuesta de Arthur. Él apartó la vista de ella para caminar hacia la entrada y evitar ser testigo de cómo la mirada de Edith se volvía más luminosa y cristalina por el mágico efecto de las lágrimas. Tampoco vio la desilusión en el rostro de ella cuando pensó que, después de todo, aquel no parecía ser el sitio al que pertenecía. Tal vez, al fin y al cabo, lo mejor sería desaparecer lo antes posible.

—Nos esperan en el salón —le informó Arthur al regresar. Se quedó contemplándola sin saber qué más decir.

—Vayamos —consintió Edith sin mirarlo cuando pasó por al lado. ¿De qué serviría hacerlo? Se volvió hacia el tocador para terminar de arreglarse en tanto evitaba por todos los medios contemplar el reflejo de él en el espejo.

El sonido de la música y las voces procedentes del salón parecieron tranquilizar a Edith a medida que avanzaba hacia allí. Durante un momento, se había olvidado de que la propia reina Isabel y de los consejeros de la monarca que la mirarían con especial interés por ser quien era: la dama de compañía de María Estuardo, en ese momento recluida en el castillo de Loch Leven. El asunto de ser la supuesta prometida de Arthur la había hecho olvidarse de la presencia de la soberana en Whitehall. Allí estaba, sin embargo, podía, desde cierta distancia, contemplar a la reina Isabel de Inglaterra, que mantenía la mirada fija en las personas que danzaban en esos momentos. Alguien le hizo un gesto a Arthur cuando entró con ella del brazo. Era un hombre entrado en años que permanecía sentado a la derecha de la reina. “¿Walshingham?”, se

preguntó Edith mientras avanzaban hacia él. El pulso se le aceleró, lo que le provocó un incipiente dolor de cabeza que parecía ir en aumento. El corazón se le disparó y comenzó a latir como el de un purasangre en plena carrera.

Durante un instante, la reina pareció perder el interés en ellos porque desvió la mirada hacia otros invitados que le habían hecho algún comentario.

—Lord Wolsey.

—Sir Francis, permitidme que os presente a lady Edith, mi prometida — anunció, y recalcó la última palabra mientras acariciaba con el pulgar de la mano de manera lenta y sugerente el dorso de la de la joven.

—Un gusto, lady Edith. —Walshingham asintió con una leve sonrisa de aceptación.

—Milord. —Ella se inclinó de manera respetuosa ante la atenta mirada de los presentes. La extrema belleza de la escocesa acababa de captar la atención de Isabel, quien no tardó en hacer una señal con la mano hacia Arthur para que se acercara.

—Lord Wolsey, acercaos y presentadme a vuestra acompañante.

La voz de Isabel sonó con un toque de interés y expectación.

—Majestad, os presento a lady Edith. —Ella se inclinó ante Isabel al tiempo que era consciente en todo momento de que la observaba con detenimiento. Cuando se incorporó, los ojos de la monarca se habían entrecerrado, pero no se habían apartado de ella. Isabel tenía la tez blanca, el cabello rojo y una sonrisa cínica.

—Vos erais una de las damas de compañía de mi prima, ¿no es cierto?

—Así es, Majestad.

—¿Por qué no os encontráis en Loch Leven con ella?

La pregunta hizo que Edith sintiera como si se le cerrara la garganta y no pudiera hablar.

—Es mi prometida, Majestad —intervino Arthur al darse cuenta del trance por el que estaba pasado Edith.

Isabel abrió los ojos con curiosidad y la sonrisa irónica se transformó en una risueña.

—Vuestra prometida... No habéis perdido el tiempo, lord Wolsey —le comentó la reina, más que interesada en esa relación.

—Se dieron las circunstancias, Majestad.

—De manera que uno de mis cortesanos tomará por esposa a una dama de mi prima María. —Isabel hizo un gesto con la mano a Arthur para que se acercara más. Luego, ella se inclinó para que Edith no escuchara lo que iba a aconsejarle a aquel súbdito—. Una esposa escocesa y, supongo, católica podría crearos enemigos en la corte, lord Wolsey. Pero también os digo que es demasiado bonita para dejarla marchitar entre los lóbregos muros de Loch Leven —le susurró con toda intención mientras se retiraba y lo miraba en clara señal de advertencia.

—Soy consciente de ello, Majestad.

—Bien. Lady Edith, sentaros a mi lado. Sir Francis puede encontrar otro lugar para hacerlo —aseguró al mirar al consejero, que al momento se alejó de allí.

Edith esperaba que los nervios no le jugaran una mala pasada.

—Será una honor, Majestad —aceptó con una inclinación de cabeza ante ella y tomó asiento a la derecha de la soberana inglesa. Lanzó una mirada a Arthur, pero él caminaba en busca de un asiento libre.

—No os preocupéis por vuestro prometido, lady Edith. Encontrará acomodo. Decidme, ¿qué tal os encontráis? ¿Echáis de menos Holyrood?

—No he tenido demasiado tiempo para comprobarlo.

—Sí, bueno, es cierto que lleváis pocos días en Whitehall, pero estoy segura de que os habituaréis a su ambiente pronto. Os felicito por el compromiso con lord Wolsey. Es sin duda un hombre apuesto, inteligente y de una posición social más que interesante, pese a su espíritu inquieto y aventurero. No logro comprender cómo habéis conseguido hacerlo.

—¿Qué cosa, Majestad? —preguntó intrigada lady Edith, quien parecía irse relajando con el paso del tiempo.

—Que lord Wolsey siente cabeza.

Lady Edith no agregó nada más, puesto que ese tema no estaba claro del todo. Que la presentara en la corte como su prometida no significaba que él pudiera llegar a proponerle matrimonio. Pensar en eso le encogía el estómago, pero se había impuesto no dejarse distraer por ello esa noche, menos si estaba sentada a la derecha de la misma reina Isabel.

Arthur se había acomodado no muy lejos de Edith. Desde allí, podía controlar los movimientos que se produjeran alrededor de ella. No creía que corriera peligro al estar sentada junto a la reina, pero no debía confiarse. En ese mismo momento, conversaba con un compañero de mesa, lord Ascroft, quien le había hecho un gesto con la mano para que se sentara junto a él y le contara los entresijos del último encargo real.

—Por lo que veo, tu último trabajo ha tenido una recompensa más que agradable. Brindo por ti, querido amigo. —Lord Ascroft levantó la copa en honor de Arthur poco antes de beber a su salud.

—Sin duda, puedo decir que es la parte de la misión que más me ha gustado.

—A la vista está. No hay un solo hombre en este salón que no le haya echado el ojo a tu acompañante. Es... atractiva y muy sensual con sus cabellos cobrizos, su tez pálida, sus ojos verdes y sus labios sonrosados. Cualquiera estaría más que dispuesto a danzar con ella en la intimidad de la alcoba —le refirió con una sonrisa bastante sugerente y hasta cierto punto algo lasciva que enojó a Arthur.

—Contén tu lengua, Charles, estás hablando de mi prometida —le aseguró al tiempo que tomaba la copa para dar un buen trago que lo calmara. Cada vez que se refería a Edith como “mi prometida”, Arthur sentía una ligera agitación. Era evidente que se debía a que no se hacía a la idea. Contempló a lord Ascroft dejar la copa con sumo cuidado sobre la mesa, pero no porque creyera que iba a romperse, sino porque aquella noticia lo había dejado fuera de sitio.

—¿Has dicho que la muchacha sentada a la derecha de la reina... es tu prometida? —Incluso el propio lord Ascroft parecía tener dificultades para pronunciar aquella palabra.

—Eso he dicho.

—En ese caso, debo darte la enhorabuena, amigo. Dime, ¿la conociste en Edimburgo? ¿En la corte de María Estuardo? —Había un toque de diversión e intriga en las palabras de lord Ascroft. Sentía curiosidad por saber de dónde la había sacado.

—Era una de las damas de compañía de la propia reina. Podría decirse que lady Edith era su más fiel consejera.

Lord Ascroft dejó escapar un silbido de admiración al conocer la verdadera identidad de ella.

—¿Te has comprometido con la dama de María Estuardo? —Había un dejo de incredulidad, sorpresa y admiración en el tono de lord Ascroft.

—Sí. ¿Existe algún impedimento? —Arthur arqueó una ceja mientras mantenía la mirada fija en aquel amigo y esperaba a que aclarara qué había querido decir con ello, aunque él ya se hacía una idea.

—Sabes, igual que yo, que traer a una dama de María Estuardo a la corte inglesa puede... no ser considerado un acierto.

—Pues a la reina no parece haberle importado —le recordó al hacer un gesto hacia la soberana, que conversaba con Edith en esos momentos. Cualquiera que las contemplara habría jurado que se estaban riendo de algún comentario.

—Cierto, pero sabes que ella puede hacer lo que le plazca por el hecho de serlo. Yo me refiero a la gente que la rodea. Supongo que tu prometida es católica. —Lord Ascroft arqueó las cejas.

—Lo es. Y ya sé lo que quieres decirme. Ese mismo problema religioso ha sido el que ha echado del trono a María Estuardo.

—Sí, las noticias vuelan —le aseguró lord Ascroft en tanto tomaba la copa y se echaba hacia atrás en la silla.

—¿Cómo se ha recibido la novedad?

—Hum, como cabía esperar: con una satisfacción más bien moderada. María Estuardo no deja de ser la prima de la reina Isabel. Aunque nadie lo diga de manera clara en actos sociales, tanto la reina como sus consejeros celebran la noticia.

—Puedo imaginarlo.

—Tener a María Estuardo en Loch Leven bajo llave no le quita el sueño a Su Majestad, créeme. Aunque hay rumores de que el conde de Bothwell podría estar reclutando un ejército para tomar Edimburgo en nombre de María y, de ese modo, restituirla en el trono.

—¿Intervendrá Inglaterra?

—Por ahora, Su Majestad prefiere mostrarse cautelosa y dejar que los escoceses resuelvan sus diferencias entre ellos. ¿Os preocupa que esta situación afecte a vuestro compromiso con la dama de María Estuardo?

Arthur se reclinó hacia atrás e inspiró. Permaneció callado durante unos segundos, en los que asimiló toda aquella información sin apartar la vista de Edith. El rostro había ganado color; tal vez el vino tenía la culpa, o las chanzas de la propia Isabel. Sin duda, la encontraba preciosa y deseable como a ninguna mujer presente. Durante un breve momento, sus miradas se encontraron y se mantuvieron fijas la una en la otra hasta que ella sonrió de manera tímida y volvió la atención a la reina, que la requería. Arthur recordó las palabras de lord Ascroft acerca de ella y de lo que le parecía que cualquier hombre en aquel salón estaría gustoso de hacerle en la intimidad de la alcoba. Pensar en que Edith pudiera estar bajo las caricias y los besos de otro que no fuera él lo enfurecía de una manera que no creía posible. Pero era cierto. Aunque tal vez el compromiso fuera algo inventado por sir Francis para justificar la presencia de la escocesa en la corte de Isabel, Arthur se preguntaba si no debería convertirlo en algo cierto. Pero, para ello, debería pedírselo como se consideraba adecuado.

—¿No os place bailar, lady Edith? —La pregunta de la reina Isabel la tomó desprevenida. Debía admitir que, hasta ese momento, el trato de la soberana había sido más cordial y cercano de lo que ella había imaginado. Ese hecho no dejaba de sorprenderla.

—Sí, claro, Majestad.

—Entonces, ¿por qué no lo hacéis? Imagino que la música y las danzas son iguales en todas las cortes. Y, al parecer, vos habéis estado en Francia, Escocia y, ahora, Inglaterra. ¿Encontráis alguna diferencia entre estas tres?

—Ninguna, Majestad. Aunque debo aclarar que la vuestra todavía me es desconocida. Acabo de llegar, como bien sabéis.

—Cierto. Imagino que aún estáis afectada por lo que le ha sucedido a mi prima.

Lady Edith acusó el sobresalto de aquella pregunta. Era lógico que la reina Isabel quisiera conocer su opinión.

—Así es. Ha sido una verdadera lástima que mi señora haya sido traicionada por sus propios nobles. —Lady Edith mantuvo la mirada al frente para no fijar la atención en la reina Isabel y que percibiera su enojo, en parte también porque ella, como prima, no había actuado en favor de María.

—¿Por qué lo del compromiso con lord Wolsey? ¿Lo sugirió mi prima, tal vez?

—No, señora. Vuestra prima no lo sugirió. —Lady Edith recordó la petición que María le había hecho al verse traicionada, pero era algo que no iba a revelarle a Isabel.

—Entonces, debo suponer que surgió una atracción entre lord Wolsey y vos —dedujo Isabel, fascinada por tal hecho.

—Algo así, Majestad —le confesó lady Edith al recordar cómo habían surgido la afinidad y el deseo en un primer momento; cómo, con el paso del tiempo, la confianza y la intimidad habían ido dejando paso a otra clase de sentimientos. Era cierto, pensó lady Edith. Por otra parte, no iba a decirle a la reina lo que Arthur le había contado tras la conversación con sir Francis. Era un tema que prefería no hablar con ella.

—Celebro escucharos decirlo.

Un cortesano se detuvo frente a ella con la intención de invitarla a bailar. Edith se mostró dubitativa en un principio ante aquel gesto.

—Vamos, lady Edith, animaos a danzar con mi invitado. Demostradme que en verdad sabéis hacerlo —la instó la reina en tono jocosos, divertida con los gestos de aquella inocente muchacha.

Aceptó, más que porque en verdad lo deseara, porque se sintió obligada por la insistencia de la propia monarca y por la mirada del hombre que permanecía frente a ella con el brazo extendido y la mano abierta para que ella la tomara.

Arthur permanecía absorto en la conversación con otros conocidos y no se había fijado en que Edith estaba a punto de unirse al baile. No se dio cuenta hasta que lady Monmouth se lo señaló.

—Mirad, Arthur, vuestra acompañante está bailando.

Arthur se olvidó de la conversación que estaba teniendo y fijó la atención en el centro del salón, en el que, en ese instante, Edith danzaba. Los recuerdos del día en que la había contemplado durante una volta en la corte de María Estuardo lo asaltaron, las mismas emociones y los mismos... celos al verla con otro. Había pensado que solo lo movía el deseo por ella y que, una vez que la hubiera llevado a la cama, todo desaparecería; que ella sería una conquista más. Pero, al parecer, todo se había complicado al haberla llevado

con él a Londres a la corte de Isabel. Por muy extraño que le pareciera, sentía el deseo de adentrarse al centro del salón y arrebatársela a aquel cortesano para después llevársela a su propia alcoba y no salir de allí hasta sentirse saciado de ella.

—Sin duda, es muy dulce, Arthur. He escuchado decir que es escocesa y que ha venido contigo desde la corte de María Estuardo. ¿La has convertido en tu amante? —La pregunta de lady Monmouth tensó el cuerpo de Wolsey, que apretó los labios hasta que desaparecieron bajo el bigote y la corta barba en el mentón.

—No, claro que no.

—Pero ¿tienes intención de hacerlo?

Arthur inspiró. Comenzaba a estar cansado de que la catalogaran como lo que no era y ya estaba harto de tener que dar explicaciones a todos. Esperaba que quedara claro quién era ella, por lo que estaba seguro de que lady Monmouth era la mejor carta que tenía en esa mano, puesto que no tardaría en hacer circular el comentario.

—Tengo intención de convertirla en lady Wolsey —le aseguró, sin poder despegar la mirada de Edith. Sentía que se lo debía, que era lo mejor para ella. De ese modo, se terminarían las especulaciones, y la muchacha tendría un futuro asegurado en la corte inglesa.

—¿Hablas en serio, Arthur?

Él no habría sabido decir qué le había causado mayor impresión: si la mirada que le dedicó lady Monmouth o el tono de incredulidad de la interrogación.

—Tan en serio como que te estoy contemplando. Ahora, si me disculpas... —Arthur se levantó del asiento en cuanto la pieza terminó y, sin pensarlo dos veces, acudió al centro del salón para ser él quien bailara la siguiente danza con Edith.

Ella correspondió el saludo al finalizar y, cuando se volvía para regresar junto a la reina, un toque cálido y revelador se adueñó de la mano de la joven en un primer momento para ascender por el brazo. Edith supo al instante quién era el responsable de esa situación. Giró para contemplar a Arthur llevarse su mano a los labios y depositarle un suave beso que a Edith le arrancó un suspiro.

—Me gustaría bailar contigo la siguiente danza —le confesó sin apartar la mirada de la de ella.

Edith asintió con una leve sonrisa y se dispuso para el siguiente baile entre el nerviosismo de sentirse observada por los demás y el calor que la caricia de Arthur le había producido.

—¡Tocad una volta! —pidió la reina Isabel al ver a lord Wolsey y a su prometida dispuestos a bailar. Quería comprobar hasta qué punto era cierto el compromiso entre la joven y lord Wolsey.

Lady Edith abrió los ojos al máximo en tanto sentía que todo el cuerpo se le mecía como si fuera un junco. Sentir las manos de Arthur en la cintura era algo que no había considerado hasta el momento en que la reina solicitó aquella danza. ¿Tal vez lo había hecho al verlos juntos?, se preguntó Edith mientras se acercaba a Arthur y lo observaba disponerse a sujetarla por el talle. No le perdió la mirada en ningún momento. La sintió respirar agitada; el escote la delataba. Los labios entreabiertos de la joven parecían estarlo llamando a que los cubriera con un nuevo beso que desterrara cualquier duda sobre lo que sentía por ella.

—Será un placer —le susurró Arthur con la voz cargada de deseo por tenerla tan cerca.

La reina Isabel no perdió detalle de la pareja mientras la música sonaba y la danza daba comienzo. No pensaba que lady Edith la conociera, mucho menos que supiera, bailarla. Pero contemplar la agilidad y la soltura con la que lo hacía obligó a Isabel a cambiar de opinión. Aquella muchacha era toda una caja de sorpresas.

Edith aguantaba la respiración cada vez que las manos de Arthur la sujetaban por la cintura y la elevaban hacia lo más alto como si fuera un pajarillo que iniciara vuelo. Lo hizo una y otra vez hasta que, en el último instante, Arthur la sostuvo de manera firme y dejó que ella se deslizara entre las manos de él mientras ambos se contemplaban en los ojos del otro. Edith tenía el pulso agitado por el esfuerzo, se dijo, no por la intensidad con la que Wolsey la contemplaba en ese momento, ni por las caricias que en ese instante le otorgaba. Ella se quedó clavada delante de él mientras respiraba de manera trabajosa por entre los labios abiertos. ¿Qué sucedía? ¿A qué se debía aquella manera de Arthur de contemplarla?

La reina Isabel no era la única que se había quedado con la mirada fija en la pareja. Sir Francis Walshingham fruncía los labios en un gesto de preocupación y de admiración. El modo de actuar de él con ella no era el de alguien que tan solo quiere convertirla en una amante, por mucho que se resistiera a la idea del compromiso, para el que nadie pensaba que podría alguna vez estar dispuesto. Pero sir Francis tenía el suficiente mundo como para conocer la diferencia entre la lujuria y el deseo, el cariño y el amor. Podría jurar ante la misma reina que Arthur sentía eso último por lady Edith.

En una esquina del salón, los corrillos se formaban. Las murmuraciones se convertían en declaraciones abiertas.

—Vaya, parece que lord Wolsey se ha decantado por una católica. Una ferviente seguidora de María Estuardo —dijo alguien.

—¿Qué estáis pensando, lord Huntingdon?

—No me gusta nada su presencia en la corte. Escocesa, católica y dama de María Estuardo; podría tratarse de una espía de la propia reina de Escocia y haberse infiltrado en la corte para recabar información.

—Mejor decid “de la que fuera reina”. Ya no lo es desde que reside en Loch Leven, y su hermano Jacobo es el regente hasta que el hijo de María Estuardo pueda reinar. ¿Una espía, decís? ¿Con qué propósito? Jacobo no tiene pretensiones al trono de Su Majestad —aclaró con un gesto de la cabeza hacia Isabel.

—Pero María Estuardo, sí. No lo olvidéis. Sería conveniente vigilar a esa dama de cerca. Podría reunir el apoyo de los católicos ingleses que, sumados a los hombres de Bothwell, podrían organizar un ejército para sacar a María de Loch Leven.

—Yo más bien digo que sería conveniente que desapareciera de la corte. Ya me entendéis —le dejó claro en tanto formaba un arco con las cejas. Era una expresión por completo explícita.

—En ese caso, encargaos de todo, Curley.

La reina sonreía divertida después de haber presenciado el baile. Cuando lady Edith regresó al asiento, Isabel la contempló sorprendida en cierto modo.

—Sin duda, me habéis demostrado que sabéis bailar. Desconocía que conocerais la volta.

—Vuestra prima la mandaba tocar en vuestro honor —le explicó mientras contemplaba el gesto de sorpresa de Isabel e intentaba aplacar aquel estado de agitación y sofoco.

—Vaya, desconocía esa admiración por parte de mi prima. En cualquier caso, os felicito por vuestra destreza. Claro que siempre se agradece bailarla con la persona adecuada. En vuestro caso, lord Wolsey.

Lady Edith no dijo nada más. Aquellas últimas palabras de Isabel la habían sumido en un estado de ensoñación al pensar que Arthur pudiera llegar a amarla y que en verdad el ficticio compromiso fuera real. Pero estaba lejos de conseguirlo, a pesar de que había percibido un cariño y una delicadeza desconocidos en la manera de mirarla y de tratarla del caballero. Pero eso no era lo mismo que el verdadero amor que ella esperaba de él.

CAPÍTULO 12

La noche agonizaba en el exterior del palacio de Whitehall mientras, en su interior, la fiesta parecía apenas estar comenzando. La reina Isabel hacía tiempo que se había retirado para descansar. Sir Francis Walshingham lo había hecho poco después, al igual que Arthur. En ese momento, lord Wolsey permanecía absorto en la contemplación del rostro arrebolado de Edith. Estaban juntos, a solas en un rincón apartado de la estancia de él, ajenos a las miradas de los demás. Arthur había decidido que ya era momento de retirarse y disfrutar de la compañía de Edith, y allí, en la semioscuridad de la que disfrutaban, él le acariciaba la mano de manera lánguida. Ella, sentada en un extremo de un banco, contemplaba la postura de Arthur: con la espalda recostada contra la pared y una pierna flexionada, sobre la que apoyaba el brazo con el que le sujetaba la mano. Pero lo que más intrigaba a Edith era sin duda aquella manera de mirarla y sonreírle, que le hacía palpitar el pecho pese a las diversas emociones experimentadas esa noche. No parecía que el corazón de la dama hubiera tenido suficiente, pues no cesaba de latir veloz.

—¿Por qué sonríes? —La pregunta de Edith no modificó ni un ápice la compostura de Arthur, que siguió como si no la hubiera escuchado.

—Tal vez porque soy dichoso.

—No te había visto así en el palacio de Holyrood. Es evidente que tu estado se debe a que estás de regreso en casa —dedujo Edith mientras ella misma sentía cierta tristeza por encontrarse lejos del hogar y sin ningún conocido, salvo él.

—Yo, más bien, creo que la culpable de mi estado eres tú.

Edith entornó la mirada sin comprender a qué venía ese comentario. Lo vio llevarse la mano de ella a los labios y depositar un beso tierno y cálido sin dejar de mirarla. El beso encendió una vez más en Edith el deseo por sentirse amada, si es que en alguna ocasión había dejado de sentirlo.

—¿Qué tal se ha dado la noche? Te he visto danzar, reír, conversar con la reina Isabel, con algunas mujeres de la corte...

—Debo reconocer que no ha sido lo que esperaba.

—¿Qué esperabas? —Arthur frunció el ceño, interesado en la opinión de ella.

—Tal vez que me dejaran a un lado por ser quien soy. Que me menospreciaran. Pero la artimaña, la que con Walshingham tramaste, de hacerme pasar por tu prometida ha hecho mucho en mi favor —le aclaró de manera irónica mientras Arthur ponderaba el significado de aquella acusación.

Se quedó en silencio al tiempo que, con el pulgar, seguía acariciando el dorso de la mano de la joven.

—Artimaña —murmuró en tanto desviaba la mirada para dejarla perdida en el vacío, mientras Edith suspiraba resignada porque sabía que así había sido y seguiría siéndolo.

—Creo que es mejor que me retire. Estoy cansada. —Edith se incorporó sin que Arthur la detuviera. Lo contempló sin decir nada más mientras él permanecía pensativo. Tal vez cavilaba sobre lo que ella le había dicho—. Buenas noches, Arthur.

La vio girarse para marcharse a su habitación.

—¿Y si no fuera una artimaña? —La pregunta la retuvo durante un instante en el que ella creyó que el corazón acababa de detenerse y que necesitaba respirar porque sentía ahogarse—. ¿Y si en verdad te pidiera que fueras mi prometida y que te desposaras conmigo?

Edith sintió que él se acercaba por detrás y que, en un segundo, las manos del inglés se posaban sobre los brazos de ella con exquisito cuidado. Inspiró hondo cuando la tenue caricia de los dedos de Arthur recorrió la porción de piel que el vestido dejaba libre. Cerró los ojos y deslizó el nudo en la garganta. De repente, sacudió la cabeza para desechar esa idea tan alocada que acababa de sugerirle.

—No hablas en serio, Arthur. Ambos lo sabemos —le aseguró sin volverse hacia él—. Te dejas llevar por los comentarios que has escuchado esta noche acerca de los dos. Sabemos que esto es una representación porque estoy en la corte, nada más.

Arthur la besó en el pelo con los ojos cerrados en tanto sentía sus cuerpos pegados como uno solo. ¿Tenía razón ella al decirle eso? ¿O tal vez estaba equivocada?

—¿Qué has querido decir? ¿Acaso piensas marcharte? —Arthur la dio vuelta para que lo mirara de frente y le aclarara a qué se había referido.

—¿Qué sentido tiene permanecer aquí como tu prometida toda la vida? ¡La eterna prometida de lord Wolsey! —ironizó con una sonrisa llena de dolor y desesperación—. La gente hablaría, sospecharía de por qué no se celebran nunca nuestros esponsales, mi tiempo se consumiría y... —Edith sentía el escozor de las lágrimas que llevaba tiempo reteniendo para no llorar delante de él. Pero de buena gana lo haría para dejar de sentir aquella angustia. Inclino la cabeza para que él no fuera testigo de ese hecho, cuando, entonces, Arthur le deslizó la mano bajo el mentón de Edith y la obligó a mirarlo—. Tal vez habría sido más acertado haberme dejado marchar a Loch Leven con mi reina.

Arthur se sintió miserable por lo que estaba haciéndole. Edith no lo merecía. Pero él se lo había prometido a María Estuardo: llevar a Edith a la corte inglesa y cuidarla porque... Arthur apretó los labios con firmeza y decisión en tanto temía que sus propios pensamientos se materializaran. Pero ¿qué importancia tenía ya? ¡La amaba! No sabía en qué momento había sucedido, pero se había enamorado de ella. Tal vez fuera en Holyrood, o esa misma noche en la que la había visto tan preciosa que se había sentido orgulloso de que todos supieran que era su prometida.

—Es mejor que me retire. Que descanses.

Arthur hizo ademán de ir tras ella; sin embargo, en el último momento, se contuvo. Tal vez no fuera esa la ocasión para confesarle sus verdaderos sentimientos. De todos modos, sintió que algo se rompía en su interior y se maldijo al sentirse un estúpido mientras ella desaparecía tras la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Arthur cerró las manos en puños. Estaba rabioso y enojado consigo mismo por no haber sido franco con ella. Pero ¿es que no se daba cuenta de la manera en que la miraba? ¿De cómo la había sujetado mientras bailaban una volta? ¿Del deseo por besarla sin importarle quiénes estuvieran observándolos? En un arranque de determinación, caminó hacia la puerta y la abrió sin ningún esfuerzo, pues Edith no la había cerrado. Ese acto la sorprendió y la hizo girar para verlo detenido en el umbral con una mirada de avidez. Las doncellas, que en esos momentos estaban ayudando a Edith a desvestirse, se sobresaltaron cuando vieron a Arthur, para después permanecer inmóviles, sin saber qué hacer. Edith mantenía la atención fija en

el caballero y en cómo se acercaba a ella de manera decidida y desafiante. No vaciló en sujetarla por la cintura para atraerla hacia él mientras las doncellas se deslizaban de manera rápida y sigilosa hacia la salida.

Edith no pudo evitarlo, ni tampoco quiso, porque, sin duda, era lo que más anhelaba: volver a encontrarse entre los brazos de Arthur. La respiración comenzó a acelerársele mientras él deslizaba las manos por los brazos de la joven para despojarla lo antes posible de las pocas capas de tela con las que todavía contaba. Edith sintió una corriente fría que le erizaba la piel mientras cerraba los ojos para recibir el contacto de él. Arthur le atrapó la boca con un beso urgente y lleno de necesidad. La elevó en alto y la condujo a la cama para recostarla mientras no dejaba de contemplarla como si en verdad estuviera poseído por algún tipo de hechizo. Se desprendió de la camisa y de los pantalones con celeridad y nerviosismo bajo la atenta y expectante mirada de Edith, quien sentía cómo el deseo le recorría el cuerpo y le elevaba la temperatura. Arthur se inclinó sobre ella para degustar aquellos labios y acariciarle el cuerpo con devoción mientras, en la mente de él, solo cabían dos palabras que en ningún momento se molestó en rebatir: la amaba. Más de lo que podía lograr imaginar; sin ser consciente tal vez de ello, pero no podía estar equivocado. La volteó para que ella quedara sobre él mientras se incorporaba para besarla en el cuello primero y descender después por aquellos pechos turgentes. Edith cerró los ojos durante un instante en el que se abandonó a aquella ola de calor y excitación que la inundaba, pero también a aquellas caricias y a aquellas miradas de Arthur que le transmitían algo más que el simple deseo por ella. Se dejó caer sobre la cama mientras ambos se entregaban a la pasión. Durante un momento, Edith sintió que todas aquellas sensaciones que la envolvían la harían estallar. Pero no le importaba, porque estaba convencida de que él la protegería. Él no la dejaría caer al abismo en el último instante, y juntos acabarían lo que habían comenzado. Edith se inclinó sobre Arthur, le atrapó el rostro entre las manos y lo besó mientras el placer se hacía insoportable.

Arthur hizo suyos los últimos gemidos de Edith, esa respiración agitada que amenazaba con desbordarlo todo. La abrazó mientras le hundía el rostro en el cuello y cerraba los ojos para dejarse arrastrar por los sentimientos al tiempo que se adentraba en ella con delicadeza. Durante unos segundos, los

dos permanecieron abrazados mientras los latidos de ambos se fundían en uno solo, piel contra piel, en tanto se contemplaban en la mirada del otro en busca de alguna aclaración de lo que había sucedido. Pero ambos se dieron cuenta de que no eran necesarias las palabras en aquella habitación; solo las respiraciones agitadas, los gemidos inequívocos del placer desbordado a raudales, la pasión desenfrenada y, por encima de todo, el cariño, que daba paso a algo más profundo. Acompasados, se encontraron y se fundieron al final de tan exquisito camino hacia el placer máximo.

Arthur sonrió de manera tímida mientras, con el dedo, le apartaba a Edith algunos mechones de la frente. Luego, lo hizo descender por el contorno del rostro de la joven, y el pulgar se detuvo el mentón primero y después en los labios de ella. Edith inspiró en tanto trataba de controlar la respiración, pero era complicado cuando él la miraba así, cuando la acariciaba con aquella dulzura.

—¿Por qué lo has hecho? —se atrevió a preguntarle mientras permanecía recostada sobre él, sin intención de abandonar el calor que desprendía ese cuerpo.

—Porque me di cuenta de que... —Arthur pareció volver a vacilar a la hora de confesarle lo que de verdad sentía por ella. Vio el gesto de duda en el rostro de la joven, de tensa espera por lo que él tuviera que decirle—. Edith, tal vez no sea el momento ni el lugar más propicio para pedírtelo, pero...

Ella se inclinó sobre él para besarlo con lentitud, con ternura, mientras cerraba los ojos y abría el corazón para que él terminara de instalarse en aquel como en verdad merecía. Arthur se vio sorprendido por aquel repentino gesto y dio gracias por que estaba tumbado en la cama o, de lo contrario, habría asegurado que podría caerse. Emitió un ligero gruñido de sorpresa en un principio, que después se transformó en uno de aceptación. Aquel beso de Edith lo estaba fundiendo y estaba haciendo que la deseara una vez más.

—¿Qué ibas a pedirme? —Ella lo miró con una ceja elevada y una sonrisa burlona en los hinchados labios. La mujer fuerte y valiente apareció de nuevo, como lo había hecho en ciertas ocasiones que habían compartido en la corte de Edimburgo. Era la mujer sagaz y cínica que deseaba que Arthur se lo pidiera de una vez por todas porque lo había notado inquieto las últimas semanas. Sabía que algo le sucedía, pero que no parecía encontrar el tiempo para

confesarlo. Sin embargo, a ella no le hacían falta promesas y palabras. Ella lo había experimentado en su propio cuerpo, en la piel, cada vez que bailaban y él la rozaba, cada vez que le dedicaba una mirada larga que solo ella comprendía, en las ocasiones en que la sujetaba entre los brazos y la besaba. Sí. El comportamiento de Arthur había cambiado, y Edith creía intuir el motivo, que no era otro que ella misma.

—Que seas mi prometida —le dijo de manera rápida y sin pensarlo en demasía, pues no estaba seguro de que pudiera atreverse en otra ocasión.

Edith frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Juraría que ya lo éramos antes de... —la muchacha movió las cejas para hacer una señal hacia la cama en donde habían terminado.

—Bueno... No con exactitud. Yo...

—Sin duda, no eres un secretario de embajada. De serlo, creo que tu manera de expresarte te acarrearía problemas. Me gustabas más en Holywood —le recordó con una sonrisa divertida—. Eras más conciso y más directo sobre lo que querías.

—Sabes cómo desarmarme. —Arthur pareció rendirse ante la evidencia del momento.

—Me alegra oírte decir eso. De ese modo, nuestra convivencia será más gratificante cada día. No te aburrirás.

Arthur se incorporó hasta que la espalda le quedó apoyada contra el cabecero de la cama. Mantuvo a Edith sentada sobre el regazo. No quería apartarla de él en ese momento en el que le estaba pidiendo que fuera su prometida sin engaños ni representaciones de ningún tipo.

—Edith, quiero casarme contigo. —Arthur no podía dar crédito a lo que acababa de decirle. La contempló sin pestañear ni mover un solo músculo del rostro. Creyó que se le detendría el corazón mientras retenía la respiración, a la espera de lo que ella tuviera que decirle.

Edith se quedó callada durante unos segundos, en los que trató de asimilar por todos los medios lo que él le acababa de pronunciar. No se lo había pedido, ni le había preguntado a ella lo que opinaba, sino que... le había confesado aquel deseo. Sintió un vuelco en el pecho porque no esperaba que él fuera tan directo en ese tema. Solo tenía que mirar a Arthur para darse cuenta de que lo estaba diciendo en serio, que no era un ardid para justificar la

presencia de ella en la corte de Isabel. La mirada de la muchacha se tornó vidriosa por la emoción de escucharlo expresar aquello, pero retuvo las lágrimas pese a todo. Se inclinó sobre él y lo abrazó para sentir el cuerpo desnudo de Arthur junto al de ella, para oír los latidos acompasados de los dos corazones una vez más. Cerró los ojos y se abandonó a la sensación de felicidad que la invadía en ese instante.

Arthur la apartó para contemplarle el rostro enrojecido, la mirada brillante y los labios entreabiertos, que lo tentaban una vez más.

—Todavía no me has contestado, aunque entiendo que, por tu reacción...

—Pensaba que no me lo pedirías nunca y que te limitarías a seguir personificando el papel de prometido sin darte cuenta de lo que siento por ti, Arthur. —Él se quedó boquiabierto al escucharla—. No sé en qué momento comencé a sentirlo, pero, por más que he intentado rechazarlo mediante excusas de toda clase, no he podido encontrar una que en verdad justificara el hecho de apartarme de ti. Y esta noche, cuando te dije que no quería convertirme en la eterna prometida, fue porque tenía miedo de que así fuera, al saber lo que siento por ti.

—Entonces, no lo hagas. No me apartes de ti, Edith. —Había un tono de anhelo, de petición desesperada en la voz de él que erizó la piel de ella mientras volvía a envolverse en los brazos de Arthur—. Sigue fiel a la palabra que le diste a tu reina.

—Prefiero ser leal a mi corazón, Arthur —susurró mientras su propio aliento se mezclaba con el de él. Cálido. Lleno de ternura y de deseo.

* * *

Lady Edith paseaba en compañía de otras damas de la corte cuando fue abordada por dos caballeros de noble aspecto vestidos con jubones de rica tela y adornos.

—Lady Edith, ¿nos permitís tener unas palabras con vos? —le preguntó el que parecía ser el mayor. Con el pelo de color blanco e innumerables arrugas que le surcaban el rostro, se despojó de la gorra en señal de respeto e inclinó la cabeza de manera leve ante ella.

Ella se sintió desconcertada por aquella repentina intromisión y, aunque en un principio tuvo ciertas dudas, el semblante de ambos cortesanos pareció convencerla de dedicarles algunos minutos. Las damas que la acompañaban permanecieron un tanto apartadas de ella para cederle algo de intimidad a la hora de hablar con aquellos dos hombres.

—Gracias, lady Edith. Me llamo lord Ashley, y él es lord Crawford.

—Un gusto, señores. ¿Qué desean de mí? ¿Algo en relación con lord Wolsey? —les preguntó mientras entornaba la mirada con cautela, pues no olvidaba que se encontraba en la corte de Isabel. Por suerte, los años vividos en Francia le habían enseñado a tratar con los cortesanos y a saber anticiparse en ocasiones a las peticiones de aquellos. En otras circunstancias, había sabido esquivar las maquinaciones que se gestaban en las sombras. Por ese motivo, se mostraba a la defensiva ante aquellos dos caballeros.

—No. En cierto modo, nuestro interés es más con vos que con vuestro prometido —matizó lord Crawford.

Edith asintió de modo leve, sin poder evitar seguir sintiendo cierto recelo.

—¿En qué puedo ayudaros?

Lord Crawford lanzó un vistazo por encima del hombro de ella y luego detrás de él, por si había alguien que pudiera escucharlos.

—Vos erais una de las damas de la reina María —comenzó diciendo, mientras Edith asentía—. Nos preguntábamos si habéis tenido noticias tuyas o de sus seguidores.

Edith entreabrió los labios para tomar aire. De manera que era de la relación con la reina María la razón por la que aquellos dos hombres querían hablar con ella, pensó mientras adoptaba al instante una postura de cautela ante ellos.

—Nos gustaría saber si es verdad que el conde de Bothwell está reuniendo un ejército para apoyar su causa en Escocia. Al parecer, planean sacarla de Loch Leven —pronunció en voz baja lord Ashley, lo que produjo un ligero sobresalto en lady Edith.

—¿Qué decís? ¿Sacar a la reina María de Loch Leven? —Edith movió la cabeza, contrariada por aquella noticia.

—Son las últimas noticias que nos han llegado, de modo que queríamos saber si vos estabais enterada de algo más.

Lady Edith permaneció en silencio mientras pensaba en aquella afirmación. El impacto de aquella revelación la había dejado sin habla.

—No, no he sabido nada de la reina desde que fue conducida al castillo de Loch Leven. Yo seguí a mi prometido a su país. No estoy informada de lo que sucede en Escocia.

—Creíamos que vuestra presencia aquí en la corte de Isabel se debía a otros asuntos que no tenían nada que ver con vuestro compromiso con lord Wolsey —aclaró lord Crawford, sorprendido ante la reacción de lady Edith.

—No sé muy bien qué pensabais de mí, señores.

—Que habíais venido a la corte para reuniros con los católicos ingleses y buscar apoyo para liberar a María Estuardo y sentarla en el trono de Inglaterra —precisó lord Ashley de manera contundente ante la perplejidad de lady Edith.

—Pero... ¿de dónde ha salido esa idea? —Lady Edith se mostraba confundida por aquellas suposiciones.

—Es lo que hemos pensado, milady.

—La reina María me pidió que viniera a esta corte por mi relación con lord Wolsey. Quería que pudiera continuar con mi vínculo con él, en vez de estar recluida en esa fortaleza. No me solicitó nada más —les dejó claro—. Desconozco la situación que atraviesa en el castillo de Loch Leven, o si el conde Bothwell piensa libertarla con sus hombres.

—En ese caso, ya lo sabéis. No obstante, si pudieseis averiguar algo más, sería de gran importancia saberlo. Me explico: vos sois la prometida de lord Wolsey, amigo cercano a Walshingham. Tal vez, si le preguntaseis por los planes que tienen con respecto a María Estuardo... —Lord Ashley dejó el comentario sin terminar para que la joven intuyera lo que querían de ella.

Edith abrió la boca para rebatir lo que le habían dicho en un principio, pero luego prefirió abstenerse de comentar algo. No era conveniente decir lo que pensaba, porque esos dos hombres pretendían de ella que espicara a Arthur. ¡Por san Andrés, aquello era un locura! Si alguien llegaba a enterarse de esa conversación, apostaba a que ella sería señalada como traidora y su propia cabeza no tardaría en estar bajo el hacha del verdugo.

—Os repito que no sé nada más de lo que vos acabáis de contarme. Además, mi prometido, lord Wolsey, se cuida mucho de tratar asuntos políticos que tengan que ver con la corte al saber quién he sido —precisó en un intento por apartar de las cabezas de aquellos caballeros la idea de que ella pudiera convertirse en una espía para la causa católica de María Estuardo. Le agradecería hacerlo por todo lo que la antigua monarca representaba, pero lo sucedido en los últimos días entre Arthur y ella había dejado todo aquel asunto en un segundo plano—. De todas maneras, si tanto os importa que María Estuardo se sienta en el trono de Isabel, ¿dónde estabais cuando los protestantes escoceses la apartaron del propio? ¿Por qué no acudisteis a Edimburgo a sofocar la rebelión contra ella? —Lady Edith se sintió incómoda con todo aquello. Se envaró ante los dos cortesanos para desafiarlos con la mirada mientras esperaba que ellos se explicaran.

—Tenéis razón, lady Edith, pero sabed que los católicos no estamos muy bien considerados por Isabel. Desde que ascendió al trono, nuestra religión ha sido poco menos que perseguida. Los condes de Westmoreland y Norfolk aguardan con ansia que María Estuardo sea liberada para conducir a los católicos del norte de Inglaterra a la lucha para arrebatarle el trono a Isabel. Ahora gozamos de una tregua. Por eso acudimos a vos y os pedimos que, si os enteráis de cualquier información, nos busquéis. Os rogamos que tengáis cautela con vuestros movimientos. Cuidaos de los espías de Walshingham. Ha sido un placer platicar con vos, lady Edith —concluyó lord Crawford de modo rápido y preciso con una leve inclinación de cabeza.

—Lady Edith —pronunció lord Ashley para despedirse de ella y dejarla a solas en el pasillo mientras ella los seguía con la mirada hasta que doblaron en una esquina y desaparecieron.

Una mezcla de emociones la sobrecogió mientras permanecía con la mirada fija en el suelo. Le agradecería saber que la reina María había escapado de Loch Leven y que podía recuperar el trono, pero, al mismo tiempo, se sentía un tanto confundida porque, de ser cierto, ¿qué papel representaría ella? ¿María le reclamaría que regresara al castillo de Holyrood? No pudo evitar pensar en el nuevo estado de la relación con Arthur. Hacía algunas noches que él le había pedido que se casaran, que se convirtiera en su prometida, pero no solo de palabra o como parte de un engaño, sino en realidad. ¿La amaba como

ella creía? En ese momento, no quería que nada enturbiara aquella situación de felicidad. Por supuesto que pensaba en la reina y en el destino que le tocaba vivir en Loch Leven, pero ¿no había sido ella misma la que había insistido en que se dirigiera a la corte de su prima Isabel en compañía de Arthur? La monarca, a la que debía lealtad, la había empujada a la situación que entonces estaba viviendo.

Sacudió la cabeza para desechar cualquier conjetura al respecto de aquella conversación con lord Ashley y lord Crawford. Si tanto interés tenían los católicos de Inglaterra en ver a María Estuardo en el trono, que movieran los hilos para que fuera liberada del cautiverio. Que buscaran al conde de Bothwell y se unieran a él. Lady Edith continuó el camino hasta sus dependencias ajena a las miradas y a los comentarios de la gente que la saludaba al pasar. Ni siquiera se había percatado de cómo una de las damas con la que había paseado cambiaba de dirección en ese momento y desaparecía en busca de su señor, al que tenía que contarle algo de sumo interés.

Sir Francis permanecía sentado tras la mesa en tanto revisaba algunos documentos cuando la puerta se abrió. Levantó la mirada para centrarla en la persona que acababa de acceder al recinto privado. El ayudante se inclinó sobre él para susurrarle algo que no pareció gustarle demasiado, ya que lo miró con el ceño fruncido y dejó lo que estaba haciendo.

—Que pase —le ordenó al asistente mientras él sopesaba la información que acababa de recibir. Debería esperar a conocer todo el relato antes de emitir un juicio y ver qué medidas podían tomarse al respecto.

Contempló a la dama en cuestión, que hizo una reverencia ante él. Era una muchacha joven, bonita y elegante que entonces aguardaba a que él le concediera la venia para hablar.

—¿Y bien, lady Esmond? ¿Qué es eso tan importante que tenéis que decirme y que no puede esperar más tiempo?

—He visto a lady Edith hablar con lord Ashley y lord Crawford, señor —le comentó la muchacha en tanto observaba a sir Francis apoyar una mano en el mentón y quedarse pensativo durante unos segundos.

—¿Cuál es el problema? Es lógico que conversen si se encuentran en la corte. Lady Edith lleva poco tiempo aquí, y no todos la conocen.

—Hablaban de María Estuardo —insistió la joven con más intensidad, como si pretendiera llamar la atención de sir Francis al respecto del tema.

—Algo lógico también, si tenemos en cuenta que lady Edith era dama de la reina María. No entiendo a dónde queréis llegar, lady Esmond —le rebatió Walshingham, y chasqueó la lengua, sin darle mayor importancia.

—Tal vez lady Edith sea una espía católica que ha venido a reunirse con los católicos ingleses, señor. —Lady Esmond parecía estar muy segura de tales palabras, algo que Walshingham no pasó por alto, pero a lo que también le concedió la valía que se merecía.

—Que compartan la misma fe no es nada malo, ¿no? ¿No estaréis insinuando que ella puede tener algo que ver con ellos? —Walshingham arqueó las cejas e hizo la pregunta con cautela mientras pronunciaba cada palabra con toda intención para dejarle claro a lady Esmond que acusarla de tal y no demostrarlo podía volverse en contra de sí misma.

—No, no sabría decirlo. Solo os vine a informar de lo que he visto para que lo supierais, señor.

—Descuidad, lady Esmond. Agradezco vuestro interés. Si no tenéis nada más que decirme, podéis retiraros. Tengo asuntos importantes que tratar.

Walshingham la observó inclinarse y volverse para marcharse mientras él no variaba el semblante ni un ápice. ¿Lady Edith, una espía de María Estuardo? ¿Con qué fin? Ella seguía retirada en Loch Leven, de manera que no había nada que temer. Por otra parte, que ella se viera con simpatizantes de la misma religión no significaba nada. No obstante, hablaría con Arthur, aunque estaba convencido de que no había nada que temer. El peligro no estaba en lady Edith, sino en aquellos que querían perjudicarla. Ya lo había concebido en cuanto Arthur le había hablado de ella. La corte de Isabel no era el mejor lugar para una joven escocesa.

Lady Esmond caminó por el pasillo con la sensación de que el secretario de la reina no parecía haberle hecho mucho caso. ¿Acaso pensaba que le estaba tomando el pelo? Había visto y escuchado lo que había declarado. No se había inventado nada. Tal vez debiera contárselo a otras personas que sí podrían tomar medidas contra lady Edith. ¿Y si resultaba ser una espía de María Estuardo, encargada de preparar la fuga de aquella de Loch Leven con la ayuda de los católicos ingleses?

Sir Francis Walshingham no le daba demasiada credibilidad a lo narrado por lady Esmond. Primero, porque ya estaba él al tanto de lo que sucedía en Loch Leven y en Escocia. Segundo, porque conocía a Arthur y sabía que era el mejor en el trabajo. Haber pasado largo tiempo en la corte de Holyrood para recabar información acerca de los movimientos de María Estuardo le había permitido conocer los entresijos de la corte y de quienes allí habitaban. No obstante, hablaría con él por si había algo que pudiera aportar.

Salió del despacho y caminó a buscarlo. Sería mejor cerrar el tema lo antes posible, no fuera a ser que, por algún motivo, se complicara. Encontró a Arthur solo en el patio del castillo. Practicaba esgrima. Sir Francis se aseguró de que lady Edith no estuviera cerca para que no los viera conversar, ya que, de ese modo, ella no supondría nada raro.

Cuando Arthur vio acercarse a sir Francis, dio por terminado el ejercicio y se acercó hasta él.

—¿Prácticas? —le preguntó Walshingham con un tono amistoso.

—Reconozco que me estaba oxidando y que un poco de esgrima me viene bien para el cuerpo y la mente.

—Hay algo de lo que debemos hablar. —El tono serio, directo y lleno de misterio de Walshingham alertó a Arthur, quien le dirigió una mirada de interrogación—. Aquí no. Mejor salgamos fuera.

Arthur comenzó a preocuparse por el celo que mostraba Walshingham, si bien era cierto que, con los tiempos que corrían, toda precaución era poca.

—¿Sabes algo de Loch Leven?

Arthur sacudió la cabeza con total convicción.

—No. ¿Por qué? ¿Ha sucedido algo? —preguntó extrañado por la cuestión.

—Bueno, de momento, no, pero corren ciertos rumores acerca de que el conde de Bothwell está reclutando gente para formar un ejército y ayudar a María Estuardo a escapar para restaurarla en el trono de Escocia —le informó con total naturalidad mientras caminaban hacia los jardines del palacio.

—Bothwell —murmuró Arthur con gesto serio.

—Tú debes de haberlo conocido en la corte de María Estuardo.

—Sí, aunque no hablé con él. Pero, desde el primer momento, parece que dejó clara su postura al respecto de la reina. Estaba en contra de Jacobo y sus nobles.

—¿Te dice algo el nombre del conde de Arran?

—No, ¿por qué?

—Al parecer, María Estuardo cuenta con numerosos seguidores dispuestos a jugarse la cabeza por ella. Es uno de los nobles leales a la antigua soberana escocesa, que, junto con Bothwell, están movilizándolo a sus hombres.

—No les resultará sencillo sacarla de Loch Leven. La fortaleza está en mitad del lago.

—No, salvo que cuenten con gente de confianza en el interior. Ya me entiendes, alguien a quien sobornar.

Sir Francis se quedó pensativo durante unos segundos mientras centraba la atención en la lejanía. Arthur supo que su amigo y secretario de la reina consideraba seriamente esa posibilidad.

—¿Insinúas que la gente en el interior del castillo es leal a María Estuardo?

—Todo podría darse. Dime, ¿confías en tu prometida, Arthur?

Él se vio sorprendido por la repentina pregunta. Miró a Walshingham sin entender muy bien qué había querido decir.

—Si tienes algo que decirme, no te andes con rodeos. Por la amistad que nos une —le dejó en claro mientras entornaba la mirada hacia el secretario y lo instaba a proseguir.

—Me han contado que la han visto conversar con lord Ashley y lord Crawford, y que el tema de conversación era María Estuardo. Es algo por completo normal, por otra parte, dado que ella ha sido dama de María.

—¿Me estás preguntando si sospecho de ella? ¿Insinúas que puede estar tramando algo con ellos? —Arthur comenzaba a sentir el efecto del comentario de Walshingham.

—Todavía no estoy seguro, aunque no estaría de más que vigilaras de cerca a lady Edith. Ya te avisé.

—Sí, pero porque pensabas que su vida podía correr peligro —le recordó Arthur, algo molesto por aquellas acusaciones.

—Cierto, y lo reitero. Lady Edith corre peligro porque, si ven que se relaciona con los católicos ingleses, algunos no tardarán en atar cabos, ¿lo comprendes? Nadie cercano a la reina Isabel quiere que María Estuardo se sienta en el trono. Harán todo lo posible por quitar de en medio a los católicos. Ya hay rumores acerca de las revueltas en el norte que señalan a Norfolk y Westmoreland. E incluso alguno ha sugerido desposar a María Estuardo cuando escape de Loch Leven.

—¿En el norte? ¿Desposar a María Estuardo? —exclamó Arthur fuera de sí—. ¿Qué locura se ha apoderado de ellos? No lo dirán en serio. —Sacudió la cabeza para desechar cualquier idea descabellada.

—Si ello llegara a suceder, Inglaterra se vería envuelta en una más que posible guerra abierta. Por ese motivo, se han tomado decisiones, y te estoy avisando con respecto a tu prometida. Ella podría ser el objetivo de ciertas personas en la corte.

—De cualquiera en la corte que no esté de acuerdo con que ella practique la fe católica —conjeturó Wolsey mientras Walshingham asentía.

—Protégela, Arthur, si en verdad te importa. Se avecinan tiempos revueltos en la corte. —Walshingham apretó los labios y asintió al mirar a su amigo antes de marcharse y dejarlo solo con sus pensamientos.

No iba a consentir que nadie le colocara una mano encima porque ella fuera católica o escocesa. No. Edith se había convertido en algo sagrado para él. Enfurecido y preocupado, encaminó los pasos hacia el interior del palacio en busca de un hombre de confianza. Debería encargarle una misión por si él no podía estar cerca de Edith. Por su propia parte, intentaría averiguar si alguien tenía pensado acabar con ella.

CAPÍTULO 13

Lady Esmond se deslizó entre las sombras de los pasillos del palacio para confundirse con ellas y que nadie la viera. Moverse a esas horas de la noche era lo más acertado, cuando gran parte de los cortesanos estaban entregados al sueño o a la lujuria. Uno tan solo podía cruzarse con la guardia del recinto, que no solía prestar atención a las idas y venidas de la gente. Lady Esmond dirigió los pasos hacia una parte algo alejada, pero adecuada para los intereses que tenía.

Lord Huntingdon aguardaba impaciente la aparición de la agente. Que lady Esmond se hubiera ofrecido a espiar a lady Edith era sin duda una gran ventaja para saber qué pretendía la dama de María Estuardo. Algunos cortesanos, entre los que se incluían lord Curley y él, recelaban de la compañera de lord Wolsey, pero lo que más les había llamado atención era el hecho de que la hubiera presentado como su prometida.

—Aquí llega —susurró lord Curley al hacer un gesto con el mentón hacia la sombra que se deslizaba pegada a los muros de Whitehall.

—Esperemos que traiga buenas noticias, ya que las que vienen de Escocia no son nada alentadoras.

Lady Esmond llegó a donde estaba la pareja que la aguardaba. Se despojó de la capucha del dominó que llevaba puesto y miró a los dos caballeros.

—¿Y bien? ¿Qué noticias traéis? —Fue lord Huntingdon el primero en hablar, mientras la impaciencia parecía dominarlo.

—Lord Ashley y lord Crawford abordaron a lady Edith en el pasillo cuando paseábamos. Pidieron hablar a solas con ella.

—¿Sobre qué hablaron? ¿Lograsteis escuchar algo de su conversación? — La pregunta vino de lord Curley, quien parecía bastante preocupado por la conversación que le referían.

—Me quedé rezagada junto a las otras damas, pero escuché algunos fragmentos del diálogo, en los que se pronunciaron los nombres de María Estuardo y Loch Leven.

—No dudo de que estarían interrogándola acerca de la suerte de María de Escocia y de su confinamiento en dicho castillo —se aventuró a expresar lord Huntingdon con el ceño fruncido con preocupación.

—No es gran cosa, puesto que no podemos saber con precisión de qué hablaron —apuntó lord Curley.

—Después fui a ver al secretario de la reina.

—¿A Walshingham? —preguntó lord Huntingdon, sorprendido por tal acto—. ¿Por qué motivo? —El cortesano encaró con fiereza a la joven dama, quien se sobresaltó al ver la expresión en el rostro del hombre—. No os atreváis a mezclar a la corona en esto. ¿Me entendéis? —Sujetó a lady Esmond por el brazo y la zarandeó a modo de advertencia.

—Bien, ya está hecho. ¿Qué le dijisteis? —intervino lord Curley, algo más calmado.

—Lo mismo que acabo de contaros a vos —respondió mientras observaba a ambos caballeros con el miedo en el cuerpo tras la acción de lord Huntingdon.

—¿Y qué dijo?

—Que no había nada que temer, que no era algo de importancia.

—Apuesto a que ese zorro de Walshingham tiene contactos en Escocia y en el propio castillo de Loch Leven para saber en todo momento lo que sucede allí —aseguró Huntingdon con toda naturalidad al tiempo que entrecerraba los ojos y dejaba la mirada suspendida en el vacío.

—¿Qué haremos? —preguntó Curley que centró la atención en su amigo.

—Por lo pronto, quitar de en medio a esa espía de María Estuardo. No me extrañaría que la propia reina la hubiera introducido aquí para entablar una relación estrecha con los católicos a fin de que la saquen del cautiverio y la restituyan en el trono de Escocia.

—Y que pueda unirse a Bothwell. No olvidéis que él ha reunido un ejército y amenaza con seriedad con liberar a la reina —apuntó lord Curley—. Si logran una unión de fuerzas, Inglaterra podría estar en peligro. La intención de Bothwell es restaurar a María Estuardo en el trono escocés y después, tal vez, reclamar la corona inglesa con la ayuda de España y de Roma.

—Sí, pero, si cortamos el lazo de unión entre los católicos ingleses y María Estuardo... —comentó lord Huntingdon con una sonrisa irónica mientras ya orquestaba el plan en su mente, mientras los dos testigos a su lado permanecían mudos a la espera del siguiente movimiento.

* * *

Arthur abandonó el palacio de Whitehall para adentrarse en el ambiente de las tabernas en sucios y malolientes callejones. Allí esperaba reunirse con ciertas viejas amistades. Necesitaba a algunos de ellos para salvaguardar la vida de Edith. Las advertencias de Walshingham y de la propia reina le habían dado que pensar. Él no estaría en todo momento cerca de ella. Por ese motivo, necesitaba la ayuda de viejos camaradas. De paso, averiguaría cómo estaban las cosas en Inglaterra. En las tabernas, siempre circulaban chismes ajenos a la corte.

Empujó la puerta de The Black Swan. Dejó que tanto los vapores del alcohol como los del humo de los cigarros y las pipas lo recibieran. Se sintió algo incómodo, tal vez llevaba demasiado tiempo alejado de aquellos ambientes. Una muchacha de generosas curvas le pasó el brazo por encima de los hombros e intentó que la acompañara a tomar una jarra de vino primero y al piso superior después. Arthur logró deshacerse de ella con galantería y una sonrisa. Se movió entre las mesas atestadas de clientes hasta que encontró al hombre que había ido a buscar. Estaba sentado a una mesa junto a otros tres. En cuanto aquel vio a Arthur acercarse, sonrió y pidió a los compañeros de mesa que se marcharan.

Los tres camaradas lanzaron una mirada de curiosidad al recién llegado antes de dejar los sitios vacantes. Arthur asintió complacido por aquel rápido gesto.

—Hacía tiempo que no te acercabas por aquí —le dijo el hombre con una sonrisa mientras vertía vino en sendos vasos—. Por cierto, la corte te sienta bien.

—Si tú lo dices...

—¿Vas a decirme lo contrario? ¿Qué tal tu regreso de Escocia? Corren malos tiempos por allí con la reina encerrada en Loch Leven hasta que Bothwell la libere o ella se fugue por algún despiste de sus carceleros —matizó con una sonrisa burlesca.

—¿Qué sabes, Robert? Las tabernas y los burdeles son lugares donde se sueltan las lenguas con facilidad —inquirió al alzar el vaso para beber a la salud de aquel amigo.

—Lo que todos saben. Nadie es ajeno a los chismes que circulan sobre la prima de la reina. Es lo que acabo de decirte: el día que menos lo esperes, la reina María volverá a Holyrood. No envidio la suerte de aquellos que la traicionaron.

Arthur chasqueó la lengua y sonrió.

—¿Y aquí, en casa? ¿Cómo marchan las cosas?

Robert se echó hacia atrás para apoyarse contra la pared y le dirigió una mirada de curiosidad a Arthur.

—Pensaba que, desde que estabas en la corte...

—¿Me enteraba de todo?

—De todo, no, porque hay información reservada a ciertas personalidades —le aclaró con una sonrisa burlona.

—Por eso mismo te lo pregunto. Tú hablas con doncellas, sirvientes e integrantes de la burguesía.

Robert sonrió por el cumplido y le hizo un gesto de asentimiento al otro.

—Eres muy listo, amigo. Verás, aquí no ha sentado nada mal que María Estuardo esté encerrada. Al contrario, la mayoría lo ve como un alivio porque, de ese modo, no reclamará el trono de Isabel, ni el catolicismo regresará.

—Sí, eso tengo entendido. ¿Y los católicos ingleses?

Robert compuso una mala cara.

—Ese es otro tema. Esperaban que, una vez que María Estuardo se afanzara en el trono de Escocia, ella pudiera solicitarles ayuda, así como a España y a Roma, para reclamar sus derechos al trono inglés como heredera legítima. Pero ahora todo está detenido. La gente del norte está inquieta por las noticias que llegan de Escocia, pero, según tengo entendido, apoyarían la causa de María Estuardo en cuanto ella se vea libre, si es que logra verse libre.

—Eso sucederá si Walshingham no les corta la cabeza antes, con permiso de la reina Isabel —matizó Arthur con una sonrisa.

—Nuestro querido Walshingham es un zorro astuto que no vacilará en acusar a los señores del norte si llega el caso, no te preocupes por ello —le aseguró mientras asía la jarra de vino para beber un trago sin apartar la atención de Arthur—. Por cierto, me he enterado de que no has regresado solo de la corte de Holyrood. Se dice que es una de las damas de compañía de María Estuardo. La más cercana a ella. —Robert entornó la mirada con toda intención hacia Arthur, quien se limitó a asentir de manera lenta y calculada mientras el semblante de su amigo pasaba de la sorpresa al estupor.

—Sí. Lady Edith.

—También se comenta entre las sirvientas de ciertos cortesanos que ella es tu prometida.

—Lo es. No voy a engañarte.

—¿Tanto te gusta como para colocarte la soga al cuello? —El tono jocoso de la pregunta de Robert provocó una sonrisa en Arthur—. ¿Ya la has llevado a la cama?

—Si voy a casarme con ella...

Robert se atragantó con la bebida al escuchar aquellas palabras. Se inclinó hacia delante y expulsó parte del vino que acababa de beber. Luego se quedó mirando a Arthur como si acabara de confesarle un crimen o algo parecido.

—¿De qué demonios...? ¿Te ha embrujado esa escocesa? ¿Te has vuelto loco?

—No sabría decirte, amigo.

Robert resopló y se limpió los restos de vino que le habían caído sobre la camisa.

—De verdad no te entiendo.

—Es de ella de quien he venido a hablarte —le confesó al tiempo que miraba a Robert con gesto grave.

—¿Qué pasa? ¿Lo estás pensando mejor?

—Temo por su vida. —Aquellas palabras y aquel tono despojaron a Robert de cualquier comicidad. Miró a Arthur con interés y preocupación porque se dio cuenta de que estaba hablando en serio con él. Entonces, en verdad estaba preocupado por la tal lady Edith.

—¿Por qué? Bueno, vaya pregunta. Es lógico.

—Temo que intenten acabar con ella en la corte, que piensen que es una espía de María Estuardo.

—¿Qué puede hacer ella mientras la reina María está encerrada en Loch Leven?

—Informar a los católicos ingleses de la situación en Escocia, intercambiar información para facilitar la situación de María Estuardo. No olvides que ha sido dama de la reina durante unos cuantos años. Conoce a todos los miembros de la aristocracia escocesa.

—Insinúas que podrían pensar que está en la corte para preparar un complot en favor de la reina María con la gente del norte.

—O bien para acabar con Isabel. Según he sabido, Westmoreland y Norfolk estarían dispuestos a unirse a la causa de María Estuardo, e incluso alguno estaría más que inclinado a desposarla para que ganara fuerza su reclamo al trono inglés.

Robert emitió un silbido mientras volvía a recostarse contra la pared.

—¿Sabes lo que me estás contando? Si llegara a ser verdad, tu querida lady Edith acabaría bajo el hacha del verdugo. Y, en cuanto a ti...

—Eso no va a suceder porque Edith no tiene nada que ver con Westmoreland ni con Norfolk. Ni con ninguna conspiración, Robert —le aclaró Arthur algo exaltado por aquellas deducciones de su amigo.

—Debes de estar muy enamorado para asegurarlo. No logro entender por qué demonios la trajiste a Londres.

—María Estuardo me lo pidió. Quería que la trajera aquí para ponerla a salvo de los disturbios en la corte de Holyrood y porque sabía que entre nosotros dos había surgido algún tipo de acercamiento...

—¿Me estás contando que la reina María sabía que una de sus damas era tu amante? —Robert abrió los ojos hasta el punto que parecía que fueran a salirsele.

—Sí, algo así podría decirse.

El hombre permaneció callado, sin poder dar crédito a todo lo que su amigo le estaba contando.

—¿Qué piensas hacer?

—Necesito que veles por ella. Ya te he dicho que tengo miedo de lo que pueda sucederle. No puedo vigilarla en todo momento.

—Tienes miedo de perderla —susurró Robert mientras sacudía la cabeza convencido de que en verdad el caballero había perdido la cabeza por aquella dama escocesa.

—Pronto habrá un baile de máscaras y, entre tanta gente disfrazada, temo que intenten algo.

—Pero ¿por qué estás tan seguro de que lo intentarán?

—¿Tú no lo estarías si sir Francis o la propia reina te recomendaran que tuvieras cuidado con tu prometida?

—¿Walshingham y la reina te lo han dicho? —Robert se incorporó y apoyó los brazos sobre la mesa sin apartar la mirada de Arthur, quien se limitaba a asentir.

—Es menester que, la noche del baile de máscaras, estés presente. Solo confío en ti para este trabajo. Por eso he venido.

—Tus palabras me halagan. Tan solo necesito saber un par de detalles: el día, la hora y el lugar. Y conocer a tu prometida, por supuesto. Pero ten en cuenta que, si los descubrimos, volverán a intentarlo hasta que la cuestión católica deje de ser una amenaza o María Estuardo regrese a Francia.

—Soy consciente de ello. Pero, por ahora, ninguna de las dos situaciones parece que vaya a darse.

Robert le lanzó una mirada de advertencia al otro.

—Pues, entonces, tendrás un serio peligro, amigo.

—Sí, lo sé. Pero, créeme, Edith lo vale —le aseguró en tanto esbozaba una media sonrisa llena de cariño que Robert no pasó por alto. En verdad Arthur amaba a esa mujer.

* * *

Lady Edith estaba nerviosa porque esa noche se celebraba un baile de máscaras. Quería estar atractiva y radiante para Arthur. Esperaba que el ambiente de fiesta que se respiraba en el palacio se le contagiara e hiciera que se olvidara de las intrigas políticas. Todavía recordaba el breve encuentro con los católicos ingleses afines a María Estuardo, aunque no se lo había

comentado a Arthur. No quería preocuparlo por una discusión intrascendente, ni tampoco iba a espiarlo para contarle a lord Crawford y lord Ashley lo que averiguara acerca de Escocia y de Loch Leven. Ella no quería ser partícipe de las intrigas políticas. No ahora, que poco a poco iba sintiéndose algo más segura en Whitehall y que se había ganado el corazón de Arthur. Quería que María Estuardo fuera liberada, pero ella no podía hacer más. La reina estaba confinada en Loch Leven, custodiada noche y día por los hombres de Jacobo. Tampoco quería que todos esos pensamientos le enturbiaran la velada.

Sir Francis interceptó a Arthur en el pasillo y le hizo un gesto para que lo siguiera a un lugar alejado.

—Hay algo que necesitas saber. —La manera en la que el secretario de la reina se dirigió a él hizo que Arthur se preocupara.

—¿Qué sucede?

—¿Lady Edith no te comentó nada de su conversación con los cortesanos católicos?

—No. De lo contrario, habría sido yo quien te lo contara.

—Bien, tenlo presente. Ya sabes que los católicos ingleses son partidarios de la prima de la reina Isabel y que, en el norte, parece que se está gestando una rebelión. No quiero que nada se salga de los planes trazados. Ten cuidado, por otra parte, con aquellos que recelan de lady Edith por considerarla una espía de María.

—¿Se sabe quiénes son? —preguntó Arthur alertado por el hecho.

Pero Walshingham se limitó a sonreír.

—Tú procura estar cerca de tu prometida el mayor tiempo posible. Del resto me encargo yo, querido Arthur. Trata de disfrutar del baile de máscaras. Ah, por cierto, la reina se ha empeñado en navegar por el Támesis en la barcaza real. Eso hará la noche más animada. Confíemos en que nada malo suceda.

—Lo tendré en cuenta.

Arthur se despidió de Walshingham con una mezcla de rabia contenida y temor por lo que pudiera sucederle a Edith. ¿Por qué ella no le había comentado nada acerca de la plática con Crawford y Ashley? ¿Por qué debía

saberlo por boca de sir Francis en vez de por su prometida? Tenía que advertirle acerca de las consecuencias de que la vieran relacionarse con los católicos de la corte. Y debía hacerlo en ese mismo instante.

Arthur la encontró en la habitación. Terminaba de arreglarse para la mascarada. En un breve momento, todo el enojo por saber que ella le había ocultado la conversación con Crawford y Ashley desapareció. Wolsey se quedó clavado en el umbral de la puerta que comunicaba ambas estancias, mientras ella le devolvía una mirada brillante y una sonrisa que él deseaba borrarle.

—¿Te gusta? —Lady Edith se mantuvo a una distancia prudente para que él fuera capaz de percibir el diseño del vestido en color azul, que resaltaba contra la pálida piel y el pelo del color de las hojas en otoño.

—Estás... En verdad, no encuentro palabras para describir lo que me has producido al verte vestida así.

—¿Podéis retiraros? —pidió a las doncellas que, hasta ese momento, habían estado ayudándola. Edith se acercó más a Arthur, hasta que la presencia de él le adormeció los sentidos—. ¿Y bien? ¿Por qué has cambiado el semblante? ¿Sucede algo? —Se apartó de él mientras se frotaba las manos con indecisión.

—¿Por qué no me has contado que el otro día conociste a lord Crawford y a lord Ashley? —Necesitaba mostrarse sereno y hacer ver a Edith que ciertas personas de la corte podrían señalarla y ponerla en peligro.

—No pensé que fuera relevante.

—Lo es por quienes son, Edith.

—Católicos, como yo. ¿A eso te refieres? —Edith frunció el ceño preocupada porque esa cuestión le molestara.

—Sí. Por eso mismo. Porque pueden pensar que estás en la corte para entablar relaciones con ellos con el fin de ayudar a María Estuardo a recuperar su trono.

Ella abrió los ojos como platos y dejó escapar una cadena de carcajadas.

—¿Qué estupidez pensarlo de mí!

—Estupidez o no, si la persona indicada te acusara ante la reina Isabel de conspirar contra ella en favor de su prima, nada ni nadie te salvaría de acabar tus días en la Torre y, después, bajo el hacha del verdugo —le explicó en un

intento por hacerla entrar en razón.

—No soy ninguna espía de María Estuardo —le aseguró mientras se erguía ante él con el mentón alzado en señal de orgullo, ofuscada y algo dolida por aquellas palabras.

—Lo sé. Pero no todos piensan como yo. Por el contrario, muchos pueden ver en ti un instrumento para llevar a cabo sus planes —le aseguró al tiempo que la sujetaba por los brazos: buscaba evitar que se marchara y obligarla a que lo mirara fijo para que comprendiera que él no creía que ella fuera una espía—. Si sospechan de ti, pueden utilizarte en su favor. Los católicos pensarán en ti como un puente entre ellos y María Estuardo.

—¿Cómo?! Ni siquiera tengo acceso a la reina ni a nadie que pueda ponerme en contacto con ella —le aseguró, molesta por aquellas suposiciones.

—Lo sé. —Arthur le tomó las manos entre las de él—. Te saqué de Holyrood para que no corrieras peligro en manos del conde de Moray y los nobles escoceses contrarios a María Estuardo, pero no pensé en las amenazas que aguardaban aquí. Hay personas muy poderosas en esta corte, simpatizantes de John Knox que no vacilarían en señalarte para acusarte de traición. No te relaciones demasiado con Crawford y Ashley, ni con Norfolk o Westmoreland.

—No es mi intención provocar a ninguno de los dos bandos, Arthur.

—Ellos no lo ven así.

Él le acarició el rostro con delicadeza mientras se perdía en el brillo de aquella mirada antes de acercarse más y más, hasta que cerró los ojos y se dejó llevar por las ansias de besarla. Tanteó aquellos labios de manera delicada hasta hacerlos propios, sentir el cuerpo de ella agitarse bajo sus manos y escuchar el gemido ahogado en su propia boca. Se separó de ella, no sin gran esfuerzo, y sonrió.

—La reina me ha pedido que suba a su barcaza para recorrer el Támesis —le anunció ella en un susurro, mientras las mejillas de ambos permanecían rozándose de manera imperceptible. Aquellas palabras alertaron a Arthur, que entornó la mirada hacia ella y la contempló con un gesto de preocupación.

—Deberás tener cuidado, Edith.

—Me estás asustando, Arthur —le aseguró al experimentar una pronunciada sacudida en el estómago y sentir cómo un escalofrío se le abría paso a través de la espalda.

—No lo pretendo. Solo quiero que seas cautelosa. No obstante, ir en la barcaza de la reina Isabel supondrá más seguridad. Hasta que todo el asunto de María Estuardo no se aclare, esta corte va a ser un completo caos. Los católicos del norte de Inglaterra apoyan a María Estuardo y están dispuestos a secundar su reclamación al trono inglés. Por otro lado, los protestantes intentan que dicha opción no se produzca —resumió Arthur en tanto se apartaba de Edith con una sonrisa melancólica y se pasaba la mano por los cabellos en clara señal de rabia e impotencia—. No debería haberle hecho caso a tu reina.

Arthur se apartó de ella con gesto pesaroso. Cerró las manos hasta que los nudillos palidieron, fruto de la rabia y de la impotencia que sentía por exponerla al peligro.

—No importa que tú no la hubieras obedecido, Arthur —le aseguró Edith al rozarle el brazo con la mano para que se volviera hacia ella. Luego, lo miró con cariño mientras tomaba las manos de él entre la propias y le regalaba una nueva sonrisa—. Mi lealtad hacia ella me obligaba a seguirte.

Edith se quedó callada en tanto meditaba aquella respuesta tan definitiva. Tal vez, en un principio, se hubiera tratado de eso, de seguir el mandato de María Estuardo, reina de Escocia. Pero, sin darse cuenta, a quien en verdad seguía era a su propio corazón. Con el paso de los días en Whitehall, Edith estaba convencida de que, a esas alturas, también ella misma había sentido la necesidad de seguir a Arthur a Londres. Quizá, después de todo, ni ella estaba segura de que hubiera otro motivo por el que se encontraba entre los brazos de Arthur, uno que no tenía nada que ver con la reina.

—Eres la mujer más bonita de Whitehall, Edith —le susurró mientras la rodeaba con el brazo para atraerla hacia él una vez más y besarla con delicadeza, en tanto ella sentía como si el corazón quisiera salirse del pecho para ir en busca del de Wolsey.

* * *

El ambiente festivo inundó todos los rincones de Whitehall, pero donde estaba la verdadera atracción era sin duda sobre las aguas del Támesis. Una hilera de barcasas de diferentes tamaños y colores surcaba aquellas aguas

como si de una serpiente marina se tratara. La barca principal, donde estaba la reina Isabel con las damas de compañía, marchaba a la cabeza para abrirle el paso al resto. Era en esa donde se alojaba lady Edith por petición expresa de la propia Isabel. En ese instante, ella permanecía sentada mientras contemplaba el fastuoso espectáculo que se desarrollaba en ambas márgenes del río. La seguridad era máxima cuando se trataba de la reina, y eso hacía que lady Edith estuviera algo más tranquila, pese a las palabras de advertencia de Arthur. Tenía la mirada perdida en las aguas resplandecientes del río, ajena a las miradas que le lanzaba la reina.

—¿En qué pensáis, lady Edith? Os noto algo taciturna esta noche.

—Oh, no es nada, Majestad —se disculpó con una tímida sonrisa.

—¿Es por vuestro prometido? —Isabel arqueó las cejas, y la expresión de la monarca se tornó algo cómica—. ¿Cuándo va a decidirse a fijar vuestros esponsales? No creo que sea menester que estéis aguardando a que lo haga.

—No hemos decidido la fecha todavía.

—Bueno... ¿qué está esperando? ¿No se habrá echado atrás, lady Edith? —le preguntó Isabel con un gesto de fingido asombro.

—No, Majestad —se apresuró a dejar en claro, con el corazón que le brincaba en el interior.

—Recordadme que hable más tarde con lord Wolsey para saber a qué se debe este retraso. Una mujer tan hermosa y tan joven como vos no puede estar esperando mucho tiempo.

Lady Edith asintió con una tímida sonrisa. No quiso ahondar más en el tema del matrimonio y prefirió dejarlo pasar. Aunque ella deseaba que sucediera lo antes posible, tampoco era menos cierto que todos los inconvenientes en torno a María Estuardo y a las luchas entre católicos y protestantes estaban colmando toda la atención de lord Wolsey.

—¿Qué os parece la fiesta, lady Edith?

—No hay duda de que es imponente, Majestad.

—Estoy segura de que nunca habéis disfrutado de algo así durante vuestra estancia en la corte francesa. Ni en la escocesa, ya que pasasteis allí más bien poco tiempo —le recordó mientras observaba el gesto de desconcierto en lady Edith y la tímida sonrisa que componía.

—No, no tuvimos tiempo de festejar nada.

—Lástima. Pero estoy segura de que, ahora que os habéis integrado a mi corte, todo será más sencillo, lady Edith. El color azul de ese vestido os favorece —le dijo al hacer un gesto hacia la prenda.

—Gracias, Majestad.

—Sin duda, esta noche captaréis la atención de lord Wolsey —ironizó Isabel con una sonrisa pícaro.

Edith asintió en tanto pensaba en que una parte de ella deseaba regresar al hogar, pero, al mismo tiempo, comprendía que no tenía sentido hacerlo mientras los protestantes, con Jacobo a la cabeza, gobernarán. Cada día que pasaba, creía que sería más difícil que la reina María regresara al trono. Pero ¿por qué los católicos de Inglaterra y Escocia no se unían para liberar a María Estuardo? ¿Qué estaban esperando? Volvió a centrarse en el desfile de barcas, en los fuegos artificiales y en la fastuosidad de la fiesta.

Arthur había sido invitado a subir a otra de las embarcaciones. Junto a él, había logrado que subiera Robert al aludir que necesitaba tratar con aquel un asunto importante. Aunque lo disimulaba de manera perfecta, los nervios lo estaban carcomiendo. Trataba por todos los medios de mantener a la vista la barcaza real y, dentro de aquella, a Edith. Estaba convencido de que nadie intentaría nada contra ella mientras estuviera junto a la reina, pero no debía fiarse. Los ánimos estaban algo exaltados entre los católicos del norte de Inglaterra, que, en los últimos días, parecían impacientes por entrar en acción.

—Parece ser que también en Escocia se han agitado los seguidores de María —le comentó Robert en un momento dado de la travesía por el río, sin que Arthur pareciera prestarle atención—. El conde de Arran ha solicitado su derecho al trono. También está Bothwell, quien se ha declarado partidario de María Estuardo de manera abierta y amenaza con tomar Loch Leven si no es liberada de inmediato.

—No lo hará hasta que cuente con el apoyo de los católicos ingleses —le dijo Arthur, convencido de que así sería.

—En ese caso, en cualquier momento puede encenderse la mecha de la rebelión. En York, la cosa se está tornando fea.

De repente, el sonido de un disparo alertó a Arthur y a los demás ocupantes de aquella embarcación. Una cadencia de gritos y chillidos inundó la atmósfera, y todo pareció sumirse en el desorden y la incertidumbre.

—¡La reina! ¡La reina!

Isabel permanecía tumbada sobre los cojines con una mancha de color carmesí visible en el vestido de carnaval. Durante un momento, ella misma pensó que la habían herido, pero no notaba ningún dolor ni escozor, lo que hizo que se calmara. El consiguiente revuelo a bordo de la barcaza real precipitó a Arthur a lanzarse al agua sin pensarlo dos veces para nadar hasta allí. Sentía que el corazón le latía de manera desmedida mientras un único nombre le martilleaba la mente.

“Edith”.

A bordo de barca de Isabel, todo eran respiraciones agitadas, voces y trasiego de personas. Varios hombres habían tomado posiciones para proteger a Isabel, quien, al verse sana y salva, se apartó de ellos en busca de las damas.

—No soy yo, no estoy herida. Es una de mis damas —explicó al señalarlas.

Wolsey asomó la cabeza fuera del agua justo en ese momento. Se impulsó sobre la borda y subió ante la estupefacción de los soldados, pero no de la propia reina.

—¡Edith! ¡Edith! —Arthur la buscó como un poseso entre la gente que había allí y, cuando la halló, corrió hasta ella como si su propia vida estuviera en peligro. En verdad, así era. La sostuvo entre las manos en busca de alguna herida y pudo respirar aliviado cuando comprobó que no había sido ella la víctima.

—Estoy bien, no he sido yo —le aseguró mientras sentía que el corazón se le subía a la garganta y que la cabeza estaba a punto de explotarle. El gesto de Arthur la llenó de orgullo y de júbilo. Había percibido el miedo en la mirada de él, el temor a perderla. Edith entreabrió los labios y respiró con dificultad mientras los ojos le brillaban con mayor intensidad por las lágrimas de emoción contenidas. ¡La amaba! Sí, no cabía duda de que Arthur la amaba de verdad.

Él desvió la mirada hacia el cuerpo inerte del copero de la reina. Había sido alcanzado justo cuando entregaba una bebida a Isabel. Se había interpuesto a tiempo de evitar una tragedia.

—Gracias a Dios. He temido que... —le pasó las manos por el rostro mientras la contemplaba sin que la sensación de angustia hubiera remitido todavía—. Pensé que te había perdido. Pensé que... Majestad, disculpad mi intromisión en vuestra barcaza, pero... —se excusó en cuanto percibió que la soberana lo observaba con interés. Era evidente que lord Wolsey había perdido la cabeza por aquella joven dama.

—Disculpado. Hombres como vos son los que necesitamos: prestos a acudir en defensa de quien lo requiere. Vuestra acción os honra, lord Wolsey. Ahora, será mejor que regresemos al puerto y, luego, al palacio. Deseo que el baile de máscaras prosiga como si no hubiera sucedido nada. Y vos, Lord Wolsey, quedaos junto a lady Edith. Os va a necesitar.

—Como ordenéis, Majestad.

Arthur no logró tranquilizarse en ningún momento durante el corto trayecto a la costa. Retuvo entre los brazos a Edith, quien no podía creer lo que él había hecho. No se trataba de la acción en sí, sino de la mirada de miedo que había contemplado en los ojos de él: de temor a perderla. El alivio que había experimentado al descubrir que nada malo le había sucedido, cómo la había estrechado contra él, cómo la había contemplado. A ella ya lo quedaban dudas acerca de los verdaderos sentimientos de él.

Cuando arribaron al muelle, la carroza que llevaría a la reina de regreso al palacio aguardaba con una fuerte escolta de soldados. Arthur no se separó de Edith ni un solo instante mientras retornaban. Había sentido miedo por ella, pánico por que la bala disparada la alcanzara. Pero ¿a quién había apuntado el tirador? ¿A la reina? ¿O a lady Edith? Con ese pensamiento, Arthur se dirigió a sus propios aposentos para cambiarse de ropa y proseguir con la mascarada. Mientras, Edith parecía calmarse, aunque el pavor por la posibilidad de que ella hubiera sido el objetivo de aquel disparo no la había abandonado, ni lo haría. Necesitaba estar cerca de Arthur. Solo podía confiar en él en esos momentos. ¿Por qué el peligro la rondaba allá donde fuera? Escocia, Inglaterra...

La reina Isabel hizo acto de presencia en el salón del trono seguida de los consejeros más allegados. Miró al secretario Walshingham en busca de una explicación al incidente.

—¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Quién ha osado disparar contra mi barca y por qué?

—Majestad, no estamos seguros. Ha sido un imprevisto.

—Que casi me cuesta la vida —ironizó Isabel—. Quiero saber quién ha sido el que ha dado la orden y quién ha apretado el gatillo, sir Francis.

—Bien pudieran ser seguidores de vuestra prima —sugirió uno de los consejeros—. Si se tiene en cuenta la presencia de una de sus damas en la corte y la revuelta que se está fraguando en el norte, o incluso los intereses de España y de la Santa Sede...

—Esas atribuciones son muy serias, lord Baltimore. ¿Acusáis de algo a la dama de mi prima? —Isabel empleó un tono que no dejó lugar a especulaciones. No quería que se acusara a lady Edith sin pruebas. Sabía que esos chismorreos circulaban por Whitehall y ella misma había llegado a considerarlos, pero lo único que podía percibir en la joven era el cariño que le profesaba a su propio cortesano, lord Wolsey. Nada más.

—Podría ser una espía que esté en contacto con los católicos. Les puede estar facilitando información referente a vos con el fin de quitaros de en medio.

—No hay que temer nada acerca de lady Edith —intervino Walshingham—. Yo mismo me he encargado de recabar toda la información posible y necesaria sobre ella. No es una espía de vuestra prima, Majestad. Me atrevería a decir que son justo quienes la acusan de tal menester los que quieren verla muerta.

Hubo un silencio después de las palabras de Walshingham, que no gustaron a algunos consejeros, pero sí a la propia Isabel. Sonrió con astucia ante esa explicación, pues ella misma se lo había advertido a lord Wolsey el día que le presentara a lady Edith. ¿Habría un complot para eliminarla por pensar que era una espía de la antigua soberana escocesa?

—No puedo creer que mis consejeros se entretengan en intentar eliminar a una dama de compañía de mi prima en vez de preocuparse por la rebelión que se fragua en el norte del país. Ni hablar de lo que está sucediendo en Escocia con Bothwell —espetó molesta por aquellas acusaciones hacia lady Edith—. Y ahora, que continúe la fiesta —ordenó al efectuar una señal hacia los músicos para que tocaran y todos se olvidaran del incidente.

Pero Isabel permaneció expectante ante cualquier imprevisto, comentario o gesto. Después de todo, ella era consciente de lo que sucedía tanto en York como en Edimburgo. El disparo podría haber provenído de cualquiera de esos dos escenarios. Por fortuna, habían errado el tiro contra ella y, en su lugar, habían asesinado al copero. La reina llamó aparte a sir Francis un momento.

—Quiero saber qué ha sucedido. No quiero que la muerte de mi copero quede impune —le solicitó de manera tajante y autoritaria mientras el lord asentía.

—Quedaos tranquila, Majestad. Encontraré al culpable —aseguró antes de retirarse ante la atenta mirada de Isabel. Sir Francis era sin duda el más interesado en averiguar qué era lo que había sucedido, ya que la seguridad de Su Majestad dependía en mayor grado de él, y no quería que Isabel ordenara que le cortaran la cabeza por un descuido.

CAPÍTULO 14

Arthur permanecía junto a Robert ante la puerta de la habitación de Edith. Ella había optado por retocarse un poco después del incidente de la barca. El caballero no dejaba de darle vueltas en la cabeza al incidente, apoyado sobre la pared con los brazos cruzados y gesto de preocupación.

—¿Qué crees que ha sucedido? —preguntó Robert mientras Arthur apretaba los labios y sacudía la cabeza.

—Al parecer, alguien ha intentado acabar con la reina.

—¿Piensas en algún hombre de Westmoreland? ¿Norfolk, tal vez?

—No estoy seguro. La agitación en el norte puede conducir a esta clase de atentados. Está claro que pretenden quitar de en medio a Isabel. Pero también podría ser una trampa de España o de Escocia. Nuestra soberana tiene varios interesados en quitarla de en medio...

—Tú ya has vivido una situación parecida en Escocia —le recordó al hacer referencia a la destitución de María Estuardo.

—Sí, pero allí no atentaron contra ella, a pesar de que mataron a su secretario.

—Pues, según parece aquí, están dispuestos a ir en contra de la monarca.

—Solo espero que Edith no se vea en medio de todo una vez más. Podría correr la misma suerte que el copero. Quiero que no la pierdas de vista esta noche, cuando yo no esté a su lado.

—Descuida.

—Y si notas algo extraño, házmelo saber. No descartaría que el disparo hubiera estado dirigido a Edith y no a la reina.

Robert arqueó las cejas.

—Pero, entonces... tendríamos que pasar a considerar a aquellos contrarios a la antigua fe y a María Estuardo.

—Lo cual lo complica más porque podría tratarse de cualquiera.

La puerta de la habitación de Edith se abrió en ese preciso instante, mientras ella salía ataviada con un vestido verde musgo. El atuendo no tenía nada que envidiarle al anterior y le hacía juego con el color de los ojos, pensó Arthur al contemplarla. Tal vez se debiera también a que él parecía encontrarla atractiva con cualquier vestido.

Edith se detuvo frente a los dos hombres. Inspiró y esbozó una sonrisa que daba a entender que se encontraba bien y que allí no había sucedido nada.

—El baile ha comenzado —dijo mientras la música y las palmas se escuchaban. La algarabía parecía haber regresado a Whitehall después del incidente en el Támesis.

—Será mejor que vayamos —sugirió Arthur al extender el brazo para que Edith lo tomara y, juntos, se dirigieran al salón del trono—. Por cierto, disculpa mi torpeza, Edith. Este es Robert, un buen amigo.

—Lady Edith, es un honor conocerlos —la saludó con una reverencia cortés—. Ahora que os veo, entiendo que mi amigo Arthur se sienta tan atraído por vos.

Aquel comentario encendió el rostro de Edith y le agitó el escote algo más de lo habitual, lo que dejó le expuesto el volumen los pechos. La mirada de una mujer dichosa se reflejó en el rostro de ella, y Wolsey no fue ajeno a ello.

—Ya era hora de que Arthur me presentara a alguna de sus amistades. Desde que he llegado, solo he hablado con la reina, su secretario y algunos cortesanos —le aseguró en un intento por no pensar en todo lo que estaba sucediendo.

—Tal vez sea porque quiere teneros para él solo, dado vuestro atractivo.

—Robert es un amigo de toda confianza. Crecimos juntos y hemos pasado gran parte del tiempo dedicados a los mismo asuntos.

—¿También sois espía de Walshingham? —preguntó lady Edith con suspicacia, mientras Robert sonreía, pero no decía nada porque, en ese momento, llegaban al salón, donde la gente discutía, reía y bailaba, ajena a lo sucedido momentos antes.

Arthur tensó el cuerpo mientras parecía buscar con la mirada a alguien, tal vez a quien había ordenado o ejecutado aquel asesinato. Pero era complicado hacerlo entre tanta gente, y ni siquiera sabía de quién podía sospechar. Por ese

motivo, decidió centrarse en ella, en su compañera, porque la mejor manera de protegerla era, sin duda, no separarse de Edith.

—¿Te gustaría bailar? —le preguntó en tanto le ofrecía el brazo para que ella lo siguiera.

—Temía que no me lo pidieras —le confesó al mirarlo con cierto anhelo por estar frente a él, por sentir las tibias caricias de esos dedos, las miradas largas y las sonrisas prometedoras del caballero.

Avanzaron hacia el centro del salón para tomar posición mientras la reina observaba con detenimiento aquel momento. Debía admitir que lord Wolsey y la joven muchacha hacían buena pareja. Bailaron casi todas las piezas, sus manos se acariciaron de manera tímida y sus miradas se buscaron sin cesar para transmitirse aquello que las palabras no podían expresar, dada la situación de la danza. La proximidad de los cuerpos en algún que otro lance de la gallarda o de la pavana les avivó el deseo. Cuando Isabel se abrió camino entre los cortesanos y, al mirar a los músicos, pidió una volta, Arthur sintió la pasión bullirle en las venas mientras contemplaba el brillo de la mirada de Edith. Sí, sin duda, aquel baile se había convertido en algo especial para los dos. Tal vez no fuera muy apropiado para las damas, pero era la reina Isabel quien lo solicitaba y, mientras todos los demás formaban un círculo, surgió la figura de Robert Dudley, conde de Leicester, quien, tras hacer una reverencia a Su Majestad, se prestó al baile.

Arthur y Edith contemplaron a la reina moverse junto al caballero y cómo, poco a poco, el resto de los cortesanos se unieron a la danza a petición de la soberana.

Edith contuvo el aire cuando sintió la cercanía de él, las manos de Arthur sobre el talle y esa mirada cargada de deseo por ella. Suspiró cuando él la elevó por encima para volverla a recoger y acercarla más, si cabía, al pecho de él. ¿Es que nunca iba a poder acostumbrarse a las sensaciones que él le transmitía? La respiración agitada por los continuos saltos hizo que el rostro se le enrojeciera y que pensara que el corazón le terminaría estallando de un momento a otro, en parte por la agitación y en parte por la felicidad que experimentaba. Terminado el baile, Arthur permaneció observando el estado en que Edith se encontraba. Algunos mechones de pelo se habían escapado del recogido y entonces flotaban libres y le enmarcaban el rostro. Edith entreabría

los labios para tomar el aire que, momentos antes, le había faltado. Y Arthur sintió deseos de rodearla una vez más con las manos y atraerla hacia él para apoderarse de esos labios y robarle el último soplo de aliento. Quería hacerlo suyo para que permaneciera en el interior de él.

—Eres exquisita, Edith —le susurró antes de besarla en la mano con delicadeza, sin apartar los ojos de los de ella. Percibió el rubor en las mejillas de la dama, el suspiro que se le escapó entre los labios, el brillo en la mirada de ella—. Esta noche, mis atenciones son todas para ti —le aseguró con toda intención.

—En ese caso, debo sentirme halagada.

Arthur tuvo la impresión de que se perdía en la profundidad de aquellos ojos tan claros, tan cristalinos que podía contemplar su propio reflejo. Edith percibía el deseo de él por besarla. Se había acercado en demasía a él mientras hablaban y entonces sentía que la presencia de él la atrapaba. Exhalaba un calor que la provocaba.

Durante un momento, Arthur se olvidó del posible peligro que podía correr Edith; pero, con ella tan cerca, debía admitir que le era en extremo complicado. Debería hablar con Robert para decirle que se olvidara de lo que le había solicitado, que él mismo velaría toda la noche por que a Edith no le sucediera nada.

En ese momento, un hombre se detuvo frente a ellos. Wolsey le escrutó el rostro para intentar adivinar las intenciones que tenía, pero parecía que solo se limitaban a invitar a bailar a su prometida. Arthur no podía negarse, pero se mantendría cerca por lo que pudiera sucederle. Cuando se separó de él, Edith le obsequió una mirada larga de desilusión por tener que abandonarlo, aunque no exenta de cariño. Intuía que le estaba costando dejarla marchar, lo que la hacía quererlo más.

La siguió con la vista mientras danzaba una pavana junto a la pareja de baile. En varias ocasiones, ella lo buscó con la mirada para saber dónde estaba, como si lo echara en falta; como si aquel baile no fuera más que un pasatiempo que deseaba que terminara pronto.

—Vuestra prometida es muy hermosa, lord Wolsey. Os felicito —comentó una voz al lado de él. Arthur no lo había visto llegar, pero respondió mientras volvía el rostro hacia él.

—Sí, lo es. Gracias.

—Es una lástima que tenga que pagar un alto precio.

Arthur giró, pero se encontró con el filo de una daga que lo presionó de modo incesante en el costado. Apretó los dientes mientras no perdía de vista a Edith.

—Si sabéis lo que os conviene, no os inmiscuyáis donde no se os reclama.

—Tocadle un solo cabello y seréis hombre muerto. Vos y los que os siguen. ¿Qué pretendéis? ¿Acabar con la dama de María Estuardo e iniciar una revuelta con los católicos? —Wolsey se sentía enfurecido e impotente al mismo tiempo—. ¿Quién os envía? Estaré encantado de tratar con él a mi manera —le aseguró mientras apretaba los dientes y se daba vuelta de manera rápida e inesperada para el agresor, al mismo tiempo que cerraba la mano alrededor de la muñeca de aquel. El hombre no había avizorado que Arthur reaccionaría tan rápido y lo tomaría por sorpresa al retorcerle la muñeca hasta obligarlo a soltar el puñal. El extraño lanzó una maldición y golpeó a Arthur con el objetivo de ganar tiempo para poder escapar de él y refugiarse en las sombras antes de que pudiera retenerlo.

Mientras, lady Edith seguía danzando con su pareja, ajena a lo sucedido. Arthur lo veía claro entonces. Aquella noche, en la barcaza que cruzaba el Támesis, el objetivo no había sido la reina Isabel, sino... ¡Edith! Pero ¿por qué? ¿Qué resultado podría tener acabar con la vida de la dama de María Estuardo, salvo que la consideraran una espía de la realeza escocesa?

—Lady Edith, ¿hay algo que debemos saber? —El hombre que bailaba con ella la miró de manera fija mientras ella parecía estar confundida por aquella pregunta—. ¿Habéis averiguado algo más sobre los planes para liberar a la reina María de Loch Leven? En el norte, se impacientan...

Edith se quedó clavada en el sitio en tanto contemplaba al hombre con extrañeza. ¿Le había pedido bailar para preguntarle por María Estuardo y por lo que podía haber descubierto? ¿Es que no les había dejado claro que no sabía nada?

—Ya os conté lo que sabía. Si los nobles del norte quieren liberarla, que acudan entonces a Loch Leven y lo tomen —le rebatió molesta por aquella situación—. ¡No soy una espía de María Estuardo! Se lo dejé claro a lord Crawford y a lord Ashley.

La danza concluyó en ese preciso instante, en el que Edith se mostró desconcertada y enfurecida por que volvían a considerarla como una enviada de la soberana escocesa depuesta. Ella tan solo había acatado la voluntad de acompañar a Arthur hasta la corte de Isabel. Nada más. ¿Por qué se empeñaban en ignorar que no era lo que ellos creían?

—Lástima que el tirador errara el disparo, pero no habrá otra ocasión —le aseguró al sujetarla del brazo para arrastrarla entre la multitud hacia fuera del salón—. Os conviene estaros quieta o seguiréis el mismo camino que vuestro prometido.

Aquella amenaza le heló la sangre. Edith se detuvo, sin querer avanzar ni un paso más. Contemplaba al extraño con una sensación de vacío e impotencia hasta que él tiró de ella.

—¿Qué le habéis hecho a Arthur? —le preguntó al encararse con él.

—Pronto os reuniréis con él si no colaboráis.

Aquellas palabras la dejaron sin capacidad para reaccionar. ¡No, no podía ser! No podía creer que él estuviera... muerto. No, eso no podía suceder. Pero la mirada y los ademanes del extraño parecían indicarle lo contrario.

Wolsey buscaba con la mirada a Edith por si algo malo pudiera ocurrirle. La pieza había concluido, pero no la veía.

—¿La ves? —le preguntó a Robert, quien permanecía al lado de él.

—No, hay demasiada gente. Espera, mira hacia allí —le indicó mientras señalaba a Edith, que abandonaba el salón en compañía del mismo hombre que le había solicitado el baile.

—Avisa a Walshingham, Robert.

El hombre la retenía con violencia mientras la obligaba a alejarse de allí cuanto antes. Recorrieron varios pasillos hasta salir al jardín.

—¡Soltadme! ¡Bruto! ¿Quién os habéis...? —El hombre siguió tirando de ella sin prestar atención a aquellos improperios. Tenía un cometido y pensaba cumplirlo.

—¡Quedaos quieta de una maldita vez o acabaré mi trabajo aquí y ahora! —le gritó al tiempo que la zarandeaba.

Edith sentía que el pulso le latía desbocado, que el corazón parecía quererle salirse del pecho por los continuos golpes en las costillas. Aquel hombre la conducía hasta el exterior, mientras la gente se quedaba intrigada

mirándolos a su paso. De repente, la muchacha vio el acero refulgir bajo la luz de la luna mientras seguía forcejeando con aquel desconocido y temió el desenlace que la aguardaba. No podía ser. No podía morir en una noche como aquella, en la que...

De manera súbita, se vio liberada y percibió cómo caía hacia atrás sobre la mullida hierba. Alguien había arrojado al agresor lejos de ella. Se quedó paralizada por el miedo que le atenazaba el cuerpo. Las lágrimas le anegaban los ojos, lo que le impedía ver con claridad la escena que se desarrollaba junto a ella. Ni siquiera se dio cuenta de la gente que se había reunido a su alrededor, solo de la persona que se acercaba a ella con paso firme, la levantaba del suelo y se quedaba mirándola con gesto de preocupación en busca de heridas.

Edith respiraba con dificultad a causa de la situación vivida, pero, en ese momento, en brazos de Arthur, se sentía segura y protegida. Era tal el deseo de él por besarla que no esperó ni un solo instante más. Posó los labios sobre los de ella con decisión, con urgencia, poseído por un deseo febril, pero con calidez y ternura a la vez. Edith no lo rechazó, aceptó el beso y se dejó mecer por los brazos de él.

—Dime que te encuentras bien, que no te ha hecho ningún daño —le pidió mientras lanzaba una mirada hacia el hombre que yacía inconsciente en el suelo después de que Arthur lo hubiera apartado de ella.

—Sí, sí, pero ¿quién es? ¿Qué es todo esto, Arthur? —le preguntó, presa de las emociones que la agitaban entre los brazos de él.

—No lo sé. Le he pedido a Robert que trajera a Walshingham.

El secretario de la reina hizo aparición, seguido por Robert y otros cortesanos, entre ellos, Throckmorton. Todos contemplaban a la pareja en busca de una aclaración de lo sucedido.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quién es ese hombre? —preguntó Walshingham mientras lo miraba con el ceño fruncido.

—Sir Francis, ha intentado matarla —le explicó Arthur al ver que Edith era incapaz de decir una sola palabra.

—¿Por qué? —inquirió el secretario con recelo al escuchar aquella acusación.

—¿Qué sucede, Walshingham? ¿Es que hay alguien que se ha empeñado en hacerme aborrecer esta noche de fiesta? —La voz atronadora de la reina Isabel irrumpió en escena, lo que dejó a todos mudos. La monarca miró a Edith y a Arthur—. ¿Lady Edith, os encontráis bien? ¿Quién es ese hombre que yace desmayado en el suelo?

—No lo sabemos, Majestad. Tan solo discernimos que ha intentado acabar con la vida de lady Edith —le informó Walshingham.

La reina mudó la expresión del rostro al escuchar aquella declaración. Miró a la joven sin comprenderla.

—¿Qué motivos puede haber tenido?

—Piensa que soy una espía de vuestra prima, Majestad —le respondió Edith en tanto daba un paso al frente para mirar a Isabel una vez que logró controlar aquel estado de agitación.

Un leve murmullo se levantó entre los allí reunidos.

—Me aseguré que había sido una lástima haber errado el disparo cuando estaba en la barcaza con vos, Majestad, y que esta vez no habría errores. — Aquella afirmación volvió a levantar un coro de voces.

Isabel se quedó pálida cuando escuchó aquellas palabras en referencia al atentado. Miró al hombre que yacía en el suelo, que volvía en sí. Walshingham hizo una señal a varios soldados para que lo levantaran. Luego, miró a Isabel a la espera de órdenes.

—¿Por qué queríais matar a lady Edith? —El tono imperativo de la reina no dejaba lugar a dudas acerca del estado de ánimo que presentaba—. Vamos, responded. ¿Qué estáis esperando? ¡Soy la reina!

El hombre deslizó el nudo en la garganta, sintió la boca seca y el sudor frío le empapó las ropas. Desde ese momento, supo que estaba condenado. Había fallado en las dos tentativas de acabar con la dama de María Estuardo, por lo que iba a pagar un alto precio. Pero intentaría por todos los medios salir airoso de aquella encrucijada.

—Me lo ordenaron, Majestad.

—¿Quién? —Isabel entornó la mirada con recelo hacia el hombre.

Los nervios parecían atenazarlo y trabarle la lengua, pero por fin logró pronunciar dos nombres que nadie esperaba escuchar.

—Lord Crawford y lord Ashley.

Isabel frunció el ceño sin comprender todavía qué papel desempeñaban esos dos cortesanos en aquel complot.

—Estáis acusando a dos nobles de la corte.

—Lo sé.

—Y, aun así, ¿seguís reafirmando vuestra aserción?

Walshingham permanecía en segunda línea, callado, mientras observaba todo el desarrollo del interrogatorio. ¿Qué pretendían ambos cortesanos?

—Sí, Majestad.

—¿Os dijeron por qué querían acabar con lady Edith?

—Querían iniciar una rebelión.

Isabel arqueó una ceja con expectación. Walshingham entrecerró los ojos, dio un paso y susurró algo a Su Majestad.

Arthur no se apartaba de Edith, sin perder detalle de aquel diálogo. La mente comenzaba a trabajarle a toda marcha en tanto buscaba una relación entre lady Edith, una rebelión, Crawford y Ashley.

—Que los busquen —exigió la reina a Walshingham.

—¿Qué hacemos con este hombre?

—Que lo encierren en la Torre hasta que demos con Crawford y Ashley.

—¡No, Majestad! ¡Os lo suplico! Me obligaron...

Isabel se volvió hacia Arthur y su prometida e hizo oídos sordos a las palabras del detenido.

—¿Os encontráis bien, lady Edith?

—Sí, Majestad.

—Por suerte, tenéis a lord Wolsey, que vela por vos —le aseguró con una tímida sonrisa—. ¿Cómo supisteis que ella estaba en peligro?

—Por un cómplice del hombre que intentó acabar con la vida de lady Edith. Logré reducirlo, pero escapó.

—¿Conocéis a vuestro captor?

—No, Majestad, es la primera vez que lo he visto.

—¿Cómo dio con vos?

—Vino a solicitarme un baile. Me habló de los católicos del norte. — Isabel entrecerró los ojos y torció el gesto ante aquella afirmación—. Desde que llegué a la corte, ellos me contactaron para que les pasara información acerca de vuestra prima y de su situación en Loch Leven.

—Entiendo. Pensaban que, por haber sido dama de mi prima, os encontrabais al tanto de todo. ¿Qué más?

—Me preguntaron por las circunstancias en Escocia.

—Creo que no hace falta interrogaros. Todo el mundo sabe que Jacobo ha usurpado el trono de mi prima con la ayuda de sus leales seguidores. Espero que María pueda abandonar el castillo de Loch Leven.

Aquellas palabras no parecieron convencer del todo a lady Edith. Desde que había llegado a la corte de Isabel, había sido testigo de la rivalidad entre ambas. Por muchas buenas palabras que la reina de Inglaterra tuviera hacia la prima, no eran del todo verdaderas. Isabel temía que María Estuardo reclamara el derecho al trono que entonces ella ostentaba. Por ese motivo, no había movido un solo dedo para liberarla de Loch Leven, ni Edith creía que lo fuera a hacer.

—Lord Wolsey, haríais bien en no separaros de vuestra prometida, a la que ya va siendo hora que desposéis. ¿O acaso estáis esperando que se arrepienta y os deje plantado? Fijad los esponsales cuanto antes. No me gusta que mis cortesanos anden jugando con mis damas.

—Se hará como decís, Majestad.

—En cuanto a vos, lady Edith, descansad y reponeros del susto que os habéis llevado hoy por partida doble. Sir Francis, acompañadme —ordenó al secretario, quien, tras efectuar un leve gesto con la cabeza a su amigo Wolsey, siguió a Isabel de Inglaterra, que se había vuelto para regresar al interior del palacio.

Arthur y lady Edith se inclinaron ante Su Majestad.

—¿Necesitas descansar? —le preguntó él, que le deslizó la mano bajo el mentón para que lo contemplara. Quería cerciorarse de que en verdad ella estaba bien y de que los temores de la dama se habían disipado.

Edith inspiró hondo y dejó escapar un suspiro mientras contemplaba a Arthur de manera fija. Los pulgares de él le acariciaban las mejillas con ternura, sin prisa, como si el mundo a su alrededor se hubiera detenido salvo para ellos dos.

—Lo único que quiero es olvidarme de todo lo que ha sucedido. No logro entender el motivo por el que pretendían acabar conmigo —le confesó en tanto buscaba la tan ansiada respuesta en la mirada de Arthur.

—No estoy seguro del papel que desempeñas en este asunto. Tal vez tengan que pasar los días para que sir Francis averigüe qué está sucediendo. En cualquier caso, ahora estás a salvo. No creo que, después de lo sucedido aquí esta noche, alguien tenga la más mínima intención de acercarse a ti.

—¿Ni siquiera tú?

—En mi caso, diría que no necesitaré acercarme, puesto que no pienso separarme de tu lado, lady Edith Wolsey —le susurró antes de besarla y de que ella emitiera un gemido de sorpresa y complacencia por lo que acababa de escucharle decir.

* * *

Semanas después.

Sir Francis Walshingham sonreía satisfecho. Había logrado llegar al centro de la cuestión relacionada con lady Edith, pero no terminaba de comprender por qué la habían elegido a ella. ¿Por qué habían pensado en utilizarla de esa manera? Por suerte para la joven, todo había quedado solucionado. La reina había sido informada de todos los pormenores y había tomado cartas en el asunto de la rebelión antes siquiera de que aquella se produjera de una manera más evidente. Durante días, hubo carreras, voces y exclamaciones en los pasillos del palacio. Los soldados entraban en ciertas dependencias para buscar a aquellos a quienes la reina había ordenado arrestar por conspirar contra ella. Muchos cortesanos fueron encerrados en la Torre a la espera de un juicio y sentencia.

La puerta de la estancia en la que permanecía sir Francis se abrió para dejar pasar al ayudante, acompañado de Arthur. Walshingham asintió e hizo una señal con la mano a su amigo para que entrara. Tenía que aclararle lo sucedido para que se quedara tranquilo. Lady Edith no corría ningún peligro por el momento.

—¿Queríais verme, Francis?

—Sentaos, Arthur. Sí, te he mandado llamar para aclararte un par de cosas con respecto al asunto de por qué querían acabar con la vida de tu prometida.

—¿Has logrado llegar al núcleo de todo este asunto? —Había un toque de expectación y esperanza en la voz de Arthur. Se inclinó hacia delante, empujado por el deseo de conocer la verdad de todo.

—No lo vas a creer —le adelantó sir Francis con una sonrisa cínica—. Querían acabar con lady Edith con el fin de iniciar una rebelión en el norte de Inglaterra y en Escocia al mismo tiempo.

—¿Cómo? Según confesó el hombre que intentó acabar con ella, los instigadores fueron Crawford y Ashley, católicos reconocidos.

—Exacto. Buscaban encender la mecha de la insurrección católica al asesinar a la dama de María Estuardo —resumió Walshingham, mientras el rostro de Arthur reflejaba el esperado desconcierto.

—¿Por qué los católicos ingleses querían hacer algo así?

—Porque, al parecer, los protestantes no estaban muy dispuestos. Una guerra abierta contra Escocia no es conveniente ahora que Jacobo se sienta en el trono de ese país, apoyado por Su Majestad. Pretendían culpar a los protestantes por la muerte de lady Edith.

—E incitar a los seguidores de la reina María a tomar la justicia por su cuenta —reflexionó Arthur mientras Walshingham asentía.

—Crawford y Ashley se han derrumbado y han confesado su complot para liberar a María Estuardo de Loch Leven. Luego, pretendían unirse a los partidarios del conde Bothwell y, todos ellos, recuperar el trono de Escocia para reclamar con posterioridad el de Inglaterra. El asesinato de lady Edith habría sido la excusa que necesitaban para hacerlo.

—Lady Edith no es una espía, ni quiso tener tratos con Crawford y Ashley.

—Lo sé. Fueron ellos los que se acercaron a ella con el fin de recabar información sobre la situación en Escocia y, de algún modo, comprometerla. Pensaron que ella había venido a la corte con esa misión, enviada por la propia María Estuardo —concluyó sir Francis—. Y ahora, dime, ¿qué tal está ella?

—Todo lo bien que puede estar. Sin duda le sorprenderá conocer la verdad.

—Por cierto, soy consciente de que no me compete, pero Su Majestad me ha preguntado si ya te has decidido a desposarte con lady Edith.

Arthur sonrió de manera cínica.

—¿Algo más?

—No hagas enfadar a Su Majestad. Es un consejo de amigo. Las aguas bajan revueltas.

Cuando Wolsey encontró a lady Edith de camino al salón, la retuvo unos segundos para contarle la conversación mantenida con sir Francis. En el momento en que ella conoció el motivo por el que habían pretendido asesinarla, sintió que el estómago se le encogía. Miró a Arthur sin poder creer que hubiese sido así.

—Eras la mecha idónea para encender la rebelión.

—Los mismos que profesan mi fe querían acabar conmigo.

—Te dije que corrías peligro bien por ser católica, escocesa o la dama de María Estuardo. Y, aunque temía por ti al pensar que entre los protestantes podrías encontrar enemigos, resultó que ellos no tuvieron nada que ver.

—¿Qué les sucederá a lord Crawford y lord Ashley?

—Serán juzgados y ejecutados por alta traición. Pero ellos no son más que una pieza en el tablero. La rebelión del norte seguirá su curso sin ellos. Y, ahora, hay algo más que debemos tratar...

—¡Lord Wolsey! —La voz de la reina sonó a la espalda del caballero como si fuera un trueno. Se volvió hacia ella y se inclinó con respetuosidad mientras Isabel avanzaba hacia él, acompañada del infaltable séquito—. Estoy ansiosa por conocer la fecha de vuestros esponsales con lady Edith. Creo que ya lo dejamos claro la otra noche —le recordó al hacer un gesto hacia lady Edith.

—Majestad, ese asunto lo estaba por tratar con mi prometida cuando vos me habéis llamado.

—De manera que estabais determinando el tema de vuestro matrimonio. En ese caso, esperaré a que se lo pidáis, ya que parece que vuestra lealtad a la corona es algo dudosa...

Arthur se sintió algo cohibido, pero, después de tomar aire, recordó las palabras de su amigo Walshingham al respecto de no enojar a la reina.

—Majestad, mi lealtad hacia la corona ha sido siempre lo primero que he tenido en mente.

—En ese caso, demostradlo y fijad los esponsales de una vez y dejad de comportaros como un irresponsable. Una dama como lady Edith no puede estar esperando que vos os decidáis. De manera que, si no sois capaz de elegir una fecha, yo misma lo haré —le dejó claro mientras miraba a Arthur de manera fija y terminante.

Edith sonrió mientras el corazón le latía de con intranquilidad dentro del pecho. Se mordisqueó el labio para ahogar la risa que aquella situación le producía.

—No hace falta, Majestad. Lo decidiremos con gusto hoy mismo —expresó al poner toda la atención en Edith, quien asintió. Luego, se volvió hacia la reina, que sonrió complacida.

—En ese caso, mantenedme informada de la fecha. Y no os demoréis, o dudaré de vuestra lealtad una vez más. Llevo esperando que me lo comunicéis desde que regresasteis a la corte. Lady Edith, os deseo lo mejor.

—Majestad —dijo ella con una inclinación de cabeza en señal de respeto. Durante años, Edith había sido dama de María Estuardo y había temido a Isabel por las cosas que se comentaban de ella. Pero, en el tiempo transcurrido en la corte inglesa, también había visto cierto trato de favor de la soberana hacia ella. No tenía queja del comportamiento de la reina para con ella y, mientras permaneciera en la corte de Whitehall, le debía respeto y obediencia.

Cuando se quedaron a solas, Edith sonrió con picardía en tanto miraba a Arthur.

—Desconocía que tu lealtad hacia tu reina estuviera en entredicho.

—Claro que no. No se ha quebrado en ningún momento.

—Dime la verdad: ¿esa lealtad incluía seducir a una de las damas de María Estuardo?

—¿Y la tuya?

—La mía implicaba ser tu anfitriona en Holyrood para que te sintieras cómodo. Y, después, seguirte hasta aquí. Ya lo sabes, porque tú mismo fuiste testigo de la petición de María Estuardo —le recordó al tiempo que arqueaba las cejas con interés por lo que él tuviera que decir.

—Yo solo seré leal a lo que me dicten mi conciencia y mi corazón —le confesó en voz baja mientras enmarcaba el rostro de Edith con las manos.

—Si Su Majestad te escuchara decir eso, podría acusarte de traición.

—Sí, pero estoy seguro de que tú no vas a contárselo, porque eres parte interesada en que no me aleje de tu lado. —Adoptó un semblante serio en tanto la contemplaba a los ojos—. Edith, ninguna reina, inglesa, escocesa o francesa ha de decirme lo que debo hacer con respecto a nosotros. Quiero que te quedes conmigo para siempre porque te quiero, porque tú te has convertido en mi reina y es a ti a quien debo lealtad. Solo a ti.

Ella sonrió y se sonrojó cuando lo escuchó decir aquello. La mirada se le cubrió con el velo de la bruma producida por las lágrimas de emoción.

—Por lealtad a una reina, vine hasta aquí —le recordó Edith—. Pero por lealtad a mis sentimientos hacia ti, me quedaré aquí contigo para siempre.

Arthur asintió, la tomó de la mano y la arrastró entre exclamaciones de sorpresa de la muchacha hasta un rincón oscuro del castillo, donde pudo saciarse de ella sin que ninguna reina pudiera volver a interrumpirlos. Solo necesitaba demostrarle lealtad a una persona: a ella.

AGRADECIMIENTOS

A la Editorial Vestales, por dar cabida a esta historia en su catálogo.

A los editores, por la confianza y la seguridad que me transmiten cada vez que les entrego una nueva historia.

A todo el equipo editorial, porque con su trabajo ensalzan todavía más cada una de mis novelas. Gracias.

A todas aquellas personas que me alientan a seguir investigando en la historia para crear romances.

Y, por último, pero no menos importante, a ti, lector y lectora, gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que pronto vuelvas a sumergirte entre las páginas de otra de mis historias. Gracias por tu confianza una vez más.